

UNA EXTRAÑA EN LA PLAYA

Marie Hermanson



alevosi 

Marie Hermanson

UNA EXTRAÑA EN LA PLAYA

Traducción del sueco de
Francisca Jiménez Pozuelo

alvosía 

Créditos

Edición en formato digital: mayo de 2015

Alevosía es un sello editorial de Ediciones Siruela, S. A.

**SWEDISH
ARTSCOUNCIL**

El coste de esta traducción ha sido subvencionado
por el Swedish Arts Council.

Título original: *Musselstranden*

© 1998 Marie Hermanson

First published by Albert Bonniers Förlag, Sweden

Published by arrangement with Nordin Agency, Sweden

© De la traducción: Francisca Jiménez Pozuelo, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

En cubierta: fotografía de © Melis/Shutterstock.com

First published by Albert Bonniers Förlag, Sweden

Published by arrangement with Nordin Agency, Sweden

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16413-05-8

Índice

Kristina

Ulrika

UNA EXTRAÑA EN LA PLAYA

Kristina

Viaja por un mundo gris. El sol no ha salido aún. Ella adora ese mundo que carece de luz y de oscuridad, un mundo sin sombras, sin colores, en el que en realidad no hay nada visible ni oculto, solo presentimientos, confusión.

El ruido de la noche ha cesado —el susurro del viento, el ronco bramido del alce, el crujir de las alas de las mariposas nocturnas—, y los otros ruidos, los del día, no han despertado todavía pero llegarán enseguida. Primero la brisa de la madrugada en las copas de los árboles, después los chillidos de las aves marinas y el gorjeo de los pájaros, y al final ese coro discordante de voces, motores y música.

Pero por el momento reina el silencio. El mundo descansa entre sus dos cambios, y ella se desplaza por ese universo durmiente a través de un océano tan tranquilo y apacible como un cenote. El kayak se desliza a lo largo de la costa que ella conoce bien, sigue las laderas empinadas, las playas arboladas de la bahía que lame como una lengua delgada y flexible.

En ese momento se abren las aguas y en el horizonte se extiende un camino ancho entre las islas. A lo lejos, en mar abierto, se vislumbran unos pequeños islotes lejos de la protección de esas islas. Ella se aleja de la costa y se dirige a los islotes sorteando las islas. Para poder hacerlo, el mar debe estar en calma. A veces hay calma absoluta en tierra, y no descubre las grandes olas hasta llegar a mar abierto. Entonces tiene que volver a casa.

Pero hoy no hay ningún peligro. El mar está tan silencioso y tranquilo que parece que no se pueda navegar en él, y casi se sorprende cuando ve que la embarcación surca la superficie.

Su respiración y el remo van al compás, los músculos del brazo se llenan de fuerza y voluntad. Es una sirena. Solo la mitad superior de su cuerpo es humana. La inferior, escondida en el asiento renegrado, se desliza con pasividad. Pertenece al mar.

Los pájaros advierten su presencia mucho antes de que llegue. Alzan el vuelo por encima de los islotes como una nube vociferante. Sus alas blancas resplandecen con luz propia en el aire gris. Van a su encuentro, la rodean, y ella se desliza entre los chillidos y los cuerpos que revolotean.

Ulrika

No había valla. La parcela seguía estando abierta y era accesible, como siempre. Sin embargo, me detuve antes de entrar. Me quedé inmóvil, dudando.

No era del todo cierto que fuera de libre acceso, noté una especie de barrera. Sentí la misma inseguridad que antaño, cuando vivía allí de pequeña; el mismo anhelo por formar parte de ese lugar, la misma incertidumbre de no poder hacerlo en realidad.

Todo estaba igual. La parcela rocosa con sus robles produjo en mí el mismo efecto que la primera vez que la visité de niña. Escarpada, salvaje, descuidada. El trapecio, la escalera de cuerda, el columpio y la liana habían desaparecido, como era de esperar, al igual que el barco pirata, pero el halo de aventura permanecía intacto.

No sabía quién era actualmente el propietario de la casa. Tal vez aún fuera de la familia Gattman.

Fui subiendo lentamente los peldaños de troncos de la escalera en dirección a la casa marrón. Era finales de septiembre y no creía que por esas fechas hubiera nadie por allí. No había ningún coche aparcado, lo que lo confirmaba. Fui bordeando la casa y subí al porche. El mar tenía ese intenso tono azul que solo muestra en primavera y en otoño. Como si lo que flotaba allí abajo fuera densa tinta azul.

Me puse de puntillas y miré por la ventana.

Por un momento, me pareció tener un sueño absurdo. ¡Estaba observando mi propia casa! Los sofás con su tapicería de anchas rayas azules y blancas, y el cuadro del barco encima. La mesa redonda de comedor, extensible, con sus curiosas bisagras, y las sillas de patas torneadas y respaldos ovalados. La lámpara de techo modernista colgando de las cadenas encima de la mesa. El baúl mariner. La mecedora blanca con su cobertor oriental y el pequeño cojín con borlas. La estantería que llegaba hasta el techo y que se extendía por toda la habitación, llena de pequeños y diversos objetos.

Todo era sumamente parecido a mi propio cuarto de estar. Cuando cedió la sorpresa vi las diferencias, pero aun así el parecido era notable. Si alguien me pidiera que le describiera esa habitación de la casa de los Gattman no podría hacerlo. La cocina la recuerdo muy bien, y la buhardilla de Anne-Marie, como es natural, pero esa habitación solo la recordaba de una manera difusa, sumida en una penumbra amarillenta tras los estores bajados.

Mi cuarto de estar había ido tomando forma con el tiempo. En ningún momento hubiera pensado en una decoración determinada, pero es posible que guardara en mi

mente esa habitación con todos sus detalles, e inconscientemente hubiera ido amueblando mi propia casa de un modo similar. Y yo que pensaba que se me había ocurrido todo a mí y estaba orgullosa de haber mezclado lo viejo y lo nuevo, de no tener un estilo especial que pudiera encasillarme. Me enorgullecía en especial la idea de la estantería de pared hasta el techo.

Oí detrás de mí los pasos de los niños correteando por el porche.

—Venid a ver esto —dije alzándolos uno a uno para que miraran—. No pongáis las manos en la ventana. ¿Veis?

Asintieron sin interés y se fueron corriendo. No sé si se habrían dado cuenta de la similitud con su propia casa. Tal vez los niños no se fijan en esas cosas.

Seguí mirando a través del cristal de la ventana. Parecía que allí dentro no hubiera cambiado nada en los últimos veinticuatro años. Era como volver al pasado.

Fui hasta la puerta del porche y me asomé a la cocina. Los armarios seguían pintados de azul, pero no del mismo azul que yo recordaba. Los habían pintado de otro tono. Las macetas de geranios rojos habían desaparecido. Lo demás seguía igual.

Las voces de los niños iban subiendo de volumen y de pronto me preocupé por si estropeaban algo. Salí del porche y rodeé la casa. Jonatan había ido a buscar la caña de pescar que había dejado junto a uno de los robles.

—Íbamos a pescar —dijo con impaciencia.

—De acuerdo —concedí—. Vamos a pescar. Conozco un buen sitio.

Pensaba en Musselstranden, en los bacalaos enormes que Jens solía pescar allí y en las raras y espléndidas ocasiones en que una trucha asalmonada daba coletazos en el anzuelo. Quería que Jonatan viviera una experiencia así.

Bajamos hasta el camino y avanzamos unos cien metros mientras pensaba dónde teníamos que desviarnos. En otros tiempos se atravesaba un prado, pero apenas quedaban prados ya. Nadie quería heno; no había vacas ni caballos pastando: el paisaje estaba irreconocible. Las zonas que no se habían edificado estaban cubiertas de maleza o de matorrales de escaramujo. A simple vista parecía un espacio pequeño y sombrío, como la habitación atestada de muebles de un anciano. Las amplias zonas de juego para los niños habían desaparecido.

Finalmente di con el desvío y nos adentramos en la maleza. Tuvimos que detenernos una y otra vez para desenredar el anzuelo de Jonatan, que se iba enganchando en las ramas. Lo solté del sedal y Jonatan lo puso en una caja junto con los otros anzuelos.

Encontré el murete de piedras que quedaba a un lado. Seguí buscando la parte derruida por donde antes se podía entrar. Había varias. De hecho, casi todo el muro se había derrumbado. Trepamos por algún lugar, al azar, y allí se acababa el bosque, y llegamos a una zona abierta entre montañas cubiertas de brezo.

Me di cuenta de que nos habíamos desviado demasiado en dirección oeste pero, ahora que tenía una visión más amplia, sabía dónde estaba con exactitud. Las montañas

eran las mismas, no había cambiado nada. Soplaban un viento fresco.

Reviví la maravillosa sensación de caminar por la montaña con botas de goma; calcular la distancia antes de un salto; la sensación de aterrizar exactamente igual que habías pensado; comprobar que el suelo se pega a la montaña y es lo suficientemente fuerte como para soportar tu peso, a la vez que suave para que el pie pueda percibir la estructura de la base. Ojos que exploran el entorno. Mentes que piensan sin cesar en el mejor modo de arreglárselas, que eligen y deciden todo el tiempo. El cuerpo que obedece a la perfección, trepa, salta, se inclina, se estira.

Supongo que para mis hijos serían cosas obvias. Ellos juegan todos los días en la montaña. Iban muy por delante de mí, y yo veía las siluetas de sus gorras rojas a lo lejos cuando a veces se detenían en una colina y miraban hacia donde estaba yo para que pudiera indicarles el camino con un movimiento del brazo.

No hace mucho era yo la que tenía que esperarlos. La que descendía sola una loma empinada y luego volvía para cogerlos en brazos, uno tras otro, evitándoles la parte difícil.

El paisaje está formado por glaciares. Las montañas aparecen cortadas por valles angostos y desfiladeros que unas veces son superficiales y otras profundos precipicios, lo que resulta difícil de determinar si no llegas justo hasta su borde. La vegetación del desfiladero, que hasta hace un instante parecían frágiles robles de medio metro de altura, resulta ser copas de altos árboles cuyas raíces están a diez o veinte metros de profundidad, por lo que en el último segundo evitas el enorme salto que habías planeado dar. Contienen tipos de naturaleza completamente distintos, que son un pequeño mundo en sí misma. En su mayor parte crecen allí robles de poco tamaño, pero también pueden encerrar un minúsculo pantano con matorrales de juncos, pinos y prados de algodón. Otras grietas dan cabida a todo un mundo minimalista de Bruno Liljefors, con abetos oscuros, un paisaje prehistórico de helechos o una masa compacta de enebros enzarzados. Cada uno de esos mundos parece que hubiera caído directamente del cielo para después, hundido en la montaña, desarrollar su originalidad y refinarla en completo aislamiento.

Por uno de esos desfiladeros se llega a Musselstranden, y es la única manera posible de llegar si se va por tierra. Levanté la vista por encima de las montañas para contemplar sus cumbres de variada vegetación y comprobé que seguíamos estando demasiado al oeste. Entonces me acordé de otro de esos mundos que hay entre las grietas. Un mundo de suave hierba verde y de pinos. Una vez, Anne-Marie y yo enterramos allí un tesoro. Se trataba de una lata de té en el que habíamos metido cosas. Sentí de repente un enorme interés por ver aquel tesoro. Me di prisa en alcanzar a los niños y les comuniqué lo que acababa de planear.

—Vamos a buscar un tesoro —les dije.

Parecían un poco recelosos, pero me ayudaron a buscar.

—Tiene que haber pinos —precisé—. Pinos y hierba verde. Y un cerezo.

—¿Y cómo son los pinos? —preguntó Max.

En realidad, yo no tenía ni idea de dónde estaba ese desfiladero. Todo lo que recordaba eran pinos, hierba verde y un cerezo silvestre. Enseguida me di cuenta de que era imposible. Interrumpí la búsqueda del tesoro y continuamos en dirección este hacia Musselstranden. No podía equivocarme. Solo había que seguir la línea de la costa para encontrarla, pero no demasiado cerca del mar, porque los acantilados descienden casi en vertical hacia el agua y yo tenía que vigilar bien a los chicos.

Así que llegamos al desvío que buscábamos y bajamos la montaña deslizándonos en cuclillas hasta caer en una alfombra crujiente de hojas secas del año anterior. Un lecho de arroyo seco. Robles, serbales y saúcos. Vetustos alisos con cortezas agrietadas y grisáceos líquenes. Enredaderas de madreSelva, retorcidas con tal fuerza alrededor de los troncos que producían marcas profundas en las cortezas.

Max dio un aullido porque Jonatan le acababa de dar un golpe en la cara con una rama. Lo consolé, pero él se apartó.

—Parece que aquí tampoco hay mar —farfulló mirándome con sus grandes ojos de niño de seis años. Escéptico, suspicaz, casi asustado. ¿Se habría vuelto loca su madre? Ella había estado mirando por una ventana ajena. Lo engañaba diciéndole que iban en busca de un tesoro inexistente. Le decía que iban a ir al mar a pescar, a la vez que lo adentraba cada vez más en una selva de crueles e insidiosas ramas que lo golpeaban.

—Llegaremos muy pronto —dije poniéndole la gorra que se le había caído al darse con la rama. Se la puse al revés, como a él le gustaba, pero tampoco lo hice bien porque se la quitó poco después y se la volvió a poner suspirando.

—Vale —dijo en tono sereno—. ¿Falta mucho?

Alcanzamos el denso muro de arbustos de enebro y endrino. Una vez allí parece que estás a muchos kilómetros del mar, atrapado en un bosque frondoso. Sin embargo, lo único que te separa de la playa y del mar es ese muro impenetrable, sin ninguna rendija de luz. Sientes el olor de la sal, oyes el batir de las olas, el viento incluso, a pesar de encontrarte en un mundo totalmente apacible.

Antes se podía atravesar por un camino que había junto a la pared derecha de la montaña. Me pareció que aún era posible hacerlo. Nos pegamos bien a la montaña, apartamos las ramas puntiagudas y salimos a la luz cegadora.

Los niños se dedicaron a corretear por la pequeña playa haciendo crujir restos de conchas marinas bajo sus pies. El agua era cristalina. En el fondo, la arena brillaba entre los bancos de mejillones como pequeñas islas blancas. De niña solía venir aquí con los hermanos Gattman a recoger mejillones grandes y carnosos que cocinábamos directamente en la playa en una lata llena de agua de mar encima de una fogata.

Jonatan quería ponerse a pescar enseguida, y le señalé la gran roca en forma de cubo que había al otro extremo de la playa donde el agua es profunda.

El fondo del mar es peculiar aquí. Desde la playa se extiende una zona en forma de abanico de aguas poco profundas. Fuera de ella, el desnivel del fondo es muy brusco, de modo que si a un bañista le cubre el agua por la rodilla, puede llegarle al pecho con solo dar un paso; así que un niño pierde pie después de un cambio de profundidad así. Es una playa muy peligrosa para quien no sabe nadar. En mi investigación me he encontrado con varias leyendas sobre esta zona que hablan de un ser malvado con forma de mujer, que vive en una de estas calas y arrastra a las personas al fondo del mar. Podría ser aquí. Imagínate que estás chapoteando en la orilla recogiendo mejillones y que, de repente, te hundes en la zona profunda y te ahogas. Sería un accidente inexplicable para alguien que lo presenciara desde la playa.

Carezco de conocimientos de geología, pero creo que los cambios repentinos de nivel están relacionados con las rocas gigantes que aparecen apiladas en la ladera de la montaña y después se esparcen por la playa y por el agua. Es obra de los glaciares. Supongo que bajo la orilla y la superficie de arena y de conchas reposan grandes peñascos de desprendimientos que van llenando la cala, y que la profundidad repentina se produce al borde de esos peñascos.

Los niños subían y bajaban por los bloques de piedra. Les grité que tuvieran cuidado. Me daba la sensación de que esas grandes rocas iban a empezar a rodar en cualquier momento. En realidad, es curioso que puedan quedarse ahí encima de la empinada ladera, como si un mago hubiera congelado el corrimiento mientras se producía. Como es natural, después de miles de años todo está firmemente cimentado, pero la superficie es irregular, por lo que sería fácil dar un traspié y que el fondo desnivelado engullera el cuerpo de un niño.

Mis advertencias les resbalaban como el agua. Corrían como lo harían en el suelo de la cocina de casa, y respiré aliviada cuando al fin se sentaron en el bloque cuadrado que les había recomendado como lugar de pesca.

Jonatan cogió la caña y la lanzó, sumergiéndola en el agua. Tiene la caña desde el año pasado. No ha pescado nunca nada, aunque yo suelo pedirle a Dios que lo consiga por fin.

Max daba patadas a las conchas de mejillón que había en la playa, las pisaba y las aplastaba. Su actitud produjo cierta confusión en mí. Entendía que le gustara el ruido del crujido y a la vez me resultaba desagradable su agresividad. ¡Esas conchas tan bonitas de color azul y blanco! Dudé entre echarle otra de mis innumerables reprimendas o mirar hacia otro lado. Elegí lo último, y me di cuenta de que el anzuelo de Jonatan se había enganchado en el fondo. Subí hasta donde estaba, y después de un buen rato de intentos y tirones tuve que cortar el sedal y poner otro anzuelo.

Cuando volví a bajar a la playa, Max había desaparecido. No había espacios grandes en los que moverse. No estaba arriba entre las rocas. Nunca se metería en el agua a

estas horas, ¿o lo habría hecho sin que yo me diera cuenta? Lo llamé sin obtener respuesta.

—¿Has visto a Max? —pregunté a Jonatan.

—Acabo de verlo —contestó—. Allí —añadió señalando hacia las rocas.

Volví a llamarlo a gritos.

Cuando grité su nombre por quinta o sexta vez, de repente apareció una gorra roja en una zona inaccesible en lo más alto del acantilado. El estridente tono de mi voz, esta vez a causa del pánico, fue lo que hizo que se asomara.

La visión de su rostro resplandeciente me produjo tal alegría que no reaccioné a pesar del entorno tan agreste y difícil donde se encontraba, encima de las rocas más altas.

—¡Ahí estás! —grité aturdida por el amor maternal.

—¿Cómo has llegado hasta allí?! —gritó Jonatan, que pensaba con más lucidez.

Max solo se rio.

Y luego volvió a desaparecer, engullido por las enormes rocas. La tardanza en verlo reavivó mi preocupación.

Jonatan dejó la caña de pescar y se dirigió al lugar donde acabábamos de ver a Max. No tardó en darse por vencido. La diferencia de nivel entre las rocas era demasiado grande como para que él pudiera escalar hasta arriba del todo. Pero si Jonatan, que tenía nueve años, no podía, ¿cómo lo había logrado su hermano de seis?

—¡Max! —grité—. Deja de jugar y ven. ¡Es peligroso estar entre esas rocas! ¡Max!

Un instante después oí que alguien se reía a mi lado. Ahí estaba él, sentado a mis pies entre las conchas de mejillón, carcajeándose y tirando puñados de arena a su alrededor. Yo me quedé mirándolo sin entender. Su aparición rayaba lo sobrenatural.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté.

Jonatan, con la experiencia de varias películas de acción y videojuegos, tenía una idea clara de la situación.

—¡Has encontrado una cueva! Una cueva por la que has ido a lo alto de la montaña desde la playa. Espera que vaya para allá.

—Aquí no hay ninguna cueva —dije.

Porque ahí era donde yo jugaba en mi infancia y conocía ese sitio como la palma de la mano.

Y no era solo el sitio donde jugaba. Era un lugar muy especial también por otros motivos. Aquí, en Musselstranden, fue donde encontramos a Maja, la hermana menor de Anne-Marie que había desaparecido el verano de 1972. Después de su desaparición no volvimos aquí nunca más, pero antes de aquello veníamos tan a menudo que me parecía conocer cada una de las piedras, cada grieta, cada variación en el tono de los líquenes.

Max subió por la roca más cercana y luego descendió por un espacio estrecho.

Jonatan lo observó y después fue tras él.

—¡Ven y verás, mamá! —gritó desde arriba—. Ahí abajo hay un pasadizo largo. Se puede llegar a la montaña por debajo de las piedras. Se puede ver lo que hay allí arriba. Veo el cielo. Es muy divertido.

Oía sus voces desde el interior del montón de piedras y traté de mantener la calma. Tuve que convencerme de nuevo de que las rocas estaban encajadas con firmeza. Si habían permanecido inmóviles durante miles de años, lo estarían también en el momento en que mis hijos correteaban por allí. De todos modos me asustaba la idea de que tuvieran esas moles de piedra encima de ellos, y respiré aliviada cuando los vi salir por una brecha y saludarme con la mano desde el punto alto e inaccesible donde Max había aparecido antes.

Los chicos se deslizaron de un extremo a otro del pasadizo varias veces. Yo me tumbé boca abajo en la roca junto a la playa y me quedé mirando el gran desfiladero que formaba la entrada del pasadizo. Vi conchas, un ala de gaviota enredada y arena. Y un espacio oscuro debajo de la roca contigua. No sería capaz de bajar y arrastrarme por allí dentro. Tengo fobia a los lugares estrechos.

Jonatan no lo había dicho bien, no se trataba de una cueva. Era simplemente un espacio que había debajo de las rocas, formado por las piedras más pequeñas que las sostenían.

¿Y por qué no habíamos encontrado Anne-Marie y yo en nuestras innumerables visitas esta maravilla que mis hijos habían descubierto en solo un cuarto de hora?

Porque a ninguna de nosotras se nos ocurrió la idea de bajar y meternos por una de esas grietas. Tal vez no teníamos valor o interés suficientes, o no estábamos tan locas como para exponernos a tales peligros.

Sin embargo, es impresionante cuántas cosas nos descubren los niños. A veces creo que me enseñan más que yo a ellos.

Enseguida percibí el alboroto que estaban formando los chicos allí abajo. Se oían sus voces a través de las oquedades.

—¡Mamá! ¡Hemos encontrado un cavernícola! ¡Un esqueleto!

—Será de algún animal —dije—. Un visón tal vez. Hay muchos visones por aquí.

—¡Ven a verlo! —se oyó decir a Jonatan, ahora desde más lejos.

Levanté la vista hacia las rocas y volví a ver una cabeza que se asomaba en ese lugar imposible.

Pero esta vez no era un niño rubio con gorra roja el que se reía mirando hacia mí entre las enormes rocas. Era un cráneo humano de color marrón amarillento con las cuencas de los ojos vacías.

El coche de policía era nuevo y la conducción suave y silenciosa. Yo iba en el asiento delantero.

—¿A qué te dedicas? —preguntó el que iba en el asiento trasero.

Había que recorrer un buen trecho desde la comisaría de policía hasta Tångevik y teníamos que hablar de algo durante el trayecto. Íbamos en un coche normal, no en un coche patrulla. Los policías vestían de paisano con ropa deportiva y su acento era de la zona de Bohuslän.

—Soy asistente de investigación. En el departamento de Etnología —dije.

—¿Y qué investigas?

—El mito del encantamiento. Como sabéis, antes se enviaba a chicas jóvenes a zonas inhóspitas para que apacentaran las vacas. Y por algún motivo desaparecían, entonces se decía que un trol se las había llevado y las mantenía cautivas en la montaña. O cuando alguien tenía un brote psicótico y le cambiaba la personalidad, se creía que esa persona había sido hechizada y que la psicosis era una forma de encantamiento.

Yo hablaba deprisa y con pasión. Cuando no sé de qué hablar con gente desconocida suelo hablar de mi investigación. A la mayoría les interesa. Se lo he contado a quienes compartían viaje conmigo en tren, a compañeros de mesa en fiestas, a amigos de mis hijos. El tema del encantamiento siempre da resultado.

—Ese mito está extendido por gran parte del mundo —añadí—. Pero se manifiesta de modo diferente en distintos lugares. En Suecia y en Noruega la gente desaparece en las montañas. En Inglaterra en las colinas. Y allí hay duendes en vez de troles.

—Pero nadie se creerá esas cosas hoy en día, ¿verdad? —preguntó el que iba conduciendo.

—No, pero hay personas que te cuentan que han sido secuestradas por extraterrestres y que les han llevado a bordo de una nave espacial. Es una forma moderna del mismo mito. El monstruo es el mismo. Son secuestradas por esos seres extraños, se las expone a experimentos médicos y a cosas por el estilo. Hay componentes sexuales. Pueden obtener algo a cambio, pero se les quita algo fundamental. El alma, la personalidad. Esos seres no son malos ni buenos, solo insensibles, ven a las personas como si fueran cosas. Después de tales hechos, la víctima se transforma. La amnesia es habitual. Pueden llegar a recordar lo que les ha pasado a través de los sueños, de hipnosis o terapia. En Estados Unidos hay terapeutas especializados en tratar a las víctimas de ese tipo de sucesos. Los críticos argumentan que son también los terapeutas los que abonan la memoria de las víctimas.

—Sí, cielo santo, con la de chiflados que hay —refunfuñó el policía en el asiento de atrás.

—¿No te lo crees? —pregunté desafiante.

Las personas a las que les desagrada el mito del encantamiento suelen enfadarse. Hay gente que detesta las interpretaciones irracionales.

—Y tú, ¿qué crees? —preguntó el que iba conduciendo.

Respondí como de costumbre.

—Yo no creo nada. Solo estudio el mito. Es mi trabajo.

—A mí me gustaría que pudiéramos hacer eso —dijo el conductor en tono tranquilo—. ¿Te imaginas que empezáramos así, Jan-Erik? ¿Que cuando los malhechores hicieran sus fechorías nos pusiéramos a estudiarlos?

El policía del asiento de atrás se echó a reír y luego siguieron hablando entre ellos mientras yo reflexionaba sobre lo que él había dicho: mentiras en los interrogatorios policiales. La cantidad de mentiras que debe de haber en sus archivos. Todo un caudal de poesía, ocurrencias, diversas expresiones de la creatividad humana. ¿Cómo se miente? Mostrándose inocente, por supuesto, pero ¿qué método se elige? ¿Se infravalora uno a sí mismo o se hace valer? ¿Se adorna con pequeños detalles creíbles o, por el contrario, se es lo más escueto y sencillo posible para evitar enredos? ¿Hay historias que se repiten, mentiras estándar que la policía reconoce? «¿Se copian las mentiras de los otros o surgen espontáneamente?», pensé.

Llegamos a Tångevik, y los policías aparcaron al borde de la carretera. Durante el trayecto habían preguntado varias veces si ese era de verdad el único camino.

Les contesté que se podía ir también en barco, pero por tierra ese era el único modo de llegar.

Cuando estábamos bajando la ladera de la montaña para entrar en la arboleda de aspecto selvático del desfiladero, volvieron a preguntar si íbamos por el camino correcto, mirándome con la misma desconfianza con la que lo habían hecho mis hijos, y yo podía leerles el pensamiento: «Troles, extraterrestres y esqueletos. Ya lo creo, en este trabajo te puedes encontrar con todo tipo de seres».

En la playa soplaba más el viento que la vez anterior. Me quedé de pie sintiendo el frío mientras que uno de los policías, el que conducía el coche, se deslizaba bajo las rocas. Era el más joven y aparentemente el que estaba en mejor forma. El otro se quedó dando puntapiés a la arena.

—No hemos tocado nada. Mi hijo volvió a dejar la calavera en donde estaba —dije.

Me acordé de aquel hombre de hielo que hallaron en los Alpes y que trataron con tan poco cuidado, así que Jonatan había recibido estrictas advertencias de no tocar nada.

El policía asintió en silencio. El más joven regresaba ya por el pasadizo. Lo pudimos oír cuando se golpeó la cabeza contra el borde de piedra. Apareció por detrás de la roca inferior, se arrastró por encima de la superficie y luego bajó a la playa con nosotros. Jadeaba un poco a causa del esfuerzo.

—Pues sí —dijo a su colega—. Ella tenía razón. Hay algo ahí.

Después se volvió hacia mí, señaló hacia lo alto del montón de piedras, y dijo:

—En eso sí creo. Fue embrujado.

—¿Van a llevárselo? —pregunté.

El más joven sacudió la cabeza.

—Nos lo llevaremos en otra ocasión. Pero entonces vendremos en barco.

Åse estaba subido a una escalera cogiendo manzanas en el extenso jardín del chalet adosado, ataviada con un suéter de punto y con un fular en tonos rojos atado a la frente. A sus pies había dos grandes montones de manzanas; uno de manzanas sin defectos y otro de manzanas dañadas. Hedda, la hija de dos años de Åse y Anders, estaba al pie de la escalera seleccionando las manzanas que le daba Åse y poniéndolas con el mayor cuidado en el montón correspondiente. Hablaban entre sí en tono bajo y tranquilo. En el huerto florecían aster amarillos y azafranadas junto a hileras de algún tipo de col de hojas rizadas.

Cuando Anders y yo estábamos casados considerábamos que un chalet era un lujo que no nos podíamos permitir. Al menos yo pensaba así. La sola idea de deber un dineral me producía escalofríos, aunque sé que es un error verlo de ese modo. Los ingresos de Åse y Anders no pueden ser más elevados de lo que eran los nuestros. Sin embargo viven aquí, en un jardín maravilloso y en un chalet antiguo, o al menos en la mitad del mismo. Mientras nosotros vivíamos apretados en ese reducido piso de Majorna. Mis hijos y yo seguimos viviendo allí.

Los niños fueron corriendo hacia Hedda y empezaron a cogerla en brazos y a jugar y bromear con ella. Están muy encariñados con su medio hermana.

—Hola —saludé mientras dejaba en el suelo la bolsa de deporte con las cosas de los niños—. Suponía que estaríais aquí. He llamado a la puerta pero no ha abierto nadie.

—Anders está entrenando. Llegará en cualquier momento —dijo Åse bajándose de la escalera—. Hemos pensado que es mejor aprovechar la fruta antes de que lleguen las heladas. Este año hay mucha. Nosotros no sabemos qué hacer con ella. Con esa prepararemos compota —dijo señalando el segundo montón.

«¿A quién se refiere al decir nosotros?», pensé. No podía imaginar que Anders se preocupara de la recolección de manzanas.

Y en ese preciso momento oímos que el coche entraba en el garaje, y enseguida apareció él entre los árboles frutales. Estaba más musculoso desde que había empezado a ir al gimnasio hacía un año. La larga coleta que lleva ahora seguía húmeda aún después de la ducha. Se detuvo y se metió tabaco de mascar debajo del labio superior,

con ese gesto que me resultaba tan familiar. Por un instante sentí una mezcla de amor, deseo y celos. ¿Fue un error separarse? ¿Se me había escapado algo que él tenía?, ¿alguna cualidad que Åse vio y yo no? Ese hombre agradable y musculoso peinado con cola de caballo podría ser mío aún, debería ser mío, lo había sido siempre de algún modo. Pero luego él se acercó, saludó, empezó a hablar, y esa sensación desapareció inmediatamente. Solo era el viejo Anders de siempre. No, no me arrepentía de nada.

Se puso a jugar al bádminton con Jonatan, lanzando bolas duras como piedras que resultaban imposibles de devolver. Cuando Jonatan frunció el ceño fue hacia Max y lo puso cabeza abajo cogiéndolo por los pies. Tan bruto y violento como siempre. Max vomitó una vez después de que le hiciera eso, en otra ocasión Jonatan se dio un golpe en la cabeza con el suelo. Ya lo habían olvidado, tanto los niños como Anders. Jonatan también quería que lo levantara por los pies. Los niños pasaban del llanto a la risa. Lo quieren. Quieren con locura a ese niño grande y bruto que es su padre.

—Vale, pues me marcho. Si vais a la piscina, los bañadores están en la bolsa. Nos veremos el lunes.

Me despedí con un beso, atravesé el jardín para ir a la calle y regresé a la ciudad en el coche. El sol estaba bajo, las ramas de los árboles se doblaban por el peso de las frutas. La temperatura era suave aún, más propia del verano que del otoño.

Después de buscar un buen rato encontré aparcamiento a dos manzanas de la calle donde vivo. Subí las escaleras y abrí la puerta del piso vacío. Había empezado mi fin de semana particular.

Habíamos acordado que los niños se quedaran con Anders cada tres semanas desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana.

En cuanto me divorcié decidí que los fines de semana serían solo para mí, algo que había echado mucho de menos. De casada creía que fuera del matrimonio me esperaba un mundo maravilloso lleno de libertad. Mi matrimonio era aburrido. Anders y yo éramos como hermanos. Manteníamos relaciones sexuales, pero nos referíamos a ellas con expresiones como: «Ha llegado el momento de las obligaciones matrimoniales». ¡Uf! Era muy aburrido. A menudo me enamoraba de otros hombres y me divertía coqueteando de modo inocente con compañeros de trabajo y otros que conocía en cursos y fiestas. «Qué rabia me da estar casada», pensaba. Porque no podía ni rozar con el pensamiento el tema de la infelicidad, Anders me lo habría notado enseguida. Se me da fatal mentir, en especial a él. No se habría puesto celoso, sin duda, pero con su pueril filosofía de la justicia habría dicho: «Pues entonces yo también». Y eso yo no lo habría soportado. Pero estar divorciada era otra cosa.

Al principio disfrutaba intensamente de mis fines de semana en soledad. Tomaba largos baños de sales perfumadas brillantes y colocaba velas en el borde de la bañera. Compraba montones de ropa e iba a distintos sitios con amigas. Por fin estaba

preparada para entrar en ese mundo de pasiones desenfrenadas que creía que me esperaba fuera de los límites del matrimonio. Y descubrí que no existía. Me di cuenta de que los ligues eran solo ligues, nada más, y que los hombres que me atraían de casada estaban tan atados como lo estaba yo por entonces, y tenían las mismas pocas ganas de ser infieles como yo en aquella época. No me enamoré de nadie, a excepción de dos historias pasajeras molestas y tristes que tuvieron lugar los primeros meses después de la separación: una con un compañero de trabajo y la otra con un desconocido en un barco de los que van a Dinamarca. He vivido sin hombres por completo. Al principio lo consideraba una pausa, pero poco a poco fui dándome cuenta de que la vida tal vez iba a ser así, y descubrí para mi sorpresa que no me importaba demasiado.

Así que las pasiones brillaron por su ausencia. Lo positivo del divorcio era algo distinto, algo bastante más banal pero más importante de lo que yo creía. No tener que limpiar lo que Anders dejaba, no tener que convencer, regañar, manipular, transigir. Comprendí cuánto tiempo y energía me quitaba todo eso. Todas esas discusiones innecesarias —no peleas, discusiones— hasta altas horas de la noche y estar muerta de cansancio al día siguiente.

Cuando no discutíamos, veíamos la tele. Dejé de hacerlo por completo cuando Anders se fue. Una vez que se acuestan los niños, me pongo a leer o me dedico a hacer cosas mientras escucho la radio. También he cambiado los hábitos alimentarios. Me he dado cuenta de que en realidad no me gusta el estofado de carne ni las albóndigas, y en cambio me encanta la comida vegetariana y la oriental.

Durante una temporada tuve también una sensación embriagadora relacionada con el espacio. Me encantaba ver las amplias superficies que habían dejado su mesa de escritorio, sus estanterías y esos horribles sofás que eran herencia familiar. Aunque volvieron a ocuparse más deprisa de lo que yo creía.

Anders reaccionó con asombro cuando le propuse el divorcio. No era para tanto, según él. Pero si yo estaba totalmente decidida... Lo más duro sería tener que buscarse otro piso. Él recordaba lo difícil que había sido conseguir el que teníamos y que yo quería mantener, ya que los niños iban a vivir conmigo. Pero tuvo suerte. Enseguida encontró otro en el bloque de al lado, y casi con la misma rapidez otra mujer. Simplemente se dio la vuelta y ahí estaba ella. Me lo describió exactamente así: «Me di la vuelta y ahí estaba».

Sucedió en su trabajo, en el Museo Etnográfico. Él estaba en la tienda del museo, ordenando algunas cosas, y cuando se dio la vuelta ella estaba allí, poniendo postales de máscaras de indios en una repisa. Era la nueva empleada en prácticas, treinta y dos años, aspecto fresco y saludable, acento noruego, pelo moreno y corto, un pendiente con una pluma de indio en una oreja. El espacio que ocupaban las mujeres en su vida estaba vacío, se dio la vuelta, vio a una y el espacio volvió a llenarse. Ahora recuerdo

que se encontraba en la misma situación cuando nos conocimos en la estación de Falköping. Regresaba a su casa después de romper la relación con una chica con la que vivía. Cuando yo aparecí, apenas llevaba un par de horas solo.

Åse me ha contado cómo comenzó todo. Un astrólogo le había dicho que encontraría al hombre de su vida antes de finalizar el año, de lo que ella se alegró mucho. Después de una vida libre y errante, anhelaba echar raíces y tener hijos. El día que estaba colocando las tarjetas de las máscaras de indios en su nuevo trabajo era diecinueve de diciembre, por lo tanto no quedaban muchos días del año y Åse miraba a los hombres con gran expectación. Así que en cuanto entró en el local se fijó en el hombre del chaleco de cuero negro que estaba inclinado buscando algo en un cajón detrás del mostrador. Ella lo miró de reojo todo el tiempo y cuando él se levantó y se volvió, algo enfadado, se encontró con la mirada de ella.

Anders ha contado que enseguida sintió que algo era distinto. (Supongo que por las expectativas que tenía, a ella se le dilataron las pupilas y se ruborizó, señales naturales del cortejo). Él pensó preguntarle por lo que estaba buscando en el cajón del mostrador, pero de repente se olvidó de lo que era. Percibió su bello acento nórdico y supuso que trabajaba allí. Estrechó la mano que ella le tendía, y en ese mismo instante escuchó el sonido suave pero claro que Carlos XVI Gustavo describió como «clic», una descripción que a Anders antes le producía risa, pero que ahora le parecía extrañamente apropiada. «Eso fue exactamente», dijo mientras me lo contaba todo sentado a la mesa de mi cocina. «Fue exactamente así. Solo clic. Pude oírlo de verdad».

Como dos piezas de Lego que se juntan. Una pieza de puzle que encaja en su sitio. Una tecla que se pulsa. Un sonido de culminación. Clic.

La extraña sensación de vacío había desaparecido. Él volvía a tener una mujer. Ella quería vivir, comprar una casa, tener niños con él, y no contra él. Era la llamada de la naturaleza.

Fui a darme una ducha. Lo de los baños no tardé en dejarlo, cuesta demasiado limpiar la bañera. Me puse el albornoz, me senté en el sofá con una taza de té y una manzana del huerto de Anders y Åse, y comencé a revisar mis apuntes. Por la tarde tenía que dar una charla en la biblioteca municipal, y me quedé pensando un momento en las historias de encantamiento que iba a presentar. Suelo elegir «Marcas de arañazos en el alféizar de la ventana» cuando el auditorio está compuesto por mujeres, como en esta ocasión. Cuando hay hombres en el público suelo elegir «El minero».

Fui al ordenador a buscar unas cosas. Tengo seis archivos distintos en los que guardo datos: «¿A quiénes se hechiza?», «¿Quién hechiza?», «El secuestro», «El periodo del secuestro», «La liberación» y «El tiempo posterior». Luego escribí la presentación mediante palabras clave, conecté la impresora y abrí la puerta del armario.

Los días de diario me gusta llevar faldas largas de Indiska y camisetas estampadas de punto, pero en ocasiones como esta evito ponerme ropa de estilo étnico. Mientras que la impresora escupía mi exposición, me probé un traje de un tono indefinido entre marrón y negro, que el vendedor denominó «color topo» por alguna razón que desconozco, y enseguida lo cambié por unos pantalones negros, un polo rojo y una chaqueta de cuero negro. Después me sequé el pelo y me lo recogí en un moño suelto con el fin de dar una impresión tan profesional como femenina. Luego preparé mi maletín, me pinté los labios, me puse el abrigo y mis botines, y me marché.

En todo el mundo existen mitos en los que una persona es secuestrada por un ser sobrenatural que después la mantiene cautiva en un lugar inaccesible.

En griego hay un término, *ninfóleptos*, preso de una ninfa, que puede compararse con el nuestro de «hechizado», pero que también puede significar trastorno mental o estado de éxtasis. En Oriente existe la expresión «atrapado por el desierto», que significa que los *djinns*, los malos espíritus, se llevan a una persona. Los alemanes utilizan la palabra *bergentückt*, pero estos casos se encuentran sobre todo en antiguos cuentos de héroes y se refieren a hijas de reyes a las que algún gigante retiene en cautividad y son liberadas por hombres valerosos. El mito del encantamiento en la forma en que lo conocemos nosotros pertenece a la cultura nórdica.

No es que hubiera mucho público, pero no estaba mal teniendo en cuenta que era un viernes por la tarde. Yo sé bien lo difícil que puede resultar volver a salir al frío otoñal una vez has vuelto a casa tras la jornada laboral, has cenado y te has acomodado en el sofá, llena y satisfecha. Cuesta trabajo. He pensado en ir a muchas conferencias, pero cuando ha llegado el momento no he salido.

El público estaba compuesto sobre todo por las dos categorías más comunes que suelen ir a escucharme: chicas jóvenes a las que les gusta lo nuevo y señoras mayores interesadas en historias locales.

—¿A quiénes se hechiza? —pregunté con elocuencia—. Sin duda, las mujeres y las niñas corren más peligro. Hay periodos en la vida de una mujer en los que está expuesta a ello de un modo especial. Puede decirse que se encuentra en la zona de riesgo poco antes de un rito religioso: el bautismo, la confirmación, el matrimonio, y antes de que la mujer vuelva a la iglesia después de un parto. Una vez que ha realizado alguno de esos ritos está firmemente protegida y puede quedarse tranquila por un

tiempo. Pero incluso los hombres pueden ser hechizados —añadí dirigiendo la mirada a uno de los pocos hombres que había en el local.

Y entonces les hablé del minero que trabajaba en la mina de Persberg en Värmland, una historia que me gusta mucho.

—Antes de bajar a la mina, los mineros solían ir a la fragua a buscar taladros recién afilados. Uno de los hombres tenía la costumbre de quedarse allí. Cuando los compañeros llegaban a la mina, él ya estaba abajo. Suponían que debía conocer algún atajo desde la fragua, pero por mucho que buscaron no encontraron ninguno. Un día decidieron esconderse para ver cómo lo hacía. Miraron por la ventana de la fragua y vieron que el hombre desaparecía directamente por el suelo macizo de la fragua y bajaba a la mina a través de la montaña. Entonces comprendieron que era un encantamiento. Cuando le preguntaron al hombre acerca de ello reconoció que fue hechizado una vez mientras trabajaba en la mina. Estuvo en el lugar más profundo de la montaña, donde había mujeres hermosas y música agradable. Luego tuvo que regresar, y ahora trabajaba en la mina como de costumbre. Pero era evidente que la gente de la montaña seguía teniéndole respeto. Lo vieron caminar sobre las aguas del lago varias veces. Llamaron a una mujer sabia para que rompiera el hechizo, y lo único que consiguió fue que el hombre no caminara sobre las aguas sino que se hundiera hasta las rodillas, de modo que se sumergía en ella como si fuera nieve compacta. Según el encargado de la mina que contó la historia, era muy curioso de ver; aunque el hombre no pudo a hacerlo muchas veces más. Poco después se adentró en el lago y nunca volvió.

(Me encanta lo de sumergirse a medias, como si solo estuviera hechizada la mitad de su cuerpo. Y es muy probable que la situación no le resultara nada satisfactoria, ya que él prefirió volver con los troles. Puedo verlo ante mí, luchando por avanzar, con el agua salpicándole las piernas, en el mismo lago sobre el cual acababa de pasear con tanta facilidad).

—También hay casos en los que grupos de personas han sido hechizados —continué—. Por ejemplo, séquitos de bodas. En el camino hacia la iglesia no solo se encantaba a los novios, sino también a todo el séquito, caballos y carros inclusive. En Mösseberg supuestamente le ocurrió a toda una artillería. Pero ese tipo de encantamientos masivos son más bien raros. No solo las personas son encantadas, por cierto. Según otras leyendas, las montañas están llenas de vacas, terneros, bueyes, ovejas y cabras secuestrados por duendes.

Una señora de la tercera fila movió la mano enérgicamente solicitando formular una pregunta. Aunque en realidad no quería preguntar nada, sino que quería contar algo. Siempre ocurre en mis conferencias sobre encantamientos. Los asistentes quieren contar cosas. Los mayores han oído a menudo tales historias en su localidad y, como

las narraciones de encantamientos se parecen mucho entre sí y una lleva a la otra, suelen decir: «Eso me trae a la memoria...», etc. Ella contó la historia de un becerro embrujado. Dejé que hablara un momento, luego la interrumpí, tal vez de un modo algo brusco; resumí su relato en unas pocas frases y logré entrelazarlas con la parte siguiente de mi charla, que trataba del hecho del encantamiento en sí.

—Por lo general, es una parte oscura de la historia —dije—. Los hechizados que regresan tienen dificultades para describir lo que ha sucedido. En un instante estaban aquí, al siguiente allí. No se menciona ningún camino para llegar. Más bien que de otro sitio, parece que se tratara de una dimensión distinta.

Luego hablé de la liberación y logré incluso relacionar el tema con lo que contó del ternero la señora de la tercera fila. Ella parecía satisfecha, pero a una parte del público los notaba un poco decaídos y entonces me pareció que había llegado el momento de «Marcas de arañazos». Pertenece a un género propio dentro de la mitología del embrujamiento: las historias de bigamia.

—En el municipio de Berg vivía un matrimonio —dije mientras me retiraba de la cara un mechón suelto de pelo—. La mujer tuvo un hijo. Pocos días después, cuando ella estaba cuidando las vacas, salió un trol del bosque y se la llevó. Cuando el marido volvió a casa encontró al niño llorando y gritando en la cuna, pero la mujer había desaparecido. Esperó, pero ella no volvió ese día ni al siguiente. Después de pasar un año sin su mujer, el hombre volvió a casarse.

»Una noche, el niño, el hombre y su nueva esposa estaban cenando. En ese momento se oyeron unos golpes en la ventana. —Hice una breve pausa—. Cuando el hombre miró hacia allí, vio a su primera mujer. «¡Déjame entrar, deprisa! ¡Me he escapado del trol!», gritó. El hombre hizo ademán de levantarse para abrirle la puerta, pero la nueva esposa lo sujetó y se lo impidió. Mientras él intentaba soltarse, fuera se oyeron ruidos y un gran alboroto. «¡Ya vienen, ya vienen! ¡Ábreme deprisa!», gritó la primera mujer, pero el hombre no podía llegar hasta la puerta porque su nueva esposa se le había colgado al cuello y no podía desprenderse de ella. Entonces se oyó un estruendo terrible. La primera mujer gritó y toda la casa tembló.

»El hombre no se atrevió a salir hasta la mañana siguiente. Vio rastros de sangre y diez marcas de las uñas de la primera mujer en el alféizar de la ventana. Había intentado agarrarse, pero el trol había tirado de ella y se la había llevado. Ella no volvió, pero sus huellas siguen allí, en el alféizar.

La historia produjo el efecto previsto en la audiencia. La mayoría se espabiló. Se oyeron rumores entre las filas de asientos.

—Hay variantes aún más jugosas, con charcos de sangre junto a la ventana y arroyos de sangre por el camino que va a la montaña, pero a mí me gusta más lo del rastro de arañazos —añadí.

Luego hablé del «después» de los que lograban regresar tras un embrujamiento.

—Suele describirse a los que vuelven como personas indecisas, raras, mareadas. Algunos adquieren taras físicas, como cojera, sordera, mudez, estrabismo o tics en el rostro. Otros parecen salir ilesos y regresan a su vida normal, pero al poco enferman de un mal inexplicable y mueren. Los casos en los que los embrujados no han sufrido efectos suelen referirse a niños. Los animales que han sido embrujados enflaquecen y a las vacas se les seca la leche. Pero también ocurre lo contrario —dije haciéndole un gesto a la señora de la tercera fila—. Hay terneros que engordan y vacas que producen diez veces más leche.

Un joven que llevaba una camisa de franela levantó la mano.

—¿La gente creía en esas cosas? Me refiero a si se lo creía de verdad —inquirió.

—Buena pregunta —respondí—. Supongo que se lo creía y no se lo creía a la vez. Que podía haber distintas explicaciones para una desaparición, una mística y otra realista y que, en ambos casos, cuando la explicación realista era demasiado dolorosa, preferían la mística. De modo consciente o inconsciente.

—¿A qué te refieres? —preguntó el joven de la camisa de franela.

—Imagínate a una mujer que tiene muchos hijos. Va al bosque a por bayas y se lleva a los más pequeños porque no tiene dónde dejarlos. Está ocupada recogiéndolas, tiene que coger todas las que pueda antes de que anochezca, y cuando levanta la vista ha desaparecido uno de los niños. Se pone a buscarlo, los otros niños también, pero no aparece. La idea de que el niño se haya escapado y pueda morir de hambre en el bosque por no haberlo cuidado bien le produce mucho remordimiento. Sería más soportable que algún ser extraño se lo hubiera arrebatado. Esa es la explicación que va a dar, aunque luego encuentren al niño, debilitado y delirante por el hambre y el susto.

»La mayor parte de las desapariciones son tan trágicas y el remordimiento influye tanto que la gente está dispuesta a aceptar cualquier explicación. Mujeres solteras embarazadas que se ahogan, sirvientas maltratadas que huyen al bosque, niños abandonados. A nadie le interesa que se descubra el verdadero motivo, haría añicos a la comunidad. Es mejor echarle las culpas a una fuerza externa, a la magia.

Miré de reojo el reloj de pulsera que me había quitado y había dejado sobre la tribuna, junto a mis notas. Me quedaban diez minutos. En realidad tenía previsto terminar poniendo la grabación de una entrevista que había hecho, pero la señora de la tercera fila hacía señas con impaciencia y decidí terminar con una ronda de preguntas. Antes de eso, volvió a engañarme.

—Quería saber qué ocurre realmente con los animales embrujados, porque donde yo vivía había un cerdo... —dijo.

Y así inició un relato que, de un modo hábil e imperceptible, derivó en tres o cuatro historias más, todas sobre animales. La dejé continuar, agradecida por esa sencilla conclusión de mi charla, que había resultado algo más pesada de lo previsto.

Habló unos minutos, luego le di las gracias y todo acabó.

Cuando me dirigía a la salida, atravesando el auditorio vacío y en leve pendiente, me di cuenta de que se había quedado un hombre. Estaba sentado al fondo, cerca de la puerta. Llevaba un chándal de color azul brillante y no tenía el aspecto habitual de mis oyentes. Me saludó inclinando la cabeza, como si ya nos conociéramos, y entonces vi que era el policía que iba sentado en el asiento trasero cuando fuimos a Tångevik y yo les indiqué dónde estaba el esqueleto.

Dejó su asiento y fue hasta el pasillo a mi encuentro con la mano extendida. Me pasó el portafolio a la mano izquierda y lo saludé.

—Jan-Erik Liljegren, el policía, ¿te acuerdas de mí? Acabo de aprender muchas cosas —dijo.

—¿Has venido a escucharme? —pregunté.

Me parecía raro que los policías no se hubieran puesto en contacto conmigo. Creía que iban a preguntarme algo más, aunque yo tampoco tenía mucho que contar. A pesar de todo, yo o más bien mi hijo habíamos encontrado el esqueleto de una persona. Y cuando se lo mostré apenas me dieron las gracias y ni siquiera volvieron a llamarme por teléfono. Pero ahora el tal Jan-Erik Liljegren aparecía en mi conferencia como si fuera Colombo.

—También podrías haberme localizado en mi domicilio —añadí escuetamente.

—Ah, sí. ¿Un interrogatorio? No, de eso nada, no estoy de servicio. Simplemente he venido al centro, he entrado a leer los periódicos y he visto en un cartel que ibas a dar una charla aquí. Hablaste bastante del mismo tema la última vez. Fue interesante.

—¿Habéis averiguado algo más de ese esqueleto? —pregunté.

—Un poco quizá. Pero oye, aquí van a cerrar. ¿No podríamos ir a algún sitio a hablar? ¿O tal vez tienes prisa por volver a casa con los niños?

—Hoy no. Están en casa de su padre.

—¡Ah! Bueno, pues entonces vayamos al Mickey's Inn.

—¿Qué es eso?

—Un sitio al que voy cuando vengo por aquí y en el que sirven cerveza barata. Creo que están empezando a impacientarse. Vámonos que quieren cerrar.

Fui a recoger mi abrigo y salimos a la oscuridad del otoño. Como es habitual los viernes por la tarde, había muchos jóvenes que iban y venían en pandilla a lo largo de la avenida. Coches con las ventanillas bajadas que, al pasar, dejaban oír una música estridente. Después de veinte minutos estábamos en Mickey's Inn, un bar con un grave problema de identidad. No pude decidir si parecía una cocina rústica inglesa, un refugio alpino suizo o un cobertizo de la provincia de Bohuslän. Pero la cerveza era realmente muy barata. Pedimos una cada uno y nos sentamos junto al ventanal. Jan-Erik me contó que vivía en Tjörn pero viajaba a Gotemburgo de vez en cuando.

—Me gustaría venirme a vivir aquí, pero mi mujer y mi hijo viven allí arriba, y yo

no quiero estar demasiado lejos de ellos —dijo—. La familia, no hay nada tan importante como la familia. Volver a casa del trabajo y verlos, abrazar a tus seres queridos, cenar con ellos, oír su respiración cuando duermen —añadió suspirando.

—Es normal que quieras vivir con tu familia. ¿Por qué no ibas a hacerlo? —dije con asombro.

—Porque ella me ha echado. Verás, investigamos el caso de un muchacho que tuvo que irse de ese modo. ¿Sabes lo que hizo? No, no lo sabes porque no se ha escrito ni una palabra de ello en los periódicos. Un muchacho completamente normal, trabajador por cuenta propia, entrenador de voleibol juvenil. Se encerró él solo once días en una casita de verano. Luego cogió un rifle de cazar alces, fue a casa de su mujer y les disparó a todos. Primero a los niños en las camas, luego a la mujer en la escalera y por último a sí mismo. No he visto nada peor. Entonces no lo entendí, solo sacudí la cabeza, pero ahora lo comprendo totalmente. ¡Totalmente!

Levantó la mano en un gesto tan violento que estuvo a punto de tirar un pato de porcelana que había en el ventanal.

—Pues yo no.

—No, creo que las mujeres no entendéis lo mal que se pasa. «Hola, esto ya no es divertido, no nos entendemos, ¡lárgate!». Claro que comprendo a ese muchacho, joder. La familia es sagrada. No algo que se disuelva de ese modo.

De pronto pensé que era una suerte que Anders no tuviera licencia para cazar alces, pero no conseguí relacionar esa idea con él. También traté de imaginar que Anders me hubiera echado cuando los niños eran pequeños y yo seguía estando enamorada de él, pero no podía ni pensar que por ese motivo yo hubiera matado a mis propios hijos con un rifle de caza.

—No entiendo nada en absoluto —dije.

—Porque eres mujer.

—Será por eso. Muchos hombres se sostienen sobre tres pilares: la familia, el trabajo y la tele. Si se retira uno de ellos se caen —dije reflexionando. Y se me ocurrió una idea—: ¿Tiene ese muchacho algo que ver con el esqueleto?

—¿Qué? No, eso es algo antiguo.

—Entonces ¿es un cavernícola?

—Bueno..., no, tampoco *tan* viejo.

—¿Tenéis idea de quién puede ser?

—No del todo, pero estamos relativamente seguros. Puede tratarse de una persona a la que buscaban hace muchos años. Kristina Lindäng. Yo no estaba aún en la policía.

—¿Cuándo desapareció? —pregunté.

—Denunciaron su desaparición en mil novecientos setenta y dos. Y nadie la ha encontrado. Por ahora.

El corazón me dio un vuelco.

—Conocí a una familia cuya hija también desapareció ese año —dije—. La encontraron en la misma playa. ¿Crees que pueda haber alguna conexión?

—Nunca se sabe, es posible. Pero hace tanto tiempo que ya apenas puede averiguarse nada. Es un lugar peligroso. Debajo de la roca hay una especie de pasadizo y si se avanza demasiado por él puedes quedarte atrapado. No deberías dejar que tus hijos jueguen allí.

—No los vi cuando se metieron —dije.

—Los chicos se mueven a su manera —masculló Jan-Erik mirando por la ventana con tristeza—. Cuando he llamado hoy a mi hijo apenas tenía tiempo de hablar conmigo. Se iba a montar en monopatín. En fin, pidamos otra cerveza.

Pensé que tendría que irme a casa, pero en realidad también podía quedarme, y eso hice. Estuvimos en Mickey's Inn hasta que cerraron.

—Mi autobús ha salido ya —dijo Jan-Erik—. ¿No tendrás un sofá libre en casa?

—Mi sofá está lleno de montones de papeles y de libros —respondí.

—¿Cosas sobre el mito del encantamiento? Sí, me lo imagino. Y lo del autobús tendría que haberlo pensado antes, es cierto. Pero tiene solución.

—¿Seguro?

—Claro que sí.

Al llegar a casa saqué las cosas de mi maletín. Metí la cinta en el radiocasete del dormitorio. Una vez me hube lavado y cepillado los dientes, me solté el pelo y me acosté. Alargué el brazo, puse en marcha el reproductor y apagué la lámpara.

Esa cinta es muy especial para mí. Es una grabación que le hice a la única persona que conozco que dice haber sido hechizada. Una mujer de noventa y dos años que conocí en una residencia de ancianos de Sollefteå en 1987. Había recibido información sobre ella anteriormente, pero me llevó más de un año seguirle la pista y estuve sufriendo pensando todo el tiempo que se moriría antes de que pudiera localizarla. Cuando por fin la encontré parecía reacia a hablar al principio, aunque sí lo hizo después de un rato. No fue muy locuaz, pero su historia tiene para mí un valor incalculable al tratarse de un relato contado en primera persona. Falleció pocos meses después de mi visita.

Ahora estoy tumbada a oscuras, cansada y bastante borracha, escuchando esa vieja voz cascada.

—Sí, fui atrapada de pequeña. —A menudo se utiliza esa expresión en vez de hechizada—. En realidad, no hay nada de qué hablar. No me acuerdo de nada. Tenía cinco años y estaba con mi madre recogiendo bayas. Estuve tres días desaparecida. Me lo han contado. No sufrí ningún daño. Siempre he tenido buena salud, me siento igual que los demás. Pero al llegar a la mayoría de edad me quise ir del pueblo. No me gustaba que los otros supieran lo que me había sucedido. Muchas personas han sido

hechizadas. No suele hablarse de ello, pero lo veo en sus ojos. «Vaya, otro más», pensamos, aunque no decimos nada. No somos peor que otros por ello. Me casé y tuve hijos. He tenido una buena vida. No se lo he contado nunca a mi marido ni a mis hijos. Se habrían reído de mí. A veces, cuando me sentía rara, pensaba que se debía a eso. Pero intento no pensar en ello. Creo que en la actualidad no se llevan a nadie, al menos por aquí. Creo que en otros sitios tampoco.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ahora hay televisión y esas cosas.

—¿De qué manera ha influido la televisión en los encantamientos?

—Eran otros tiempos. Lo de que te atraparan... tenía relación con tiempos pasados. Esas cosas ya no pasan.

—Dice que no recuerda nada del encantamiento. Entonces ¿cómo puede saber que ha ocurrido?

—No es que se recuerde, se sabe que ha ocurrido.

—Pero ¿se lo han contado otros?

—Me han contado que estuve desaparecida.

—A lo mejor podría haberse perdido y haber estado vagando por el bosque durante tres días.

—Estaba totalmente seca, a pesar de que había llovido sin cesar. Y no quería comer porque, según decía yo misma, me había alimentado hacía un momento. Me dieron un plato de avena con arándanos y solo probé una cucharada, tan llena estaba. ¡Después de tres días!

—¿Y no puede ser que alguna persona buena cuidara de usted?

—No se trataba de personas, no lo creo.

—Así que ¿no duda que estuviese con troles?

No se oye bien la respuesta a causa de las risas de fondo.

—Pero no por ello soy peor persona.

Eso es todo. Rebobiné la cinta y volví a ponerla una vez más. Puedo oírla todas las veces que quiera.

El pasado tiene distintos niveles.

El año pasado. Reciente, pero no del todo. Irritante y triste, como el periódico del día anterior y el pan duro.

La década pasada. Ridícula, anticuada, vergonzosa.

Pero si seguimos descendiendo por el pozo del tiempo, el carácter del pasado cambia en algún punto entre la segunda y la tercera década. El lodo ha caído y ha dibujado formas.

¿Dónde vi a los Gattman por primera vez? Probablemente en la playa.

No había ninguna playa extensa por esa zona, raramente las hay en Bohuslän, pero la costa está llena de calas que pueden ser muy distintas entre sí. Hay calas de arena gruesa color mostaza, calas de arena blanca y conchas marinas finamente molidas cuyo polvo seco se adhiere a la piel, calas de barro maloliente y calas llenas de grandes conchas de mejillones.

Solíamos bañarnos en una de las dos pequeñas calas de arena amarillenta, situadas debajo de la casa de los Gattman, que estaban entre un montículo y su embarcadero. Las llamábamos Playa de la Mañana y Playa de la Tarde según el momento en que las iluminaba el sol.

Ellos solían venir a eso de las once. Bajaban el montículo por la escalera de hierro fundido, vistiendo camisetas de rayas horizontales y sombreros. Luego se sentaban con sus mantas, sombrillas, cestas, libros, periódicos y juguetes. Los niños mayores saltaban y se zambullían en el agua. Anne-Marie, que era la menor, jugaba en la arena. Los adultos leían.

Ejercían un fuerte atractivo sobre mí. Cuando comían lo que llevaban en la bolsa, me sentaba cerca y los miraba. Comían rebanadas de pan con miel y bebían zumo de manzana, ambas cosas nuevas para mí, que no había probado nunca la miel ni bebido zumo de manzana. Me parecía que comieran oro. Karin, la madre de Anne-Marie, me preguntó si quería probar un poco, pero no me atreví. Eso fue el primer verano. Entonces yo debía de tener cinco años.

El almuerzo «dorado» es uno de los primeros recuerdos, pero igual de temprana y más fuerte aún es la imagen de la estrella de mar. Me la mostró el abuelo de Anne-Marie, Tor Gattman, profesor de Historia de la Literatura. Llevaba un pañuelo atado con cuatro nudos cubriéndole la cabeza de escaso pelo. Estábamos de pie en el agua, él llevaba la estrella de mar en la mano, le dio la vuelta y vimos miles de pequeñas patas que se movían. Nos contó cómo vivían y nos mostró dónde estaba su boca. Aquel señor tenía al hablar un suave y agradable acento de Escania. En realidad, al principio no hablaba conmigo sino con Anne-Marie, pero cuando vio que yo estaba al lado escuchando y mirando se volvió hacia mí y, con toda naturalidad, sin interrumpir la narración, extendió la mano con la estrella de mar y me habló. «Sí, como habrás comprendido...», dijo con esa voz suave y gutural, y entonces descubrí que ¡era a mí a quien decía esas palabras! Era lo más maravilloso que me había ocurrido.

No pude responder. Que alguien de esa familia se dirigiera a mí era ya suficientemente importante. Me limité a quedarme de pie y dejar que cayeran sobre

mí como polvo de oro.

A partir de ese día alimenté el sueño de que Anne-Marie fuera amiga mía. ¿Por qué era solo un sueño y no algo ineludible? Teníamos la misma edad, no vivíamos lejos una de otra, nos bañábamos en la misma playa. Pero para mí ella era inalcanzable. Me resulta muy difícil explicar por qué sentía eso. Yo era aseada, estaba sana y bien formada, mi padre era dentista, no éramos peores personas en ningún sentido.

Soñé con Anne-Marie durante todo el primer verano. La veía aquí y allá, en la playa, al lado de los buzones de correos, en la tienda. Era delgada, tenía el pelo rubio y corto y las pestañas y las cejas más oscuras. Se parecía un poco a Tatum O'Neal en la película *Paper Moon*. Siempre se ponía muy morena en verano. Ella decía que tenía piel de india. Esa bonita combinación de dorado y oscuro la había heredado de su padre, el escritor Åke Gattman. Su hermano Jens lucía el mismo tono de piel y cabello que ella. Las niñas mayores eran más parecidas a Karin, pelo oscuro y sutiles pecas. Anne-Marie tenía un gracioso hueco entre los dientes incisivos que mantuvo incluso cuando le salieron los nuevos.

No hablé con ella hasta el verano siguiente. Estábamos en la tienda. Era un lugar fresco y oscuro y olía de un modo muy especial. Seguía habiendo trabajo en el campo: los tractores paraban en la puerta y los agricultores entraban con las botas llenas de barro que olían a estiércol. Algunos veraneantes llevaban gorra de marinero y un pañuelo al cuello. Los que estaban detrás del mostrador corrían de un lado a otro en busca de artículos, a veces entraban de prisa en el almacén o salían corriendo de la tienda y bajaban al sótano. Hablaban con los clientes sin parar y estos que esperaban hablaban entre sí. Para los que habían pasado toda la semana con sus padres en una casita de verano era tan emocionante como una función de circo.

Los Gattman estaban en la tienda. Mi madre me dio un helado y me dijo que esperara fuera. Me senté en la escalera. Anne-Marie permanecía sentada allí con su sombrero calado, de color caqui, dándole helado a un perro salchicha de pelo corto que tenían.

—¿Cómo se llama el perro?

—Lila.

—¿Puedo acariciarla?

—Sí, si ella quiere.

Esas fueron nuestras primeras palabras.

Siempre recuerdo las primeras palabras de las personas que han significado algo para mí. Anders dijo: «Qué raro huele aquí dentro». Fue en la sala de espera de la estación de Falköping, donde estaban sellando las puertas con masilla. Fue el comienzo de una conversación muy interesante que continuó durante tres horas en el tren y luego siguió nueve años más. Cissi, que actualmente es mi mejor amiga pero entonces era una completa desconocida, estaba sentada en un café, se volvió hacia mí, miró a

Jonatan, al que yo estaba amamantando y era casi un recién nacido, y me preguntó: «¿Vale la pena tener hijos?».

Anne-Marie y yo seguimos hablando del perro, mientras los helados se derretían y goteaban sobre los desgastados escalones de piedra.

—Le encantan los helados, también los bizcochos —explicó Anne-Marie.

En esa ocasión no hablamos mucho más, y después volvimos a casa desde la tienda, cada una a la suya.

Pero un día sucedió algo. Vimos un perro salchicha de pelo corto corriendo de un lado a otro por delante de nuestra valla, olisqueando. Era Lila que se había escapado. Mi madre le ató una cuerda al collar y la llevamos a casa de los Gattman.

Entramos en la parcela y miré con ojos de asombro el trapecio y el columpio que colgaba de los viejos robles.

En una rama había una cabaña de tablones de madera a la que se podía acceder por una escala colgante de cuerda. Al fondo había un barco pirata hecho de tablas viejas, con cubierta y puente de mando, velas raídas y una bandera con una calavera y unas tibias cruzadas en el mástil.

En la parte más abrupta de la parcela había dos casitas con las paredes marrones y los marcos de las ventanas verdes, igual que los de la casa principal. Más tarde sabría que una era la de invitados y la otra, la cabaña donde Åke escribía.

Todo eso lo había visto desde la calle cuando pasaba por allí, pero ahora estaba dentro. Cuando pasé junto al columpio, extendí la mano y toqué con cuidado una de las cuerdas, casi con devoción.

Lila empezó a tirar de la correa. Mientras íbamos hacia allí se había ido deteniendo a olfatear todo el tiempo. Cuando ya estaba en su territorio le entró prisa de repente. Se puso a brincar sobre sus cortas patas, y las orejas le botaban mientras subía los escalones de troncos con mi madre corriendo detrás.

Anne-Marie estaba de pie sobre una roca plana que había a la salida de la casa, moviendo un palo dentro de una vieja y oxidada tina de lavar la ropa. Nos miró con gesto serio por debajo del ala del sombrero caqui, sin dejar de mover el palo. Me puse al otro lado de la tina y vi que estaba llena de agua y largas tiras de algas.

Lila se soltó de la cuerda que llevaba mi madre y entró en la casa corriendo. Karin apareció al otro lado de la puerta y miró por encima de sus gafas. Mamá le dijo que habíamos encontrado a Lila en nuestra finca. Karin no parecía estar especialmente preocupada. Dijo que Lila solía irse por ahí y volver a casa cuando estaba harta de aventuras. Mi madre tal vez esperaba algo más de agradecimiento por haber traído a la perra que había huido y haberla llevado hasta allí. Se despidió de un modo algo brusco y me cogió de la mano para que nos marcháramos.

Entonces Karin nos preguntó si queríamos quedarnos a comer arándanos con leche. Los había recogido esa mañana. Mamá le dio las gracias y luego se excusó diciendo que

tenía algo que hacer en casa.

—Pero tú tal vez quieras quedarte a jugar con Anne-Marie —dijo Karin dirigiéndose a mí.

Miré a Anne-Marie, que asintió entusiasmada. Miré a mi madre, que accedió con gesto vacilante.

Mi madre se marchó y yo me quedé. La vi bajar la escalera de troncos, cruzar la parcela y desaparecer por el camino. La situación me parecía irreal. Me volví hacia Anne-Marie.

—¿Qué haces?

—Chocolate —dijo Anne-Marie muy seria—. Si se remueve mucho tiempo se vuelve chocolate.

Me quedé mirando las algas que se arremolinaban y creaban formas raras alrededor del palo que las hacía girar. Yo sabía que eran algas marinas, algas y agua enmohecida, y que nunca se podrían volver chocolate. Al mismo tiempo me creía lo que decía Anne-Marie, que podía ocurrir un milagro y que las algas se convertirían en chocolate. Me lo podía imaginar y fantaseaba con que las bandas verdes se disolvían y su color se volvía marrón claro. Percibía el olor. Solo había que darle vueltas y vueltas. Cogí una rama partida y la ayudé.

Anne-Marie me lanzó una mirada firme y escrutadora desde la sombra del ala de su sombrero que me hizo sospechar que se estaba formando una idea de mí.

—Tenemos que remover más tiempo —dije.

Pero antes de que las algas se volvieran chocolate salió Karin y me preguntó si quería comer arándanos con leche. Contesté que sí y entramos en la casa.

Me senté a la mesa de la cocina enfrente de Anne-Marie y comimos en silencio los arándanos, que se veían como pequeños círculos compactos flotando en la leche. Nos examinábamos de vez en cuando. Ella usaba el sombrero de tela incluso dentro de casa.

Ese día todo parecía especial, hasta el tiempo. Estaba nublado, pero la temperatura era cálida y el ambiente tranquilo. El mar tenía un color gris. Los geranios de la ventana despedían un agradable olor a limón.

Karin estaba en el porche escribiendo a máquina. Su sonido entraba en nuestro silencio a través de la puerta abierta. Las teclas eran pulsadas a veces a gran velocidad. Otras más lentas, vacilantes, como las últimas gotas de lluvia de un chaparrón, y luego el golpeteo cesaba por completo. Después de medio minuto de silencio, llegaba otra vez una cascada estrepitosa. Reaccioné ante ese ritmo extraño, tan distinto al goteo monótono que producía la secretaria en el consultorio de mi padre.

Las puertas de los armarios de la cocina estaban pintadas en un color azul maravilloso que parecía que cambiaba de intensidad. Desconozco el nombre de ese tono. No he vuelto a verlo nunca más.

Yo iba cogiendo con la cuchara las bayas que flotaban y me las iba comiendo lentamente, escuchando, mirando a mi alrededor.

«Ahora estoy aquí», pensaba.

Cuando disminuyó la euforia inicial, me entraron ganas de volver a casa y de ser libre de nuevo. Tenía sentimientos encontrados en mi relación con la familia Gattman. Los veía inalcanzables, completamente distintos a mí, y a la vez notaba que ese era el lugar al que yo pertenecía.

Subimos al cuarto de Anne-Marie. En la primera planta estaban las habitaciones de los abuelos paternos. Desde allí, por una empinada escalinata, se accedía a la buhardilla, donde se encontraban las habitaciones de los cuatro hijos. Las niñas mayores, Lis y Eva, compartían una muy amplia. Anne-Marie y Jens tenían cada una la suya. En el recorrido por ellas se oía el crujido del suelo al caminar.

No dispusimos de mucho tiempo para jugar. Más que nada nos dedicamos a mirar las cosas, como se suele hacer la primera vez que vas a la casa de alguien. Me puse a hurgar en su cajón de juguetes, exclamando todo el tiempo: «¡Oh, qué bonito!». Y Anne-Marie, sentada en la cama, con las piernas cruzadas y el sombrero calado hasta los ojos se reía diciendo: «¡Bah!, solo son cosas viejas».

Cuando mi madre fue a buscarme acabábamos de empezar un juego y yo no me quería ir. La solución fue que Anne-Marie nos acompañó y se vino a nuestra casa. Jugamos hasta última hora de tarde.

Me acosté cuando ella se marchó, aunque no me podía dormir. Rememoraba mentalmente nuestro encuentro del mismo modo que en momentos posteriores de mi vida recordaría las citas amorosas. Revivía un momento tras otro como a cámara lenta. A veces me recreaba en una imagen que dejaba fija en mi mente durante un buen rato antes de volver a girar el rollo de la película. Tuve que hacerlo varias veces hasta que logré tranquilizarme y dormir. Algunos acontecimientos son tan importantes que la impresión que nos producen no cabe en el espacio de tiempo en el que acontecen. Simplemente requieren de ese tiempo extra para recrearnos en la sensación.

A partir de entonces, nos vimos y jugamos juntas día tras día durante todo el verano. Anne-Marie se convirtió en mi mejor amiga de esas vacaciones, pero nunca fue algo cotidiano ni evidente. Ella siguió manteniendo su brillo, ese brillo dorado de miel y de zumo de manzana.

Nuestra casa de vacaciones se construyó durante el otoño de 1960 y estuvo lista para mudarnos el verano de 1961. Estaba en un terreno llano, pero bajo la capa de tierra fina había roca pura y dura, por lo que mi padre tuvo que proveerse de grandes cantidades de mantillo para que creciera hierba y así poder cultivar plantas y arbustos. Recuerdo el tractor que descargaba montones enormes de humus pardo y oloroso, las lombrices que se retorcían al salir y los fragmentos misteriosos y diminutos de porcelana azul y blanca, cerámica y cristal cuyos destellos se veían por todos lados. Cuando la tierra estaba amontonada daba la impresión de que si se desparramaba por la parcela nos ahogaría a todos. Después, al extenderla y aplanarla, se absorbía como por arte de magia. Seguramente resbalaba y se metía en la roca por grietas y cavidades desconocidas. El terreno permanecía tan árido y pobre como antes y había que encargar otro cargamento de tierra. Y esa también se hacía invisible poco a poco. Parecía que la montaña se tragara la tierra.

Ese primer verano las manos de dentista de mi padre, por lo general blancas e impecables, estaban siempre manchadas de tierra. Luchaba con la pala, la carretilla y la apisonadora manual que había alquilado para alimentar la yerma parcela. Pero nuestro terreno era como esas personas delgadas que pueden comer cualquier cantidad de comida sin aumentar de peso. No se adhería nada a él.

Al final, el proyecto empezó a no ser rentable económicamente. Mi padre no quería parecer obsesionado, así que el suelo se quedó como estaba. El resultado fue un jardín con plantas resistentes y sencillas. Las especies previstas podían permanecer en el boceto, y yo no llegué a ver nunca cómo eran en realidad esas plantas de nombres exóticos: primula tibetana, lirio azul de África, rododendro blanco, *Arunais aethusi folius* (o barba de cabra enana) y heliotropo azul oscuro.

El primer verano lo recuerdo como «el verano de la tierra». El montón de tierra fragante al que yo intentaba subirme. Mi «trabajo» consistía en imitar a mi padre cavando con mi pequeña pala amarilla y aplanando la tierra con un pequeño juguete que giraba, hacía ruido al pasar y tenía ciertas similitudes con una apisonadora.

El segundo verano lo recuerdo como «el verano que me hice amiga de Anne-Marie».

Hasta entonces yo había sido una niña bastante solitaria. No tenía hermanos. Más tarde supe que mi madre hubiera querido tener más hijos, pero a mi padre le parecía que bastaba conmigo. Ya había tenido suficiente aumento de natalidad y falta de espacio durante su infancia. En nuestro apartamento adosado de la ciudad e incluso después, cuando nos mudamos al chalet, siempre hubo una habitación que no utilizaba nadie. Durante mucho tiempo pensé que ese cuarto estaba destinado a futuros hermanos menores. Creo incluso que mi madre me dijo en alguna ocasión que ella también albergaba esa esperanza, pero mi padre simplemente quería tener una habitación adicional. Tener una habitación de sobra era el mayor de los lujos. La llamábamos la «habitación de invitados», pero nunca se utilizó como tal.

Mi padre raras veces hablaba de su niñez y no sé mucho de la misma. Nació en un pueblo pequeño de Norrbotten. Su padre era alcohólico. De mi abuela tengo una imagen difusa. Estaba enferma, creo que físicamente pero es probable que también psíquicamente. Tal vez, las condiciones de vida eran tales que o se volvían alcohólicos o enfermos psíquicos; o duros como el hierro, como mi padre. A él, de pequeño, se lo iban pasando de un familiar a otro, al parecer todos ellos inapropiados y, cuando ninguno quería tenerlo, se iba a vivir con su padre, que bebía y lo maltrataba. La madre estaba por entonces totalmente fuera de escena. Debió de resultarle un esfuerzo sobrehumano salir por sí mismo de esa situación, sin el apoyo de nadie, estudiar a la vez que trabajaba, sacarse el bachillerato y entrar en la Facultad de Odontología de Lund.

Eso no hubiera sido posible sin el programa de la socialdemocracia, con escuelas nocturnas y una educación universitaria gratuita, por lo que es de suponer que mi padre debía de simpatizar con ese partido. Sin embargo, odiaba a los socialdemócratas como a la peste. Los asociaba a los trabajadores, a los trabajadores los asociaba con la pobreza y a la pobreza con el infierno de su niñez. Aunque por lo general tenía un lenguaje excesivamente refinado, podía escapársele un despectivo «esos cabrones» cuando se refería al movimiento obrero. Consideraba que él mismo era su propio movimiento. Había nacido de la nada por sus propios medios y no quería que le recordaran lo que había dejado atrás.

Mi madre procedía de una familia silenciosa. Mi abuelo trabajaba de camarero en un restaurante, mi abuela de criada y camarera. Tenían las características típicas del personal de servicio: tranquilos, sigilosos, invisibles. El piso donde vivían mis abuelos estaba lleno de telas, alfombras suaves, almohadones y gruesas cortinas que absorbían el ruido de sus pasos y sus voces. Mi madre era hija única. Decía a menudo que cuando era pequeña anhelaba tener hermanos, pero nunca la escuché que hubiera querido tener muchos hijos, aunque pienso que sí le hubiese gustado. Fue ama de casa hasta que empecé la escuela y luego retomó su profesión de auxiliar dental a media jornada.

Yo tenía mi sueño particular sobre «la gran familia», y mi libro favorito era el de los Pip-Larsson. Pero no echaba tanto de menos a los hermanos que no llegaban nunca, pues en realidad no quería tener hermanos pequeños, sino mayores; hermanos bastante mayores que yo. Me fascinaban los adolescentes, que eran tan grandes como las personas mayores pero parecían tener una vida más emocionante, con noches largas, motos, baile y música pop. Me imaginaba una pandilla de hermanos, todos ellos jóvenes y encantados de estar conmigo, su pequeña mascota. Bellas hermanas de pelo recogido y labios pintados, hermanas que me cogían en brazos, jugaban conmigo y me mimaban, y hermanos mayores que me alzaban en el aire con sus brazos fuertes y me llevaban en sus motos a participar en aventuras nocturnas.

Una de las cosas que hacía que Anne-Marie me resultara tan atractiva era precisamente el hecho de tener hermanas mayores. Lis y Eva eran las más interesantes. Jens estaba más próximo a nuestra edad, solo tenía dos años más que Anne-Marie y yo, pero por otro lado formaba parte de un sexo desconocido, lo que lo hacía atractivo.

No sé bien lo que pensaban mis padres acerca de que yo pasara tanto tiempo en la casa de los Gattman. Seguramente les gustaba que tuviera una compañera, ya que en la ciudad no tenía casi ninguna, y tampoco había ningún motivo que los indispusiera contra Anne-Marie. Pero en sus comentarios sobre Åke y Karin podía percibir a veces un leve tono de resentimiento que nunca dejaban claro. Creo que pensaban que los Gattman se hacían los interesantes. No, tal vez no era eso. Simplemente no los entendían. Les parecían un poco raros, y les frustraba que otras personas consideraran que esas rarezas podían ser algo bueno. Para ellos eran como un problema de matemáticas que calculas una y otra vez hasta hacer un agujero en el papel de tanto borrar y cuyo resultado, sin embargo, no coincide nunca con la solución correcta.

Cuando yo contaba algo de los Gattman, mi madre alternaba varias respuestas: «¿De veras?», «Bueno, pues ya ves», «Vaya» o «Ya, me lo imagino». Era como si estuviera preparada para todo lo que esos Gattman pudieran hacer y, aun así, ellos superaran a veces sus expectativas.

Sin embargo no oí nunca que los criticaran abiertamente, excepto cuando se trataba de política. Era de dominio público que Åke y Karin eran de izquierdas, e incluso Tor, el padre de Åke, había hecho declaraciones en su juventud que podían interpretarse como que simpatizaban con la izquierda y que habían ocasionado mucho alboroto en el mundo universitario. Y mi padre, como ya he dicho, odiaba a los socialdemócratas y a un repulsivo Olof Palme que era el blanco de su odio. Los comunistas, sin embargo, provocaban en él una sonrisa divertida, ya que los consideraba totalmente oprimidos. No tenía del todo claro a cuál de esos dos bandos pertenecían Åke y Karin, y eso le producía algo de inquietud. Un verano dejó durante varias semanas un recorte del *Dagens Nyheter* encima de la cómoda. Se trataba de un artículo de opinión que había escrito Karin sobre la política exterior de los socialdemócratas, del que leyó en voz alta algunos pasajes. Le parecía la prueba evidente de que Karin apoyaba a Palme, pero mi madre señaló que otros artículos suyos en cambio eran muy críticos, lo que lo llevó a reflexionar sobre el tema.

De todos modos, consideraba que las diferencias políticas entre sus padres no eran ningún impedimento para la amistad entre Anne-Marie y yo, y siempre era amable, casi adulator con ella cuando venía a casa. Nos contaba historias divertidas y nos hacía trucos de cartas, algo a lo que solo se prestaba cuando teníamos invitados y se había tomado unas copas. Era como si quisiera mostrarle su cara más amable. Anne-Marie descubría sus trucos con facilidad y no tenía miedo de decírselo. A él lo desconcertaba un poco porque no estaba acostumbrado, pero mantenía el tipo y se echaba a reír.

¡Oh, aquellos veranos con Anne-Marie! Transcurrieron en un entorno rural de campos y prados, caballos y vacas pastando, y en pueblos pesqueros en cuyas cabañas aún quedaban aparejos de pesca y donde los pescadores se sentaban en el muelle a remendar las redes. Había pocas casas de veraneo. El campo no era aún ese lugar de vacaciones extraño y artificial que es actualmente, una inmensa zona de recreo con campos de golf, espacios abiertos y cabañas lujosas. Entonces era un mundo lleno de vida y de muerte, de nacimientos nocturnos de terneros, de gatos recién nacidos a los que ahogaban sin piedad y de toros peligrosos. Recuerdo la leche recién ordeñada con un fuerte sabor a vaca, las cocinas de granja con ese denso olor a grasa que asfixiaba y emocionaba a la vez, hules, café ligeramente hervido y el tictac de los relojes de pared en habitaciones oscuras en las que nunca se estaba. La brecha entre el campo y la ciudad era abismal, se notaba a la legua si alguien había nacido allí o era un veraneante. Anne-Marie y yo solíamos imitar el acento de los lugareños con ese sonido tan característico de la *i*, y supongo que ellos también se divertirían haciendo lo propio. Era un mundo que iba a desaparecer pronto y lo sabía, pero que aún seguía vivo, y Anne-Marie y yo estábamos en el centro del mismo.

Al atardecer, subíamos a la montaña que había delante de la casa de los Gattman para ver sentadas cómo se ponía el fiordo de color albaricoque. Esperábamos a la garza, que se acercaba volando al ponerse el sol todas las tardes. Llegaba a la playa batiendo sus largas y pesadas alas. Una vez fuera del agua, volaba sobre las copas de los árboles con las patas colgando. Hacía un giro brusco y luego planeaba a baja altura por encima del agua, para aterrizar en una piedra junto a la Playa de la Tarde. Después estiraba ese cuello que parecía una serpiente y se quedaba totalmente inmóvil, como formando una línea gris. Se volvía más invisible según iba anocheciendo. Llegaba siempre a la misma hora, se posaba en la misma piedra y se quedaba siempre inmóvil.

Nosotras sabíamos de dónde venía cuando llegaba sobrevolando el bosque. Solía pasar el día en un pequeño estanque atrapando ranas. Incluso Anne-Marie y yo cazábamos a veces renacuajos allí. Saltaban por la hierba de camino hacia el agua. Desde lejos parecían escarabajos negros, pero al coger una de ellos descubrías que tenía un color marrón brillante parecido al bronce. Era como si tuvieras una gota de agua helada en la palma de la mano. Los poníamos en una hoja de lirio y los dejábamos que flotaran por la charca como si fueran en una lancha.

Anne-Marie y yo jugábamos a juegos que duraban varios días. Ella tenía una gran imaginación, pero necesitaba que alguien la pusiera en marcha. A menudo era yo la que proponía a qué jugar, la que establecía las ideas generales, los personajes, el ambiente y el argumento, y ella se encargaba de que todo se convirtiera en realidad, procuraba todo lo imprescindible y adornaba la trama con detalles. Me escuchaba con suma atención y se tomaba muy en serio mis propuestas. Puede decirse que yo era la guionista y ella la directora y productora, pero las dos actuábamos. Recuerdo un juego en el que emulábamos ser indios en el río Amazonas, un juego maravilloso que escenificábamos en la Playa de la Tarde y que duraba toda una semana. También recuerdo un periodo de lluvias en el que toda la planta baja de la casa se convirtió en un restaurante con mesas pequeñas y platos de porcelana por todas partes, un mundo de mentirijillas en el que Karin y Åke tuvieron que pasar varios días. Aceptaron con humildad sentarse a nuestras mesas provisionales y comerse los sándwiches y los pasteles de arándanos que habíamos preparado. En mi casa era impensable hacer algo similar.

Karin siempre se alegraba al verme llegar. Decía que cuando yo no estaba Anne-Marie simplemente dejaba pasar el tiempo. A veces lo hacía también conmigo cuando no se me ocurría algo que fuera interesante. Era capaz de quedarse tumbada en la cama sin hacer nada el tiempo que fuera, con tal pereza que llamaba la atención. Pero cuando se le proponía algo se ponía en marcha a toda velocidad. Comparándola con algo actual, podría decirse que era como un ordenador de gran capacidad que para que funcionara debía programarse adecuadamente.

En casa de los Gattman había mucha libertad. Se podía estar en contacto con los cuchillos y con el fuego, y se podía andar libremente por ahí. Mis padres probablemente creían que Karin y Åke ejercían algún tipo de vigilancia sobre mí cuando yo estaba allí, pero no era así. Ambos solían estar ocupados con sus cosas. Åke por lo general se pasaba el tiempo encerrado en su despacho o escribiendo entre los peñascos. Escribía sus novelas en verano. El invierno lo dedicaba sobre todo a escribir artículos de opinión, a dar conferencias o a viajar. Para Karin el verano era la época de las vacaciones. Escribía algo cuando le apetecía pero más que nada se dedicaba a leer, a recoger setas o a hacer las tareas domésticas mientras escuchaba la radio.

De esos primeros veranos destacan con claridad dos recuerdos. Uno de ellos, el momento en que Eva me enseñó a dar la voltereta hacia atrás sobre su suéter rojo. Fue durante el primer verano. Nos encontrábamos sentadas en un prado algo apartado de la finca de ellos. Estábamos los hermanos Gattman y yo, y creo que también algún amigo de los hermanos mayores; sea como fuere, lo recuerdo como si allí hubiera un montón de jóvenes sentados. En un transistor sonaba música pop, y por alguna razón se habló de dar la voltereta hacia atrás y yo dije que sabía darla hacia delante pero no hacia atrás. Eva me animó.

—Claro que sabes. Ven y te enseñaré.

Yo me negué, pero ella se quitó su suéter rojo de punto y lo puso sobre la hierba.

—Ven aquí. Yo pongo mi suéter debajo. Solo tienes que colocar las manos así, luego te encoges y te echas hacia atrás. Mira cómo lo hago yo.

Se puso en cuclillas, se dobló hacia atrás y dio una voltereta encima de su suéter rojo. Luego tuve que intentarlo yo. Sabía que era imposible, pero todos me animaron. Me puse en cuclillas con las palmas de las manos hacia arriba. Eva me dio un pequeño empujón y me impulsó hacia atrás.

—¡Dóblate! —gritaron todos.

Y yo vi el cielo y el suéter rojo, y así fue como di una voltereta hacia atrás.

Todos me colmaron de elogios. Lo recuerdo como un momento de alegría y de triunfo. Estaba totalmente convencida de que no lo habría hecho nunca si no hubiera tenido debajo de mí el suéter rojo de Eva. Seguí dando volteretas hacia atrás en el jardín de casa y siempre ponía algo debajo, un suéter, una toalla o una chaqueta, preferiblemente de color rojo.

Viví otro de esos momentos mágicos cuando Jens me enseñó las constelaciones. Creo que se tiene una relación especial con la persona que te enseña por primera vez esa mezcla especial de naturaleza y mito, esa voluntad del ser humano de explicar lo incomprensible de la naturaleza y ver su propio modelo en todo. A veces les he mostrado a distintas personas algunas de las estrellas o constelaciones que conozco, y a la mayoría le sorprende de un modo casi infantil mi conocimiento de algo que está a una distancia inimaginable. (Inténtelo usted mismo diciendo: «Hay que ver lo que brilla Sirio esta noche», y la gente lo mirará como si realmente hubiera caído a la Tierra un fragmento de esa estrella).

Transcurría el mes de agosto cuando Jens me enseñó las constelaciones, y el acontecimiento adquirió más fuerza porque era la primera vez que iba a quedarme a dormir en casa de Anne-Marie y la penúltima noche de las vacaciones. Al día siguiente íbamos a volver a la ciudad. Además, el agua estaba luminiscente, así que pude sentarme en la escalera del embarcadero y agitar los pies en el brillo de las aguas oscuras que había debajo, a la vez que veía sobre mí el resplandor de las estrellas y el negro océano del universo.

Jens me señaló las constelaciones que pueden verse en esa época. Yo había oído mencionar esas formas y sus fascinantes nombres con anterioridad, pero inocentemente esperaba ver imágenes reales de un cisne o de un oso, y a la Osa Mayor me la imaginaba como ese bonito carro dorado con una corona en el techo que había visto en el tióvivo de Liseberg. Creía que se trataba de unir con la vista ciertas estrellas. Más o menos como en las páginas de pasatiempos de los periódicos, donde podía obtenerse la silueta oculta de un animal uniendo los puntos por orden numérico. A menudo había intentado dar con esas figuras que Dios había escondido en

el cielo con tanta astucia, pero no lo había logrado. Por más que miraba, no veía ni una osa mayor ni una menor.

Jens me explicó cómo funcionaba todo. No había ningún animal allí arriba, ¿cómo iba a haberlo? Había estrellas a muchos años luz de distancia, y no tenían nada que ver entre sí. No, era simplemente que a esa, y a esa, y a esa, se las denominaba Constelación del Cisne.

¿Así de simple? Yo me reía y chapoteaba con los pies las tibias aguas luminiscentes. Era una liberación darse cuenta de que no había ningún truco ingenioso allí arriba que yo no pudiera descubrir. Al mismo tiempo que, obviamente, era algo desconcertante perder de repente la ilusión de que existía un orden natural oculto. Todo es caos, el orden tiene que creárselo uno mismo. Con ese concepto existencialista de la vida como base, dejé cisnes y osos a un lado y empecé a diseñar mis propias figuras en el cielo.

¿Qué más hacíamos durante el verano? Trepábamos por los robles, nos colgábamos del trapecio, jugábamos en el cobertizo que había encima del árbol y en el barco pirata. Jugábamos en la pradera al balón prisionero, y a las palmas y al escondite por toda la casa, jugábamos a la ruleta y a las cartas.

Hacíamos saltos de longitud desde el embarcadero. Tomábamos carrerilla en lo alto de una roca y luego corríamos a toda velocidad hasta el final del embarcadero, y desde allí saltábamos todo lo lejos que podíamos. Recuerdo la sensación de frío cuando el cuerpo quemado por el sol se zambullía en esa oscuridad verde del mar, y el creciente cosquilleo de las burbujas mientras movíamos los pies en el agua a la espera del chapuzón del siguiente, con la esperanza de que no llegara más lejos que tú.

A veces íbamos a Musselstranden en lancha con los hermanos mayores. Echábamos el ancla a cierta distancia y caminábamos hasta la playa llevando cubos y bidones de metal. Mientras alguien hacía fuego, los demás dábamos vueltas por el agua sacando racimos de mejillones casi azules que solo había en esa zona. En ocasiones teníamos que meter la cabeza dentro del agua para cogerlos, como un buceador de perlas. Luego los cocinábamos en el bidón, encima del fuego, y nos los comíamos.

Cuando sobraban mejillones los usábamos de cebo para pescar. Recuerdo lo difícil que era abrirlos, la fuerza con que volvían a cerrarse y el placer sádico de separar las valvas con el cuchillo y sacar el molusco anaranjado. Pero a menudo utilizábamos también conchas de caracoles diminutos como cebo. Se aplastaban con facilidad y su caparazón plano era manejable para ponerlo en el anzuelo. Se mantenían incluso después de que picaran los peces, por lo que podía usarse varias veces el mismo.

A veces, cuando ya los habíamos pescado, Anne-Marie y yo los operábamos. Jugábamos a que éramos cirujanas; y los peces, personas y a veces perros. Los abríamos y escarbábamos entre los distintos órganos mientras hablábamos de las terribles enfermedades que tenían. Nos asombraba ver cuántas cosas raras había en su

interior. De vez en cuando tenían en el estómago peces y cangrejos pequeños. Esa exploración anatómica resultaba un juego emocionante y tenía algo de lascivo, carnal y prohibido.

También pescábamos centollos, por supuesto. Un deporte sencillo pero emocionante que podía distraernos durante horas. A diferencia de los peces, los centollos podían verse todo el tiempo y se los podía seguir todo el camino desde su escondite entre las algas hasta los bancos de mejillones. Después era cuestión de mantener la cabeza fría cuando el centollo empezaba a picar y tirar en el momento justo, ni antes ni después. Poníamos los centollos junto a las algas en un cubo con agua, donde se arrastraban y movían sus pinzas. Luego hacíamos carreras por la playa para ver cuál llegaba antes al agua. Una vez en el mar, no tardábamos en volverlos a atrapar. A los más fáciles de engañar, que reconocíamos y cogíamos una y otra vez, les poníamos nombres según su aspecto, como Facilón, Escudo Verde y cosas así.

De ese modo transcurrían los veranos. Seguramente los idealizo un poco, como suele hacerse con los veranos de la infancia. Recuerdo ese tiempo en que la familia Gattman aún conservaba el brillo dorado de miel y de zumo de manzana como momentos de descanso luminosos y estimulantes en medio de inviernos largos y aburridos.

El último de esos veranos, el de 1968, Anne-Marie y yo enterramos un tesoro en una grieta de la montaña, debajo de unos pinos.

Las zonas donde ahora hay maleza eran entonces un prado abierto. Lo atravesamos, nos adentramos en el bosque de pequeñas encinas y salimos al otro lado de las montañas. Nos dirigíamos a Musselstranden, donde íbamos a hacer un picnic, pero nos equivocamos y nos perdimos. No nos preocupó. Ocurría a veces en esa zona ya que siempre se veía lo mismo, montañas y brezo por todas partes. Para ubicarte, solo había que subir a alguna de las colinas más elevadas y ver dónde estaba el mar. Luego siempre se podía seguir la línea de la costa y volver a casa.

No teníamos ninguna prisa. Recorrimos las colinas un poco al azar y fuimos a parar a la grieta donde estaban los pinos altos. El suelo estaba húmedo y algo pantanoso, pero había una zona seca y firme, un trozo magnífico de hierba color verde esmeralda. Las copas de los pinos apenas dejaban pasar algún rayo de sol. Un poco más arriba de la montaña se sostenía un pequeño cerezo con bayas de color rojo oscuro. Era un lugar totalmente distinto al resto de la montaña, lleno de brezo y robles azotados por el viento. Un paisaje que no se correspondía con el habitual de Bohuslän, un pequeño trozo sacado de otra parte del mundo y escondido entre las montañas.

Nos subimos al árbol, cogimos cerezas y nos sentamos a comerlas en la hierba verde esmeralda. Teníamos once años.

—¿Habías estado antes aquí? —pregunté.

—No. Creo que este lugar no existía antes —dijo Anne-Marie—. He venido un montón de veces y no lo he visto nunca. Simplemente no existía hasta ahora.

Acepté lo que dijo, igual que aceptaba todo lo que decía Anne-Marie.

Nos tumbamos en la hierba mirando las copas de los pinos y escuchando su susurro mágico y ensordecedor.

—Creo que estamos hechizadas —dijo Anne-Marie.

Era la misma Anne-Marie que había dicho que bailaba apretado con sus amigos en Estocolmo y que llevaba rímel, crema bronceadora y sombra de ojos en una bolsa de aseo blanca y negra. Ella estaba en la frontera entre dos mundos mientras que yo seguía inmersa por completo en la infancia, y sus palabras no me sorprendieron lo más mínimo.

—Sí, ya lo sé —susurré—. Estamos hechizadas.

Ella me cogió el brazo y, al tiempo que mirábamos el movimiento de las copas de los pinos, nos cogimos de la mano con fuerza.

—Es como volar —murmuró Anne-Marie—. ¿Lo notas?

—Sí, estamos volando —dije.

Permanecimos en la hierba cogidas de la mano y volando.

De repente, Anne-Marie se levantó.

—Vamos a enterrar un tesoro —dijo.

—¿Qué tesoro?

Anne-Marie abrió la bolsa de plástico que llevábamos y sacó la mochila con la comida: zumo, peras y una lata de té con galletas.

—Vamos a comernos las galletas. Luego meteremos algo en la lata y lo enterramos aquí.

Nos comimos las galletas y las peras y nos bebimos el zumo. Después, Anne-Marie quitó las migajas que quedaban en la lata.

—¿Qué ponemos dentro? Ya lo sé. Esto.

Se quitó el pasador del flequillo y lo metió en la lata.

Me acordé de la mariquita de plata que colgaba de mi cuello en una cadena. Me la había regalado mi abuela cuando me bautizaron, y la llevaba siempre. Si me preguntaba mi madre por ella, le diría que la había perdido.

—Ayúdame a desabrocharla —susurré.

Anne-Marie asintió. Volví la nuca hacia ella y me recogí el pelo. Sentí el cosquilleo de sus dedos mientras abría el broche.

Me dio el colgante y me dejó que lo pusiera dentro de la lata.

—¿Algo más? —preguntó.

No llevábamos nada de valor.

Anne-Marie miró alrededor. En la hierba, a nuestro lado, había unas cuantas boñigas resacas. Ella puso algunas en su mano.

—Casi no pesan. Ni se notan. Prueba tú.

Las dejó caer en la palma de mi mano. Las veía ahí, pero no las notaba.

—Tienen algo misterioso —dijo Anne-Marie—. Vamos a ponerlas también.

Levantó la lata y yo dejé caer las boñigas en su interior. Luego la puso en el suelo y subió deprisa la montaña. Cogió unas cerezas del árbol y volvió con la boca llena. Se puso de rodillas, las masticó y se las tragó haciendo una mueca, ya que las cerezas estaban muy agrias. Luego se inclinó sobre la lata de té y escupió tres huesos de cereza en su interior. Sonrió.

—Es suficiente. Vamos a enterrarla.

Hicimos un hoyo en la hierba con las manos y los vasos de plástico que llevábamos. Metimos la lata, la tapamos y finalmente pusimos una piedra en la parte superior.

—Podemos desenterrarla cuando seamos mayores —propuse.

—¿Crees que vamos a volver aquí? Yo no lo creo —dijo Anne-Marie.

Kristina

Ahora está casi en el borde.

Las golondrinas chillan y vuelan a su alrededor, con sus picos color rojo sangre en medio del aire gris del amanecer. Hay restos pegajosos de excrementos de ave en la cubierta del kayak.

Pero las gaviotas son las más audaces. Se lanzan en picado contra su cabeza, rozándola con sus poderosos picos. Ya la habían asustado antes. Tuvo que levantar la mano en un rápido gesto de defensa e inclinarse hacia un lado, por lo que perdió el equilibrio y volcó. Ya no se deja asustar y sigue remando tranquila hacia su meta.

Echa de menos los días en que no chillaban ni parecían amenazantes. Una vez que la reconocen saben que no quiere hacerles daño ni tampoco a sus crías, que lo único que quiere es quitarles algunas plumas. Ella no tiene el espíritu de las golondrinas ni el de las gaviotas, al menos por el momento. Hay un muro entre ellas, pero cada vez que atraviesa esa nube de chillidos las siente más cercanas.

Se desliza hacia el islote, al lugar preciso donde hay una roca sumergida en el agua. Gira el kayak con la proa apuntando en esa dirección y deja que las olas lo mezan los últimos metros. Una vez que está cerca, desciende de él con movimientos suaves y cautelosos. Va en pantalón corto y descalza, así que no le importa que el agua le llegue hasta las espinillas. La tierra que hay bajo sus pies está cubierta de algas rojas y resbaladizas. Deja el kayak y se aleja caminando sobre las rocas suavemente redondeadas, seguida por la nube de aves.

Se siente como cuando era pequeña. Entonces era así. No hacía falta decir nada. Corría por ahí percibiendo olores y sonidos, encontraba una pluma, se reía. Y los otros se reían también cogiendo la pluma y lanzándola al viento. Sus padres habían compartido su mundo, y los demás que estaban allí también.

Después, en algún momento de su niñez, le pareció como si todos la hubiesen abandonado. Fue como si su madre, su padre y las demás personas hubieran dado un salto grande y silencioso, todos a la vez, y se hubieran ido a otro mundo, dejándola sola. Y luego le exigieron que los siguiera, a lo que ella se negó.

Cada vez que hacía algo importante iban a molestarla con sus charlas.

—¿En qué piensas? ¿Por qué estás tan callada? Habla con nosotros. Dinos algo. ¿Por qué nos evitas? ¿Estás triste por algún motivo? Sabes que siempre puedes hablar con nosotros.

Era tímida en la escuela. No hablaba nunca ni levantaba la mano.

—Pero si tú lo sabes. En el examen escrito has contestado todo bien. ¿Por qué no hablas nunca? —preguntaban los profesores.

Hablaban y hablaban. Ella solo quería estar en paz. Había nacido en una época equivocada. Todo era pura cháchara. Se imaginaba que en épocas anteriores la gente apenas hablaba. Le hubiera gustado vivir en otro siglo, en el campo, entre personas que trabajaban mucho y hablaban poco. Levantarse al amanecer, ir a la granja a ordeñar las vacas que la recibirían con sus mugidos. Apretar sus pezones rosados, escuchar el susurro del hilo de leche cayendo en el cubo, el zumbido de las moscas. El ruido de las gotas de lluvia, la hierba suave bajo los pies, el crujir de la nieve en invierno. El eco del pozo. Le encantaba el ruido del pozo y estaba contenta de tener uno en vez de grifos. El sonido metálico del cubo de hojalata cuando se movía como si bailara por ahí abajo.

Tampoco le gustaba demasiado la música. Pretendía ser siempre hermosa, quería conquistarla. Quería aparentar que era libre, pero estaba hecha para personas. La música necesitaba tener un público, quería agrandar y ella no aceptaba eso. En contadas ocasiones había disfrutado de la música.

Una vez oyó una pieza musical a través de los altavoces de una tienda de menaje del hogar. Estaba de pie delante de un estante de objetos de cristal y no se atrevió a moverse por miedo a perderse alguna nota. Sonaban zampoñas; y le pareció que la música, los cristales y la luz formaban un conjunto. Al acabar la melodía empezó otra pieza totalmente distinta, y ella se marchó. No sabía si lo que había oído era la radio o un disco, y no quiso preguntar. Tenían un tocadiscos en casa, pero ella no creía que esa experiencia pudiera repetirse. Estaba relacionada con la situación, con el cristal, con la luz y con algo que ella tenía en su interior; no era nada que pudiera grabarse en un disco.

Después de la secundaria era obvio que iba a seguir estudiando, ya que tenía talento. Sacaba buenas notas a pesar de que no hablaba nunca en las clases. El orientador le informó bien de los distintos centros y carreras que había. Ella se encogió de hombros.

Empezó a interesarse por Historia del Arte en la universidad. Admiraba a los artistas, esas personas que se expresaban con imágenes y no con palabras. Siempre había querido ir al Museo de Arte. Pero las clases no resultaron como se las había imaginado. Pensaba que podría ir por su cuenta, que escucharía tranquilamente las conferencias, que estudiaría en casa y luego haría los exámenes, más o menos como en la escuela. Pero había muchos ejercicios para los que los estudiantes se dividían en grupos de siete u ocho, y los profesores exigían que todos participaran en el debate. Le hacían preguntas, le pedían que opinara. Todos los que estaban alrededor de la

mesa la miraban. No pudo soportarlo y lo dejó.

Buscó trabajo de limpiadora en hospitales. Allí podría quedarse callada. Había varios inmigrantes que no hablaban sueco y permanecían tan callados como ella. Realizaba su trabajo en silencio, sin que la vieran, sin que nadie le dirigiera la palabra. Bajaba al sótano todas las mañanas a buscar el carro, luego subía en el ascensor y comenzaba su sombrío viaje por las habitaciones y los pasillos del hospital. Se deslizaba por las salas dibujando ochos con la fregona sobre el suelo pulido, por debajo de las camas de personas enfermas y moribundas, por los pasillos, los despachos de los médicos que no la veían entrar y seguían grabando sus informes en sus magnetofones. Entraba y salía por todas partes, ligera y transparente como el agua.

Su relación con otras personas se limitaba a las breves reuniones matinales en las que el jefe repartía los cometidos y a las pausas para tomar café en el cuarto subterráneo que tenían, donde hablaba quien quería hacerlo y los demás podían quedarse sentados en silencio. Kristina, un joven turco y una mujer yugoslava se ponían siempre cada uno en un rincón, mirando sus tazas de café, y los demás ni siquiera intentaban dirigirles la palabra.

Así que, de algún modo, las cosas iban bien en el hospital. Sus padres le rogaban que retomara los estudios o que al menos buscara otro trabajo. Pero ella seguía levantándose varias horas antes que ellos, recorriendo cinco kilómetros en bicicleta para ir al hospital y arrastrar el carro de la limpieza. Era consciente de que ese modo de vida no iba a durar, que sucedería algo, aunque no sabía qué. La limpieza era un paso intermedio, un sitio donde observaba y escuchaba.

Trabajó casi dos años en el hospital. Luego le ocurrió algo.

No iba al trabajo. No podía ver a ninguna persona, ni a sus compañeros ni a sus padres, a nadie. La aterraban las miradas de los otros como si de un dolor físico se tratara. Las sentía como armas, como cuchillos. Verlos le resultaba una tortura insoportable. Cerraba la puerta y se quedaba todo el día en la cama tapada hasta la cabeza, casi sin comer.

Con el tiempo se sintió algo mejor, empezó a salir. Esperaba a que sus padres se marcharan a trabajar y entonces ella iba al centro de la ciudad en bicicleta, ya que evitaba sentarse cerca de las personas en el tranvía, por lo que dejaba la bicicleta en cualquier sitio y deambulaba por espacios donde había mucha gente. A veces acudía a la Estación Central a la llegada de los trenes, cuando pululaban por los andenes la gente que venía y los familiares que iban a esperarlos, y entonces solía ponerse en medio para sentir a su alrededor a toda esa muchedumbre, notar su roce en el espacio reducido y los empujones de sus maletas y mochilas, oír sus gritos y ver cómo se abrazaban. Se quedaba allí, como en el ojo de un huracán, hasta que el gentío se iba dispersando. A veces coincidía con trenes procedentes de Copenhague, oía a los que

habían estado en otros países y pensaba que Gotemburgo era demasiado pequeño. Soñaba con París, Londres, Nueva York y Tokio.

Un sábado por la mañana, como sabía que en la ciudad habría mucha gente, se fue con su bicicleta y se metió entre el gentío. Vio una tienda de cosas raras importadas de países exóticos que acababa de abrir. La atrajo algo del escaparate y entró en la tienda, que era tan pequeña que apenas cabían los cinco o seis clientes que se encontraban allí. Había pendientes de metal, pulseras de cuero, piezas de tela africana y cestas, camisas y vestidos con lentejuelas, inciensos y carteles de vivos colores de dioses indios. En la pared colgaba una hilera de máscaras que representaban a distintos animales.

Cogió la de un zorro y se la probó delante de un espejo. Cuando encontró su propia mirada en esos agujeros oblicuos de los ojos del animal, experimentó una sensación de felicidad tan intensa que casi se quedó sin respiración. Se dio la vuelta y miró lo que había a su alrededor, a las personas que estaban allí dentro y al joven vendedor. Se sintió totalmente diferente. Ya no tenía miedo. Fue hacia el vendedor sin quitarse la máscara y le dijo que quería comprarla. Él le ofreció una bolsa de plástico, pero ella simplemente dejó el dinero sobre el mostrador y se marchó. Caminó mucho tiempo por la ciudad. Ya tarde volvió a casa en bicicleta, siempre con la máscara puesta.

Se ponía la máscara de zorro cuando iba a salir. Dejó la bicicleta para ir en tranvía. Nadie quería sentarse a su lado pero no le importaba. Se sentaba en los bancos de los parques y en los cafés y nadie intentaba iniciar una charla agradable con ella. Podía ir donde quisiera, cuando quisiera, ya no necesitaba buscar lugares concurridos ni acudir a ellos en un momento determinado. Podía estar en todas partes y con total libertad. Era una sensación maravillosa.

Se compró otras dos máscaras, una de águila y otra de tigre. Los tres eran animales depredadores y asustaban a la gente, pero se dio cuenta que eran distintos por naturaleza. Las colgó en la pared encima de su cama, y desde allí le susurraban cosas y la miraban fijamente con ojos vacíos y ciegos. La llamaban, le gastaban bromas, hacían que se enfadara. No pararon hasta que ella cogió una de las máscaras y la adhirió a su rostro. Entonces se llenó del espíritu del zorro, del águila y del tigre.

Sus padres intentaron convencerla de que no saliera a la calle con las máscaras. El día que se fue llevándose puesta la máscara de águila, sus padres descolgaron de la pared las otras dos y las tiraron. Cuando volvió habían desaparecido. Desde entonces llevaba siempre la de águila y se negaba a quitársela. Solo lo hacía por las noches, después de cerrar la puerta con llave y colgarla en la pared antes de dormir.

Le salieron rozaduras de tanto llevar la máscara. Puso en sus bordes gomaespuma de la que se utiliza para aislar las ventanas. No sirvió de nada. Le salieron llagas que le dolían y le supuraban. Sentía molestias en los ojos al tener limitada la visión lateral y le dolían por las noches.

Ya no quería comer con sus padres. Su madre le dejaba la comida encima de la mesa. Cuando terminaba de fregar los platos y se iba de la cocina entraba Kristina. Procuraba quedarse sola. Entonces vertía la comida por el suelo, se subía la máscara de águila y se ponía a comer a cuatro patas como un animal. Una vez, cuando la madre entró y vio a su hija arrastrándose por el suelo de la cocina, engullendo las hojas de col rellenas que había preparado con tanto esmero, se puso a gritar.

La madre le prometió a Kristina que la llevaría a un dermatólogo para que le recetara alguna crema para las rozaduras. El médico le pidió que se quitara la máscara para poder verle el rostro, pero ella no accedió al darse cuenta de que no se trataba de un dermatólogo sino de un psiquiatra. Se quedó sentada con la espalda muy recta frente a él, observándole desde el interior de la rígida máscara de águila. Ella sabía que sus ojos se transformaban con la máscara y adquirían el aspecto de los de un ave rapaz. El médico no pudo mirarla a los ojos, tuvo que evitar su mirada.

Unos días después fueron a buscarla dos hombres y una mujer y la obligaron a que los acompañara. Tiraron de ella intentando levantarla, y cuando se acurrucó en el suelo de la sala como un erizo le bajaron los pantalones y le pusieron un supositorio. La máscara de águila se le cayó durante la pelea, y ella pensó que fue eso y no el supositorio lo que la debilitó tanto como para que logaran meterla en el coche que esperaba fuera.

La llevaron a un hospital distinto adonde ella había trabajado como limpiadora. Estaba lejos del centro de la ciudad, rodeado de edificios antiguos con zonas especiales para personas mayores, tanto para los que habían perdido la memoria ya ancianos como para los que estaban así desde hacía tiempo, tal vez toda la vida. Había también un pabellón nuevo con gente más joven, que habían caído en la demencia por distintas causas, por las drogas, por el alcohol, por situaciones personales complicadas o sin motivo alguno. Kristina fue a parar allí.

No le devolvieron la máscara. Ella se metió en la cama y se escondió bajo el cobertor de felpa amarillo. Cuando oía el ruido del carro de la comida y percibía el olor nauseabundo de la comida de la cocina se ponía la mano en la cara, abría los dedos de modo que solo se le veían los ojos y entraba en la sala de estar. Cuando tenía que meterse el tenedor en la boca, abría los dedos dejando un espacio entre el anular y el meñique. Y si intentaba comer directamente del plato sin usar cuchillo y tenedor, le quitaban la comida.

Un día conoció a un hombre en la cafetería de los pacientes. Ella tenía dificultades para llevar la bandeja con una sola mano porque la otra la usaba para taparse la cara. Él fue hacia ella, le quitó la bandeja y la dejó sobre una mesa. Luego se sentó enfrente de ella. Era alto y corpulento y vestía ropa vaquera, tenía el pelo y el bigote rubio, y la cara algo enrojecida debido tal vez al sol, al alcohol o a alguna medicina. Sus ojos eran de un azul transparente. Hablaba sin cesar y, aunque Kristina detestaba cualquier tipo

de conversación, no la molestaba. Las palabras de él se lanzaban como un rápido que salta entre distintas rocas, alternando ideas a su antojo. Unas veces imitaba el acento finlandés y otras hablaba directamente en ese idioma. Su charla pasaba por ser un ruido de fondo, no más molesto que el del agua al correr o el susurro del viento. Tampoco necesitaba ninguna respuesta.

Kristina entreabrió los dedos y lo miró. Le pareció guapo, con esa cara sonrosada y esos ojos de color azul claro. Él no le preguntó por qué se ponía la mano en la cara.

Salieron juntos al parque del hospital. Era un luminoso día de septiembre y tenían el parque casi para ellos solos. Las sombras de los árboles dibujaban redes sobre el césped.

Le propuso que jugaran al minigolf. Ella se retiraba la mano del rostro cuando iba a golpear con el palo. Era mala para meter las pelotas y él muy hábil. Sacudía la cabeza con gesto preocupado ante la torpeza de ella.

Para que aprendiera se puso detrás de ella, la abrazó y le ayudó a sujetar el palo. Ella sintió el cuerpo de él pegado al suyo. Percibió una sensación rara. Él le levantó brazos y manos y los hizo girar en un movimiento que procedía de él, no de ella. Era mucho más alto, más grande y fuerte que Kristina, que se notaba como si llevara encima un abrigo de pieles grande y pesado.

De repente, él se quedó en silencio. Ella notó la presión de su erección en la espalda. Se restregó contra ella, respiró profundamente en su oído y la abrazó con tal fuerza que ella dejó caer el palo de golf. Entonces la levantó en el aire para que sus pies no tocaran el suelo, y se la llevó rápidamente al césped bajo una jungla de cipreses. Ella iba colgando entre sus brazos cerrados. Los dedos de sus pies rozaban la hierba mientras él corría.

Aunque hubiera luchado no habría logrado nada. Era menuda y débil, y él grande y fuerte, pero no opuso resistencia. Una extraña parálisis se apoderó de ella y se quedó totalmente petrificada. Pensó en los animales paralizados por veneno de serpiente que se quedan inmóviles mientras las serpientes los engullen vivos. Se puso la mano sobre los ojos con los dedos firmemente unidos, sin aberturas para mirar. Podía hacer lo que quisiera con ella, percibía su voz susurrante y entrecortada, el olor raro y químico de su aliento y el perfume embriagador de los cipreses.

Cuando se marchó, ella permaneció un buen rato allí mirando el cielo azul de septiembre. Le asombró seguir aún con vida. La sensación de ser devorada había sido muy fuerte.

Después de ese incidente no volvió a sentir compasión por los animales capturados y devorados por los depredadores. Le parecía entender lo que sentían. Era como una especie de clarividencia en medio del espanto. Sometimiento. Quietud. El espíritu de los animales de presa.

Ulrika

La primavera de 1969, Åke y Karin viajaron a la India a hacer un reportaje. Karin escribía artículos que se publicaban en el *Dagens Nyheter* y posteriormente se recopilaban en un libro. Åke escribía poemas que eran publicados en distintos suplementos culturales antes de ser editados en una antología de poemas que recibía una considerable atención. Pero el objetivo principal de su viaje, el que iba a ser crucial para la vida de ambos en el futuro, era Maja.

Karin describió su encuentro con ella en un artículo del periódico. El relato no se incluyó en el libro que escribió durante el otoño. Lo busqué en vano en el volumen que descubrí hace cuatro años en un anticuario. Tal vez quedó fuera por considerarse demasiado privado, tal vez los problemas con Maja eran ya tan evidentes que el brillo del primer encuentro se había desvanecido. Con todo, lo encontré en un microfilm en el archivo de la biblioteca de la Universidad de Gotemburgo. Resultó fácil, ya que pude saber bastante bien cuándo había sido publicado. Después del inicio de las vacaciones de verano pero antes del solsticio de verano.

Lo primero que vi cuando saqué el periódico del buzón fue el rostro oscuro de Maja. Una foto en la primera página, hecha por Åke, en la que se veía la cara de Maja entre dos barrotes en la cuna del orfanato. Sostiene en las manos un biberón que está atado a la cuna con una cuerda larga. La cámara de Åke la ha interrumpido mientras comía, y ella gira el rostro hacia la misma con una expresión impenetrable en sus grandes ojos, mientras unas moscas acuden a los restos de papilla que hay en la tetina del biberón. Un rayo de sol que se cuela por una puerta entreabierta cae sobre la cara, las manos, el biberón y las moscas; lo demás está en penumbra.

Hay veintinueve niños en esa sala, veintinueve cunas de niños indios pegadas unas a otras con biberones colgando de las cuerdas. Hay un par de enfermeras en sari que vigilan la sesión de fotos a pocos metros de distancia. Allí está Karin en pantalón corto y camisa, con la libreta húmeda de sudor en la mano. Y, obviamente, Åke, el fotógrafo. Pero a ninguna de esas personas se la ve en la foto, solamente a Maja. Sola. En medio de una gran oscuridad.

Una foto que se ha desvanecido en mi memoria y que se vislumbraba entre las otras que se le hicieron y adornaban las paredes de la casa de verano, fotos de Maja bien alimentada en prados bañados por el sol, playas y embarcaderos, en su ambiente familiar. Cuando, mucho tiempo después, reconocí esa foto en la hemeroteca de la

Universidad de Gotemburgo, probablemente la primera que se le hiciera a Maja, pensé que era la más importante de todas. La foto de la pequeña y delgada Maja y la oscuridad que la rodeaba.

Yo me encontraba sentada, leyendo al borde de la cuneta entre los perifollos que había junto al buzón. Tenía doce años. Acabábamos de llegar a Tångevik. En ese momento estábamos mi madre y yo solas. Mi padre no tenía vacaciones aún y solo venía los fines de semana. Los Gattman no habían llegado y era raro, ya que solían estar aquí desde el comienzo de las vacaciones de verano. Ese año se habían retrasado debido al trabajo posterior a su viaje a la India.

Leí acerca del encuentro de Karin y Åke con una niña en un orfanato de Bangalore y del modo en que, lo que se preveía que fuera una visita como cualquier otra para hacer un reportaje, se convirtió en algo totalmente distinto. Leí que se quedaron en Bangalore y que Karin iba al orfanato un día tras otro. Que viajaron a Suecia para arreglar el permiso correspondiente y volvieron unas semanas después para llevarse a la pequeña. Que desde el aeropuerto atravesaron los prados amarillos cubiertos de diente de león hasta llegar a casa, donde la esperaban sus hermanos. Transcurría el mes de mayo, cuando canta el cuco, por lo que la niña se llamó Maja.

Doblé el periódico y me quedé sentada en la cuneta tratando de entender el contenido de lo que acababa de leer. Anne-Marie había tenido una hermanita.

Era algo inesperado. Karin había cumplido cuarenta y un años y ya tenía cuatro hijos. Yo no había oído nunca que, aparte de las personas que no podían concebir hijos, otras también pudieran adoptarlos. Y la adopción de niños extranjeros era poco habitual entonces.

Pero lo que más ocupó mis pensamientos fue una pregunta de índole puramente egoísta: ¿qué iba a significar eso en la relación entre Anne-Marie y yo? Durante los veranos que nos habíamos tratado, Anne-Marie había llegado a significar muchísimo para mí. En invierno, cuando ella vivía en Estocolmo y yo en Gotemburgo, la echaba de menos todo el tiempo. Mi vida estaba dividida en la parte de invierno y la de verano. El invierno era una época larga, oscura, llena de añoranza, aburrimiento y simulación. El verano era estar en compañía de Anne-Marie, eran conversaciones, juegos, aventuras y la posibilidad de ser yo misma.

No me sentía demasiado cómoda con mis compañeros de clase. Me parecían superficiales, aburridos, tontos. Hacía lo posible por integrarme en el grupo, hablaba poco, seguía a los demás, me vestía como ellos y escuchaba la misma música que ellos; sencillamente me ponía por debajo. Era cobarde, no quería sobresalir demasiado. Había visto lo que les pasa a los que transgreden las normas.

Tenía una mejor amiga, como suele decirse, porque así lo exigía la etiqueta social en mi clase. Ella era una chica tímida y sosa, aunque en realidad era muy bonita según me he dado cuenta después al mirar fotos antiguas de clase. Pelo largo y oscuro, piel de

alabastro y rasgos perfectos, pero se las arreglaba de algún modo para hacerse totalmente invisible. Trabajábamos juntas en las clases, pasábamos juntas los recreos e íbamos una a la casa de la otra cuando debíamos hacer algún trabajo en equipo, pero nunca por otros motivos. Vivía sola con su madre, su padre había muerto. Admiraba a una cantante de música ligera de la que yo nunca había oído hablar y coleccionaba todos sus discos. Fuimos a la misma clase durante nueve años y no tengo la menor idea de quién era.

Teníamos una coartada, igual que antes los hombres homosexuales solían dejarse ver con una amiga en público y así mantener su secreto. Mientras fuéramos buenas amigas ante los demás se nos podía considerar «normales». No le hablé nunca de Anne-Marie ni de nadie que fuera importante en mi vida, y ella no sentía curiosidad. Guardaba sus propios secretos, que yo desconocía. Yo tampoco sentía curiosidad.

Durante el invierno, Anne-Marie y yo nos escribíamos esporádicamente. Yo hubiera preferido mantener correspondencia con más asiduidad, pero Anne-Marie tardaba siempre en contestar y luego, cuando llegaba mi turno, no quería parecer demasiado interesada y me demoraba casi tanto como ella. Por lo que cuando me ponía a escribir estaba llena de ideas que quería compartir y mis cartas eran largas, a veces de diez o doce páginas, y para enviarlas tenía que utilizar un sobre de mi padre de tamaño folio.

Todavía conservo las cartas de Anne-Marie. Son concisas y están escritas en páginas de cuaderno escolar arrancadas sin cuidado, o en papel de notas telefónicas: «Hola. Voy en el autobús. Nilla está a mi lado comiendo regaliz y tiene la lengua negra. Vamos a ver a un chico muy guapo que va a jugar al fútbol en un sitio que no sé cómo se llama. Ahora tenemos que bajar». Sus cartas casi nunca contenían más información, mientras que las mías, por lo que recuerdo, trataban complejas cuestiones existenciales, a la vez que evocaban lo que habíamos vivido durante el verano (¿Recuerdas cuando...?), y después una larga descripción de lo que habíamos hecho y lo que había dicho ella y lo que había dicho yo. No sé si a ella le agradaba leerlo, pero para mí era un gran placer escribirlo. Sus cartas siempre me llenaban de alegría, aunque fueran breves y descuidadas.

Nunca utilizábamos el teléfono. Era un acuerdo tácito desde la última vez que intentamos usarlo. Anne-Marie me llamó una tarde cuando yo estaba viendo la televisión. Me cogió totalmente por sorpresa. No supe qué decir. Ella tampoco tenía pensado nada especial, supondría tal vez que todo fluiría. Pero no había nada de qué hablar. Vivíamos en distintos mundos en invierno, éramos personas distintas a las del verano, y se notaba por teléfono. Después de unos pocos minutos colgamos las dos, bastante desilusionadas.

Mis sentimientos por Anne-Marie eran en muchos aspectos similares a un enamoramiento, con la diferencia de que no había un final. Yo notaba cada primavera las leves señales de la naturaleza; cada una de las pequeñas flores tusilago, los

estorninos que volvían eran como flechas pequeñas que indicaban la dirección correcta, la del verano, la de Anne-Marie.

Y cada verano los mismos nervios al volver a verla. Esas primeras horas en que, aterrorizada, notaba que ella había cambiado, que era otra Anne-Marie. Otro peinado, otra ropa, una manifestación de la moda de Estocolmo que yo no sabía que seguía, todo era como una amenaza. Y luego el momento crucial en que una broma, un recuerdo en común o una explosión de risas volvía a establecer la comunicación entre nosotras.

Hay personas que tienen las llaves de nosotros mismos, que pueden abrir espacios que siempre hemos llevado dentro pero en los que no habíamos estado antes. Mantenemos una relación especial con esas personas y, si cumplen con nuestros gustos, nos enamoramos de ellas. De lo contrario nos convertimos en cautivos, dependientes o como queramos llamarlo, pero en realidad es lo mismo. Anne-Marie fue en mi vida una de esas personas clave, la primera que conocí. Por eso significa tanto para mí. Suponía que yo no significaba lo mismo para ella, y temía constantemente que desapareciera de mi vida de algún modo.

Y ahora ella acababa de tener una hermanita india de dieciséis meses. La diferencia de edad era demasiado grande, por lo que no era fácil que llegaran a tener en algún momento tanta complicidad como teníamos ella y yo. De todos modos me preocupaba. La familia Gattman me parecía tan completa, tan perfecta. Unos padres que tienen éxito, artistas. La herencia cultural de los abuelos. Hijos guapos, con talento, independientes. La familia dorada, resplandeciendo con su brillo de miel y de zumo de manzana. ¿Qué más se podía añadir? Nada. No había nada que pudiera mejorarla.

Los veía como una construcción llevada a cabo por distintas generaciones, y que ahora había alcanzado su máxima altura con Anne-Marie como un símbolo que brilla en su cima. Un edificio que yo podía visitar, pero sin aportarle nada. Esa familia no necesitaba absolutamente nada más. Cualquier otra piedra que se le agregara a esa construcción, por pequeña que fuera, haría que todo se derrumbara.

Me sobrepuse y decidí que mis temores eran infundados. ¿Cuántas veces había tenido celos de las compañeras de Anne-Marie de Estocolmo? De Pia y de Nilla y de todas las demás. Muchas veces había encontrado sus postales y cartas en el buzón de los Gattman, cuando iba a buscarles el correo de camino a su casa, y había sentido una fuerte tentación de romperlas. Me imaginaba a Anne-Marie yéndose con una de ellas a Tångevik, enseñándole nuestros sitios y contándole nuestros secretos. Pero todo eso carecía de fundamento. Anne-Marie era *mi* amiga de verano.

Una hermanita india no significaba nada para lo que había entre nosotras. Karin se encargaría de ella, como es natural. Anne-Marie y yo seguiríamos juntas como antes. No iba a cambiar nada.

Iba diciéndome eso a mí misma mientras subía nuestra parcela escarpada e ingrata con el periódico debajo del brazo.

En casa de los Gattman, la fiesta del solsticio de verano solía ser bastante sencilla. Filetes de arenque en escabeche y fresas de postre. Paseaban hasta el baile si hacía buen tiempo. Solamente estaba invitada la familia y quizá alguno de los compañeros de Estocolmo de Jens. Las hijas mayores celebraban el solsticio en la isla de Kannholmen con otros jóvenes.

La víspera del solsticio de 1969 fue distinta. Los dos hermanos de Åke, Sven y Dan, médicos ambos, estaban allí con sus familias, igual que la madre de Karin, una señora muy mayor y delgada a la que no había visto antes, que parecía compuesta de tendones, sombrero y bastón.

Estaba allí el artista Per Norin con su familia. Eran parientes lejanos de Karin, pero solían aparecer todos los años por la casa de los Gattman en agosto, para la fiesta del cangrejo.

También estaba Mårten, el amigo de Jens, y sus padres, quienes lo que hacían habitualmente era aminorar la velocidad de su gran lancha motora en el embarcadero, ponerla en punto muerto mientras que su hijo saltaba a tierra con sus cosas, y luego desaparecer como una estela de espuma a lo lejos. Pero en esa ocasión habían echado el ancla y tomado tierra, e iban a quedarse unos días.

En el prado que había al otro lado del camino aparecieron varias tiendas de campaña. Allí vivían los jóvenes, mientras los mayores se apretujaban en la casa y en los barcos.

En la cocina se preparaba un gran bufé compuesto por arenques. Podían sentarse a comer en el porche o encima de unas mantas que habían distribuido por el suelo. Per Norin iba de un lado a otro de la parcela tocando la flauta dulce. La hija de Sven Gattman cantaba canciones protesta americanas acompañándose con la guitarra. Todo el conjunto parecía una especie de mercado raro con tiendas de campaña, barcos, coches, perros, niños y mayores, así como la gran cruz de mayo que se alzaba a lo lejos en el prado.

Todos estábamos allí por la misma razón. Queríamos ver a Maja.

En 1969, adoptar niños extranjeros era aún algo nuevo y emocionante, sobre todo por el hecho de que fueran traídos de países lejanos. Hoy en día, en un cruce de calles

del centro de Gotemburgo puedes ver pasar en un momento a somalíes, iraníes, gambianos, turcos, filipinos, etcétera, y ninguno de ellos nos hace volver la cabeza. Pero entonces no era así, y hay que tenerlo en cuenta para entender el revuelo que Maja despertó.

Habíamos visto en la televisión cómo vivían en otras partes del mundo. En Asia, en África. Personas que sufrían, pobres, hambrientas. El contraste con nuestro modo de vida, la terrible injusticia. Y ahora una pequeña parte de ese mundo, una de esas personas que habíamos visto en la pantalla del televisor, estaba con nosotros. Hacía poco más de un mes vivía entre moscas y polvo en la superpoblada India. ¡Y ahora estaba aquí!, en Tångevik, en un prado veraniego de Bohuslän, al lado de una cruz de mayo.

Ahí estaba ella, sentada en una manta, con una guirnalda de margaritas, ranúnculos y tréboles alrededor de su pelo negro. Llevaba un delantal de un amarillo chillón. Era morena, mucho más de lo que cualquiera de nosotros habría imaginado. Incluso el blanco de sus ojos era ligeramente marrón.

Karin estaba sentada a su lado, preparada para sujetar a Maja en caso de que se cayera, porque acababa de aprender a sentarse. Cuando llegó a Suecia siempre estaba tumbada, apática. Pero una vez que se repuso a base de comer y tuvo fuerzas aprendió a sentarse enseguida. No sabía andar aún, pero sin duda no tardaría mucho en corretear con sus piernas pequeñas y morenas.

Junto a su nueva familia tendría comida, abrazos y estímulo. Disfrutaría de agua salada para bañarse en una naturaleza salvaje, tendría vitaminas y proteínas, libros ilustrados y obras de teatro, puzzles y tizas, hermanos y compañeros. ¿Cómo no iba a irle bien en su crecimiento con esas condiciones de vida?

La anciana abuela materna señaló a la pequeña con su bastón y dijo con voz ronca lo que todos pensábamos:

—¡Menuda suerte ha tenido! Podríais haberos traído a la de la cama de al lado.

—Somos nosotros los que hemos tenido suerte —añadió Karin sonriendo.

—Tardó una semana en aprender a sentarse. Tardará dos en empezar a andar —pronosticó Jens con optimismo.

Pero no fue así. No echó a andar en todo el verano. No empezó a andar hasta que cumplió los dos años. Y nunca aprendió a hablar.

El verano en que tenía dos años y medio a nadie le preocupaba que hablara o no. Maja iba retrasada y optaron por dejarla que se desarrollara a su propio ritmo, sin estrés. Pero cuando cumplió tres años y seguía sin decir una palabra, ni mamá, ni papá, ni agua, nada, se dieron cuenta de que algo andaba mal. Le hicieron un estudio auditivo completo que demostró lo que la familia sabía ya desde hacía tiempo: Maja oía perfectamente. No hallaron ninguna anomalía visible en sus cuerdas vocales ni en

la lengua ni en el paladar. La psicóloga infantil de la cuñada de Åke visitaba a la familia con frecuencia, pero no pudo dar mejor respuesta que cualquier otro especialista.

—Tomároslo con calma. Esperad un poco —decía.

Se habló de daños cerebrales como consecuencia de una malnutrición precoz, pero no de retraso. Entendía lo que le decían, a veces tan bien que producía inquietud. Si Åke y Karin hablaban de ir al mar al día siguiente, por la mañana temprano ya estaba Maja sentada en la escalera del porche, con su chaleco salvavidas y con el cubo y la pala en la mano.

Tenía asimismo un talento impresionante para buscar cosas. Recuerdo cuando Lis perdió la púa y acusó a Eva de quitársela. Las chicas discutían en la buhardilla, y Anne-Marie y yo estábamos abajo sentadas junto a la mesa del comedor jugando a las cartas con Maja como espectadora. Al día siguiente, cuando Anne-Marie, Eva, Lis y yo estábamos preparadas para irnos a pescar en la lancha, de repente vimos a Maja de pie, en el embarcadero, con la palma de la mano extendida mostrando la púa de Lis. Lo que demostraba que había oído desde la planta baja a las chicas que discutían arriba, que entendía palabras como «púa» y que se las había arreglado para encontrar ese objeto tan pequeño.

Al principio, todos estábamos encantados de la habilidad casi mágica de Maja para encontrar cosas perdidas. La colmaron de elogios y le dijeron que era una «buscadora de objetos», como Pippi Calzaslargas. Poco a poco surgió la idea de que la propia Maja escondía las cosas para sacarlas en el momento adecuado. Pero nadie pudo demostrar nada, y solamente Jens lo expresó sin rodeos.

—Lo que quiere es que la elogien —dijo.

Es muy normal que un niño quiera que lo elogien, pero si el deseo de Maja era ese lo ocultaba muy bien. No parecía que los elogios lo afectaran lo más mínimo. Tampoco le producían vergüenza. La expresión de su rostro era tan impenetrable y vacía como de costumbre, sin una sonrisa, sin un parpadeo, la misma expresión que hizo que los médicos creyeran que era sorda. Cuando se le decía algo, daba la impresión de que era en vano, que le resbalaba. Luego te dabas cuenta de que lo captaba todo, hasta el más mínimo detalle.

Otra peculiaridad de Maja era su actitud de rechazo hacia Karin y Åke. Dejaba que la cogieran y la abrazaran, pero nunca correspondía a esas muestras de cariño. Se quedaba blanda como un guiñapo, con la mirada ausente hasta que todo pasaba.

A Karin y a Åke les resultaba tan doloroso que no podían ni hablar de ello. Generalmente eran abiertos, hasta tal punto que me sorprendían a menudo cuando se trataba de problemas de ellos o de los otros hijos, pero cuando Maja descansaba pasiva en los brazos de Karin, ella sonreía sin ganas, ponía los brazos de la niña alrededor de su cuello y decía:

—¡Qué bueno es abrazarse!

Resultaba horrible verlo, un abrazo dado por una sola de las partes no era un abrazo de verdad, porque no parecía natural. Karin la abrazaba una y otra vez esperando, en algún momento, compensación por parte de Maja, que solo le ofrecía flácidos abrazos. Karin comenzaba a aflojar poco a poco, pero dudaba y, esperanzada, volvía a abrazarla. Hasta que al final parecía entender que debía dejarlo y soltaba a Maja, que casi se le caía de los brazos y enseguida echaba a correr para alejarse de allí.

Anne-Marie era la única persona por la que Maja sentía apego. Tal vez porque Anne-Marie era la menor de la familia y la veía casi como a una igual, aunque se llevaban muchos años. O puede que le gustara la frialdad de Anne-Marie. No era tan cariñosa como el resto de la familia y casi nunca se enfadaba del todo, pero sí podía malhumorarse y era rencorosa. Además, manifestaba sus sentimientos con retraso. Su malhumor parecía a veces totalmente inexplicable, y yo me asombraba cuando conocía el motivo que lo había causado. Podía ser algo que yo había hecho o dicho hace mucho tiempo y que a ella en aquel momento le había producido risa. Es probable que esa incapacidad de mostrar sus sentimientos en el momento adecuado fuera algo con lo que Maja se identificara.

Sin embargo, creo que lo más importante era que Anne-Marie la dejaba en paz. No intentaba abrazarla, no la elogiaba como Karin, ni se enfadaba con ella como Eva, ni le hacía rabiarse como Jens. En pocas palabras, la trataba como si fuera aire. Y yo creo que Maja quería que la trataran así.

A mí me resultaba a veces un poco pesada. Iba siempre detrás de nosotras y no participaba en nada de lo que hacíamos, pero estaba allí todo el tiempo, como una espectadora silenciosa y controladora.

Cuando salíamos a pescar en la lancha, ella se empeñaba en sentarse en la proa. No quería una caña, se conformaba con ver cómo pescábamos.

A veces, a Anne-Marie y a mí nos apetecía estar solas. Entonces, Anne-Marie cerraba la puerta de su habitación. Maja no protestaba pero, cuando salíamos varias horas después, estaba esperándonos debajo de las vigas de madera, en la oscuridad.

Lo mismo ocurría cuando íbamos a algún sitio y no queríamos que ella estuviera. «Tú no puedes venir», le decía Anne-Marie escuetamente. Y Maja, obediente, se sentaba en el borde del camino y seguía allí cuando volvíamos mucho más tarde, como un perro fiel. A mí me producía cargo de conciencia, pero Anne-Marie solo se encogía de hombros.

El verano que Maja tenía dos años y medio fue cuando triunfó como «buscadora de objetos».

Al verano siguiente nos mostró un nuevo talento.

Desde su primer día en la familia, Maja tenía a su disposición todo tipo de utensilios para dibujar y pintar, excepto rotuladores, ya que Karin consideraba que no eran

creativos y que la inhibían en cierto modo ya que, si no recuerdo mal, decía que no se podían mezclar y obtener así matices nuevos. Maja no mostraba ningún interés por ellos. Sin embargo, le gustaba dibujar figuras abstractas con los bolígrafos que había en los escritorios. Podía dedicarle mucho tiempo a esa actividad, algo que preocupaba a Karin porque consideraba que las tizas y los colores pastel eran más apropiados para una niña de la edad de Maja.

Pero un día Åke miró por casualidad algo que ella había pintarrajeado en el papel y advirtió, muy sorprendido, que representaba algo. Animales pequeños de unos dos centímetros de largo, de cuatro patas, rabo y morro largo y delgado, que se distribuían por el papel en filas largas. Perros. O *un* perro en movimiento, como en una tira de película.

Animó a Maja a que siguiera dibujando pero ella, como de costumbre, pareció no oír. Solo dibujaba cuando ella quería. La familia esperó con impaciencia la siguiente ocasión.

Incluso esa vez fueron perros también. Algunos árboles. Una casa. Karin relacionó las figuras con el paseo que acababan de dar con Maja y la pequeña Lila. Le preguntó a Maja, pero en el rostro de la niña no había nada que confirmara que había acertado.

Realizó más dibujos, unos diez al día, y en las pequeñas figuras la familia pudo reconocerse a sí misma y también las anécdotas que habían vivido. La casa pequeña representaba el quiosco donde solían ir a comprar el diario vespertino y las golosinas. Maja dibujaba siempre todo en un tamaño minúsculo y en una fila larga. A veces repetía el mismo tema una y otra vez. Nadie entendía nunca el porqué. El perro podía estar en movimiento, pero ¿y el quiosco? Tal vez quería mejorar la técnica, o tal vez quería darle relevancia.

Ese modo de dibujar, pequeño y detallado, no se correspondía en absoluto con la edad de Maja. Y esos fueron los primeros dibujos simbólicos que le vieron hacer. ¿Dónde estaban esas figuras con la cabeza pegada a los pies? ¿Qué había sido de los primeros dibujos formados por cuatro círculos, dos para los ojos, uno para la nariz y otro para la boca? ¿Se había saltado los estadios normales? ¿O los había superado rápidamente y en secreto? En la época en que hacía garabatos solía tirar los dibujos después de hacerlos. Karin a veces los sacaba de la papelería y del cubo de la basura para ver si descubría algo en el desarrollo de Maja, pero no pudo rescatar los que Maja rompía en pequeños trozos y tiraba por el inodoro.

Maja perfeccionó su talento para el dibujo con rapidez. Yo no la había visto desde el verano anterior y quedé sorprendida, a pesar de que Anne-Marie me había contado sus progresos en una carta.

Maja dibujaba con rapidez y concentración. Cuando terminaba revisaba las filas de figuras. Luego parecía perder todo el interés por el dibujo y, si no había nadie que lo impidiera, iba al cubo de la basura y lo tiraba o lo escondía.

Igual que en lo referente a buscar cosas, los elogios no parecían interesarle. Le gustaba dibujar pero no enseñar lo que había hecho, ni tampoco escuchar alabanzas.

Sin embargo, lo más notable de los dibujos de Maja no era su técnica precoz, sino la composición de los mismos: figuras pequeñas alineadas. También destacaban por su contenido: la representación de lo que acababa de experimentar. No eran simples dibujos, sino un modo de comunicación, un lenguaje visual.

El verano de 1972 fue desde el principio un verano distinto. Mi padre tenía que preparar su disertación sobre la periodontitis y mi madre estaba ocupada haciendo habitable nuestro nuevo chalet, así que le alquilaron la casita de vacaciones a una familia de Borås que tenía hijos pequeños.

Acordamos con los Gattman que yo viviría con ellos durante las vacaciones. Les venía bien, ya que Eva se iba como voluntaria a un kibutz en Israel y por lo tanto tenían un hijo menos de lo habitual.

Yo estaba deseando poder vivir en casa de los Gattman como el miembro de la familia que siempre había querido ser. Durante la primavera se intensificó la correspondencia entre Anne-Marie y yo, y cambió el carácter de las cartas. Discutíamos detalladamente nuestros planes para el verano que se aproximaba, cómo dormiríamos —Lis se iría al pequeño cuchitril de Anne-Marie y así ella y yo estaríamos juntas en el cuarto de las niñas mayores—, qué ropa llevaríamos, qué haríamos durante esos días. Nuestras discusiones se centraban sobre todo en la acampada sin padres en Kannholmen, la víspera del solsticio de verano. Eva y Lis ya habían estado allí con sus amigos; Jens el año pasado, y ahora nuestros padres creían que Anne-Marie y yo podíamos ir también. Mis padres dudaron al principio, yo tenía entonces quince años, pero como iba a acompañarnos Lis, que tenía veintiuno y mis padres la consideraban una hermana mayor madura y de fiar, dieron su consentimiento.

El primer día de las vacaciones de verano, mi padre me llevó en coche a Tångevik. Todavía recuerdo el viaje de ida. El intenso verdor de los árboles, los prados cubiertos de perifollo silvestre, el olor del coche nuevo de mi padre, Gilbert O'Sullivan en la radio del coche. El día anterior había terminado la escuela primaria y me había despedido de mis compañeros de clase. Me recosté en el asiento suave y mullido sintiendo en mi pelo el viento que entraba por la ventanilla. Pensé que viajaba de lo

viejo a lo nuevo. Al sacar el equipaje del maletero ya noté un cambio. La pequeña Lila no se acercó como de costumbre, correteando y oliendo la tierra. Había muerto ese invierno, tenía diecisiete años.

Karin se acercó, llevaba un pantalón corto, camisa de algodón y zuecos, me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza.

—¡Ulrika! Qué alegría tenerte en casa todo el verano. Anne-Marie y los demás se han ido a bañar por ahí en la lancha. Estoy sola. Entra a tomar café. He preparado un pastel de ruibarbo.

Cuando mi padre volvió a la ciudad después de un rápido café con pastel y una breve charla de cortesía. Karin me acompañó a la buhardilla para mostrarme la habitación en la íbamos a estar Anne-Marie y yo.

La habitación me pareció realmente grande en comparación con el cuartucho de Anne-Marie. Dos camas con colchas estampadas en tonos azul y blanco colocadas a una distancia cómoda para la charla, con dos pequeñas mesillas de noche y una ventana entre ambas. En la ventana colgaba un móvil hecho con conchas de mejillones. En la pared con el techo inclinado, dos sillas blancas tapizadas con la misma tela azul y blanca de las colchas y un escritorio de madera de abedul con la tapa plegada. Sobre el escritorio había un jarrón con margaritas. En el papel amarillento de la pared podían verse las marcas de los pósteres que las hermanas mayores habían tenido allí.

Era un día caluroso, el sol había dado en la habitación todo el tiempo y estaba cargada y caliente como una sauna. Karin abrió la ventana y salió.

Yo me tumbé en una de las camas mirando la que estaba vacía mientras intentaba imaginarme en ella a Anne-Marie. Había dormido antes en su casa, por supuesto, pero no así, una noche tras otra, en una cama que iba a ser la mía todo el verano. Como una hermana.

Acababa de levantarme, abrir la maleta y empezar a colgar la ropa en el armario cuando oí el golpe del motor de la lancha al entrar en la caleta. Fui corriendo a la ventana de la escalera con un vestido en las manos, pero ya habían avanzado demasiado y la montaña los tapaba. Podía oír sus gritos mientras desembarcaban en el muelle. De repente, se me ocurrió resistir mis impulsos de bajar corriendo las escaleras y salir a su encuentro. Era la primera vez que pensaba de ese modo y la idea me sorprendió.

Me obligué a volver a la habitación, a *nuestra* habitación, y colgué el vestido en el ropero. Era de hilo indio. Lo había encontrado en una pequeña tienda oriental un día gris del invierno pasado cuando deambulaba sola por el centro. Me lo probé y me quedaba tan bien —la cintura alta, un amplio escote y muchos botones pequeños— que al día siguiente fui a comprarlo para el verano. De forma lenta y metódica, pero prestando atención a cada uno de los sonidos, seguí colgando la ropa.

Mi antigua preocupación de que Anne-Marie hubiera cambiado se hizo presente en cuanto oí sus pasos en la escalera de la buhardilla. Caminaba tan despacio que parecía

no tener prisa por verme. Pero hacía calor y seguramente estaba cansada después de pasar un día en el mar, elucubré para consolarme.

Me obligué a permanecer inmóvil y con la mano extendida en el armario y de espaldas a la puerta, y no me di la vuelta hasta que la oí entrar en la habitación.

Estuve a punto de dejar la percha en el suelo. Esta vez sí que la noté cambiada. El óvalo redondeado de su cara era distinto. Las mejillas y la mandíbula destacaban de una manera que no había visto antes. Los dientes incisivos seguía teniéndolos separados, pero ya no resultaba gracioso e infantil, sino sensualmente atractivo cuando, ocasionalmente, levantaba los labios. Casi no tenía pecho y probablemente no lo tendría nunca, su cuerpo era parecido al de un chico, pero había algo nuevo en sus movimientos. Más seguros, más rítmicos. Estaba bronceada y llevaba un biquini. Aún tenía el pelo mojado tras el baño y se había puesto una toalla sobre los hombros.

Me paralizó una sensación de inseguridad. Me sentía pequeña, fracasada, torpe. De repente quería estar lejos de la habitación, de las camas de colchas estampadas, de esa chica bonita y elegante de quien yo nunca podría ser hermana.

Debió de notar mi sorpresa, ya que me miró con gesto divertido. Se echó a reír de manera suave y agradable, pero no del todo amable, y me abrazó. Olía a sal, y su pelo mojado refrescó mi mejilla.

—Ulrika —dijo simplemente y luego siguió riéndose.

Me pareció que su risa duraba demasiado y que se reía de un modo inadecuado. Se reía de mí, no conmigo. No era una risa a la que me pudiera unir y compartir con ella. Dolía, pero aun así era irresistible, y sentí un dolor ahogado en el corazón mientras correspondía a su abrazo.

—Vamos a quedarnos aquí. Bonito, ¿no? —dijo ella lanzándose en la cama todo lo larga que era, precisamente en la que yo me había imaginado que ella dormiría.

Me tumbé en la otra, de cara a Anne-Marie. La almohada tenía la mancha de la humedad de su pelo. Ella volvió su rostro hacia mí y nos miramos. La corriente que entraba por la ventana apenas mecía las conchas de mejillón del móvil, cuyo interior brillaba a la luz del sol. Lentamente volvimos a conectar, pero yo no alcancé a hacerlo del todo. En parte, la sentía lejana e inaccesible.

No sé si fue a la mañana siguiente o en alguno de los días sucesivos, pero de cualquier modo fue antes de la víspera del solsticio de verano. Yo estaba delante del espejo del cuarto de baño maquillándome, en ropa interior. Anne-Marie vino y se puso a mi lado. La miré de reojo en el espejo y seguí aplicándome el rímel. Anne-Marie también empezó a pintarse las pestañas, aunque en realidad no lo necesitaba. Tenía las pestañas largas y negras, las cejas oscuras y el pelo rubio claro natural. Una combinación maravillosa y poco común. Yo tenía las pestañas claras como las de los cerdos, y un color de pelo al que se le suele llamar ceniza si eres buena y color ratón

si eres mala. Me pintaba las pestañas todos los días, pero en aquella época no se llevaba teñirse o aclararse el pelo. Solo lo hacían las camareras maduras.

Apreté el tubo con cuidado y salió un poco de sombra de ojos azul nacarado y me lo extendí por el párpado. Anne-Marie se puso brillo en los labios. Tenía una boca muy bonita. Los labios mostraban una graciosa inclinación hacia abajo, como si estuviera siempre un poco disgustada.

Me resultaba violento tenerla tan cerca de mí, y me subí un poco uno de los tirantes del sujetador para hacer resaltar la única parte del cuerpo en la que yo la ganaba. Pero en realidad no estaba especialmente contenta con que mi pecho fuera demasiado grande. Me parecía desproporcionado al resto de mi anatomía. Sabía que los hombres miraban los pechos grandes con ojos de deseo, pero, en las fotos eróticas que veía, los pechos así pertenecían a mujeres altas, esbeltas, no a taponcitos como yo. Parecían desentonar totalmente. El último año había oído a chicos y hombres mayores desconocidos hacer comentarios sobre ellos, lo que me confundía y hacía que sintiera mis pechos como un par de objetos extraños que colgaban de mí por error. Era como si esos hombres que sonreían con picardía al verlos los conocieran mejor que yo.

Anne-Marie no llenaba las copas del sujetador aunque llevara la talla más pequeña, algo que no parecía preocuparle especialmente.

Se cepilló el pelo. No se lo había cortado durante todo el invierno y le llegaba hasta más abajo de la cintura. Tenía el pelo fuerte a pesar de llevarlo tan largo, y le caía con suavidad, como dos olas, a ambos lados.

—Me gustaría ser rubia —dije.

—¿Cómo te quedaría? Veamos.

Se levantó el pelo de la parte derecha, lo puso sobre mi cabeza y acercó su mejilla a la mía de modo que su larga cabellera daba para las dos. Ahí estábamos con nuestras caras juntas, enmarcadas por la misma melena rubia. Sentía sus mejillas, su piel, la fragancia de su pelo que bajaba como una cortina sobre mi ojo derecho. Me produjo vértigo. Mi propio rostro desapareció en el espejo, se fusionó con el de Anne-Marie: me había convertido en una parte de ella.

Luego soltó una carcajada y yo recobré mi propia imagen. Sin embargo la experiencia, placentera y aterradora a la vez, quedó grabada en mi memoria.

Kristina

Cuando le dieron el alta era invierno. Se negó a vivir con sus padres, y el médico que la visitaba de vez en cuando pensó también que debía intentar vivir sola. Tenía veintiún años y buen pronóstico. Ya no se ponía las manos en la cara, comía con cuchillo y tenedor y se comportaba como la gente normal. Era silenciosa y taciturna, pero siempre lo había sido.

Consiguió un apartamento pequeño no muy lejos del hospital. Todos los días iba en autobús a terapia ocupacional. Allí debía pintar, amasar y jugar al tenis. También leía los periódicos con otros pacientes ambulatorios y comentaba las noticias con ellos. No decía casi nada, pero tampoco se lo exigían. Bastaba con que se presentase allí las mañanas correspondientes y participara en las actividades.

Puesto que todo eso lo hacía bien, no tardaron en darle el alta por completo. Entonces quiso irse a vivir lo más lejos posible del hospital. La trabajadora social habló con ella acerca de su futuro y le preguntó cómo se lo imaginaba. Kristina dijo que le gustaría vivir en el campo. La trabajadora social realizó unas cuantas llamadas y arregló las cosas para que pudiera alquilar una cabaña.

Un día de verano, Kristina, la trabajadora social y una mujer del Ayuntamiento partieron hacia allí. La cabaña estaba alejada, casi aislada. En realidad no era un lugar tan apartado, porque habían construido un angosto camino de acceso sobre un valle de piedras. El sendero era demasiado estrecho para ir en coche, así que los últimos kilómetros los hicieron a pie, atravesando pastizales con vacas pastando, bosques de fronda y matorrales de endrino.

La cabaña se encontraba en un valle entre las colinas. Fuera había una mancha de césped sin cortar y un montón de trozos de madera, chatarra y trastos. Era una cabaña rara. La mujer del Ayuntamiento dijo que había sido construida, a principios de los cincuenta, por un trabajador de los astilleros que venía a la cabaña en su tiempo libre y clavaba un tablón de vez en cuando. Antes de la cabaña había una casa. El pozo con su losa de piedra pulida y una vieja bodega subterránea junto a la montaña eran recuerdos de ese tiempo.

En el interior, la cabaña constaba de una sola habitación en la que había una cocina eléctrica de dos placas oxidadas y un horno pequeño, un fregadero con desagüe y un frigorífico antiguo. El suelo de linóleo estaba adornado con diferentes mosaicos. La pequeña estufa de hierro se complementaba con un calentador eléctrico montado en la

pared con las resistencias a la vista. En un rincón había unos muebles viejos y en las paredes cuadros con motivos marineros de colores llamativos, un poco absurdos.

El trabajador del astillero había aislado las paredes. En realidad, dejó de trabajar en el astillero para vivir en la cabaña todo el año y pintar cuadros. Sin embargo, su nueva vida de artista no funcionó muy bien. Su inclinación por la bebida pudo más que su afición por la pintura, y por ese motivo el Ayuntamiento había intentado ayudarlo. Se pasaba el tiempo en la cabaña bebiendo un día tras otro hasta que murió. Después, la cabaña quedó vacía y ningún heredero la reclamó.

La trabajadora social era escéptica. Sacudió la cabeza cuando la mujer del Ayuntamiento abrió la puerta del pequeño retrete situado en la parte trasera de la cabaña. Debajo del asiento del váter había un cubo que, al llenarse, tenía que ser vaciado y después enterrar su contenido.

A la trabajadora social le parecía una vivienda demasiado primitiva y aislada. Estaba lejos de las tiendas y de la parada del autobús, además no tenía teléfono. No, no quería enviar allí a ningún expaciente suyo.

Kristina sintió enseguida que todo encajaba. Apenas percibió la extraña asimetría exterior de la casa, los muebles desvencijados, los cuadros feos ni el olor desagradable. Vio la hierba, la montaña, los árboles. Oyó el canto de los pájaros, el chillido de las gaviotas y el susurro del viento. Quería vivir allí.

—Pero Kristina, es horrible. No hay lavadora, por ejemplo. Tendrás que lavar a mano las sábanas y todo.

Kristina miró a las dos mujeres desde el borde de un acantilado. Acababa de descubrir que abajo estaba el mar.

—Esto es muy bonito —dijo.

—Lo es ahora, pero piensa en el invierno —insistió la trabajadora social—. ¿Sabes lo oscuro que puede resultar sin luz?

—Sí, esto no es para quienes tienen miedo a la oscuridad —añadió la mujer del Ayuntamiento.

Kristina sonrió.

—A mí me gusta la oscuridad —dijo—. Siempre me ha gustado.

—No tienes coche ni carné de conducir. ¿Quién va a ayudarte si te ocurre algo? La casa más cercana está a dos kilómetros.

Pero Kristina insistió con una obstinación que la trabajadora social desconocía en ella. Y recordó lo bien que se le daban los quehaceres domésticos y las tareas prácticas cuando era paciente ambulatoria. Era mañosa, minuciosa y tenía paciencia. Lo único que no manejaba bien era relacionarse con los demás. Tal vez pudiera vivir allí si iban de vez en cuando a controlarla.

Así que se quedó en ese lugar. Lo único que dijo necesitar fue su bicicleta, de modo

que su padre la colocó en la baca del coche y se la llevó. También, la cama, sábanas y mantas, enseres domésticos y otras cosas que sus padres creían que debía tener.

Kristina nunca había sido tan feliz desde su infancia como lo era entonces. Dedicaba gran parte del día a las tareas prácticas. Para hacer la compra recorría en bicicleta el largo trayecto que había hasta la tienda. Encendía la estufa. Se llevaba en una carretilla gruesos leños de madera de un prado en el que un campesino había talado y aserrado unos abedules. Después los cortaba en trozos más pequeños con un hacha. También hizo leña de su cama y la quemó. Prefería tener el colchón en el suelo con las mantas y las almohadas alrededor, como si fuera un nido. Ya el primer día hizo una hoguera con los cuadros horribles del trabajador de los astilleros.

Recorría las playas, las montañas y los prados. A menudo encontraba cosas bonitas que se llevaba a casa: conchas, plumas, restos de naufragios. Al principio juntaba todos los tesoros y los ponía en la ventana y luego, cuando ya no quedaba espacio, los colocaba sobre la única mesa que había en la cabaña, por lo que tenía que sentarse a comer junto al fregadero.

Hacía la comida, fregaba los platos y limpiaba el suelo lleno de parches con un cepillo de raíces. Lavaba la ropa al aire libre en un barreño de plástico que había comprado en la tienda y transportó hasta casa poniéndolo boca abajo encima del sillín y el portaequipajes de la bicicleta.

Nilsson, el campesino de la granja más cercana, solía pescar con red. Cuando conseguía mucho pescado avisaba a Kristina, al verla pasar por allí con la bicicleta, para que se llevara lo que quisiera. Ella solía pagarle con una barra de pan recién horneada que le dejaba dentro de una bolsa en los escalones de la entrada. Kristina utilizaba el buzón de los Nilsson como suyo, ya que no recibía cartas casi nunca y consideraba que no valía la pena poner uno propio.

La relación con los vecinos no tenía más complicaciones que esa. La gente de la zona era más bien poco habladora. Se conformaban con una inclinación de cabeza como saludo y unas cuantas frases hechas y cortas.

Gastaba muy poco dinero. Lo que le sobraba del subsidio por enfermedad lo guardaba en un bote en el armario.

Se avergonzaba cuando recordaba la época en que iba por el centro de la ciudad con máscaras de animales asustando a la gente. Todavía guardaba en la cartera un plano y fotos que se hizo en la Estación Central con la máscara del zorro. Podía ver sus propios ojos, tristes y asustados, detrás de esa imagen amenazante. Las máscaras no eran más que una penosa coraza, pero entonces las necesitaba. El zorro, el águila y el tigre se habían acercado a ella y le habían dado su espíritu. Las máscaras fueron destruidas, pero ella retuvo el espíritu del animal en su interior. Siempre que quería —en la cabaña, en la tienda o en los prados—, se convertía en uno de ellos y vería con los ojos del animal. Sonrió al pensarlo, porque esa facultad era su secreto.

De vez en cuando cambiaba sus rutinas. Dormía hasta la una del mediodía y por las noches vagaba por ahí. Seguía a los corzos por prados y montañas. Podía oír sus pasos delante de ella en la oscuridad, mostrándole el camino. A veces no oía nada porque se había equivocado de ruta. Entonces solo era cuestión de quedarse totalmente inmóvil y esperar en la noche cerrada hasta que volvía a oírlos. Iban a buscarla.

Las sendas de los corzos atravesaban prados, campos, montañas y bosques. Toda la zona formaba una red de caminos por la que transitaban. Ella vivía en el reino de los corzos. Y con el transcurso del tiempo la sorprendió y alegró a la vez comprobar que también poseía su espíritu, sencillo y temeroso.

A veces la rodeaban las sombras. Podía despertar una mañana y notar que estaban allí, en la cabaña, en la montaña, por todas partes. Tenuas al principio, como humo gris, después más densas, más oscuras. Se acercaban a ella, se deslizaban por su piel, se le enroscaban por el cuello y los brazos, pero ella sabía cómo combatir las. Tomaba la medicación, y cuando se aproximaban las sombras tenía que aumentar la dosis y tomar tres pastillas en vez de una. Resultaban tan efectivas que parecía mentira. Eran como una coraza, emitían un olor que las sombras rechazaban. No le agradaba tomar dosis tan altas, le producían sueño y descoordinación, pero las sombras desaparecían y en poco tiempo podía volver a disminuir la dosis.

Sus padres iban a verla. Ella respondía con monosílabos a sus preguntas vacilantes. Se sentaban en el borde de la silla, sostenían en las rodillas las tazas de té y se lo bebían con cautela, como si estuviera envenenado. Sus ojos vagaban ansiosos por la cabaña, mirando el nido de mantas que había en el suelo y los tesoros que ella había distribuido por las ventanas y la mesa. Cuando le preguntaron dónde estaba la cama sacudió la cabeza y no dijo nada más. No insistieron, no iban a darle consejos sobre lo que debía y no debía hacer. Se trataba de su mundo.

Kristina sintió entonces que le gustaban más que antes. Los llevó hasta la mesa para que vieran sus tesoros. Les mostró el cráneo de un corzo muerto, un nido de pájaros y los huesos frágiles de una musaraña, y dejó que los tocaran. Su madre tocó esos tesoros tan valiosos con manos temblorosas.

—¡Qué bonitos! —susurró mirándolos con atención—. ¿Dónde has encontrado todo esto?

—Ahí fuera. Aquí hay muchas cosas.

—Qué curioso —murmuró el padre, inclinándose sobre una cáscara de huevo de gaviota con un polluelo disecado en su interior.

Kristina les habló de todos los animales que solía ver en sus excursiones, de los corzos, las liebres, las urracas y las medusas. Sus padres la miraban asombrados. Nunca habían oído hablar tanto a su hija. Ella percibió el entusiasmo en sus caras. Por un momento pensó en contarles que había adquirido el espíritu de los corzos, pero se dio

cuenta de que lo que expresaban sus rostros era alegría, no comprensión. Estaban contentos de que estuviera mejor y se sintiera bien allí, pero su mundo les resultaba extraño y todo lo que les decía era incomprensible para ellos. Kristina guardó silencio y fregó las tazas, y después los acompañó al coche atravesando el pastizal.

Vivió su primer año en la cabaña con los sentidos alerta. Los campos que dormían en la oscuridad y el desolador aullido de las sirenas de niebla. Los distintos matices cromáticos de la naturaleza que iban del amarillo al marrón. La nieve que caía pero no descansaba nunca. La sutil escarcha que disfrazaba las rocas de enormes animales peludos. El hielo que se congelaba por la noche en las calas y, tras deshacerlo las olas, volvía a formarse a la noche siguiente. El olor del humo de la leña de abedul en el aire frío.

Cuando la trabajadora social fue a visitarla para ver cómo se las arreglaba en esa época tan fría, Kristina salió a recibirla al pastizal cubierto de hielo, con las mejillas sonrosadas y vestida con una falda larga hasta los tobillos, dos jerséis de lana y una bufanda atada a la cabeza. En la cabaña, delante del fuego, la invitó a té y pan recién horneado con miel de la colmena de Nilsson. Le contó que se sentía bien y que había dejado de tomar las pastillas.

Por último le enseñó los tesoros, que habían cambiado desde la última visita y con los que había empezado a hacer cosas. Alrededor de la base de los cuernos de un corzo había puesto plumón y pintado un ojo grande en el centro del cráneo del animal. Un hueso lo había adornado pegándole pequeñas conchas de caracol y había dibujado una imagen complicada y sinuosa en su superficie.

—Eres toda una artista, Kristina —exclamó la trabajadora social. Y Kristina sonrió. La primavera siguiente compró el kayak.

Ulrika

Eran más o menos las ocho de la mañana cuando Anne-Marie y yo bajamos al barco la víspera del solsticio de verano. El embarcadero de los Gattman descansaba aún bajo las sombras alargadas de las montañas, pero el brillo del sol en el agua era tan fuerte que deslumbraba. Las golondrinas daban vueltas gorjeando alrededor de la bahía. El mar estaba tan sereno que reflejaba las montañas.

Lis y su novio estaban ya allí pasándole el equipaje a Jens, que lo iba acomodando en la lancha. Mårten, el amigo de Jens, paseaba por la orilla con pantalones cortos y camiseta de tirantes, lanzando pequeñas piedras al agua. Anne-Marie y yo le dimos nuestras cosas a Jens, que las colocó apretadas junto a los sacos de dormir, las tiendas de campaña y las estufas.

—¿Me da tiempo a bañarme antes de marcharnos?! —gritó Mårten.

—No —contestó Jens.

Pero Mårten iba ya corriendo hacia el agua y se zambulló pese a ir con los pantalones cortos y la camiseta puestos.

Un momento después apareció por un lado del barco y trató de subir a bordo. El resoplido del motor indicaba que ya estaba en marcha. Jens se dispuso a soltar el cabo de cuerda trasero y Lis, sentada, a aflojar el cabrestante.

—Basta ya —dijo Jens—. Ve al embarcadero y salta desde allí si quieres venir.

Pero Mårten no se rindió. Se quedó un buen rato junto al barco tratando de subir a bordo por ahí hasta que, agotado, fue nadando a la playa y chorreando de agua saltó a bordo desde el embarcadero. Se echó a reír, probablemente pensando que esa ocurrencia era solo un anticipo de las bromas que gustaría por la noche. Hizo que nos retrasáramos diez minutos, lo cual puede parecer insignificante. Era muy temprano, y las tiendas de Hallvikshamn no abrían antes de las nueve, pero mirando hacia atrás siempre me ha parecido que tal vez todo hubiera sido distinto de haber salido diez minutos antes.

En el preciso instante en que Mårten se sentó en uno de los bancos, donde el agua de sus pantalones formó un charco, y Jens le hizo a Lis la señal de soltar amarras, en ese mismo momento apareció una pequeña figura anaranjada que bajó las escaleras de la montaña, continuó por el embarcadero y no se detuvo hasta llegar al borde del mismo.

—Mírala, cree que se va a venir —dijo Mårten en tono burlón.

—¡Vete a casa, Maja! —gritó Anne-Marie.

Pero ella se quedó allí. Con el chaleco salvavidas encima del conjunto de felpa marrón y todas las correas ajustadas y cerradas cuidadosamente. Sus dos coletas de pelo negro estaban desechas, probablemente porque había venido corriendo directamente desde la cama, sin que a Karin le diera tiempo a peinarla. Dirigió sus ojos oscuros a Anne-Marie.

—¡Vete a casa!

Todos gritamos para ahogar el ruido del motor del barco y agitamos las manos en señal de rechazo como si quisiéramos defendernos de una avispa obstinada. Pero Maja seguía allí.

—Yo la subiré a casa. Esperadme aquí —dijo Anne-Marie.

Jens apagó el motor y Anne-Marie acercó el barco y saltó a tierra. Cogió a Maja de la mano y empezó a tirar de ella por el embarcadero en dirección a las escaleras. Pero la niña era terca. Se agachó para resultar lo más pesada posible y no dio ni un paso en la dirección de Anne-Marie, que la fue arrastrando centímetro a centímetro por los tablones del embarcadero. Era una lucha silenciosa; lo único que se oía era el jadeo de Anne-Marie.

Mårten había conseguido un par de pantalones vaqueros secos. También había encontrado una bolsa de patatas, que abrió y pasó al resto de los que estaban en el barco.

—¡Le haces daño! —gritó Lis a Anne-Marie—. Se le están clavando las astillas de los tablones. ¡Levántala!

Anne-Marie intentó levantar a Maja en sus brazos y recibió inmediatamente una bofetada y un buen tirón de pelo. Enfadada, soltó a Maja, que cayó de golpe.

—¡Pero Dios mío, Anne-Marie! —exclamó Lis—. ¡Ve a buscar a mamá!

—Mamá no podrá levantarla —dijo Jens—. Si Anne-Marie no puede, no podrá nadie. Quiere estar contigo, Anne-Marie.

Maja se había puesto de pie y estaba otra vez al borde del embarcadero. Se había dado un golpe al soltarla Anne-Marie. Apretaba la boca con fuerza y se frotaba la pierna, pero no hacía el más mínimo ruido.

Mårten empezó a tirar patatas fritas a las gaviotas.

—Es una chica fuerte —dijo riéndose.

—Llémosla, de lo contrario no nos vamos a ir nunca —suspiró Jens—. Sube a decírselo a mamá.

Anne-Marie puso los ojos en blanco y fue tambaleándose por el embarcadero como si estuviera totalmente abatida y a punto de desplomarse.

—¡Data prisa! —gritó Jens.

Anne-Marie se encogió de hombros resignada y subió las escaleras a grandes zancadas. Un instante después estaba de regreso.

—¿Vale? —preguntó Jens.

—Vale.

Anne-Marie levantó a Maja y la metió en la lancha y luego saltó ella con la cuerda.

Karin contó después que ella no le había dado su consentimiento, que estaba durmiendo en la cama y no tenía la mente despejada cuando Anne-Marie la despertó. Que no llegó a entender lo que le decía.

Según Anne-Marie, Karin estaba acostada pero despierta. No tenía el sueño pesado, y es muy probable que la despertara el motor de la embarcación y el vocerío de los jóvenes. Åke dormía profundamente en la cama de al lado, pero Karin estaba despierta y contestó, de mala gana pero con toda claridad:

—Sí, sí, puede acompañaros.

Anne-Marie se sentó en el suelo con Maja en las rodillas. Jens volvió a arrancar, metió marcha atrás y salió de la bahía haciendo un amplio giro.

Nos detuvimos en Hallvikshamn a por provisiones. El puerto estaba lleno a pesar de que eran solo las nueve y media de la mañana. La mayoría de las embarcaciones había llegado el día anterior. Los barcos estaban amarrados entre sí, uno al lado del otro, y casi ocupaban la dársena. La gente desayunaba sentada en ellos o tomaba el sol tumbada en cubierta, mientras los vecinos de las naves pasaban por encima de sus cuerpos de camino al muelle. En el agua brillante de aceite había también un montón de medusas atrapadas entre los barcos que, junto con los desperdicios, formaban una capa espesa.

—Qué asco estar aquí tumbado —gruñó Stefan con desdén.

—A ellos les gusta, ya ves. A la gente le gusta apretujarse como sardinas en lata —dijo Mårten.

—La gente es imbécil.

Ellos no se consideraban «gente». Ninguno de nosotros lo hacía por entonces.

Puesto que era imposible atracar, Jens nos dejó en la escalera debajo de la bomba de combustible y luego se alejó para volver a recogernos media hora después. Compramos comida y cerveza en la tienda, helados en el quiosco, y llenamos el bidón de diésel en la gasolinera. Anne-Marie quería comprarle un sorbete a Maja, pero Mårten la obsequió con un gran cono Storstrut.

—Se le va a derretir antes de que se coma la mitad —protestó Anne-Marie.

—No importa. A los niños hay que comprarles helados grandes —dijo Mårten. Luego, cuando Maja ya no podía más, se lo terminó comiendo él.

Tardaron bastante más de media hora debido a la cola que había en la tienda, y Jens tuvo que dar varias vueltas con la lancha antes de que estuviéramos listos para partir.

En la tienda no vimos a ningún chico conocido, pero en la playa de Kannholmen había ya dos barcos.

Kannholmen es la más distante de un grupo de islas e islotes, a tres cuartos de hora de un tranquilo paseo en barco desde Hallvíkshamn. Es la única isla de esa zona en la que se puede levantar una tienda de campaña. El resto solo son rocas peladas. Pero Kannholmen tiene una zona de césped completamente llana, donde el suelo proporciona suficiente profundidad para que se sujeten las estacas de la tienda. Esa mancha de hierba está rodeada de montañas. Es un lugar bueno y seguro. Hay que conocerlo, pues desde el mar no se ve.

Dentro de la isla hay una playa pequeña y en sus límites rocas planas, suaves y redondas donde te puedes sentar a ver la puesta de sol en el mar. El resto de la isla está compuesto por montañas, desfiladeros, charcas y pantanos de playa. No es una isla grande, apenas se tarda una hora en recorrerla.

Ya habían levantado dos tiendas, y sus ocupantes estaban fuera sentados en la hierba bebiendo cerveza. Montamos las nuestras; Lis y Stefan tenían una, Mårten y Jens otra, y Anne-Marie y yo otra.

Llegaron algunos barcos más y se alzaron más carpas, por lo que el césped se convirtió en un campamento colorido lleno de pequeñas tiendas para dos personas.

Almorzamos de modo sencillo, un poco de pan cortado en rebanadas gruesas, melocotones y cerveza. Después, Anne-Marie, Maja y yo fuimos a bañarnos. Lis y Stefan se metieron en la tienda de campaña. Mårten y Jens pusieron la cerveza a enfriar al borde del agua y luego desaparecieron por las montañas en dirección al interior de la isla.

Yo no conocía a ninguno de los otros. Anne-Marie sabía sus nombres y los conocía de vista a través de sus hermanos. Intercambió unas palabras con algunos de ellos. Muchos chicos querían hablar con ella. Yo lo entendía. Anne-Marie resultaba realmente guapa andando entre las tiendas de campaña con su biquini y con Maja de la mano. Piernas largas, esbeltas. Pelo largo meciéndose al viento. Piel bronceada, brillante.

Yo llevaba mi biquini rosa chicle. Había tomado el sol a toda prisa los últimos días para estar bronceada la fiesta del solsticio, y como resultado mi piel lucía el mismo color rosa que el biquini. De repente me di cuenta de que esos dos tonos se fundían en uno solo y de que yo, con mis kilos de más alrededor de la cintura y los muslos, parecía un cochinito escaldado. Mis pesados pechos brincaban y se bamboleaban como si tuvieran vida propia, dos lechones rebeldes que se mecían en las cunas de la parte

superior del biquini.

Me ahuequé el pelo con los dedos para que no se aplastara y noté que empezaba a ponerse grasiento, a pesar de que me lo había lavado la noche anterior a última hora. Pensé con tristeza que al bañarme se me llenaría de sal y por la noche lo tendría pegajoso. Traté de mantener la cabeza fuera del agua, pero era imposible porque Anne-Marie buceaba todo el tiempo y tiraba de mis piernas para que me sumergiera con ella.

Después del baño, Anne-Marie quiso que nos echáramos la siesta. Yo también notaba que tenía que descansar. Nos habíamos levantado temprano, el sol quemaba y habíamos bebido cerveza. Tendimos los bañadores en las cuerdas de la tienda roja de campaña para que se secaran, entramos en ella arrastrándonos y extendimos las toallas de baño sobre los sacos de dormir. Después nos tumbamos en bragas y camiseta con la pequeña Maja que estaba desnuda entre las dos.

Estaba exhausta y me dormí enseguida. Me desperté pocas horas después. Había dormido profundamente y no había soñado. Me sentía cansada aún y no lograba despertarme del todo. Permanecí tumbada en una especie de sopor mirando a las otras dos, que seguían durmiendo a mi lado. Hacía mucho calor y el aire estaba cargado, pero ya me había acostumbrado y no me molestaba.

Recuerdo perfectamente ese momento en la tienda de campaña. La cálida penumbra reinante, la lona roja que daba un mágico resplandor a los cuerpos que dormían, el olor a hierba y a sudor. Anne-Marie de lado, vuelta hacia mí, con la boca entreabierta, el brazo doblado y la mano sobre la toalla de baño. Los dedos largos, levemente doblados, relajados; una mano que era para dibujarla. Los labios, sonrosados por la rara luz, las suaves curvas del arco de Cupido. El pelo húmedo retirado de la frente. Su rostro como una fruta suave y madura. Maja dormía a su lado, algo más abajo, con la cabeza a la altura del ombligo de ella. Estaba de espaldas, con los brazos a los lados como suelen ponerlos los niños. Totalmente desnuda, con esa piel marrón brillante, como de seda. Oí las voces de los jóvenes fuera, la armónica de Jens en algún lugar alejado y el chillido de las gaviotas. La lona de la tienda se movía con suavidad. Las durmientes respiraban tranquilas a mi lado, dos fetos en el interior de una matriz roja y segura.

Maja se despertó de repente, se arrastró con rapidez hasta la abertura de la tienda de campaña y desapareció como un rayo.

—Tendrá ganas de hacer pis —murmuró Anne-Marie—. Yo también. ¿Cuánto tiempo hemos dormido? ¿Qué hora es?

Eran las cuatro y veinte. Nos levantamos para celebrar el solsticio.

No sé qué expectativas tenía yo de esa fiesta en Kannholmen. Lo único que recuerdo es que estaba emocionada. Que había pensado con todo detenimiento qué ropa me pondría, es decir, qué pantalones vaqueros gastados, qué camiseta descolorida y qué

suéter deformado llevaría. No me gustaba ningún chico en especial ni nada por el estilo. Creo que solo tenía una vaga percepción, un presentimiento de que algo iba a ocurrir, de que yo sería otra Ulrika cuando volviera a casa.

Sin embargo, mis expectativas incluían que pasaría toda la noche con Anne-Marie, de eso estoy segura. Que nos acercáramos la una a la otra, que compartiéramos secretos y aventuras que después nos unirían. No fue así.

Anne-Marie se movía como pez en el agua entre la gente desconocida. Hacía amistad con unos, luego con otros. Era voluble y escurridiza, discutía y bromeaba.

Entablé conversación con dos chicos mayores que yo. Me preguntaron acerca de un montón de cosas profundas y respondí del modo más inteligente que pude, me gustó que me escucharan, hasta que de pronto tuve una fuerte sensación de desagrado y, al mirar sus rostros, me di cuenta de que se habían burlado de mí todo el tiempo. Interrumpí la conversación y me marché.

—¡No, no, espera! ¡¿No nos lo vas a decir?! —gritaron detrás de mí—. ¡¿Qué estabas diciendo?! ¡Oye, te has dejado la cerveza!

Me senté al lado de Lis y Stefan, pero solo tenían ojos el uno para el otro, así que me fui con un pequeño grupo de chicas que estaban asando salchichas en la playa. Hablaban y se reían, pero cuando me senté con ellas el ambiente se enrareció.

—¿Eres la hermana de Lis y Eva? —preguntó una de ellas.

—No, la hermana es Anne-Marie. Yo soy amiga de Anne-Marie. Vivo en su casa.

—Ya entiendo —dijo la chica, que al parecer consideró que ya había hablado bastante conmigo. Retomaron su alegre charla sin darle importancia a mi presencia.

De repente se pusieron en pie para ir a la orilla a bañarse y nadie me preguntó si quería acompañarlas. No me pareció correcto ir detrás. Tal vez se marcharon tan deprisa precisamente para evitarme.

Me quedé sentada un momento junto al fuego agonizante mirando el brillo de las brasas en la ceniza. Un chico borracho como una cuba que daba vueltas por allí se inclinó hacia mí con la mirada turbia.

—¡Dios mío, qué triste estás! —dijo sacudiendo la cabeza y luego se fue.

Intentó volver a hablar con Anne-Marie. Ella tonteaba por ahí entre las tiendas de campaña, borracha pero impresionantemente hermosa en vaqueros cortados y camiseta blanca, flotando sobre la admiración y el deseo de los otros. Cuando me senté en la hierba recostada en la loma de la montaña y la miré, me vino una palabra a la mente: riqueza. Ella era rica, rebosaba belleza y seguridad en sí misma. Era autosuficiente, no necesitaba a nadie y menos a mí. Yo me veía como un agujero negro y vacío, una cueva oscura de soledad y fealdad. A mi lado había una pareja besándose.

Maja corría alrededor, siempre desnuda a pesar de que ya había anochecido. Alguien le había peinado el pelo revuelto, le había hecho la raya en medio y se lo había

recogido con esmero en dos coletas altas.

El pie de la montaña donde estaba recostada había acumulado el sol de todo el día e irradiaba calor como un gran animal. Me apoyé contra él y cerré los ojos.

¡Oh, Anne-Marie! Mi dorada Anne-Marie, mi Anne-Marie de miel. ¿Dónde estás? Esa no era mi Anne-Marie, era una desconocida. «¡Regresa, Anne-Marie de miel!», pensé.

—Caramba, estás triste de verdad.

Era aquel chico otra vez, y yo miré hacia otro lado; pero él se quedó ahí dándome la lata.

—¿Vas a ponerte a llorar? ¿Te ha dejado tu novio? Sí, estás realmente triste. Nunca había visto a nadie tan triste.

Volví a levantarme y me marché. Vagué por las montañas, de un lado al otro de la isla. Del mismo modo que antes intentaba relacionarme con distintos grupos de personas, huía ahora de ellos en busca de soledad. Cuando veía a alguien u oía voces, me alejaba rápidamente por otro lado.

Me quedé un momento en la orilla mirando el mar abierto y los pequeños islotes que se perfilaban bajo el cielo rojo de la noche. Unas aves graznaban en algún lugar fuera del agua. Entre sus chillidos oí las largas y vibrantes notas de un *blues* en una armónica.

Jens, Mårten y un chico que yo no conocía estaban sentados en un rincón, apoyados en las suaves curvas de los acantilados, escondidos del mundo exterior, mirando la puesta del sol en el mar. Junto a ellos había una caja de cervezas. Al verme, Jens hizo una pausa, me saludó con la mano y siguió tocando.

Me dirigí hacia allí y me senté en un montículo sin decir ni una palabra. Por primera vez en esa noche no me sentí apartada, marginada ni ridiculizada. Me quedé allí observando el mar, que se iba tornando más pálido y gris conforme oscurecía, y escuchando las notas temblorosas de la armónica. De pronto, mi tristeza me resultó casi agradable.

Las aves giraban sin cesar sobre nosotros, al principio a lo lejos, luego se fueron acercando poco a poco.

—¿Suelen estar despiertas las aves a estas horas? —pregunté.

Jens miró hacia arriba e interrumpió la melodía.

—No lo creo.

—No, parece algo raro —admitió Mårten—. Suelen estar en silencio por las noches, ¿no es así? Creo que las aves no graznan de ese modo.

—Las aves se quedan en silencio al ponerse el sol —dijo el tercer muchacho en tono pausado y filosófico.

—Entonces ¿por qué están aquí graznando y volando? —preguntó Mårten.

—¿Qué aves son?

—Gaviotas o golondrinas de mar, pero también podrían ser de otra especie.

—Es interesante ver cómo vuelan todas juntas —dijo el tercer muchacho.

De repente, una de las golondrinas se lanzó al agua en picado. Pasó tan cerca de nuestras cabezas que pudimos oír su aleteo, a la vez que el agudo sonido que emitía, casi ensordecedor.

—Cielo santo —murmuró Mårten.

—Les pasa algo raro esta noche —dije yo.

—No, lo raro es que estemos aquí —dijo Jens—. La isla es de ellas. Seguramente tienen nidos con polluelos en las grietas. Quieren que nos vayamos, pero tendrán que soportarnos hasta mañana.

Nos quedamos sentados y enseguida nos vimos envueltos por toda una nube de golondrinas que no paraban de trisar. No nos hacían daño, solo volaban alrededor de nuestras cabezas, girando unas en torno a las otras, cada cual en su órbita, como planetas de un complicado sistema solar. Una de ellas lanzó su excremento blanco encima del hombro de Mårten. Jens se echó a reír y los demás también. Permanecimos sentados en medio de todas esas alas batientes, agachados con las manos en la cabeza y riéndonos.

El tercer muchacho dio un grito. Un ave pasó volando muy cerca de él. Era una simple golondrina de mar, pero de cerca parecía un ave mucho mayor. Sus alas barrieron el aire de la noche en grandes oleadas hacia nosotros y por un breve instante sentimos su olor, una mezcla de pescado, heces y plumas.

—¡Me ha picado en la cabeza! —gritó el muchacho.

Huimos por las montañas hacia otra grieta. Las aves nos siguieron y continuaron dando vueltas por encima de nosotros pero a distancia.

—Estábamos cerca de algún nido —dijo Jens—. ¿Qué tal tu cabeza?

Examinamos la cabeza del muchacho pero no vimos ninguna herida.

—Me habré asustado —murmuró él.

Las gaviotas estaban encima de las rocas mirándonos, pero no se acercaban.

—¿Habéis visto qué ojos tan repugnantes tienen? —dijo Mårten—. Como las rapaces. ¡Uf! Me parecen asquerosas.

—Tal vez tú a ellas también —dijo Jens.

—Me voy a dormir —anunció Mårten—. Esto empieza a parecer una película de Hitchcock.

Él y el chico al que le habían picado en la cabeza se levantaron y se marcharon. Jens y yo nos quedamos.

La noche del solsticio era clara y extrañamente tranquila. El mar no estaba del todo oscuro, parecía más un día gris, y la superficie del agua tenía tonos metalizados.

Entre Jens y yo había estado sentado Mårten. Poco a poco fuimos llenando ese espacio vacío y acercándonos uno al otro mientras hablábamos. Jens apoyaba una mano

sobre sus rodillas dobladas y cuando yo miré esa mano que se perfilaba contra el mar, recordé la de Anne-Marie en la tienda de campaña durante el descanso del almuerzo. Los dedos largos, las muñecas delgadas: tenían las manos idénticas.

Observé su rostro a hurtadillas. Estaba mirando al mar y tan absorto en su propia conversación que no se daba cuenta de que lo observaba. Fue en ese momento, cuando el crepúsculo gris alumbraba los perfiles, cuando me di cuenta de lo mucho que se parecía a Anne-Marie. Su pelo era algo más oscuro, pero lo demás estaba allí: las cejas oscuras, los pómulos, la boca bien delineada.

Él se volvió hacia mí y nuestros ojos se encontraron. Me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él, mientras me acariciaba un brazo de arriba abajo.

—¿Tienes frío? —me preguntó.

—No —mentí.

—Tienes la piel de gallina, lo noto.

—Yo no lo noto.

—Voy a buscar mi saco de dormir. Podemos dormir aquí esta noche. Es mucho más agradable que la tienda de campaña.

Desapareció por los acantilados y regresó con uno de los sacos de dormir de la familia Gattman, pesado y de color verde militar. Lo sacó de la funda, lo desplegó y pensó un momento dónde ponerlo. Lo llevó de un lado a otro hasta encontrar un sitio apropiado.

—Creo que estará bien aquí, ¿no crees?

Su tono ceremonioso me asustó un poco. Bajó la cremallera, se tumbó y me hizo una señal para que lo siguiera.

—No voy a poder entrar —dije.

—Inténtalo, ya veremos.

Tuve que acurrucarme a su lado. Me ayudó apretándome contra él con una mano y subiéndome la cremallera que estaba a mi espalda con la otra.

—¿Ves? Funcionó —dijo triunfante.

El saco de dormir estaba caliente y lleno de olores. Olía a sal, a tierra, a hierba, a cada sitio por el que había pasado. Su rostro estaba tan cerca del mío que me pareció completamente natural que me besara.

El saco desprendía una fuerza que nos empujaba a abrazarnos de modo suave pero firme. Era imposible resistirse. Boca contra boca, pecho contra pecho, sexo contra sexo. Mi corazón latía con tal fuerza que me parecía un objeto extraño, un animal que se había quedado encerrado en mi cuerpo. La lengua de Jens se movía en mi boca como si siempre hubiera estado allí. Sus piernas, que se habían metido entre las mías, parecían haber encontrado su lugar. Nuestros límites corporales habían desaparecido. Ambos formábamos un solo cuerpo cobijado en la tibieza del saco de dormir.

De pronto oí un chillido corto. Abrí los ojos y vi una enorme gaviota gris posada en

una roca encima de nosotros. Jens me había desabrochado los pantalones y me los estaba quitando. La gaviota, a solo un par de metros y vista desde tan cerca, parecía gigantesca. Nos observaba y pude apreciar en la oscuridad su modo de hacerlo, que me resultó totalmente extraño. No había en sus ojos nada de esa segura oscuridad marrón que tienen en la mirada perros y caballos, nada parecido al misterio del amarillo verdoso de los gatos ni a la viveza negra y el brillo perlado de ratones y hámsteres. La mirada de esos ojos acuosos era fría, casi parecía malvada, pero estaba más allá del mal, más allá de todo lo humano y comprensible. Una ventana tras la cual solo había vacío, desolación.

La gaviota abrió el pico, levantó la cabeza y volvió a graznar. Y el chillido hizo que me elevara, sentí que escapaba de esos cuerpos juntos y melosos y me quedaba fuera, mirando a la pareja que se movía en el saco de dormir. Me parecieron estúpidos, no quería tener nada que ver con ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jens con la boca pegada a mi garganta—. ¿Otra vez los pájaros?

De pronto sentí agobio por el calor y la falta de espacio del saco de dormir. Noté cómo volvía a ser dueña de mí misma y bajé la cremallera para poder salir. El aire de la noche refrescó la parte desnuda de mi cuerpo y me subí rápidamente las bragas y el pantalón vaquero.

La gaviota batió las alas y se posó unos metros más allá.

Me senté en una roca mirando al mar.

—Está amaneciendo —dije.

El silencio reinaba al otro lado de la isla, donde estaban las tiendas de campaña. En ese momento me di cuenta de que había oído ruidos procedentes de allí todo el tiempo: risas, gritos, música de transistor. Las aves también permanecían en silencio.

Amanecía y yo estaba ahí sentada mirando la lenta transformación del mundo, que no constituía un cambio radical, sino lleno de matices vibrantes. El mar recobró su resplandor, las rocas sus tonos rosa y albaricoque. Los picos carmesís de la pequeña bandada de gaviotas que se distinguía en la superficie del agua estaban cerrados por fin, en silencio.

Jens se había quedado dormido. Me tumbé junto a él en el saco y allí, pegada a su espalda, abrazada a su cintura, en un mundo que absorbía el color del aire, me dormí.

Me despertaron risas y gritos. Unas chicas se bañaban desnudas un poco más abajo, rodeadas por ondas que iban formando al moverse en la superficie serena del agua. Las miré somnolienta y después debí quedarme dormida de nuevo, porque recuerdo que las chicas habían desaparecido y hacía mucho más calor. A pleno sol, nuestros cuerpos se hacían pegajosos por el sudor.

Los del campamento iban de un lado a otro, con resaca y cansados. Mårten y el

chico que había sido atacado por un ave estaban sentados junto a la tienda de campaña de Jens, bebiendo Coca-Cola sin gas y comiendo obleas de vainilla. Jens se sentó con ellos y compartió su nada apetitoso desayuno.

Fui en busca de Anne-Marie. La encontré en nuestra tienda de campaña durmiendo bajo la luz roja. Estaba acurrucada de lado y solo llevaba las bragas. Los pezones de sus diminutos pechos parecían capullos de rosa hechos de mazapán. Tenía el pelo enredado. Toda la tienda apestaba a cerveza, a sudor y a mal aliento.

Salí arrastrándome hacia atrás, pero me enganché en la abertura y la lona de la tienda cedió, lo que la despertó.

—¿Adónde te fuiste? —preguntó con ojos entornados.

—He dormido fuera esta noche. Al aire libre, junto al mar. ¿Se ha despertado Maja?

—No lo sé. Supongo que sí. —Anne-Marie se puso una camiseta y salió arrastrándose.

Stefan estaba de rodillas junto a su tienda de campaña, hirviendo agua para hacer té sobre un quemador de alcohol. Cuando Lis nos vio preparó dos tazas de plástico con bolsas de té y nos las ofreció. Parecía estar espabilada y descansada, con el espeso cabello castaño recogido en una coleta en la nuca. Stefan también tenía buen aspecto. Ya no bebían sin control, como adolescentes. Desde que se conocieron bebían como adultos, dos o tres cervezas en una noche, no más.

—El agua estará en un momento —dijo ella—. Podéis despertar a Maja. He puesto una naranja a refrescar en la playa para ella.

—¿Sigue durmiendo?

Anne-Marie entreabrió la lona de la tienda de Lis y Stefan y miró en su interior.

—No está aquí —confirmó—. Habrá salido ya.

Lis se dio la vuelta, sosteniendo el asa del hervidor de aluminio lleno de agua. Miró a Anne-Marie con una expresión pensativa. Tenía un color de ojos poco común, entre verde y marrón, como las algas.

—¿Por qué iba a estar en nuestra tienda? Ha dormido en la vuestra, ¿no es así? —preguntó después de una pausa.

Se hizo otro silencio. Del hervidor de agua salía humo. Lis se dio cuenta de pronto de que el asa estaba muy caliente y lo dejó en el suelo rápidamente. Anne-Marie miró a uno y a otro, como si buscara ayuda.

—No —dijo al fin—. No, no ha dormido en nuestra tienda.

—¡Jens! —gritó Lis—. ¿Ha dormido Maja con vosotros?!

Jens se encogió de hombros con la boca llena de obleas.

—¿Sí o no? —preguntó mirando a Mårten.

—No, al menos yo no me he dado cuenta —dijo Mårten—. Björn, ¿has visto tú a esa niña morena?

Björn, el chico al que le había picado la gaviota en la cabeza, se encogió de

hombros. Tenía pinta de no estar del todo despierto y parecía que no entendía de qué hablábamos.

—Entonces ¿dónde ha dormido? ¿Dónde está? —preguntó Lis, y acto seguido se fue a hacer un rápido recorrido por las tiendas de campaña y por las lomas más próximas.

—Anne-Marie —dijo Stefan con calma—, piénsalo bien. ¿Verdad que Maja durmió contigo?

—No lo creo.

La voz de Anne-Marie era débil y forzada, como si no tuviera costumbre de hablar.

—Ulrika, ¿verdad que durmió en vuestra tienda?

—No lo sé —respondí—. Yo no dormí allí, dormí fuera.

Lis regresó sin aliento y sin Maja.

—De acuerdo —dijo sosegada—. Tenemos que buscar bien. ¿Dónde la vimos por última vez?

—Iba corriendo por aquí entre las tiendas —contestó Stefan.

—¿La ha visto alguien en otro sitio? —preguntó Lis.

Nadie la había visto.

—Yo le puse el chándal de felpa. Era bastante tarde —dijo Anne-Marie—. Entramos en la tienda, le puse el chándal marrón y luego se volvió a ir corriendo.

—Echemos un vistazo por las tiendas para preguntarle a todos dónde la vieron por última vez —propuso Lis.

El ambiente somnoliento del campamento se transformó en pocos minutos en actividad frenética.

Que Maja no estaba en ninguna tienda de campaña fue un hecho que pudo constatarse rápidamente. Todos recordaban haber visto a la niña corriendo entre las tiendas, pero nadie pudo precisar en qué momento había desaparecido. Al parecer había andado toda la noche por allí mientras que los demás estaban despiertos, pero nadie sabía en qué tienda había dormido.

Lis los reunió a todos en la playa y les dio instrucciones.

—Vamos a rastrear cada uno una parte de la isla. Revisad todas las grietas. No esperéis que conteste al llamarla. Maja no contesta nunca cuando se la llama.

Unas treinta personas recorrimos la isla de un extremo al otro. Era una mañana calurosa y apacible. Buscamos por todos los rincones, detrás de rocas y arbustos.

Poco a poco sentíamos que había que darse prisa. La incertidumbre resultaba insoportable y aceleramos la búsqueda para acortarla. Nos pusimos a correr. Recorrimos impacientes las distintas zonas, impulsados por la desolación, el calor y el pánico. El sol temblaba con su brillo sofocante, el cielo ardía azul como una llama de gas, las bayas de corneja resplandecían con sus llamativos tonos verdes y escarlata, como un cuadro de Inge Schiöler. Sentíamos correr el sudor por nuestros cuerpos. Bebíamos con avidez las botellas de gaseosa caliente que llevábamos y nos acercábamos

al agua para enjugarnos el rostro, refrescarnos y continuar la búsqueda.

Buscamos una hora tras otra hasta que tuvimos que enfrentarnos a la realidad. Habíamos rastreado la pequeña isla varias veces, no una vez sino diez, veinte veces. No quedaba ningún recoveco. Maja no estaba allí.

Uno a uno fuimos bajando a la playa entre los barcos. Dirigimos nuestras miradas hacia el mar y, sin decir palabra, comprendimos que era allí donde debía de estar.

En algún momento de la noche habría salido corriendo de la tienda de campaña. Tal vez se había resbalado en una roca y había caído al agua. Tal vez había ido a bañarse al mar y se había alejado demasiado. ¿Habría gritado? Maja no pedía nunca socorro. Gritaba cuando se enfadaba, y raras veces cuando le dolía algo, pero nadie la había oído gritar de miedo. Solía hacer de tripas corazón, luchar en silencio. ¿Lo habría hecho también en esa ocasión? ¿Habría podido oírla alguien en tal caso? No entre los ruidos de tantos jóvenes que vociferaban borrachos, el sonido de los transistores y los graznidos de las aves.

Y ninguna de nosotras era su madre porque, de haber estado ella allí, aun en medio de su embriaguez, su lujuria, su alegría, pena o rabia, habría pensado en su hija y se habría preguntado dónde estaba. El instinto maternal habría girado sin cesar como la antena de un radar, registrando el menor movimiento de la pequeña. Así es como funciona, lo sé porque yo también soy madre. Los hijos siempre están ahí, bajo nuestra atenta mirada, en los pensamientos, en los sueños. Cuando vas a relajarte y sabes que tu hijo está al cuidado de otra persona, los radares giran con la misma rapidez. No es posible apagarlos. En eso consiste la maldita falta de libertad.

Pero entonces éramos libres, no teníamos hijos. Y, como la mayoría de los jóvenes, estábamos totalmente absortos en nosotros mismos. En nuestros amores y decepciones, nuestras experiencias recientes, música, muslos gruesos, pechos demasiado pequeños o grandes, espinillas, michelines, eso era todo lo que llenaba nuestro mundo.

No corría ni un soplo de aire. Los barcos flotaban con las velas flácidas, inmóviles, como atrapados en el hielo. El mar, suave y misterioso, no desvelaba lo que escondía bajo su luminosa superficie.

A las cinco empezamos a desmontar las tiendas de campaña en absoluto silencio. Uno tras otro fuimos alejando los barcos de la playa. La lancha de los Gattman fue la última en abandonar Kannholmen. Al llegar pediríamos ayuda, pero ¿qué se podía esperar?

Recuerdo que Anne-Marie y yo íbamos sentadas una enfrente de la otra durante el viaje. Ella miraba a lo lejos por encima de mi hombro. Yo me fijaba en el suelo, en las planchas de madera peladas y con burbujas de barniz, en la maraña de piernas, las bolsas de plástico, las tiendas de campaña y los sacos de dormir. Justo a los pies de Anne-Marie, medio escondido debajo del banco, estaba el chaleco salvavidas color

naranja de Maja. Anne-Marie debió de notar alguna reacción en mi cara, porque siguió mi mirada y lo descubrió. Con un gesto rápido e intuitivo dio una patada al chaleco, que desapareció debajo del banco.

Debería haberme ido a casa, naturalmente. Pero los primeros días nadie se daba ni cuenta de que yo estaba allí. Era un caos total. El helicóptero zumbando en el cielo azul cobalto. El teléfono sonando. Los hombres del servicio de Emergencias sacudiendo la cabeza. Los que salían en sus pequeñas embarcaciones y volvían con rostro apenado. Anne-Marie tumbada en la cama de la habitación que compartíamos, de espaldas a la mía y con la cara hundida en la almohada, paralizada por la culpa y la desesperación. Yo intentaba quitarme de en medio y hacerme notar lo menos posible.

Karin y Åke Gattman eran personas conocidas. Incluso Maja lo era de algún modo. A través de los artículos de Karin en el *Dagens Nyheter* y de un reportaje para la televisión, la niña se había convertido en una especie de hija adoptiva del país, un papel que durante el último año se había ido desvaneciendo.

Los periodistas se mantuvieron expectantes las primeras veinticuatro horas. La noticia de la desaparición de una niña de cuatro años en una isla en las inmediaciones de Hallvikshamn se publicó con discreción, y no se mencionó en la radio ni en los informativos televisivos.

Al segundo día, el periódico local decidió publicar el nombre de la niña desaparecida y el de sus padres, y pocas horas después se pusieron en marcha los periódicos sensacionalistas, haciéndole fotos a Karin en el embarcadero protegiéndose del sol con la mano y mirando al mar, como la estatua de la mujer del marinero que espera su regreso. Al día siguiente, su imagen apareció en la portada de todos ellos. El resto de la prensa publicó una foto de Lis y Jens llorando abrazados. En las páginas centrales podía verse la foto de un oso de peluche tirado en el suelo delante de la casa de los Gattman, mirando con sus ojos redondos y vacíos de botón de nácar y con los brazos patéticamente extendidos hacia el cielo. Enseguida reconocí a Brumle, el viejo oso de peluche de Anne-Marie, y me acordé de la visita misteriosa de un hombre con un gran bolso al hombro que había aparecido el día anterior por la cocina y nos había pedido que le enseñáramos los juguetes de Maja. No pude ayudarlo, ya que Maja no jugaba nunca con juguetes, pero él mismo fue a buscar la caja que contenía los juguetes de los hijos mayores y me pidió con toda amabilidad que le prestara uno de

ellos, a lo que accedí. Por lo visto, Brumle era exactamente lo que el fotógrafo buscaba. Y ahí estaba, en las páginas centrales, resucitado después de dormir muchos años en el baúl, con los brazos abiertos esperando a una niña que ni siquiera le había dirigido una mirada.

Al tercer día se modificó el objetivo de la búsqueda. Nadie lo dijo, pero todos lo sabían: ya no buscaban a una niña viva, sino un cadáver.

Y después se interrumpió incluso la búsqueda. Kannholmen se encuentra fuera del archipiélago, en mar abierto y con fuertes corrientes. La conclusión fue que la niña, a pesar de la investigación, no estaba ni muerta ni viva, simplemente había desaparecido.

Los familiares se fueron retirando uno tras otro. Åke se encerró en la cabaña donde escribía, aunque no se oía la máquina de escribir. Iba a la cocina de vez en cuando a buscar una botella de vino. Sus padres, Tor y Sigrid, permanecieron en su habitación en el segundo piso. Karin seguía sentada en una hamaca en el embarcadero mirando al mar durante horas. Lis estaba casi todo el tiempo en casa de Stefan. Jens se fue en moto a ver a un amigo a alguna parte. Anne-Marie se quedó en la cama.

Karin nos acusó únicamente en una ocasión, cuando le molestó mucho un artículo publicado en un periódico insensible, y no tuvo tiempo de contenerse antes de que se le escaparan las palabras de los labios.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pudisteis olvidaros de ella? —gimió.

Era por la mañana, muy temprano, después de pasar una noche desvelados. Estábamos Anne-Marie, Jens y yo sentados en la escalera cada uno con su taza de té, al día siguiente del suceso. Ella estaba de pie en el escalón superior de la escalera y nosotros observamos su cara desde abajo, que se había vuelto casi irreconocible después de varios días de llanto incesante, hinchada, enrojecida y arrugada. Nos sentimos terriblemente mal al oír su acusación, precisamente porque lo había callado tanto tiempo. Nos encogimos, mirándonos unos a otros como cachorros avergonzados. Jens, que estaba a mi lado, puso su brazo sobre mis hombros y Anne-Marie, que estaba sentada en un escalón más abajo, apoyó la cabeza en mis rodillas.

Mi padre viajó hasta allí. Aparcó el coche debajo del roble, subió las escaleras de troncos y llamó a la puerta con golpes tan tímidos y discretos que nadie lo oyó. Estuve a punto de empujarlo sin querer cuando abrí la puerta por casualidad para salir.

No lo reconocí. Hacía tres semanas que no lo veía y desde entonces habían sucedido muchas cosas, aparte de que no estaba preparada para encontrármelo en la escalera de ese modo. No había podido avisar de su llegada, debido a que la familia Gattman desconectaba el teléfono y solo lo conectaba un momento cuando Karin efectuaba sus llamadas diarias a salvamento marítimo.

En un primer momento pensé que era un periodista más o un candidato a

voluntario. Estuve a punto de despedirlo con cualquiera de las frases ambiguas y distantes que había aprendido en la última semana, pero me di cuenta de quién era. Por un momento sentí vértigo. Había cogido tanto apego a la familia Gattman que no supe qué hacer al ver a mi padre. Mi propia familia, mi padre, mi madre, la casita de verano, el chalé donde vivíamos, todo se había desvanecido para mí en ese tiempo.

—No pude comunicarme por teléfono. Supongo que no querrán contestar. Pero tú sí querrás volver a casa. No está bien que te quedes aquí con todo lo que ha ocurrido.

Su camisa de manga corta tenía grandes manchas de sudor a la altura de las axilas. Noté la diferencia de color entre sus brazos pálidos y el bronceado de los míos. Le dije que entrara y atravesamos la casa hasta llegar al porche que estaba en el otro lado. Le pedí que se sentara mientras yo iba a sacar zumo fresco del frigorífico. Nos sentamos uno al lado del otro y bebimos zumo de endrinas de la cosecha del año anterior debajo de la sombrilla amarilla.

—Tiene que ser terrible para ellos. Para ti también —dijo mi padre removiendo el zumo con la cuchara mientras tintineaban los cubitos de hielo—. He leído unas declaraciones tuyas en algún periódico.

—¿Mías? —pregunté asombrada.

Yo sabía que había dicho algo, pero había hablado con muchos periodistas. Sin duda, alguno de ellos me había mencionado.

—Sí, dijiste que cuando estuvisteis buscando por la isla había sido el peor día de tu vida.

—Sí —afirmé—, sin duda lo fue.

—Lo comprendo —dijo mi padre—. Por cierto, ¿dónde están los demás? ¿No están en casa?

Me puse a pensar. Durante los últimos días me había acostumbrado a estar sola la mayor parte del tiempo, mientras los otros se encerraban o se marchaban. Ya no había comidas en común. Cada uno iba a la cocina a por algo de comida cuando tenía hambre.

—Querrán que los dejen en paz —dije.

Mi padre asintió y se bebió un buen sorbo de zumo.

—Esta familia está de duelo —dijo—. No debes quedarte aquí. Vamos a recoger tus cosas, luego te despides de ellos y nos marchamos.

—No sé —susurré entre dientes—. No me parece correcto. Es como si me escapara.

—¿Escaparte? —repitió mi padre—. ¿De qué?

«De la culpa», pensé. Primero me había escapado de la responsabilidad. Todos habíamos eludido la responsabilidad. Y lo que ocurrió después me había ligado a esa familia. Ahora era uno de ellos. Sí, por primera vez era realmente un miembro de esa familia, como había deseado tanto tiempo.

No respondí. Permanecimos en silencio, uno al lado del otro, en el pequeño espacio de sombra que ofrecía la sombrilla, mirando al fiordo por el que pasaban embarcaciones de distintos tamaños. Una leve brisa jugaba con los flecos de la sombrilla y, a través de la puerta abierta, podíamos percibir el olor cítrico de los geranios rojos que había en la encimera de la cocina.

—Bueno, será mejor que prepares tus cosas, Ulrika. Me gustaría decirles unas palabras a Åke y a Karin, pero si no consideras conveniente... Los llamaré por teléfono en otra ocasión. Puedes despedirte tú de ellos. Te espero en el coche —dijo mi padre levantándose y entrando en la casa.

La casa parecía estar en total penumbra al volver del porche soleado. Al principio veía tan poco que no me di cuenta de que había alguien en un tramo del pasillo entre la cocina y vestíbulo. Grité asustada al notar que alguien me cogía del brazo. Entonces vi que se trataba de Anne-Marie.

—No te marches, por favor, no lo hagas. No sé qué voy a hacer si te vas —susurró.

Entonces logré verla mejor. Iba sin maquillar, tenía el pelo alborotado y llevaba solo la ropa interior y una camiseta sucia. Tenía el aspecto de una chica mucho más joven. Al parecer había estado escuchándonos a oscuras a través de la puerta abierta del porche. La abracé y le acaricié el pelo largo y enredado.

—Si tú lo deseas, me quedaré —dije.

Mi padre fue lentamente hacia el vestíbulo. Pude verlo por encima del hombro de Anne-Marie, en la luz tenue que se filtraba por el estor. Tenía los músculos del cuello tensos y se miraba la uña del pulgar. Fui hacia él.

—No puedo irme ahora —dije.

Él asintió con la cabeza rápidamente.

—No, claro. Si tú lo dices. Llámanos por teléfono en caso de que cambies de opinión.

Luego se volvió hacia Anne-Marie y pensó en algo que decirle. «Mi más sentido pésame» no era correcto, ni tampoco otra cosa que estuviera relacionada con la esperanza.

—Si Ulrika os causa alguna molestia la podéis mandar a casa. Saluda a tus padres de mi parte. Entiendo cómo lo estáis pasando —añadió. Lo cual, naturalmente, no podía ser cierto.

Anne-Marie y yo nos quedamos una al lado de la otra en la débil luz del vestíbulo oyendo el coche arrancar y alejarse. Luego subimos juntas a la buhardilla y nos tumbamos abrazadas en la cama deshecha de ella. Nos quedamos dormidas en el calor sofocante de la habitación y, un momento antes de quedarme dormida, noté la mejilla de Anne-Marie descansando junto a la mía y su pelo rubio sobre mi frente, cayendo por mi cara.

El mes de julio fue muy caluroso ese año. Los estores amarillentos de todas las ventanas estaban bajados. Los habitantes de la casa se movían por las habitaciones como en un continuo atardecer de color ámbar, pasando unos por delante de los otros sin hablar, como peces en un acuario turbio. A lo lejos se oía el ruido de los motores de las embarcaciones de recreo.

No sucedía nada. El servicio de salvamento no tenía nada que decirles. Los periódicos habían perdido el interés. Maja estaba desaparecida. Ni muerta ni viva, simplemente desaparecida. Vivíamos en una especie de vacío. No podíamos afligirnos ni alegrarnos. Nos encerrábamos, no nos esforzábamos, controlábamos nuestros sentimientos. El olor a geranio impregnaba la planta baja, junto con el hedor a restos de comida podrida. Había vasos y platos sin fregar por todos lados, latas de cerveza y botellas de refresco vacías.

Karin se sentaba en la mecedora y se abrazaba a sí misma. En la pared que había detrás de ella podía verse la ampliación en blanco y negro de una foto de Maja con la corona de la fiesta del solsticio de verano. Åke se encerraba para beber en la cabaña donde antes escribía. Lis pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Stefan. A veces aparecían en el coche del padre de Stefan con comida del supermercado ICA de Hallvikshamn, costillas de cerdo y pollos asados, fresas, jamón, verduras para ensalada, comida que no requería esfuerzo. Jens desaparecía en la moto y volvía por la noche o al día siguiente.

Los padres de Åke, Tor y Sigrid, pasaban la mayor parte del tiempo en la segunda planta. Cuando bajaban la crujiente escalera a intervalos regulares para prepararse la comida, siempre iban juntos. Si yo entraba en la cocina mientras estaban allí, me invitaban a comer con ellos, aunque siempre me negaba. La pareja de ancianos eran los únicos que comían con normalidad. Pelaban patatas, utilizaban las cacerolas, comían, fregaban los platos, barrían y realizaban sus tareas juntos y en voz baja. Después volvían a subir la escalera y cerraban con cuidado la puerta de su dormitorio. Yo tenía la sensación de que eran ellos los que aportaban peso y estabilidad a la casa. Sin la presencia tranquila de ellos, todo se desintegraría y se perdería en la irrealidad.

Anne-Marie encontró en el hueco de la escalera montones de ejemplares antiguos de *Fantomas* y de *Seriemagasinet* y los subió a nuestra habitación. A partir de entonces pasaba los días tumbada en la cama en ropa interior y con su sucia camiseta, leyendo

sin cesar, con los tebeos esparcidos por el colchón. Se metía en las historias como en una madriguera protectora, y cuando terminaba una serie y tenía que volver a su propio mundo, cogía sin mirar un tebeo nuevo con una de las manos, a la vez que se deshacía del anterior con la otra. A mí me daba la impresión de que se los leía muchas veces.

Juntamos las camas e hicimos una doble. Por la noche podía notar que las páginas de los tebeos se pegaban a mi cuerpo húmedo de sudor. A veces, ella se deslizaba junto a mí y me apretaba con fuerza, rígida y llena de angustia.

Una tarde estábamos tumbadas en las camas sin hablar. Empezaba a anochecer, pero allí nadie encendía ya la luz. Dejábamos fuera al sol durante el día y por la noche dábamos la bienvenida a la oscuridad que tanto habíamos echado de menos. Cuando ya no se podían leer las letras de los globos de los personajes, Anne-Marie soltaba el tebeo, cerraba los ojos y dejaba que los contornos se disolvieran en la oscuridad.

La escalera de la buhardilla crujió y se oyó un golpe ligero en la puerta, que se abrió poco después. Jens estaba allí, pero no entró enseguida, sino que se quedó esperando un momento en la penumbra.

—¿Molesto? —preguntó en voz baja.

—No, entra —dijo Anne-Marie.

Él cerró la puerta tras de sí con cuidado, casi sin hacer ruido, y se sentó en una de las dos sillas junto a la pared. Sacó la armónica y se puso a tocar un *blues*. La armónica gemía y se quejaba en un placentero y repetitivo lamento de dolor, mientras él marcaba el ritmo con un pie en las tablas del suelo. Anne-Marie estaba recostada en la almohada, inmóvil, con los ojos cerrados y los brazos y las piernas estirados como si estuviera muerta. Solo movía la palma de la mano derecha con la que, de modo casi imperceptible, se golpeaba el muslo al ritmo del pie de él.

Tras un último tono, largo y vibrante, Jens dejó la armónica encima del escritorio. Lio un cigarrillo y lo encendió. Se sentó al borde de la cama, dio una calada al cigarrillo y se lo pasó a Anne-Marie. Ella levantó la cabeza de la almohada y dio otra antes de pasármelo a mí, parpadeando por el picor del humo que olía a especias.

—La primera vez no vas a notar nada —dijo Jens al ver que yo dudaba—. Se requiere tiempo para encontrar esos sentimientos dentro de uno mismo.

Me llevé el cigarrillo a la boca y luego nos lo fuimos pasando. Cada vez que alguno daba una calada, el cigarrillo brillaba en la oscuridad como un ojo rojo y parpadeante. Cuando era el turno de Anne-Marie y ella sacudía la cabeza yo pensaba que lo mejor era imitarla, aunque yo no sentía nada.

—¿No os parece raro que seamos la misma familia que éramos antes de llegar Maja? —preguntó Anne-Marie de repente—. A mí me parece que somos completamente distintos, una familia diferente. De esas que aparecen en los libros o se ven en las películas.

—A mí siempre me ha parecido que sois ese tipo de personas —dije—, aunque ahora la película es otra.

«Una película en la que yo participo», pensé.

La ventana estaba abierta y las polillas chocaban contra el estor por la parte de fuera produciendo un suave golpeteo. El cigarrillo que Jens tenía en la mano se había consumido tanto que ya no podía sostenerlo. Dio una última calada y lo apagó en la suela del zapato. Después se quitó los zapatos y la camiseta, hizo un rollo con la misma y se tumbó en la cama a nuestro lado. Nos quedamos en silencio. De vez en cuando oíamos el zumbido monótono y aburrido, como el de un abejorro, de alguna lancha rápida allá a lo lejos, en el mar.

—He pensado en esa noche, es decir, en la del solsticio de verano —dijo Jens poco después—. ¿No os parece que había algo raro en las aves?

—Es una isla de aves —respondí—. Las aves no están acostumbradas a las personas. ¿Crees que se puede acampar allí?

—Probablemente no. Pero solo es una vez al año. Y ni siquiera tocamos los nidos. He estado allí antes y no pareció molestarlos lo más mínimo. Se fueron volando simplemente. Pero esa vez noté algo extraño. Parecía que nos controlaban. Incluso que nos atacaban.

—Se debió sin duda a que estábamos en la parte alta. Ahí es donde tienen sus nidos, como bien sabes —subrayé.

—En el campamento sucedió lo mismo —dijo Anne-Marie—, aunque no reparamos en ello. Venían aves de todas partes y se posaban en las colinas. Ahora lo recuerdo.

—Pero ¿no es lo habitual? —pregunté—. ¿No hay siempre aves en el entorno? ¿Golondrinas haciendo giros en el aire, gaviotas que se posan en las rocas, eíderes cerca de los barcos y de los muelles? Siempre están a nuestro alrededor, ¿no es así?

—Sí, por supuesto —dijo Jens—. Las aves son las espías perfectas. Siempre están volando a nuestro alrededor, pero nunca pensamos que están ahí. Por eso Odín tenía dos cuervos que exploraban el terreno.

Me acordé de la gaviota que vi posada en la roca cuando Jens y yo estábamos en el saco de dormir. La vi con toda claridad delante de mí y no estaba segura de que en realidad fuera un recuerdo o algo más que eso. Me miró fijamente con sus brillantes ojos de hielo y graznó de un modo que me hizo sentir que me elevaba. Al recordarlo tuve la misma sensación, debido a que estaba un poco más animada de lo normal por algún motivo.

—Es como si te elevaras —dije asombrada.

—Sí, es algo parecido a eso —respondió Jens riéndose.

—Es por lo que se le llama subidón —dijo Anne-Marie.

Jens se puso en pie y volvió a tocar la armónica mientras nosotras nos quedamos

escuchando en la oscuridad. Yo sentía que los tonos entraban y salían de mi mente como una herramienta que modifica y da forma a la materia, como algo tangible. Por un momento me pareció que los tres hablábamos entre nosotros, que la conversación que manteníamos era muy interesante y que yo quería decir algo importante, pero mientras buscaba las palabras me di cuenta de que no estábamos hablando, sino que era la música que entraba y salía de mí. Anne-Marie dormía a mi lado y Jens se había marchado, pero la música seguía en mi cabeza.

Yo también me dormí y tuve un sueño maravilloso en azul y rosa en el que Anne-Marie y yo estábamos sentadas en la proa de un barco, una al lado de la otra, con los pies en la barandilla. Íbamos hacia una puesta de sol en el mar, rápidamente pero sin hacer ruido, con los pies sumergidos en una cascada de agua escarlata.

Me desperté a media noche y vi a Anne-Marie durmiendo con la mano debajo de la mejilla. La atmósfera del sueño se mantenía. Una sensación de movimiento, como si nos desplazáramos hacia delante impulsadas por una fuerza silenciosa.

Cuando volví a despertarme, la luz de la habitación era grisácea. Todo tenía un aspecto triste y estancado.

Eva volvió de Israel al día siguiente. Venía de fuera y se metió en la casa de las cortinas echadas. Allí estaba, con la mochila en el suelo, bronceada, pecosa y con un pañuelo alrededor de su pelo castaño. Había dejado una casa en la que puertas y ventanas estaban casi siempre abiertas, cuyas escaleras crujían todo el tiempo bajo el peso de unos habitantes que iban y venían sin cesar. Regresó a una casa llena de silencio donde las personas permanecían inmóviles en un continuo crepúsculo amarillento, como insectos prehistóricos atrapados en ámbar. Había dejado la habitación limpia y fresca que compartía con Lis, con flores recién puestas y las colchas estampadas en tonos azul y blanco extendidas sobre las camas, y se encontraba un revoltijo de sábanas sucias y arrugadas, tebeos, latas de Coca-Cola y recipientes de papel de aluminio que contenían restos de costillas asadas enmohecidas. Eso fue lo primero que pensé cuando oí que nos llamaba desde debajo de la escalera. Me levanté de la cama, miré toda la basura que había allí y pensé: «Oh, Dios mío, le hemos estropeado la habitación».

Pero Eva ni siquiera entró en la habitación que antes era suya y de Lis y que ahora ocupábamos Anne-Marie y yo. Se instaló en la cabaña de invitados. Metió allí su mochila y desenrolló el saco de dormir encima de la cama, como si aún fuera voluntaria en un kibutz.

Después intentó hablar con Åke. La oí dirigirse a la cabaña donde escribía él y quedarse en la puerta un buen rato. No sé si estaría demasiado borracho para que viera a su hija o si simplemente dormía, pero Åke no le abrió. Yo estaba en la ventana de la buhardilla y la vi de pie frente a la puerta hasta que se rindió, se dejó caer sobre una

roca y se puso a arrancar hierba de la tierra con desesperación, como una extraña entre su propia familia. Debe de ser raro irse de viaje unas semanas y al regreso encontrarlo todo tan cambiado y que una hermana se haya ido y otra ocupe su lugar.

Pero tenía una especie de fuerza interior. Eva era la que preparaba la cena y nos reunía a todos en una comida común en el porche. Hablaba de su trabajo en el kibutz, de las enormes malezas en los campos de algodón y de cuando ella y un compañero inglés se fueron a Eilat haciendo autostop. De hecho, consiguió que se iniciara algún tipo de conversación en torno a la mesa. Pero esa misma noche lo estropeó todo al sugerir que fuéramos a Kannholmen y que le hiciéramos a Maja una pequeña ceremonia de recuerdo. Nadie quería participar de algo así. Åke se fue de allí y Karin fingió que no había oído nada.

Jens, Anne-Marie y yo seguimos fumando cigarrillos de marihuana durante todo el verano. Siempre estábamos los tres y no permitíamos que entrara nadie más.

El viernes 4 de agosto encontraron a Maja.

Rolf y Ulla Magnusson se fueron en bote a echar las redes con Reine, el hijo mayor de ambos. Hacía buen tiempo y el mar estaba en calma. Partieron de su casa poco antes de las ocho de la tarde y serían alrededor de las ocho y cuarto cuando pasaron por delante de Musselstranden la primera vez. En esa ocasión no percibieron nada, ya que iban mirando al frente en dirección a la siguiente bahía, donde tenían intención de lanzar las redes, y además estaban entretenidos hablando entre ellos. Tal vez la luz caía también de otro modo, ya que antes de la puesta del sol cambia con bastante rapidez. Dejaron las redes donde lo hacían habitualmente y en el trayecto de regreso a casa fue cuando la vieron, al volver a pasar por delante de Musselstranden. Poco después del final de la playa, donde la montaña desciende casi en vertical y se adentra en el agua, en una especie de cornisa, vieron el cuerpo de un niño. Tal vez no lo habrían visto si los rayos del sol no hubieran caído precisamente allí por casualidad. La piel oscura de la niña, su pelo negro y el chándal marrón casi se fundían con los tonos de la montaña.

Ulla Magnusson fue quien la descubrió. De inmediato pensó que no era cierto lo que veía.

—No podía creer que hubiera alguien allí, ni niño ni adulto —dijo poco después al contar su reacción.

Según pudo advertir desde el barco, era totalmente imposible que una persona permaneciera estable en ese sitio. Esa parte de la montaña era tan lisa como una pared y parecía que los pies de la niña no se apoyaban en nada, sino que flotaban en el aire justo delante de la montaña. Pero cuando le dijo a su marido lo que había visto y se acercaron al lugar, vieron que la niña estaba apoyada en una cornisa estrecha en la que solo cabían sus diminutos pies. No se veía a nadie en las proximidades, ni en la playa, ni en la cumbre de la montaña ni en ningún barco.

—Era terrible ver a una niña tan pequeña en una situación tan peligrosa. Podía caer al mar con un solo paso que diera en falso o un movimiento imprudente que hiciera. Estábamos dispuestos a saltar al agua y nadar hasta donde estaba para intentar salvarla, y lo discutimos en el barco porque creíamos que iba a caerse en cualquier momento —dijo Ulla—. Pero la niña no se caía. Estaba totalmente inmóvil, algo poco habitual en los niños. Su cuerpo se apoyaba en la roca y parecía que miraba hacia el barco donde estábamos.

»Rolf apagó el pequeño motor fueraborda y el barco se quedó flotando junto a la pared de la roca. Los tres que estábamos allí gritamos para advertir del peligro a los padres en caso de que anduvieran cerca y pudieran oírlo.

Pero no apareció nadie, y comprendieron que tendrían que salvar ellos a la niña.

Entonces fue cuando se dieron cuenta de que era prácticamente imposible hacer algo. No había modo de llegar a la cornisa en la que estaba. La roca era tan abrupta por debajo como por encima de ella. ¿Cómo había podido llegar hasta allí? ¿Se habría caído por el borde superior y habría ido a parar a la cornisa en una trayectoria espectacular? Parecía increíble, la cornisa era demasiado estrecha.

Su hijo Reine fue a la costa. Saltó desde la proa a las aguas poco profundas de los bancos de mejillones y luego fue corriendo por la playa, subió atravesando las malezas de enebro hasta llegar a la montaña. Se acercó al borde con cuidado, examinó la pared escarpada que lo separaba de la niña que estaba más abajo, y pudo constatar que la repisa era tan estrecha como les había parecido desde el mar.

Mientras tanto, Rolf y Ulla habían divisado una lancha de mayor tamaño que pasaba por allí y llevaba radio a bordo. El equipo de rescate acudió rápidamente, pero a ellos también les resultaba difícil acceder a la niña, que al caer la noche continuaba de pie en la cornisa. Toda una flota de barcos de recreo de distintos tamaños se reunió alrededor de Musselstranden, donde permanecieron anclados o dando vueltas en pequeños círculos mientras seguían el drama que se desarrollaba en la montaña. Las linternas se reflejaban en las aguas oscuras. Los motores zumbaban formando ondas en la superficie tranquila. La gente hablaba a gritos y también le gritaba a la niña, que parecía estar paralizada, como pegada a la pared de la roca hacia donde se dirigían las potentes luces de los faros. Arriba en la montaña había un gran número de personas. El rumor de que habían encontrado a una niña en Musselstranden se extendió con

rapidez. Yo estaba allí junto a la familia Gattman, apretujada como los demás entre ramas de brezo. A la luz de la linterna pude reconocer muchos rostros. Eran los mismos que se solía ver alrededor de la cruz de mayo en la pista de baile y en la fiesta de fin de curso de la escuela a finales de julio. El mismo grupo grotesco y heterogéneo de veraneantes y residentes a partes iguales, unidos por una sola noche, la misma sensación de comunidad, expectación y fiesta. Era absurdo.

Todos contuvieron la respiración cuando finalmente lograron que un bombero descendiera hasta la cornisa. Luego volvieron a tirar de él, que logró llegar a la cumbre de la montaña con la niña en brazos. Cuando alcanzaron el borde con la ayuda de los demás, se desató el júbilo entre la gente que esperaba en la montaña, en la playa y en los barcos que había abajo.

Karin abrazó a Maja, llorando y temblando, y luego la apartó y la sostuvo con los brazos extendidos para verla. Miró a la niña durante un rato, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. El milagro que tanto había pedido se había cumplido. Había recuperado a la hija que creía muerta, y estaba sana y salva. Acarició su cuerpo diminuto, la cara oscura, las manos, el pelo, como si el testimonio de sus ojos no fuera suficiente y tuviera que comprobarlo con los dedos.

—Maja, ¿eres tú? —preguntaba una y otra vez.

Claro que era Maja. No había ninguna duda de ello. Parecía la misma, tal vez era por lo que Karin dudaba. Si una niña desaparece de un islote alejado en el mar, y aparece seis semanas después en una cornisa inaccesible de una montaña, cabe esperar algún tipo de cambio en esa niña. Que la encuentres sucia, hambrienta, herida, conmocionada, cualquier cosa excepto en calma.

Maja estaba tranquila y silenciosa en medio de ese caos de bomberos y policías, veraneantes y residentes, ruido de motores de barco, gritos y luces de linterna. Vestía el mismo chándal marrón de felpa que cuando desapareció, completamente limpio, sin una mancha. Iba descalza, como la noche anterior al solsticio de verano. Llevaba el pelo recogido en dos coletas altas, algo revuelto en la parte de atrás por haber estado apoyada en la montaña, pero la raya la tenía derecha. No había adelgazado ni parecía tener heridas ni lesiones. Su apariencia era exactamente la misma que cuando la vimos por última vez.

Y aunque Karin pedía precisamente eso, que Dios se la devolviera intacta y en buenas condiciones, parecía no entender que los ruegos habían sido escuchados. Subía y bajaba las manos sin cesar por el cuerpo de Maja. Le bajó la cremallera y le quitó la ropa buscando posibles heridas. Le frotó las manos y miró con detenimiento los ojos negros de la niña. Buscó en su cuerpo algo que no estuviera como debía, alguna marca que no tuviese antes.

Y finalmente encontró algo: una pluma diminuta, blanca como la nieve, clavada justo encima de las bolitas de color rojo cereza que sujetaban su coleta izquierda. Eso

era todo.

Nos reunimos en la cocina para buscar rápidamente algo que Maja pudiera comer. Encontramos gusanitos de queso, galletas de chocolate, yogur y media tarrina de helado. Karin puso la mesa para ella y nos sentamos todos alrededor para verla comer. Maja probó todo cumplidamente, pero no parecía tener hambre. Åke la llevó en brazos al dormitorio y la acostó en la cama que compartía con Karin.

Los hermanos Gattman y yo nos quedamos unas horas más hablando en la cocina. Estábamos abrumados, no podíamos creer que Maja hubiera vuelto. Anne-Marie reconoció haberle rezado a Dios todas las noches, por lo que el regreso de Maja le parecía una muestra de que Dios existe y que escucha nuestras plegarias.

Empezaba a amanecer cuando finalmente decidimos irnos a la cama. Me disponía a entrar en la buhardilla para acostarme al lado de Anne-Marie cuando oí que se abría la puerta del porche debido a la brisa que corría allí abajo. Bajé las escaleras y la cerré.

Los pájaros habían iniciado su concierto de amanecer y las montañas, al otro lado del fiordo, tenían un tono rosáceo. Al volver pasé por el cuarto de estar. La puerta de la habitación de Åke y Karin estaba abierta. Ambos dormían acurrucados en la cama de matrimonio y Maja estaba en medio de los dos. Habían retirado las fundas de edredón y las habían enrollado alrededor de ella como protección. Los dos adultos descansaban tranquilos en la levedad del sueño, pero pude ver brillar los ojos de Maja a la luz del amanecer y distinguir su cabeza oscura apoyada en la almohada. Estaba despierta, inmóvil y en silencio, mirando la habitación.

Cuando subí a la buhardilla, Anne-Marie había separado las camas y volvían a estar cada una a un lado de la pared.

Unas horas más tarde bajaron Tor y Sigrid. Solían ser los primeros que se despertaban y se preparaban el desayuno que luego comían en el porche. Estaban durmiendo durante el tumulto de la noche y nadie se molestó en despertarlos, así que no tenían ni idea del regreso de Maja.

Me los imagino sentados al sol de la mañana bajo la sombrilla amarilla, Tor con su sombrero de paja, Sigrid con uno de sus amplios vestidos batik. Mientras los demás dormíamos profundamente ellos tomaban el té, quitaban la parte superior de la cáscara a los huevos pasados por agua y dejaban en un plato las espinas de las anchoas. Tor pellizcaba su sándwich y tiraba los trozos por la barandilla del porche, que caían

en las rocas y eran atrapados por las gaviotas. Sabía que a Sigrid no le gustaba e intentaba evitarlo, pero como últimamente andaba algo despistado se le olvidaba.

—¿Has traído el periódico? —preguntó Sigrid.

Tor solía ir a los buzones a por el periódico mientras que Sigrid preparaba el desayuno. Era una costumbre que, después de la desaparición de Maja, habían añadido a las que ya tenían. Antes de eso era Maja la que solía ir corriendo a buscar el periódico.

—No. ¿Quieres que lo traiga?

Se levantó, pero Sigrid le puso la mano en el hombro.

—Siéntate. Puedes traerlo después.

En ese instante llegó Maja con el periódico en la mano. Lo dejó encima de la mesa junto a la taza de té de Tor y lo miró con esa mirada rara e inexpresiva que tenía.

Tor también la miró. Temblando, trató de levantarse, pero las piernas no le respondieron y volvió a dejarse caer en la silla, torpe y pesado. Para evitarlo se agarró al borde de la mesa con tal fuerza que las tazas de té se volcaron, manchando el periódico, las bermudas que llevaba y sus piernas llenas de venas azules. Maja se asustó, volvió a entrar en la casa a toda prisa y subió a la buhardilla.

Cuando me desperté estaba acurrucada a los pies de la cama de Anne-Marie. Se movía haciendo que rebotara el colchón, con el fin de despertarla a ella con el balanceo. Cuando lo logró, saltó rápidamente al suelo y se quedó esperando.

Sigrid y Karin llevaban un rato hablando en voz baja en el vestíbulo. Tor permanecía en el porche y, cuando salimos a verlo, se había derrumbado sobre la mesa. El sombrero de paja se le había caído y apoyaba el rostro en el periódico mojado. Tenía los ojos abiertos pero una mirada extraña, y no respondía cuando se le hablaba.

Karin llamó a una ambulancia. Åke y Sigrid la acompañaron al hospital de Uddevalla. Åke telefoneó sobre el mediodía para decir que Tor iba a quedarse ingresado. Había sufrido un derrame cerebral.

Karin se sentía culpable por no haber preparado mejor a Tor y a Sigrid, pero cuando nos comunicaron que la niña estaba en la cornisa de la montaña era muy tarde y, además, nadie se planteaba en serio que pudiera tratarse realmente de Maja. Karin y Åke no quisieron despertar falsas esperanzas en los ancianos, y cuando Maja volvió a medianoche todos estaban aturridos y cansados. Suponíamos que Maja estaría igual de cansada, que dormiría tanto como nosotros. Se nos había olvidado que ella apenas necesitaba dormir y que, por más tarde que se hubiera acostado la noche anterior, siempre se despertaba al amanecer y enseguida salía de la casa. Recordé el brillo de sus ojos en la oscuridad del amanecer, y pensé que tal vez no durmió por la noche y se quedó allí tumbada entre Karin y Åke, inmóvil y expectante, hasta que oyó crujir los escalones bajo los pasos de los abuelos.

Unos días después trasladaron a Tor al hospital Karolinska, y Sigrid se marchó al

piso que tenían en la calle Valhallavägen para poder visitarlo a diario. Se le había paralizado el lado derecho y había perdido el habla. El médico que lo atendía era hijo de unos amigos de Tor y Sigrid. Mantuvo una larga conversación con Åke y le dijo que era posible que se recuperara, pero que teniendo en cuenta sus ochenta y dos años no había que albergar grandes esperanzas.

El retorno de Maja no resultó ser el regalo fácil que esperaban los periódicos. Karin y Åke habían aprendido bien la lección después de la invasión que produjo la desaparición de la niña. Karin, que había trabajado toda la vida en la prensa matutina, era la primera vez que experimentaba el modo tan distinto que tienen de trabajar los periódicos vespertinos y le sorprendieron sus métodos. Por eso estaba alerta. Se cerraron las puertas, se desconectó el teléfono, y toda la familia asumió el compromiso de no hablar con periodistas.

Los comentarios de la policía eran escuetos. La información que facilitaban era demasiado breve y carecía de dramatismo para ponerla en portada o en las páginas centrales, por lo que solo se publicaron algunos artículos menores en los que simplemente se comunicaba que habían localizado a Maja sana y salva y que se interrumpía la búsqueda. Sin especificar dónde ni de qué modo la habían encontrado.

La noticia amortiguó parte del dramatismo de la desaparición. Creo que a la mayoría de la gente le parecía que los periódicos habían exagerado, que en realidad no debió tratarse de una verdadera desaparición, sino más bien de una disputa por la custodia, de alguna pelea o discusión entre los padres, que repercutió en la niña.

Y el verano seguía su curso. Una revisión médica demostró que Maja no había sufrido lesiones ni abuso sexual de ningún tipo. Ella se mostraba silenciosa, inaccesible, difícil e inquietante en una extraña mezcla, es decir, como se había mostrado siempre. Tal vez estuviera un poco más triste, más pensativa...

Karin al principio se dedicaba mucho a ella. Se sentaba en el sofá azul y blanco del cuarto de estar y Maja se quedaba de pie delante de ella. Karin le hacía preguntas, la consolaba, le acariciaba la mejilla, la abrazaba. Y Maja permanecía de pie, dejándose abrazar, mirando a Karin con ojos vacíos y gesto de aburrimiento. Y cuando Karin ya no podía más, cuando se echaba hacia atrás sonriendo y suspirando desesperada, Maja se iba corriendo al jardín o subía a la buhardilla en busca de Anne-Marie.

—¿Cómo voy a poder consolarla si no sé lo que le ha sucedido? —decía Karin.

Estábamos en la cocina tomando el té. Karin había dejado a Maja en la cama de la habitación de ellos.

—No quiere que la consuelen. Maja no ha necesitado nunca consuelo —dijo Jens.

—Es evidente que ha tenido que estar con alguien —añadió Karin—. Alguien que le ha dado de comer, la ha peinado y le ha lavado la ropa.

—Alguien que la dejó encima de una cornisa en medio de una roca, a quince metros del agua y luego se marchó —dijo Åke—. Algún chiflado. La foto de la niña salió en las primeras páginas de todos los periódicos. No hay duda de que esa persona sabía que estábamos buscándola.

—De todos modos, quienquiera que fuera la cuidó bien —murmuró Karin levantando la tapa acolchada de la tetera para servirles más té.

Mientras lo hacía, Lis vio un trozo de papel doblado encima de la mesa. Nadie lo había visto debido a que estaba debajo de la tetera.

—No encontré el salvamanteles de corcho —dijo Eva a modo de disculpa.

Lis desdobló el papel con manchas de té y lo examinó con ceño fruncido. Karin se inclinó hacia ella y se ajustó las gafas.

—Es algo que ha dibujado Maja —dijo Karin—. Sigue haciendo sus dibujos, creo que es una buena señal. Hoy ha estado un rato largo dibujando sentada en la escalera. Como de costumbre, cosas muy chiquititas.

Todos los que estábamos alrededor de la mesa nos acercamos al papel que Lis sostenía bajo la luz de la lámpara.

—¿Qué es? —pregunté.

—Son pájaros —dijo Jens señalando—. ¿No lo veis? Picos, alas, pájaros volando.

—Qué raro. Un momento, voy a ver si los demás papeles están aún en la escalera.

Karin fue al vestíbulo y volvió con los brazos llenos de bolas de papel arrugado.

—Los he encontrado. Ella los arrugó para tirarlos y cayeron entre la tapa del váter y la pared.

Karin apartó las tazas de té, dejó las bolas de papel sobre la mesa y las alisó. Todos los dibujos representaban lo mismo. Figuras diminutas de pájaros, de uno o dos centímetros de altura, en hileras y desplazándose en diagonal por el papel de izquierda a derecha. A veces dejaban la fila y se agrupaban formando un revoltijo de alas extendidas y picos.

—Espera —dijo Karin—. Hay más papeles debajo de la cama.

Entró en silencio en el dormitorio y volvió con montones de papeles llenos de polvo.

—Son los papeles que utilizo para escribir a máquina. ¿Cómo habrá podido entrar allí? —preguntó Åke.

Karin los extendió sobre la mesa bajo la luz de la lámpara. Todos los papeles estaban llenos de las mismas figuras pequeñas hechas con bolígrafo. Pájaros caminando, en los nidos, volando. Bandadas de pájaros formando círculos. Miles de pájaros.

Kristina

Era un día de finales de abril y el mar estaba en calma y resplandeciente. Ella salió a buscar tesoros. Fue caminando lentamente por la playa con una cesta colgada en el brazo. No llevaba nada dentro.

Un año atrás, cuando inició sus expediciones, llenaba la cesta enseguida. Todo le parecía bonito y singular y por eso lo recogía, pero con el tiempo se había vuelto más selectiva. Le dio la vuelta a la concha de un mejillón y lo dejó donde estaba. Desenterró una gran pinza de centollo con la punta de su zapatilla deportiva. No, no todo lo que parecía peculiar lo era. Y precisamente en esa playa había cosas muy bonitas, pero cuando se las llevaba a la cabaña perdían todo interés.

Buscaba cosas en las que permaneciera el espíritu del animal o de la planta. Esas cosas tenían una voz. Cuando las sostenía en la mano y les daba la vuelta, había veces que incluso llegaban a hablar con ella. Hasta las piedras tenían un espíritu aunque no pudieran hablar, y eso era algo que había descubierto no hacía mucho tiempo. Las voces eran débiles y susurrantes y penetraban de tal modo en las profundidades de su alma que, para percibir las, tenía que estar libre de pensamientos y de sentimientos.

Los objetos que había recogido ya no tenían vida propia. Eran restos, recuerdos. Solo mantenían la voz. Y las voces querían que ella hiciera algo con ellos. Querían que los ensamblara, que los pintara para que volvieran a ser útiles. Los convertía en criaturas y adquirían una vida nueva y tranquila, misteriosa y concentrada. Los objetos la querían por ser ella quien los había creado, y ella también los quería por ser sus propias creaciones.

Pero ese día todo estaba en silencio y la cesta vacía. Había accedido a la montaña desde el otro extremo de la playa. Se sentó en una piedra, rodeada de hierba, y se quedó mirando las islas que había a lo lejos, en el mar. Lamentó no poder llegar hasta allí. Había playas y acantilados en los que nunca había estado, objetos que hablaban sin que pudiera oírlos. Y suponía que más allá de las islas se extendería mar abierto.

En ese momento llegó un chico remando en un kayak. Apareció de repente por detrás de la parte más larga de la roca, en completo silencio, como si no fuera humano. Generalmente percibimos cuando alguien se acerca. Oímos sus pasos, su voz, su respiración, el roce de la ropa. El entorno los delata aunque se muevan con sigilo. Lo barruntan las aves, los árboles, la hierba. Toda la naturaleza se transforma al llegar una persona. Pero ese chico simplemente apareció, como aparece de pronto una

figura que no habíamos visto antes en un cuadro, y había algo casi irreal en él.

Siguió el curso de la corriente en dirección a la playa. Remaba con fuerza, cortando con las palas la superficie del agua, en línea recta hacia donde ella estaba, viendo su imagen reflejada. El kayak tocó fondo. Él salió de un salto y arrastró la embarcación hasta la playa. Ella estaba tan tranquila sentada en la hierba de la playa que él no la vio. Se había quedado embelesada mirando la canoa blanca y estrecha. Una simple cáscara delgada, una cápsula vacía. Le parecía increíble que hubiera podido desplazarse por el agua en algo tan simple.

En cuanto se bajó del kayak volvió a ser persona. Sus pasos crujieron en la arena, se secó el sudor de la frente y resopló un poco. Pero su aparición silenciosa lo hacía especial, y ella no sintió miedo ni aversión por el muchacho.

Se dirigió a él, que se sobresaltó al verla. Tendría unos diecisiete o dieciocho años. Llevaba un chaleco salvavidas rojo.

Ella se interesó por el kayak. Le preguntó si era difícil de manejar, si eran caros y dónde podían adquirirse.

Él le respondió que no era tan difícil una vez que aprendías y que podía venderle el suyo si a ella le interesaba. Iba a irse de viaje y necesitaba dinero.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó ella.

Él hizo una mueca como si estuviera concentrándose en una complicada operación de cálculo. Luego abrió las manos y propuso una cantidad.

Kristina se levantó de la piedra como un rayo y se fue corriendo por la playa, dejando la cesta.

—¡Espérame aquí! —gritó por encima del hombro.

Cinco minutos después ya estaba allí de nuevo con la suma requerida. Él le explicó cómo tenía que remar, y ella le dijo dónde estaba la parada de autobús. Él cogió el dinero y se fue andando por las rocas. Cuando se había alejado un poco se volvió, se quitó el chaleco salvavidas y lo incluyó en el precio. Ambos se echaron a reír, sorprendidos de lo fácil que había resultado hacer el negocio.

Remar era más difícil de lo que suponía. Al principio le resultaba casi imposible el simple hecho de meterse en el kayak. Una y otra vez iba a parar al agua helada, por lo que decidió posponer el entrenamiento hasta el mes de junio. Pero llegó una repentina ola de calor y el agua se fue calentando lentamente. Entonces empezó su entrenamiento en la caleta.

Cuando llegó el verano se atrevió con recorridos más largos. Cambió el horario y empezó a levantarse al amanecer. Se quedaba cerca de la orilla, casi rozando las rocas.

Sorprendía a la naturaleza de un modo que antes no podía. Aparecía junto a la garza que se posaba todas las mañanas en la misma repisa, que estiraba su cuello de serpiente y la miraba con asombro y, antes de que pudiera asustarse y emprender el vuelo, ella

ya había pasado. Para la garza debía de ser tan irreal como lo fue ella para el muchacho cuando la vio. También sorprendía a algunas personas que dejaban sus barcos en calas inaccesibles y creían que estaban solos. Tomaban el sol desnudos, se besaban y hacían el amor.

Un día vio un visón nadando a pocos metros del kayak. La miraba receloso con sus ojos negros y brillantes. Ella se apoyó en el remo y durante unos minutos se desplazaron uno al lado del otro, el visón con la vista clavada en ella mientras avanzaba en el agua formando remolinos con las patas. De repente desapareció.

Dejó de usar la bicicleta para ir a la tienda y empezó a utilizar el kayak. Metía la compra debajo del asiento, junto a sus piernas, ya que en realidad no disponía de espacio para la carga.

Recorría la costa de arriba abajo, descubriendo otras playas, otros prados, otras montañas, y cuando volvía a casa solía llevarse algún nuevo hallazgo. Dejaba el chaleco salvavidas en casa. Lo usó las primeras veces porque el muchacho lo utilizaba para remar, pero ella sentía que quería hacerlo a su modo. Se había imaginado varias veces qué ocurriría si volcara, cayera al agua y perdiera el kayak. La idea no le asustaba lo más mínimo. Luchar contra las olas y el frío, debilitarse y finalmente ahogarse no le producía temor. Era una buena forma de morir, tal vez la mejor.

Se alejó de la costa y cruzó las aguas rumbo a las islas más próximas. Fue rodeándolas y vio desde allí que el mar se abría y se confundía con el cielo. Distinguió islas y algunos islotes a lo lejos.

Un día tranquilo de pleno verano, cuando el calor temblaba sobre el agua y ni siquiera una leve ráfaga de viento agitaba la superficie, se puso el biquini y se hizo a la mar. Fue remando hacia las islas, las dejó atrás y continuó en línea recta hasta los islotes. Podía oír a lo lejos los gritos de las aves que sobrevolaban la orilla. Al llegar se dio cuenta de que podía llegar a tierra fácilmente subiendo por las rocas inclinadas.

Los islotes se convirtieron en su lugar favorito, aunque no eran muchos los días con calma suficiente para que pudiera salir. Nunca veía a nadie, solo aves que habían hecho sus nidos allí, y además podía recoger plumón que guardaba en bolsas. Cuando volvía a casa después de un viaje así, siempre tenía que limpiar los excrementos de ave que había en el kayak.

Terminó el verano y en septiembre hizo mucho viento, pero a principios de octubre llegaron unos días despejados en los que el mar estaba quieto como un cristal oscuro, y el sol esparcía un resplandor dorado sin que hiciera calor. Ella los aprovechó todo lo que pudo. Se levantaba al amanecer, preparaba té y unos sándwiches y se hacía a la mar.

La inundaba una felicidad casi sobrenatural. Disfrutaba de lo que sentía en cuerpo y alma, de la cercanía del mar y del ritmo de los remos. No podía hacerse a la idea de

que hubo un tiempo en el que no tenía kayak, un tiempo en el que siempre iba andando y se desplazaba con dificultad, notando la dureza del suelo bajo sus pesados pies. Lamentaba la llegada del invierno que iba a privarla de ese nuevo modo de viajar. ¿O tal vez podría seguir remando? Los esquimales lo hacían incluso en clima ártico. El invierno anterior no hubo hielo y tal vez este fuera también así.

Pero tras los días claros llegaron las tormentas de otoño. Y cuando se calmaban, el tiempo era tan frío, lluvioso y desapacible que solo efectuó unos pocos viajes a lo largo de las playas más cercanas y luego se llevó el kayak a tierra, lo puso encima de un tronco junto a una pared de la casa y lo cubrió con un trozo de lona.

Durante los días de invierno disponía de mucho tiempo para organizar lo que había ido recogiendo. La cabaña empezó a parecer cada vez más un taller donde también almacenaba el material para hacer sus obras.

Todas las paredes estaban llenas de estantes que ella misma había montado, en los que guardaba y seleccionaba los hallazgos. En varios cajones había restos óseos, dientes y cuernos de distintos animales. Trozos de piel de liebre, lana de oveja y crines de caballo. Había caracolas y conchas de mejillones, estrellas de mar secas y erizos, pinzas y caparzones de marisco, plumas y plumón junto a cáscaras de huevo. Había también trozos de madera, ramas, raíces, bellotas, piedras, plantas secas y hongos. Escarabajos muertos y mariposas, así como nidos de pájaro y avisperos.

Todo estaba en su sitio y ella cuidaba con esmero cada uno de los objetos.

Empezó a ir a la ciudad a comprar material. Latas pequeñas de pintura negra, roja, plateada y dorada en la tienda de bricolaje, ribetes y flecos en la mercería, hilo de cobre en la ferretería, cordones de cuero en la zapatería, papel de aluminio en la tienda de comestibles. Ese material también lo almacenaba en cajones y en cajas de cartón.

En otros estantes ponía las obras terminadas. Cosas raras rodeadas de un aura macabra de muerte y decadencia, a la vez que parecían vibrar con una vida misteriosa e inaccesible. Junto a la ventana estaban los únicos muebles que no había quemado: la mesa y una silla, donde pasaba las noches oscuras trabajando. Luego se metía en el nido de mantas y almohadas que tenía en el suelo. Antes de dormirse pensaba en el kayak que esperaba muy cerca, envuelto en una lona al otro lado de la pared y que, como ella, soñaba con el verano, el mar y las aves.

Ulrika

Cuando Maja volvió quedaban dos semanas de las vacaciones de verano, dos semanas para que mi padre me llevara a nuestra casa de Gotemburgo, dos semanas para que yo empezara bachillerato en un centro totalmente nuevo y con nuevos compañeros. La familia Gattman regresaría a Estocolmo. Maja había vuelto y todo tenía que ser como antes.

Pero no lo era. Algo era distinto. Los miembros de la familia, que antes consideraban que Maja era el centro familiar, ahora casi parecían evitarla. La miraban con ojos dubitativos y la trataban de un modo distinto, con más cautela. Sin embargo ella parecía ser la misma. A veces tenía la sensación de que la causa era precisamente esa inmutabilidad, esa fortaleza casi misteriosa que, como una copa de cristal, la envolvía de forma invisible pero inexorable y la aislaba del resto de los suyos

Seguía persiguiéndonos a Anne-Marie y a mí por todos lados, y me daba la impresión de que Anne-Marie estaba a la vez más molesta y más amable con ella que lo estaba antes. Generalmente permitía que nos acompañara y si alguna vez le pedía que nos dejara en paz, no lo hacía ya como si le diera una orden, sino eligiendo las palabras con cuidado.

Una noche vi que Maja seguía a Åke por el jardín cuando él iba desde su coche a la cabaña donde escribía llevando una caja de botellas de vino tinto que acababa de comprar en la ciudad. Ella lo perseguía muy de cerca. Cuando él se detenía ella también lo hacía. Se miraban sin decir una palabra. Luego, él comenzó a andar más deprisa y ella lo siguió pegada a sus talones. Åke fue corriendo el último tramo hasta que llegó a la cabaña, soportando en los brazos el peso de la caja. Se las arregló para abrir la puerta con el codo. Antes de entrar y cerrar la puerta miró por encima del hombro. Vi su rostro solo un instante, pero aún recuerdo su expresión. Le tenía miedo a Maja.

Karin le proporcionaba comida y atención, pero desistió de sus infructuosas muestras de cariño. Lo más parecido a una caricia era cuando pasaba levemente su mano por el pelo negro y brillante de la niña.

Los demás nos la solíamos subir en las rodillas cuando nos quedábamos a hablar en el cuarto de estar por las noches. Ella se sentaba sin protestar, se apoyaba en nuestro pecho como si fuera el respaldo de un cómodo sillón, y cuando teníamos que levantarnos se dejaba llevar gustosa en los brazos de otro de nosotros. Ahora estaba

sentada sola en el sofá azul y blanco, rodeada de un pequeño halo de soledad.

Parecía un cachorro que volvía con su madre después de que la tocaran manos humanas. Nos alejábamos de ella como si oliera a algún animal de una especie rara.

Llevaba unas gafas de sol con montura de plástico rosa. Jens se las había comprado en una estación de servicio. Eran de muy mala calidad, como es lógico, y uno de los cristales de plástico oscuro se salió enseguida de la montura y no hubo forma de volver a meterlo. Pero a Maja le gustaban mucho y las llevaba a diario, hiciera el tiempo que hiciera, tanto dentro como fuera de casa. Tenía un aspecto raro con esas gafas con las que se le veía el ojo derecho cubierto de oscuro y el izquierdo brillando detrás de la montura rosa de las gafas.

Si a Maja le molestaba la desaprobación de la familia no lo demostraba, igual que hacía con los demás sentimientos. Ahí estaba, sentada en el rincón del sofá con las gafas de sol de un solo cristal dibujando sus figuras pequeñas y aladas.

Cuando digo que Maja no había cambiado no es del todo cierto. De hecho hubo un cambio, casi lo había olvidado. Quizá no era nuevo, sino que lo descubrimos precisamente entonces, pero lo vimos por primera vez unos días después de su regreso.

Anne-Marie, Maja, Jens y yo nos bañábamos en la playa. Maja estaba desnuda sentada en la arena jugando con el cubo y la pala. Poco a poco fuimos uno tras otro hacia el embarcadero y nos sentamos allí a dar patadas en el agua mientras hablábamos. De vez en cuando echábamos una ojeada para mantener vigilada a Maja. Repentinamente soltó la pala, fue corriendo por la playa, subió al embarcadero y saltó. Se sumergió en el agua profunda a escasos metros de donde estábamos, desapareció por un momento y poco después vimos emerger su cabeza negra en la superficie. Pataleando y con movimientos bruscos, atravesó a nado las aguas profundas y pasó por delante de nosotros en dirección a la orilla. Después subió a la playa, se puso en cuclillas y siguió haciendo hoyos con las coletas goteándole.

Todo había sucedido tan deprisa que apenas pudimos reaccionar.

—Saltó al agua desde el embarcadero y salió nadando —dije asombrada.

No habíamos visto nadar a Maja anteriormente.

—Bueno, yo no lo llamaría nadar. Yo diría más bien que pateaba en el agua —dijo Jens.

Mientras estábamos en la orilla discutiendo el asunto, Maja se levantó, fue corriendo al embarcadero y, antes de que nadie pudiera impedirselo, volvió a hacerlo. Saltó al agua y fue nadando a la playa a su manera. A partir de entonces lo hacía siempre que íbamos a bañarnos, por lo que nos acostumbramos a ello.

Una tarde que hacía mucho calor, Anne-Marie y yo charlábamos tumbadas en nuestras camas. La buhardilla volvía a estar limpia y aseada y había flores frescas en el jarrón de encima del escritorio. Las camas se hallaban ya en el lugar de siempre.

El largo pelo de Anne-Marie, recién lavado y peinado, le caía sobre los hombros desnudos como una cortina de seda. Había recuperado el bronceado, se había puesto brillo labial y despedía una fresca fragancia a desodorante. Era prácticamente imposible imaginar que un par de semanas antes se aferraba a mí sudorosa con el pelo sucio y enredado y que pasaba la noche llorando pegada a mi cuello.

Los tebeos habían desaparecido. Supuse que Karin los habría tirado, ya que estaban demasiado pegajosos y rotos para que pudieran interesarle a alguien y no formaban parte del tipo de literatura que solía leer la familia Gattman. Habían estado guardados en su oscuro rincón debajo de las escaleras y solo se sacaron cuando necesitábamos lecturas ligeras, como cuando los niños están enfermos en cama o durante una época de lluvias persistentes. Todavía recuerdo las aventuras que contenían, las viñetas enmarcadas en blanco y negro con grandes partes sombreadas y dibujos sorprendentes. Hombres de mandíbulas angulosas y mujeres de generosos escotes. La sombra de los rascacielos sobre los estrechos callejones y la oscuridad de la selva. Un mundo en tinieblas. No había leído antes ese tipo de publicaciones ni he vuelto a hacerlo después, y cuando las veo por ahí alguna vez siempre las asocio con el tiempo en que Maja había permanecido ausente.

Era la última semana que pasaba en casa de los Gattman. Mi madre acababa de llamar por teléfono para decirme que me habían admitido en el instituto de enseñanza superior que quería, ubicado en pleno centro de la ciudad, donde permitían salir durante el almuerzo, así que podríamos ir a alguna de las cafeterías de la avenida. Le conté a Anne-Marie lo contenta que estaba de haber entrado en ese instituto.

—¿Has podido entrar tú también en el que solicitaste? —pregunté.

—Sí —respondió—. Pero no voy a empezar.

—¿Y dónde vas a ir?

—A ningún lado. Me voy a tomar un año sabático.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que vas a quedarte en casa?

—No, tal vez acepte un trabajo.

Eso era cuando aún se podía «aceptar» un trabajo.

—O me iré al extranjero.

—¿Dónde vas a ir? —pregunté asombrada.

—No lo sé. Tal vez a Israel a trabajar en un kibutz, como Eva.

—Pero ella solo se quedó las vacaciones de verano.

—Allí puedes trabajar un año entero si quieres. Tal vez vayamos juntas, o tal vez yo me vaya a Inglaterra o a Francia a trabajar de *au pair*. Todavía no lo he decidido.

—¿Crees que Karin y Åke te lo van a permitir?

Ella se echó a reír.

—No van a impedírmelo. Uf, no me apetece nada ir al instituto, y menos aún la rama de ciencias, como Jens. Me parece horrorosa. Solo estudiar, estudiar. Pero a él le queda solamente un año, así que continuará.

—Tal vez sea mejor un año sabático —dije pensativa.

Yo no podía imaginármelo para mí. Empezar la secundaria un año más tarde, ser un año mayor que los demás. Sería como quedarse atrás de algún modo. Y yo tenía prisa. Quería adquirir una formación rápidamente. La escuela secundaria y luego la universidad. Tenía ganas de ir a la universidad. No me imaginaba quedándome atrás por un año sabático. Quería conocer mundo, pero tendría que ser en las vacaciones.

—Pero nos veremos el próximo verano, ¿verdad?

—Si todavía estoy aquí.

—¿No vas a venir aquí el próximo verano?

—¿Cómo voy a saberlo? Tal vez esté al otro lado del mundo. En Australia o por ahí.

—¿No acabas de hablar de Inglaterra y de Francia? ¿O de Israel? —dije desconcertada.

—No lo sé, Ulrika, no tengo la menor idea. No tiene importancia. Simplemente quiero irme lejos de aquí. Estoy cansada de todo.

—Pero Tångevik es el sitio más maravilloso de la tierra. Y nadie tiene una casa tan bonita como vosotros.

—¡Bah!

Me dolió su desdén, ya que me había encariñado con esa casa.

Uno de los días en que Maja estaba desaparecida me fui a dar un paseo sola hasta la casita que mi familia había alquilado, porque no había ido por allí en todo el verano.

La familia de Borås había dejado su huella en ese sitio. En el césped habían puesto una gran piscina de plástico que estaba llena de agua, habían comprado muebles nuevos para el jardín y, finalmente, habían logrado cultivar un pequeño huerto de verduras. Encima de la mesa de jardín vi la gran garrafa de vidrio española que solíamos tener en un rincón del cuarto de estar con flores secas. Ahora se había convertido en un acuario lleno de agua verde y de algas que probablemente contenía algún tipo de animal.

La mujer de Borås, que al parecer estaba embarazada, se refrescaba tumbada entre las hojas de las zanahorias. Estaba demasiado relajada para verme a mí, que la observaba desde la valla.

Se oyeron voces infantiles y aparecieron dos niños que venían desde el otro lado de la casa. Uno de ellos llevaba al otro en la vieja carretilla de mi padre y lo dejó al lado de la piscina, entre risas.

Recordé lo que le costaba a mis padres que creciera algo en ese terreno. Recordé los huecos subterráneos, que se tragaban un camión cargado de tierra tras otro. Me

admiraba que esa familia estuviera allí cultivando verduras y jugando con la carretilla de trabajo. Tal vez ellos pertenecían a una raza más hábil, o tal vez simplemente la tierra baldía se había vuelto fértil al fin y ellos habían llegado en el verano correcto. En menos de dos meses, esa familia se había familiarizado más que nosotros con las cosas de allí. No podía imaginar que volviéramos algún día.

Mi corazonada se cumplió. Mi padre dedicaba cada vez más tiempo a su trabajo y, desde que habían comprado el chalé con jardín, mis padres pensaban que ya no necesitábamos tanto la casita de verano. Al invierno siguiente se la vendieron a la familia de Borås.

Pero yo desconocía todo eso cuando estaba al otro lado de la valla, naturalmente. Solo sentía una mezcla extraña de emociones. Nostalgia por algo que había perdido, aunque no lo había poseído nunca. Y una especie de confirmación explícita de algo que había sabido siempre: yo no pertenecía a ese sitio, ese no era mi lugar.

Regresé a casa de los Gattman y al verla oscura entre los robles de la montaña sentí en mi pecho la emoción del retorno al hogar.

—De todos modos, podemos escribirnos —dije a Anne-Marie.

—Sí, aunque sabes cómo soy para escribir cartas. Pero mantendremos el contacto, claro.

«Mantener el contacto», qué expresión más horrible. Miré a Anne-Marie, que descansaba sobre la cama. Estaba tendida boca abajo con las manos en la barbilla y la mirada fija en la cabecera de la cama, sonriendo. Pero lo que ella veía era otra cosa, algo que yo no podía imaginar. Ya estaba alejándose de mí.

Se oyó frenar un coche en la puerta. Eran Lis y Stefan que venían de la ciudad en el coche del padre de él. Habían ido a buscar piso y se habían decidido por uno de un dormitorio situado en un edificio para derribo que estaba en Gårda, en Gotemburgo. Entonces se hacía así: los jóvenes iban a la ciudad a buscar vivienda o trabajo. Pisos miserables, empleos tristes y mal pagados pero fáciles de conseguir. Ahora estaban buscando muebles y enseres domésticos, y le habían prometido a Sigrid que retirarían la cómoda del dormitorio de ella y Tor.

Lis entró un momento a saludarnos. Se apresuraban en volver a la ciudad, donde debían recoger o entregar una llave a alguien. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Cuando pienso en ello me doy cuenta de que por entonces ya debía estar embarazada, aunque tal vez no lo sabía todavía.

Anne-Marie y yo permanecíamos tumbadas en nuestras camas y los oíamos luchar con el escritorio en el piso de abajo. Cuando al fin lograron bajarlo por las escaleras y sacarlo al jardín, Åke salió de su cabaña para echarles una mano. Iba desnudo de cintura para arriba y vestía unos pantalones cortos que daban asco de sucios que estaban. Lo miramos desde la ventana abierta, y Anne-Marie se echó a reír. Åke estaba demasiado borracho para poder ayudarlos. Se ponía delante de ellos y se colgaba del

mueble, que era de por sí lo suficientemente pesado, mientras que Lis y Stefan hacían lo que podían para llevarlo al vehículo. Uniendo las fuerzas lograron subir la cómoda a la baca del coche y sujetarlo con cuerdas, con Åke balbuciendo alrededor continuamente. Se metieron en el coche en cuanto acabaron, cerraron las puertas, agitaron las manos diciendo adiós y pusieron el motor en marcha.

Cuando el coche estaba empezando a rodar, Åke se apoyó en la puerta para decirles algo por la ventanilla, por lo que fue despedido hacia un lado y cayó rodando por el suelo.

Lis y Stefan no se detuvieron. Tal vez no les había dado tiempo a verlo, o tal vez les daba igual.

Åke se puso lentamente en pie, sucio y con una herida que le sangraba en el brazo. Se quedó inmóvil un momento, agarrado al tronco de un roble. Luego miró a su alrededor, divisó la cabaña donde escribía y dirigió sus pasos vacilantes hacia allí.

Anne-Marie se rio a carcajadas. Åke la oyó y se detuvo en el sendero entre las peñas. Se dio la vuelta y miró en todas las direcciones sin lograr averiguar quién se reía, por lo que prosiguió su andar vacilante y se refugió en su pequeña casa.

Unos días después vino mi padre a buscarme. Me despidió una familia evidentemente diezmada. Un amigo de Åke vino a visitarlo. Se marcharon juntos a Gotemburgo para ir a un pub y desde entonces no habían regresado. Sigrid estaba cuidando a Tor, Eva buscando piso en Estocolmo y Lis ya se había mudado. Solo Karin, Jens y Anne-Marie me despidieron con un abrazo en la puerta de la casa.

Maja estaba sentada en la escalera. Levantó la vista y me miró con el ojo que tenía sin tapar. Yo me incliné hacia ella.

—Adiós, Maja. Espero que nos veamos pronto —dije dándole un beso en la mejilla.

Ella se estremeció como si le hubiera dado un mordisco y se metió corriendo en la casa.

Volví a mi casa en Gotemburgo y comencé la secundaria. Me sentía bien, por fin iba a aprender realmente. Ya no habría imbéciles ni alborotadores, por lo que los profesores podían dedicarse a enseñar durante las clases en vez de intentar mantener el orden. Tenía más compañeros que nunca.

En noviembre recibí una postal de Anne-Marie. Estaba en California trabajando de *au pair* con una familia sueca. No me facilitaba su dirección, por lo que no le pude

contestar. Un mes después recibí una tarjeta de Navidad. Había dejado ya a la familia sueca y trabajaba en Texas en una tintorería. Luego no supe nada más.

Durante varios años utilicé la marca de rímel que usaba Anne-Marie. No porque creyera que así tendría unas pestañas largas y oscuras como las suyas, sino como un modo de confirmar nuestra relación. También llevaba una blusa de algodón muy fino que había heredado de ella. Quedaba mejor cuando estaba recién lavada porque se ajustaba al cuerpo. Era burdeos, un color que nunca había estado presente en mi armario, pero que Anne-Marie solía llevar. Me ponía esa blusa siempre que podía. En invierno, cuando hacía frío en el viejo instituto, me la ponía sobre el cuerpo, debajo de los jerséis de lana y de las gruesas camisas de franela.

Como he dicho, me sentía muy bien desde que había empezado la enseñanza secundaria, por lo que no pensaba tanto en Anne-Marie como en inviernos anteriores. Mi añoranza se había esfumado, se había hecho invisible. La llevaba como llevaba la blusa burdeos, pegada a la piel, debajo de todo lo demás.

Cuando empezó a acercarse el verano, mi padre propuso que viajáramos a Mallorca. Era la primera vez que le parecía que tenía tiempo para ello y que se lo podía permitir. Había trabajado intensamente durante dos años, tanto los días laborables como los festivos, sin un solo día de verdadero descanso. Había terminado su estudio sobre la periodontitis, había logrado el puesto que siempre quiso y había decidido dormirse en los laureles durante unas semanas de vacaciones.

Yo tenía sentimientos encontrados acerca del viaje a Mallorca. Me entusiasmaba la idea de viajar al extranjero y conocer uno de esos lugares exóticos que había visto en foto en los folletos de las agencias de viajes, pero no quería estar lejos en caso de que Anne-Marie se pusiera en contacto conmigo y me pidiera que fuera a Tångevik. Aparte de las dos postales, no tenía noticias de ella. No sabía si habría vuelto a Suecia o seguiría en Estados Unidos. Podía llamarla por teléfono a Estocolmo y preguntar, pero teníamos una regla no escrita que era no llamar a la otra. Y si ella volvía y quería verme, era ella la que tenía que llamarme a mí. Yo estaba a la espera de esas eventuales llamadas o cartas, por lo que no demostré el entusiasmo que era de esperar cuando mi padre propuso el viaje a Mallorca. Él leyó mis pensamientos.

—Si estás pensando en los Gattman no deberías tener grandes expectativas. Åke y Karin van a divorciarse. Tengo entendido que él actualmente vive aquí con otra mujer. No creo que vayan a Tångevik este verano. Tampoco creo que Karin ni Åke quieran ir allí según están las cosas en este momento, y Sigrid tampoco querrá ahora que Tor ya no está.

Tor había fallecido durante el invierno, lo leímos en el periódico. También leímos que Lis y Stefan habían sido padres de un niño. Junto con las dos postales de Anne-Marie, esa era la única información que tenía hasta el momento de la familia Gattman. Lo del divorcio era una novedad que mi padre se había guardado. ¿Cómo lo habría

sabido y dónde habría oído lo de la otra mujer? No era propio de él estar al tanto de ese tipo de chismes.

—Supongo que venderán esa casa tan grande. Pueden obtener una buena cantidad por ella. Con terreno a la orilla del mar, embarcadero y todo lo demás. O bien podrían alquilarla.

Así que viajé a Mallorca, hicimos excursiones guiadas, fui a la discoteca con dos hermanas gordas que eran de Falun, y cuando iba a la playa tenía detrás una cola de guapos chicos españoles. Esto último reforzó mi autoestima en gran medida, hasta que descubrí que el par de gordas también eran objeto de intenso cortejo. Ya lo creo, incluso mi madre, con ese sombrero de flores tan cursi que llevaba y su vestido de felpa de flores grandes, tenía un admirador con la mitad de años que ella, que le decía piropos en español cada vez que pasaba por delante de la terraza donde él solía estar sentado.

Una tarde en que mis padres y yo estábamos en un pequeño restaurante donde bailaban flamenco, oí que hablaban de la desaparición de Maja. Yo había puesto mi silla en dirección a la pareja que actuaba, por lo que estaba sentada de espaldas a mis padres. La orquesta tocaba y uno de los guitarristas cantaba en un tono tan alto que parecía que el techo retumbaba, por lo que mis padres creían que yo no oía lo que decían. Pero para oírse entre ellos tenían que levantar mucho la voz, y creo que les resultaba difícil apreciar su propio tono al haber bebido bastante vino. Como quiera que fuera, oí decir a mi madre que le parecía rara la desaparición de Maja y que era extraño que se publicara tan poco en los periódicos acerca de cómo la encontraron. Mi padre murmuró algo y vi por el rabillo del ojo que me miraba. Mientras escuchaba la respuesta de mi padre miré con los ojos bien abiertos a la pareja que bailaba flamenco, como si estuviera absorta en su estúpida danza. Expuso una teoría sorprendente sobre Åke y Karin que, según él, ya estaban separándose el verano anterior y que la desaparición de Maja fue el resultado de alguna forma de disputa por su custodia. Puede ser que Åke la escondiera en Gotemburgo en casa de su amante, o que Karin se la llevara a la casa de alguna amiga sin decirles nada.

Era algo tan descabellado que tuve que contenerme al máximo para no darme la vuelta y reírme delante de ellos. Hasta la desaparición de Maja, el matrimonio de Karin y Åke era perfecto, armónico y equilibrado, al menos yo lo consideraba así con mi poca experiencia. Ambos estaban tan profundamente apenados por la desaparición de Maja que no cabía la posibilidad de que alguno de ellos estuviera fingiendo. Además, mi padre olvidaba el sitio donde la encontraron, en una cornisa de montaña inaccesible en la playa de Musselstranden. ¿Alguno de los dos sería capaz de dejarla en una situación tan peligrosa? ¿Con qué finalidad?

No tuve que decir nada, ya que mi madre le planteó el mismo tipo de objeciones que yo albergaba. Pero, en las frases aisladas que capté, me di cuenta de que mi padre

no se creía del todo la historia de la cornisa. Solo la había oído a través de mí y, evidentemente, consideraba que yo lo había dramatizado todo.

En cierto modo era humillante que no me creyeran, pero no me importaba demasiado. Era una historia difícil de creer, he de admitirlo. Hay que haberlo vivido todo, la pena, la culpa, y haber estado en la montaña la extraña noche en que Maja fue salvada por el equipo de rescate. Yo había pasado por eso, pero mis padres no; pese a todo, los perdonaba.

Fue la única vez que hicieron mención a la desaparición de Maja.

Kristina

Kristina empuja el kayak hasta el borde del agua. Lo lleva con mucho cuidado por encima de las rocas inclinadas cubiertas de algas resbaladizas de color rojo oxidado. Deja la bolsa llena de plumón en el asiento y logra meterla en un rincón de la cubierta de proa. Luego se sube ella y empieza a remar.

Al principio la sigue la nube de pájaros. La parte inferior de sus cuerpos blancos se tiñe del anaranjado de un sol que aún no puede verse. El mar brilla. El mundo ya no es gris.

Va aproximándose al grupo de islotes de mayor tamaño y al llegar al que está más cerca, sale el sol. Unas golondrinas bajan en dirección a ella con los picos rojos abiertos, como si se tratara de un pez que pudieran engullir.

Va siguiendo el contorno de la pequeña isla. En la tranquila cala que hay dentro de la isla se levanta un campamento de coloridas tiendas de campaña. Es feo. Ella detesta los colores chillones. Ve barcos en la playa, una fogata apagada, latas de cerveza vacías y toallas manchadas de arena.

Ella está en medio de la bahía, en silencio, navegando lentamente por las aguas tranquilas mientras observa la escena.

Ha visitado varias veces la isla. Tiene una playa pequeña en la que puede arribar el kayak con facilidad. Fuera de la isla hay muchos nidos de aves, por lo que suele ir allí a buscar plumón, cáscaras de huevo y plumas.

En ese momento se mueve la lona de una de las tiendas de campaña. Por la abertura ve salir a alguien. ¿Un ave? No, en ese momento se pone en pie. Parece que es un niño. Una niña de rostro oscuro con ropa de color marrón y unas coletas negras y despeinadas, que guiña los ojos a la luz del sol de la mañana y luego va corriendo en dirección a la playa. Con movimientos lentos, adormilada aún, se baja la cremallera del chándal y se lo quita. Luego se pone en cuclillas y orina en la arena. Kristina se queda inmóvil en la bahía mirando la espalda desnuda y curvada de la niña.

La pequeña se endereza, tiritando. La mañana está fría, la playa descansa a la sombra. No ha visto aún el kayak que está en la bahía. Con cierta dificultad logra darle la vuelta al chándal que estaba tirado en la arena del revés. Lo sacude para quitarle la arena y se lo vuelve a poner. Parece que quiere hacerlo todo sola, a pesar de lo pequeña que es. No ha despertado a ningún adulto de los que están en las tiendas de campaña para pedirle ayuda.

Las olas han ido empujando el kayak hasta la bahía y Kristina puede ver mejor a la niña. La ropa marrón que lleva parece que fueran pieles, y crines su pelo negro y enredado.

En algún rincón del diafragma de Kristina empieza a moverse algo. Se le escapa una especie de aullido, un grito prolongado y silencioso lleno de nostalgia. Pero es solo una sensación. Permanece sentada en absoluto silencio, inmóvil, mientras las olas chapotean suavemente a ambos lados del kayak.

No obstante, la niña debe de haberlo oído. Se detiene en su camino hacia la tienda de campaña, se vuelve y ve a Kristina. Se hace sombra con la palma de la mano para evitar que el sol bajo la deslumbre. Vuelve a dirigirse lentamente a la playa.

Kristina siente que algo tira de su cuerpo y ella cede, anhelante, como la carne anaranjada de los mejillones cuando la arrancan de su concha. Una masa suave e informe con ese pequeño núcleo que es el corazón, lo único con la suficiente estabilidad como para clavarle el anzuelo. La niña está de pie en la playa, mirándola fijamente.

«Cuando ella diga algo se soltará», piensa Kristina. «Cuando me diga hola o llame a sus padres, que deben de estar en la tienda de campaña».

Pero la niña no emite ningún sonido. El agua de la bahía se muestra roja por el reflejo del sol que acaba de salir, y las olas dibujan una red de sombras que se mecen en la parte blanca del kayak.

El kayak se balancea cada vez más cerca. Kristina y la niña se miran. Les brillan los ojos.

La niña se sube los pantalones y avanza un poco en el agua. Kristina mueve levemente la pala en la superficie y se desliza un poco hacia dentro. Ahora están la una al lado de la otra.

La niña es negra y marrón y lleva el pelo revuelto recogido en dos coletas con unas bolitas rojas y brillantes. ¿Qué tiene que ver este cachorro gris con la gente de las tiendas de campaña de colores chillones? Ella los ignora, no mira a su alrededor, no los llama. No, ella no es de aquí.

Unas gotas se deslizan por el remo, tiemblan y luego caen al agua. La niña pasa la mano por la canoa y levanta la vista hacia ella. Por un momento, Kristina piensa cómo subir a la pequeña sin que vuelque el kayak. ¿Y dónde la va a sentar? En el asiento solo hay sitio para una.

Ella sale, se mete en el agua, toma a la niña en sus brazos y con los brazos de esta alrededor del cuello vuelve a introducirse en el asiento con sumo cuidado. La pequeña se queda tan quieta y sigue sus movimientos con tanta suavidad que logran mantener el equilibrio. La niña se sienta en las rodillas de Kristina, vuelta hacia ella y rodeándole la cintura con las piernas. Solo hay sitio para una, pero las dos son como una. Una sola criatura. Van sentadas muy juntas frente a frente, con los corazones latiendo al

unísono.

Kristina rema para salir de la bahía. Al doblar la roca que sobresale se da la vuelta y mira hacia tierra firme.

Las coloridas tiendas de campaña van quedando atrás, silenciosas, dormidas.

Nadie las ha visto.

Ulrika

Era sábado por la mañana. Yo no tenía que ir a por los chicos hasta el lunes por la tarde. Solemos arreglarlo de modo que Anders los lleva al colegio el lunes por la mañana, después de su fin de semana, y yo voy a buscarlos al centro de actividades extraescolares por la tarde.

Me desperté temprano y mi primera sensación al abrir los ojos fue de sorpresa. No suelo despertarme temprano por mí misma y ni siquiera con la ayuda del despertador me levanto a esas horas. Había olvidado bajar las persianas por la noche, y el resplandor rojizo del sol que acababa de salir caía sobre las puertas blancas de mi armario.

Luego recordé la visita a Mickey's Inn la noche anterior y me di cuenta de que había bebido demasiado y de que el motivo de despertarme tan temprano era ese, no las persianas.

Después de una noche así no suelo dormir como hacen otros hasta avanzada la mañana, sino que duermo de un modo muy ligero, me despierto varias veces durante la madrugada y al amanecer desisto del intento de dormir y me levanto fresca, espabilada y llena de energía. Me pongo a limpiar, hago yoga, voy a natación y los engaño a todos, incluida a mí misma. Hacia las cuatro o las cinco de la tarde caigo rendida, como muerta, y duermo veinticuatro horas. Ahora estaba completamente despierta porque en realidad no había llegado a dormirme. La fiesta continuaba en mi cuerpo, y en los sueños de esa noche no se sucedieron las ideas ordenadas como ocurre durante el sueño profundo, sino que eran más bien secuencias rápidas, bruscas e inconexas, como anuncios publicitarios de productos totalmente distintos.

Me duché y desayuné. Una rebanada de pan de trigo ligeramente tostada, con queso, tomate y albahaca, zumo de naranja y café. Oí en la calle el ruido estridente de un camión antiguo, y tuve la sensación de que estaba en el extranjero y me había levantado temprano porque me iba a algún sitio.

¿Y por qué no? ¿Por qué no irme a algún sitio? Mi coche estaba aparcado una calle más abajo, con el depósito de gasolina lleno, no debía volver hasta el lunes por la tarde. Tenía tiempo suficiente para viajar a Copenhague, y más lejos aún.

Pero no quería ir a Copenhague. Bajé a la lavandería, metí la ropa y mientras se lavaba di un largo paseo alrededor de Slottskogen, durante el secado preparé un almuerzo abundante, y cuando llegó el momento de sacar la ropa ya sabía adónde iría.

Las secuencias de los sueños étlicos de la noche anterior me llevaron a ese lugar. Había estado allí recientemente con los chicos, pero en el sueño sucedía en otro momento, y la casa que unas semanas atrás encontramos vacía y abandonada estaba en mi mundo de sueños habitada por las personas que una vez vivieron allí.

De repente sentí un deseo irresistible de volver a mirar por la ventana del porche y abarcar con la mirada el armario pintado de azul de la cocina, los sofás de rayas anchas, el cuadro de la nave, la lámpara de techo y la mecedora blanca con su almohadón oriental. Era como si no fuera suficiente con lo que había visto la vez anterior. No estaba lista. Quería volver a verlo sin los chicos, con tranquilidad.

Tenía la autopista casi para mí sola y conduje deprisa, como si la casa fuera a desaparecer si llegaba tarde.

Aparqué debajo del gran roble. El tiempo era apacible, los árboles aún estaban verdes pero se notaba que ya era otoño. El aire cristalino y las sombras profundas creaban un mundo de apariencia casi surrealista.

En esta ocasión tampoco se veía ningún coche fuera de la casa.

Subí la escalera de troncos. Fui rodeando la casa y llegué al porche. Me quedé un momento inmóvil, de espaldas a la casa, disfrutando de la vista por encima del fiordo, algo sorprendida por esa belleza que de joven no aprendí a valorar.

En esa ocasión no me resultó tan desconcertante mirar por la ventana, pues estaba ya preparada. Mientras permanecía allí con la nariz pegada al cristal de la ventana como una niña en el escaparate de una juguetería, me acordé de repente de la caracola.

No sé de dónde venía ese olor raro a mar estancado, a algas podridas y a pescado pasado, a brea, a humedad y a oscuridad, pero siempre había olido así debajo del porche de los Gattman. Olía así mientras Anne-Marie y yo nos arrastrábamos por esa losa de piedra el primer verano que jugamos juntas y yo veía su cara entre las franjas de luz de las rendijas del suelo. Olía así cuando nos escondíamos para espiar a las hermanas mayores y a sus novios, o cuando alguna que otra vez teníamos que agacharnos a buscar un cuchillo de mesa o un bolígrafo que se había caído entre las tablas del suelo. O cuando, en escasas ocasiones, la casa estaba cerrada y había que ir buscar la llave que dejaban dentro de una gran caracola en la parte de atrás, junto a la primera piedra. Y también olía así ahora que yo ascendía por la montaña fría y húmeda, tratando de encajar todos esos recuerdos.

Vi algunas trampas para peces antiguas, un rastrillo para mejillones y una trampa para langostas, seguramente era eso lo que olía a pescado podrido. Y allí estaba la caracola grande, cubierta de una capa de musgo delgada y verdosa pero por lo demás intacta y bien conservada. Seguramente procedía de alguna playa extranjera. La cogí y la sacudí con cuidado. Se oyó un temblor hueco y de su interior misterioso y perlado se deslizó una llave que fue a caer en mi mano.

Parecía que la llave no se hubiera utilizado en mucho tiempo. Tuve que raspar una

capa de óxido antes de poder introducirla en la puerta de la parte delantera de la casa, pero una vez dentro resultó fácil girarla. Con la mano en el picaporte me quedé escuchando un momento. Todo estaba en absoluto silencio. No se oían ruidos de motores de coches ni de barcos, tampoco pasos ni voces en el interior de la casa. Empujé el picaporte hacia abajo y entré.

Encontrarse allí era como un sueño y andar por esas habitaciones, que estaban exactamente igual que hacía veinticuatro años, me producía una sensación sobrenatural. Como los olores, cada cosa desprendía un recuerdo. Algunos eran tan fuertes e insistentes que tuve que apartarlos de mi mente, ya que me acechaban con toda una serie de sucesos, de voces y emociones envolventes. Otros eran más débiles, apenas perceptibles, y causaban un ligero estremecimiento en algún lugar profundo dentro de mí.

La sensación de irrealidad desapareció poco después. Descubrí que habían cambiado ciertas cosas. Faltaba algún que otro mueble, aunque no estaba segura de cuál, y también todas esas cosas pequeñas que se esparcen con rapidez en los sitios donde vive gente. Las habitaciones parecían más espaciaosas, y me di cuenta de que eso era lo que le aportaba a la casa su ambiente mágico.

En el piso de Sigrid y Tor no faltaba nada, excepto la cómoda que se llevaron Lis y Stefan en aquella ocasión y un cuadro que recuerdo que Åke decía que era demasiado valioso como para colgarlo en una casa de verano sin vigilancia.

El pequeño rincón de la buhardilla, que una vez fue la habitación de Anne-Marie, estaba lleno de escombros. Pero la habitación de las chicas mayores que el último verano fue de Anne-Marie y mía se conservaba igual que entonces. El sol había descolorido las colchas estampadas de tonos azules y blancos. Retiré la de la cama más alejada a la pared, la de Anne-Marie. Debajo de la colcha la cama estaba hecha, con una de esas fundas nórdicas intemporales que suelen utilizarse en los hoteles. ¿Estaba ya por entonces? No lo recordaba. De todos modos parecía ser totalmente nueva, suave y de un blanco brillante, como si no la hubiera usado nadie. Mientras estaba allí junto a la cama sentí de repente lo cansada que estaba. Miré mi reloj de pulsera y entonces comprendí que eran las cinco menos diez, precisamente la hora en que generalmente tengo que volver a mis obligaciones como madre. Como en la casa del cuento *Ricitos de Oro y los tres osos*, me metí en la cama desconocida. Observé que el móvil de conchas de mejillón seguía en la ventana y cerré los ojos.

Antes de dormirme tuve una visión de Anne-Marie con la boca llena de cerezas. Su hermosa boca hacía muecas, escupía tres huesos y se reía. Por su frente y sus mejillas revoloteaban sombras verdes.

Kristina

La niña pareció entender que le dificultaba los movimientos. Se apretó contra Kristina, apoyó la cara en su cuello e intentó encogerse todo lo que pudo. Kristina sintió al principio los músculos tensos de la niña, aunque poco después se relajó y comenzó a balancearse de un lado a otro al compás del remo. Su respiración tranquila calentaba y humedecía la camiseta de Kristina. Bajó la mirada hacia la cara, cubierta en parte por su pelo oscuro. Tenía los párpados cerrados y la boca ligeramente abierta. La pequeña se había quedado dormida sobre el pecho de ella.

Cuando subió de la playa con la niña durmiendo en sus brazos le pudo ver el rostro. Había que tenerla así de cerca para poder distinguir sus rasgos de tan morena que era. Tenía la nariz bien marcada y las cejas gruesas ¿Qué edad podía tener? ¿Dos años? ¿Tres tal vez?

El sol brillaba en lo alto, pero la cabaña estaba a la sombra y no hacía calor. Todas las ventanas estaban cubiertas con mantas. A Kristina le gustaba ver brillar el sol en el agua y el juego de la luz entre las hojas, pero dentro de la casa no quería sol. Su trabajo con las cosas funcionaba mejor en la penumbra o bajo la luz de una lámpara. Siempre resultaba difícil escucharlos a la luz del sol. El sol afectaba de algún modo sus superficies. Se cerraban y se protegían detrás de una capa.

Dejó a la pequeña en el suelo con cuidado entre las mantas y se acostó a su lado. La niña olía a sal y al calor del sol cuando Kristina se despertó. Estaba muy cansada después de remar tanto tiempo. Se volvió a dormir con la cara junto al pelo de la niña.

En sus sueños era todo el tiempo consciente de la presencia de la niña, de su respiración, del olor de su pelo, de su piel suave.

Al despertar ya era mediodía. La luz del sol se abría paso a través de los pliegues de las mantas, dibujando líneas blancas en el suelo. Se oía el zumbido de una mosca que se había quedado atrapada entre las mantas y la ventana. Hacía calor, y Kristina sintió su brazo pegado al hombro de la niña por el sudor.

Sintió hambre y se puso a preparar algo de comida mientras que la pequeña seguía durmiendo. Tortilla, champiñones salteados, tomates, queso y pan. Giró la silla hacia la mesa, se sentó con el plato en las rodillas y empezó a comer mirando a la niña.

La pequeña se despertó. Sus ojos brillaban en la penumbra de la cabaña. Permaneció un rato totalmente inmóvil, observándolo todo. Luego se sentó, se rascó el pelo

revuelto y miró a Kristina.

Kristina se quedó con el tenedor a medio camino del plato; permaneció inmóvil, como solía hacer cuando la veía algún corzo. ¿Qué haría la niña? ¿Se echaría a llorar?

No, la pequeña saltó de la cama, dio unos pasos por la habitación y miró a su alrededor. En sus ojos había asombro, perplejidad.

Kristina fue bajando lentamente el tenedor y dejó el plato encima de la mesa. Le hizo un gesto a la niña para que se acercara, señalando la sartén con la tortilla. Ella la miró pero no se acercó. Se puso a recorrer la cabaña con paso lento y cauteloso, deteniéndose delante de las creaciones de Kristina. Miró con interés cada uno de los objetos. A veces extendía la mano y parecía que iba a tocar alguno de ellos, pero sus dedos se detenían en el aire, como si algo se lo impidiera, y la retiraba con mucho respeto.

Media hora después, cuando parecía que había concluido la exploración se aproximó a Kristina, que se levantó para cederle la única silla que tenía. La niña pareció no percatarse de la silla. Cogió el plato de verduras y tortilla ya frías que Kristina le había ofrecido, se lo llevó hasta el montón de mantas, se sentó allí y empezó a comer con buen apetito sin perder de vista los objetos.

El reloj de pared que estaba encima del frigorífico marcaba las tres menos cuarto. Kristina pensó en el kayak. No lo había subido correctamente, solo lo había empujado hacia arriba y lo había dejado allí de forma provisional debido a que llevaba a la pequeña en brazos. En pocas horas subiría la marea y tal vez arrastraría el kayak. Tenía que bajar y dejarlo en condiciones.

—Quédate aquí —le dijo a la niña—. Voy a subir el kayak a la playa. Vuelvo enseguida.

Recordó que tenía una bolsa con melocotones en el frigorífico. Los puso en un bol y los dejó en el suelo a los pies de la niña.

—Sírvete.

La niña no respondió y Kristina supuso que no hablaba su idioma.

—Vuelvo enseguida —repitió esperando que los melocotones la mantuvieran allí.

Bajó corriendo a la playa, arrastró el kayak hasta llevarlo a una distancia segura y regresó a toda prisa.

La niña seguía sentada donde la había dejado. Estaba comiéndose un melocotón y el jugo de la fruta le corría por la barbilla. Cuando Kristina fue a limpiarle la barbilla con papel de cocina se dio cuenta de que le temblaban las manos. Estaba sin aliento tras la carrera. Tenía miedo a perder el kayak, pero cuando dejó sola a la niña también temía perderla a ella.

Fue a buscar un peine. Le quito a la niña con cuidado las gomas de bolas rojas y la peinó. Tardó un poco porque tenía el pelo enredado y no quería hacerle daño. Se lo desenredó de abajo hacia arriba, con mucha delicadeza, y la niña no se quejó en

absoluto. La peinó con la raya en medio y le hizo dos coletas altas.

¿Cómo podría mantenerla?

El interés de la niña por los objetos era evidente. Kristina le mostró lo que guardaba en los cajones. Le puso una cáscara de huevo en la mano para que la tocara. Le contó que procedía de un islote que estaba en medio del mar.

—Puedes dejarla donde estaba. No, mejor déjala ahí, encima de la repisa. Quiero mirarla un momento. ¿Ves ese nido de pájaros que tiene dentro bolitas de lana? Ponla allí, sobre las bolitas.

La niña hizo lo que le decía, por lo que Kristina se dio cuenta de que entendía su idioma.

Se sentó a la mesa a trabajar y dejó que viera lo que contenían los cajones. Nunca se lo había permitido a nadie. La pequeña levantaba con sumo cuidado los trozos de hueso, las caracolas y las cáscaras de huevo, se los ponía en la palma de la mano y los observaba durante un rato. Kristina se dio cuenta de que ella también podía oír sus voces.

Pasaron así el resto del día, cada una absorta en lo suyo. Fuera brillaba un sol cegador y se oía ruido de gente. Los motores de los barcos rugían en el mar y se oía también el estrépito de un helicóptero que daba vueltas por allí.

No salieron de la cabaña hasta que hubo oscurecido. Kristina fue por los caminos de corzos y la niña la siguió muy de cerca. Se encontraron con animales esbeltos que pastaban en los claros del bosque. Se quedaron en silencio en la penumbra de la noche de verano hasta que los ciervos las descubrieron, volvieron sus bellas y majestuosas cabezas hacia ellas y desaparecieron dando largos saltos.

Cuando regresaron para descansar en la cama de mantas era ya medianoche. La niña se durmió enseguida. Kristina permaneció despierta, mirándola.

Habían estado juntas todo el día, desde el amanecer hasta la puesta del sol. La niña se había quedado en la cabaña cuando Kristina bajó a ver el kayak. La había escuchado mientras le hablaba de los hallazgos que tenía en las cajas y, al parecer, entendía lo que le decía. Se había sentado en sus rodillas en el kayak y le había seguido los pasos por el sendero de corzos. Había comido la comida de Kristina. Le había dejado que la peinara. Había dormido junto a ella en la cama de mantas. La había mirado con sus grandes ojos negros, se había reído con ella, pero no había pronunciado ni una sola palabra en todo el día.

Los días sucesivos se quedaron dentro de la cabaña. Hacía buen tiempo y el mar estaba tranquilo pero fuera había mucho ruido. Las lanchas daban vueltas alrededor de las islas. La gente que iba en los barcos daba voces y hablaban entre ellos a gritos. Un helicóptero daba vueltas a poca altura produciendo un ruido ensordecedor, así como reflejos centelleantes y ondulaciones en la superficie del agua.

Kristina cambió su rutina, como solía hacer en ciertos periodos. De día ambas dormían sobre el montón de mantas viejas, se levantaban con la puesta de sol. Kristina hacía la comida y se entretenía trabajando en la cabaña. Y salían al anochecer.

Salían al anochecer y caminaban por las playas y por las rocas. La noche de verano les daba luz suficiente. A veces remaban por el fiordo pero nunca en alta mar. Después de las excursiones nocturnas se sentaban a descansar en alguna roca y se quedaban, apoyadas una contra la otra, mirando el momento en que el cielo se ponía rosado y flamante. Y cuando los primeros rayos de sol despertaban a los pájaros que descansaban en los robles viejos que había en torno a la cabaña, ellas se retiraban a la oscuridad y se acurrucaban juntas en las mantas como dos animales nocturnos en su guarida.

Después de unos días las cosas se fueron calmando. El ruido de los motores de los barcos en los fiordos volvió a ser el habitual. El tiempo seguía estando despejado y tranquilo. Kristina preparó el almuerzo para las dos, y muy temprano, antes del amanecer, salieron en el kayak por la boca del fiordo, pasando por delante de los islotes hasta que el mar se ensanchó ante ellas, abierto, libre, inmenso y tranquilo a la vez. Tan inusualmente tranquilo que parecía que estuvieran en el lejano mar de los Sargazos en vez de en la zona ventosa de Bohuslän. La niña se mecía siguiendo el movimiento del remo, con su boca muda apoyada en el palpitante pecho de ella. Kristina remaba mirando al frente por encima de la cabeza oscura de la niña, que ahora era una carga que siempre tenía que llevar.

Y se había acostumbrado a ello. Cuando la niña rodaba en sueños por el suelo, Kristina se despertaba y se preocupaba. La buscaba a tientas sin saber bien qué buscaba. Al notar el cuerpo caliente de la niña, volvía a dormirse.

Pasaron cerca de los eíderes, que dormían en la penumbra del amanecer encogidos sobre las rocas como gatos marrones. Poco después llegaron a los islotes más alejados, tan pequeños que no podía atracar allí ningún barco. Para los navegantes no eran más que un par de rocas que sobresalían en medio de peñascos traicioneros e invisibles, un fondo al que había que tenerle miedo y del que convenía alejarse. Después de un periodo de calma y sol continuo e inusual, el nivel del agua había bajado y podían verse muchos islotes por encima de la superficie.

Kristina dejó que el kayak se deslizara sobre los bosques de algas ondulantes. La niña se colgó de uno de sus brazos y miró el mundo subterráneo. Distinguió algo allí abajo,

un pez o un centollo, se rio y de pronto se echó hacia un lado para observarlo mejor.

Kristina sintió la tensión del cuerpo de la niña y de sus manos cuando se abrazó a ella con fuerza al volcar el kayak. Al momento ya estaba en el agua. La niña se había soltado al caer. Kristina solo veía algas en el fondo. Habría poco más de un metro de profundidad y podía hacer pie, pero el fondo era irregular y las algas alcalinas y escurridizas, por lo que sus pies resbalaban una y otra vez, se hundía y tragaba agua. Buscó a la niña sin cesar, pensando que debía estar en algún sitio cerca de ella.

Cuando se puso en pie, la pequeña no estaba. Se asustó mucho y rápidamente se zambulló y buceó con los ojos bien abiertos. Todo lo que podía distinguir eran esos bosques de algas color mostaza. A los pocos minutos volvió a la superficie.

Entonces la vio. La pequeña iba hacia el islote chapoteando con fuerza. Al llegar hasta allí se arrastró con cuidado hasta subirse a la roca resbaladiza.

Kristina apareció poco después con el kayak. Lo levantó, vació el agua del asiento y lo dejó en la orilla entre dos piedras.

La niña estaba sentada en la roca, reluciente por la humedad, como un visón. Movía la cabeza intentando sacudirse el agua del pelo, pero no lloraba. Se quitó el chándal de felpa y los pantalones empapados y Kristina los escurrió y los puso a secar en el suelo. Era bueno saber que la niña sabía nadar.

Poco después fueron a explorar el islote. Las aves giraban alrededor de ellas como era habitual, pero no mostraban tanta agresividad como antes. Ya no hacían esos descensos bruscos con los picos abiertos que tanto asustaban a Kristina al principio. Ahora parecían interesadas, simplemente, pero no amenazantes. Volaban más que nada alrededor de la niña, y Kristina estaba preparada para consolarla en caso de que se asustara.

Pero la niña no parecía tener miedo. Al contrario, daba la impresión de que le gustaba. Estaba de pie, desnuda entre los pájaros que volaban a su alrededor. Su piel oscura y las alas blancas resplandecían al sol. Extendía las manos intentado alcanzar las alas y se reía al rozarlas con los dedos.

Luego echó a correr por las rocas redondeadas y las aves la siguieron. Corría en círculos, en zigzag, unas veces deprisa y otras despacio, desternillándose de risa, y las aves la seguían todo el tiempo. Parecía que las aves y ella estuvieran jugando a algún juego.

Después de tomarse el almuerzo, que estaba empapado, la niña tiró migas de pan a las aves, que las atrapaban en el aire. Se puso un trozo de pan encima de la cabeza y una golondrina bajó, se lo comió y luego se posó hundiendo sus patas rojas en el pelo negro de la niña. La miró con sus vidriosos ojos de nácar y después se alejó emitiendo suaves ronroneos en vez de agudos gorjeos. La pequeña permaneció sentada con los ojos cerrados y sonriendo.

Kristina no había visto nunca que las aves se comportaran de ese modo y apenas

podía creer lo que veía.

Antes no sabía muy bien por qué lo de la niña era un secreto. Fue algo intuitivo que sintió desde el primer momento que vio su cuerpo menudo saliendo de la tienda de campaña y luego agacharse a orinar en la arena. La niña no tenía nada que ver con las personas que había en el campamento, ni con los que estaban en los barcos de recreo o en la tienda, esos charlatanes obstinados a los que hay que acudir de vez en cuando para comprar comida y cosas de primera necesidad para después apartarte de ellos en cuanto puedes. No, ella tenía que ver con otro mundo, con los corzos, las aves, las caracolas, los fragmentos de hueso. Si Kristina lo hubiera dudado en algún momento, se habría asegurado cuando vio posarse la golondrina en el cabello de la niña.

Por otro lado, su mutismo era una señal tan buena como cualquier otra, igual que el hecho de que se apartara de las conversaciones y se fuera a otro lado.

Kristina evitaba utilizar palabras. Generalmente tampoco necesitaba hacerlo. Intercambiaban gestos, señalaban las cosas que había alrededor o lo indicaban en el cuerpo de la otra. No resultaba difícil entender lo que quería cada una. Para llamarse una a otra utilizaban un simple chasquido. La niña empezó a comunicarse así. Cuando encontraba algo bonito que quería enseñarle a Kristina, emitía un chasquido con la lengua, como una ardilla. El sonido era una mezcla de impaciencia, satisfacción y alerta. Kristina intentaba imitarla, pero le resultaba difícil reproducirlo y no entendía cómo lo hacía. Pronto encontró su propio ruido y la pequeña le respondió.

Kristina sabía que el mundo del silencio y el de las palabras debían mantenerse separados uno del otro, por ese motivo no le enseñaba a nadie sus creaciones. El silencio solía alejarse cuando se aproximaban las palabras, así que había que proteger todo lo que formara parte del mundo del silencio.

Debido a todo ello, dejaba a la niña en casa cuando iba a la tienda remando o en bicicleta. Sabía cómo trataban las cajeras a los niños. Los empujaban, les tocaban el pelo, les daban golosinas. Su niña de cabellos oscuros no lo iba a soportar. Preguntarían cosas. Tal vez incluso la llamaran a ella para preguntarle. La trabajadora social volvería a venir. Insistirían en mirarla con lupa. No, se guardaría la niña para ella sola.

Antes de ir a la tienda le indicaba en el reloj de pared a qué hora volvería, pero la niña era demasiado pequeña para entenderlo. Kristina se daba toda la prisa que podía y

siempre le preocupaba que le sucediera algo mientras ella estaba fuera. Encima de la tapa del pozo había puesto una piedra muy grande y debajo de la misma había escondido cuchillos, herramientas y cerillas. Pero lo único que ocurría por lo general era que la niña se quedaba dormida. Cuando Kristina regresaba con la mochila llena solía encontrar a la pequeña durmiendo tranquilamente sobre las mantas con alguno de los tesoros a su lado.

Pero un día la niña vio un bolígrafo. Cuando Kristina volvió de la tienda la encontró haciendo garabatos en la pared. Kristina se dio cuenta de que eran bandadas de aves muy pequeñas. Dejó que siguiera dibujando. La pequeña continuó su obra al ver que Kristina no se había enfadado. De vez en cuando, mientras que Kristina trabajaba en sus creaciones o iba a hacer algún recado, cogía el bolígrafo y se ponía a dibujar pájaros en la pared.

La niña tenía una curiosa relación con los pájaros. Igual que Kristina se comunicaba con los ciervos en la oscuridad, se acercaba a las liebres sin asustarlas y conseguía que el zorro, hurraño por lo general, se dejara ver. Pero las aves parecían afines a ella. Cuando llegaba a las islas más apartadas, todas se amontonaban a su alrededor, y percibía en sus graznidos un tono de alegría y regocijo que Kristina no había oído nunca en la misma situación.

La niña conseguía que se posaran sobre sus brazos extendidos y sobre sus manos. Podía mantenerlos cerca de la cara mientras brotaban sonidos de sus labios, sonidos tan singulares que a Kristina le resultaba difícil creer que una persona pudiera articularlos, sonidos que no parecía que se formaran en su garganta sino más abajo, en el pecho o en algún lugar profundo de su cuerpo, para luego salir a través de su boca como la brisa. Y las aves se quedaban en silencio junto a ella escuchándola con las cabezas ladeadas y los ojos como gotas negras.

Kristina solía lavar la ropa marrón de la niña junto a la suya en un barreño y la tendía en una cuerda que había entre el manzano y el serbal. El tiempo continuaba bueno y soleado, y la ropa solía estar seca cuando llegaba el momento de dar una caminata o de salir al atardecer en el kayak.

A veces la niña también se bañaba en el barreño de la ropa, sobre todo los pies, que solía tener muy sucios.

La pequeña iba sin zapatos, como cuando salió de la tienda de campaña. Kristina había pensado en comprarle unos, pero no tenía ni idea de qué número usaba. La niña parecía arreglárselas bien sin ellos, así que decidió posponerlo hasta el otoño.

A Kristina le parecía estar en una espiral de felicidad ascendente. Casi le daba miedo. ¿Dónde acabaría? Todo comenzó cuando consiguió la cabaña, y poco después más cosas, cuando descubrió las voces y los tesoros y empezó a crear objetos. Luego llegó el kayak, como una pértiga blanca que la impulsó más alto aún. ¡Y ahora la niña! Sentía que ascendía cada vez más alto por una torre de luz y cristal.

Hasta que una mañana presagió algo. Notó un escalofrío y vio una sombra; todavía lejos aunque se iba acercando. Era una sensación desagradable pero conocida. Las sombras la habían perseguido al poco de llegar a la cabaña. Conservaba las pastillas y sabía que eran efectivas porque hacían que retrocedieran, pero las detestaba y procuraba tomarlas lo menos posible. Le embotaban los sentidos, destruían sus instintos. La defendían de las sombras, pero a la vez la apartaban de la naturaleza, de sus sueños nocturnos, del susurro de las voces de plumas y caracolas.

Al final se las tuvo que tomar. No quería correr el riesgo de convertirse otra vez en un ser entre sombras que se encerraba y escondía su rostro detrás de las máscaras. La niña no tenía que verla así.

Todo sucedió al amanecer mientras remaban hacia el interior del fiordo. Una leve ráfaga de viento dibujó formas indefinidas en la superficie del agua. Era solo brisa, no llegaba a ser viento, pero suficiente para no salir en el kayak a alta mar.

Bordearon la costa. El desolado paisaje de páramos se extendía por las montañas, atravesado aquí y allá por quebradas en las que parecía que se había concentrado toda la fertilidad. Estaban cubiertas de un verdor casi selvático y las copas de los árboles brotaban entre las montañas grises, como si la vegetación estuviera sometida a tal presión que se desbordaba por sus límites.

La costa se fue alejando y la montaña adquirió un color más oscuro. Altos acantilados se elevaban a partir del fiordo gris como muros de la fortaleza inexpugnable de un hechicero. La niña echó la cabeza hacia atrás y levantó la vista. Se apoyó en el brazo de Kristina y le impidió que remara. Kristina dejó de hacerlo y miró también hacia arriba. La montaña era negra y estaba salpicada de onduladas vetas blancas. En una repisa de la parte superior había unas gaviotas. Parecía que se hubieran quedado congeladas en la ladera de la montaña.

Kristina enderezó a la niña y siguió remando. Una gran roca cuadrada que había al lado de la montaña le impidió virar. Detrás de la roca se veía una playa pequeña. Poco después alcanzarían la costa, descendieron del kayak y lo arrastraron tierra adentro. Kristina sacó dos cestas de su interior; la niña tenía la suya propia. Con ellas al brazo iniciaron la búsqueda.

Kristina no podía recordar que hubiera estado anteriormente en ese lugar. Era un

sitio fácil de olvidar. La pared negra y vertical de la que salían todos los bloques geométricos de cantos afilados. Estaban apilados a lo largo de la ladera, sin orden ni concierto, algunos de canto, como si se hubieran detenido mientras iban rodando. Parecían estar compuestos de un tipo de roca distinto al de la pared negra de al lado. Una gran superficie granate en la parte alta de la montaña mostraba el lugar donde estaban antes del derrumbe. Una herida que no se había curado aún.

Kristina paseó su mirada por el suelo. Las potentillas anserinas se esparcían por la arena y el crambe de mar extendía sus hojas que parecían de caucho, apagadas y empapadas de rocío. Montones de conchas cubrían la orilla.

La niña se abrió camino por el muro de espesa vegetación que taponaba la desembocadura de una grieta. Desapareció en un espacio estrecho entre dos enebros. Se le enganchó la cesta y se le escapó de forma misteriosa, pero finalmente consiguió hacerse con ella.

Kristina paseaba por la playa. Las moscas zumbaban por encima de las algas negras secadas al sol.

La niña volvió con la cesta. Kristina miró en su interior, pero seguía vacía. La niña levantaba conchas y piedras y las miraba, se las ponía en la mano, las escuchaba, esperaba, del mismo modo que le había visto hacer a Kristina. Pero nada, esa mañana ninguna se comunicaba con ella. Se dio por vencida, dejó la cesta a un lado y subió con agilidad por uno de los bloques de piedra. Al momento bajó por el otro lado y desapareció por un hueco que había entre las rocas.

Kristina la siguió para ver adónde había ido. Oyó la risa ahogada de la niña entre las piedras, como cantos de pájaros, y a continuación el chasquido, fuerte y vivo.

Cuando volvían a casa remando llevaban las cestas vacías, pero aun así Kristina sabía que habían hecho el mayor descubrimiento del verano.

Ahora tenían un refugio nuevo, un rincón fresco escondido del sol y de la gente. Después de haber estado en otros islotes solían ir a ese lugar. A veces llegaban por tierra haciendo senderismo por las montañas.

Se metían en las tumbas de corredor naturales por debajo de los bloques de piedra, subían por las laderas hasta llegar a un punto donde terminaba el desnivel y se acababa el pasillo. En ese lugar se hacían un nido con helechos y plumón de eíderes.

Allí dentro habían creado un mundo propio. La roca tenía un cálido tono ocre, como de oro envejecido. El sol se colaba por las fisuras de los bloques de piedra.

La escalada hasta el pasillo era empinada y la altura del techo tan baja que Kristina tenía que agacharse en algunos sitios. Cuando tomaba las pastillas no tenía la agilidad y fuerza habituales. Cuando se hundía en el lecho de plumón junto a la niña estaba exhausta y tenía las manos y las rodillas llenas de arañazos.

Solían quedarse allí tumbadas, bromeando y jugando de ese modo que había surgido

entre ellas, sin decir una palabra. Se daban ligeros mordiscos, se hacían cosquillas, soplaban en la piel de la otra. Por la fisura podían ver la negra pared de montaña sumergida en el mar. A veces se quedaban allí mucho tiempo observando las gaviotas que se posaban en las estrechas repisas de las rocas. Poco a poco iban teniendo sueño. Kristina pasaba su brazo alrededor de la niña y con el batir de las olas y los chillidos de las gaviotas de fondo se adormecían en su siesta común. Dormían muy juntas dos o tres horas y cuando el sol empezaba a descender se iban a casa.

Ulrika

Soñé que estaba en el porche de los Gattman mirando por la ventana. Era de noche y hacía frío. En el interior, la lámpara de techo brillaba sobre la mesa del comedor y bajo el círculo cálido de sus luces vi a Anders y a Åse, que estaban cenando con Jonatan, Max y la pequeña Hedda. Hedda estaba sentada en una trona y Åse le daba pedazos de una gran rebanada de pan. Anders estaba sentado al otro lado de ella. Los chicos estaban sentados de espaldas a mí. El olor a pan recién horneado llegaba hasta el porche.

Llamé a la ventana pero al parecer no se dieron cuenta. Entonces noté que el suelo temblaba bajo el peso de unos pasos que se acercaban y empecé a golpear con más fuerza.

Anders se levantó, se inclinó sobre la mesa y me miró asombrado. Åse puso su mano alrededor del antebrazo de él y lo mantuvo agarrado con fuerza. Con la otra le tapó los ojos a Hedda, como para protegerla de una visión inesperada y espantosa. Los golpes de las pisadas retumbaron en el suelo de madera del porche justo detrás de mí. Ellos primero me miraron a mí y luego, atónitos y horrorizados, a algo que había detrás de mí. Cerré los ojos y me agarré con fuerza al alféizar de la ventana.

Al despertar, tardé un rato en darme cuenta de dónde estaba. Sentí que despertaba de un sueño y entraba en otro.

Estaba a oscuras. La ventana de la habitación no se encontraba en el sitio correcto. Vi la otra cama junto a la pared y recordé que estaba en casa de los Gattman. Me había metido en la antigua cama de Anne-Marie sobre las cinco y ya debía de haber oscurecido o tal vez era de noche. Sentí una gran confusión.

Ahora no podría conducir hasta mi casa. Fue una locura entrar, incluso venir aquí. Lo mejor que podía hacer era volver a dormirme y marcharme a casa en cuanto amaneciera.

Pero no podía dormirme. Hacía frío en la habitación. Me levanté y, al quitarme la manta, empecé a temblar. De pronto caí en la cuenta de qué era lo que me había producido tanta confusión al despertar. ¡El olor a pan recién horneado del sueño seguía aún allí!

Me quité los zapatos y la chaqueta, salí de la habitación y bajé la escalera empinada de la buhardilla. Me detuve al llegar al piso de Tor y Sigrid. Sí, realmente olía a pan recién hecho. También percibí un ruido, leve y difícil de identificar, como gotas de

una lluvia ligera, o el ir y venir de un ratón.

Bajé los escalones uno a uno. A veces se interrumpía el ruido y cuando me quedaba quieta un momento, esperando escucharlo, empezaba de nuevo. Rápido, lento, rápido. Me di cuenta de que ese ruido no podía producirlo la lluvia ni un ratón. El ruido de la naturaleza no suena así, la naturaleza es más decidida, no vacila tanto. Ese modo de avanzar, de detenerse y volver a insistir solo podía provenir de una persona.

Pasé el vestíbulo de la planta baja. La cocina y el comedor estaban a oscuras. El ruido procedía de la habitación de Karin y Åke. Entré allí. Me detuve en la entrada mirando el origen del misterioso ruido. Me asombró un poco que no lo hubiera reconocido antes, ya que era un sonido que yo también producía a menudo. El discreto e irregular repiqueteo procedía del teclado de un ordenador portátil. Aparte de la luz de la pantalla, la habitación estaba a oscuras; el hombre que escribía me daba la espalda. Hizo otra pausa, se dio la vuelta y me vio. Yo entendí perfectamente su reacción. Él empezó a temblar con violencia, como impulsado por descargas eléctricas.

—Soy yo, no te asustes —me apresuré a decir.

Busqué a tientas el interruptor de la luz y lo encontré.

—¿Quién demonios eres? —dijo al iluminarnos la luz de la lámpara.

Entonces lo reconocí. Llevaba gafas de montura roja ovalada y tenía el pelo gris. Era curioso ver ese tono sobre su cabeza rubia como una capa de polvo fino y mate. Tuve la sensación de que si soplaba se lo quitaría. Por lo demás estaba igual. Las cejas oscuras, el rostro bronceado y un aspecto saludable. Tenía algún kilo de más y los rasgos más pronunciados.

—Jens —dije—, no sé qué decir. Te pido disculpas.

Se sobresaltó al oír su nombre, pero no tanto como antes. No me había reconocido aún. ¿Y por qué iba a hacerlo? La última vez que nos vimos yo tenía quince años y ahora treinta y nueve. Por pura lógica supuse que podía ser Jens, ya que antes vivía aquí. Pero para él no fue tan fácil deducir que una desconocida que bajaba de repente por la escalera fue su vecina y huésped de esa casa veinticinco años atrás.

Le di un poco de tiempo, pero seguía sin reconocirme. Me dolió, no sé por qué. ¿Por haber envejecido? ¿Por haber significado tan poco para él? No, no sé por qué me dolió. Era completamente normal que no me reconociera.

Yo estaba acostumbrada a presentarme, pero no bastó con decir el nombre y los apellidos, tuve que recordarle también la casita de verano donde vivían mis padres, que yo era la mejor amiga de Anne-Marie durante las vacaciones, y que viví en su casa el verano de 1972. No le dije nada del saco de dormir en Kannholmen para que él también aportara algo de información.

Asintió lentamente. Ahora sabía quién era yo, pero seguía teniéndome miedo. Me miraba atentamente todo el tiempo, como si fuera una loca que pudiera hacer algo

peligroso si me daba la espalda.

—Lamento haberte asustado. No sé por qué lo he hecho. Se me ocurrió venir. Cogí la llave que estaba en la caracola. No he tocado nada, solo quería mirar y de pronto he sentido mucho sueño. Anoche me acosté tarde. Me tumbé en la cama de Anne-Marie y me quedé dormida.

Se relajó un poco.

—¿Te acostaste en la antigua cama de Anne-Marie?

Miró hacia el suelo, se rascó la barbilla y cuando levantó la vista sus facciones se habían suavizado. Casi se le podía intuir una sonrisa en una de las comisuras de los labios.

—¿Probaste alguna otra cama antes? ¿Igual que *Ricitos de Oro* y *los tres osos*? Una vez hicimos un anuncio de eso.

—¿El de la cama del oso? ¿Primero una cama grande y dura, después otra tan blanda que ella casi se hundía dentro y al final una adecuada?

—¿Lo has visto?

—Sí, era bastante divertido.

—Fue idea mía.

—¿Así que trabajas en publicidad?

—Sí. ¿Quieres un té? He hecho pan. Creo que se habrá enfriado ya.

Jens preparó el té mientras yo lo miraba sentada junto a la mesa de la cocina. Llevaba unos vaqueros y un suéter de punto azul marino con un cuello desgastado que daba a la prenda aspecto de ser de segunda mano, aunque probablemente era de marca. Había cambiado las gafas ovaladas de montura roja por unas redondas y anaranjadas. Charlaba relajado y de buen humor mientras sacaba la tetera y las tazas. De vez en cuando me echaba una ojeada rápida por encima del hombro. Tenía una especie de elegante corrección natural, pero guardaba las distancias. ¡Cómo envidio a la gente que puede ser agradable de ese modo! Yo, en cambio, soy como una almeja, dura y cerrada, hasta que alguien me abre y toda la masa viscosa sale a la vez. ¡De golpe! No es nada agradable.

Encima de la mesa había dos candelabros de estaño con dos velas. Jens las encendió, apagó la lámpara de techo, se sentó a la mesa y sirvió el té. Unté mantequilla en una rebanada de pan y dudé un momento antes de llevármela a la boca, como suelo hacer cuando como algo preparado por desconocidos. De pequeña no comía nunca cuando nos invitaban en alguna casa, aunque fueran galletas, helado o tarta. Parecía una niña consentida, y a mi madre le daba vergüenza. Ahora sé que era una reacción natural. Comerse la comida de desconocidos es algo muy serio. Cuando los alimentos llegan a mis intestinos ejercen un poder sobre mí. Comer lo que otros han preparado es signo de confianza. Por ese motivo los hechizados se negaban a comer la comida de los

troles, aunque tuvieran mucha hambre.

—¿Así que seguís manteniendo la casa? —dije.

El pan estaba todavía caliente, además de tierno en el centro, y muy rico.

—La propietaria es mi madre, pero no está nunca aquí. Vive en la isla de Gotland. Podría decirse que se ha ido a un convento, aunque ahora ya no se llaman así. Ella dice que está en una comunidad o algo parecido. Vive con otras siete mujeres católicas en una granja en la que crían ovejas y cultivan verduras. Hace años que no la veo, no quiere que vaya, pero a veces hablamos por teléfono. Creo que está bastante bien, su voz suena más alegre que antes.

—¿Y Åke? ¿Dónde vive?

—Åke murió.

—Leí hace un tiempo que tuvo un infarto.

Recordé los titulares y las fotos de Åke, muy delgado junto a una mujer rubia de aspecto vulgar.

—Pero entonces sobrevivió. Fue una lástima que no muriera en esa ocasión. Sí, de verdad. Entonces aún era respetado. Le habrían dedicado bonitas necrológicas, todos los personajes de la cultura hubieran hablado de él en las entrevistas, y al preguntarles qué recuerdo tenían de Åke Gattman solo recordarían un montón de cosas agradables. Nadie mencionaría que habían transcurrido unos años desde lo último que publicó. Al principio era increíblemente productivo. Tal vez lo habrían tomado como si hubiera muerto en medio de una especie de pausa creativa.

»Pero se salvó. Mona, con la que vivía, lo encontró en el baño y lo llevó al hospital, donde volvieron a ponerlo en forma. En los periódicos aseguró que había estado más muerto que vivo y que había resucitado. Tal vez un poco dramático, creo que exageraba. Pero después me he preguntado con frecuencia hasta qué punto benefició a Mona esa resurrección. A partir de entonces su vida con él fue un infierno. Se hundió por completo en la bebida y al final, cuando ella no pudo más, ya no tuvo descanso. No dejaba de beber. Todo se vino abajo. Vivía en un suburbio, en un cuartucho pagado por la Seguridad Social. Después ni siquiera eso. Terminó en la calle y murió de frío en mil novecientos ochenta y nueve. ¿Puedes imaginártelo? Mi padre era un vagabundo, aunque no lo entendimos hasta que leímos el certificado de defunción. Los últimos años no tuvimos ningún contacto con él ni mi madre ni mis hermanos ni yo.

Traté de imaginarme a Åke Gattman como un vagabundo. Para mi sorpresa, no resultaba tan difícil. Podía ver su rostro sonrosado más sonrosado aún, hinchado, sin afeitar; su pelo rubio alborotado más alborotado aún, gris, enmarañado; esos modales levemente arrogantes que tenía, ese estilo ampuloso que a mí me parecía sinónimo de seguridad en sí mismo y que después he visto también en otros alcohólicos, como queriendo demostrar que son «alguien», que no son la basura que aparentan ser en un arranque de autoafirmación. Se me ocurrió que podía haberlo visto alguna vez en un

banco en Brunnsparken o en alguno de esos sitios. Un bulto descuidado y maloliente al que procuré adelantar con paso rápido. Åke Gattman. Cielo santo.

—Entonces ¿quién cuida la casa? Está muy bien conservada.

—Eva y su marido. Ambos trabajan en una universidad popular en Småland, pero pasan aquí algunas semanas todos los veranos y ordenan las cosas. Además vienen Lis y Stefan algunos fines de semana, pero ellos tienen su casa en las Koster. Y una gran familia de cuatro hijos, así que no tienen demasiado tiempo. ¿Quieres que corte más pan?

—Sí, gracias. Está muy bueno.

Se llevó una de las velas al fregadero para ver mientras cortaba el pan. Su enorme sombra se movió sobre las puertas azules de los armarios.

—Tuve que hacer pan. No puedo ir a la tienda sin coche.

—¿Y Anne-Marie?

—Anne-Marie vive en Estados Unidos No ha venido a Suecia desde hace unos diez o doce años. No le gusta esto. No, la casa está vacía la mayor parte del tiempo.

—Es curioso que todo se conserve tan bien. ¿La tela del sofá que está allí es la misma de siempre? Casi no está gastada, así que tiene que ser de muy buena calidad.

—Será porque nadie se sienta allí.

Puso la vela sobre la mesa y la cesta con el pan cortado. Luego sacó a oscuras una botella y dos copas de vino de un armario. Hizo una hendidura en la envoltura de metal y metió el sacacorchos girándolo con rapidez y habilidad.

—Es una pena, la verdad —añadió en tono sombrío mientras extraía el corcho.

—¿No habéis pensado nunca venderla? ¿O alquilarla?

Él sacudió la cabeza y sonrió sin decir nada mientras echaba vino en la copa.

—No, mi madre no ha dicho nunca ni una palabra acerca de eso. A veces me pregunto si se habrá olvidado de que tiene una casa en Tångevik. No ha estado aquí desde hace unos veinte años. Aquel verano de mil novecientos setenta y dos que pasaste aquí fue el último que estuvimos todos juntos.

Probé el vino.

—Me he preguntado a menudo qué ocurrió con Maja. ¿Aprendió a hablar?

Jens sacudió la cabeza.

—No, nunca. Mis padres se separaron, como sabes. Mi padre se mudó a Gotemburgo. Se fue a vivir con Mona, luego la dejó y después volvieron a juntarse. Después de muchos viajes y muchas mujeres, siempre volvía a ella. Hasta que eso también se acabó y lo único que le importaba era el alcohol. Mi madre tenía la custodia de Maja. De repente, Maja era su única hija. Anne-Marie se había marchado a Estados Unidos y se quedó allí. Eva y Lis ya iban encaminados hacia su edad adulta. Yo me quedé un año más, hasta que terminé la escuela secundaria, solicité becas de estudios y pude valerme por mí mismo. Cuando me fui, la casa de Bromma resultaba

demasiado grande para mi madre y Maja. La vendió y se compró un apartamento en Kungsholmen. Renunció a su puesto en el *Dagens Nyheter* y lo cambió por un contrato como *freelance*. Al principio la diferencia no era tan grande, ya que siempre había trabajado bastante en casa. Pero le dedicaba mucho más tiempo a Maja que antes. La llevó a muchos médicos y al final le diagnosticaron autismo. No sé si era realmente así, pero estaba claro que Maja no era normal y había que llamarlo de algún modo.

»Maja requería cada vez más la atención de mi madre. La Seguridad Social sueca le concedió subvenciones por cuidarla, y ella redujo sus artículos que, además, al periódico ya no le interesaban. Cada vez escribía más sobre religión y cuando se trataba de budismo o de religiones primitivas eran aceptables, pero cuando lo hacía sobre el cristianismo eran insoportables. Cesaron sus encargos para el *Dagens Nyheter* y se dedicó a escribir para revistas cristianas. No eran tan generosas y su nivel de vida empeoró, pero creo que no le importó demasiado. Solo se dedicaba a Maja y a reflexiones religiosas. Una vez le presté dinero para un viaje. Ella y Maja solían viajar a países del sur de Europa para visitar monasterios y lugares sagrados. Viajaban del modo más económico, en tren y haciendo autostop. Solicitaban becas y vivían en conventos, donde realizaban tareas domésticas como pago.

»Mi madre siempre estaba buscando nuevas formas de ayudar a Maja. Durante un tiempo puso sus esperanzas en un hipnotizador que intentaba que Maja volviera a su infancia en el orfanato de Bangalore. No lo logró. Entonces intentó que reviviera el verano en que estuvo desaparecida. Tampoco lo logró. Nunca había conocido a una persona tan insensible a la hipnosis.

»Cuando Maja tenía doce años, ella y mi madre se fueron a vivir a Varberg. Mi madre se había puesto en contacto con un médico especializado en autismo que estaba realizando un proyecto de colaboración con el hospital de Varberg. Mi madre creía mucho en él y llegó a conocerlo bastante bien. Tal vez mantuvieron algún tipo de relación, quién sabe. De todos modos fue el motivo de que ella se mudara a Varberg, donde buscó un apartamento de dos habitaciones cerca del hospital. En cualquier caso no logró ningún resultado visible con Maja, aunque así constara en sus informes. Un año después dejó su proyecto de autismo y se fue a vivir a Estados Unidos. Creo que era un hombre ambicioso. Pero mi madre y Maja se quedaron en Varberg unos años más. Me parece que se aislaron mucho, lo que no benefició a ninguna de las dos.

»Pocos años después, mi madre sufrió una especie de crisis y la internaron en una clínica mental. El médico con el que hablé en esa ocasión dijo que se trataba de una depresión de síntomas compatibles con la neurosis. Mientras tanto Maja vivió en un hogar de acogida, que durante años sirvió de alivio a mi madre.

—¿Dónde está Maja actualmente? —pregunté.

—Se fue a vivir a una casa compartida cuando cumplió veintitrés años. Sigue viviendo allí. Creo que le va bastante bien. Y a ti ¿cómo te va, Ulrika? ¿A qué te

dedicas?

—Soy etnóloga. Investigo el tema del encantamiento. Separada, dos hijos de seis y nueve años. ¿Y tú?

Él se rio.

—¿Eso es todo?

—Puede que haya algo más después —dije sosteniendo la copa de vino—. Recuerdo que estudiabas Ciencias Naturales. ¿Resultó un buen comienzo para la profesión de publicista?

—Oh, sí, ya lo creo. Los conocimientos me han servido muchas veces. Al principio no tenía la menor intención de ser publicista, por supuesto, ni tampoco de hacer ninguna carrera científica. Simplemente me parecía lo más difícil y quería ver si era capaz de hacerlo. Después estudié Filosofía durante un semestre y luego comencé Periodismo. Mientras hacía la carrera publiqué un libro de poemas. Gracias a ese libro aparecí en un artículo periodístico.

—Vaya. No sabía que habías escrito un libro de poemas —dije.

Me extrañó no haber leído esa noticia, ya que solía sorprenderme cuando veía el apellido Gattman en el periódico. Pero probablemente fue en una época en la que yo estaba muy ocupada conmigo misma.

—O tal vez no solo se debió al libro de poemas, sino también a mi apellido. Jens Gattman, el hijo de Åke Gattman. Creo que ese artículo fue lo que decidió mi destino.

—¿De qué modo?

—A alguien del periódico se le ocurrió la brillante idea de reunir a la élite del futuro. Se preguntó «¿A quiénes vamos a escuchar el día de mañana?», y salió a buscar un grupo de jóvenes que hubieran destacado en distintos campos. Nos invitaron a la redacción y se encargaron del viaje y del hotel. Luego nos reunieron, hicieron una foto del grupo y nos entrevistaron. ¡Vaya pandilla!

Soltó una carcajada.

—Había una niña pálida de trece años que componía sinfonías. Apenas dijo una palabra. Recuerdo también a un chico de Dalarna, un gordito de diecinueve años que iba a ser el nuevo Jussi Björling. Paseaba de un extremo al otro de la habitación con las manos en la espalda y sonaba al hablar como el gruñido de un oso.

»También había una chica que tenía una seguridad tremenda en sí misma y formaba parte de la federación juvenil del Partido Conservador y estaba convencida de que iba a ser la primera ministra de Economía de Suecia. No primera ministra, sino ministra de Economía. De hecho tenía la solución perfecta para los problemas económicos de Suecia, así como para el resto de las cosas, y además era capaz de responder a todas las objeciones con rapidez, elocuencia y una gélida sonrisa. Oírla producía escalofríos.

»Y también era un grupo increíble, ya lo creo. Estaba el nuevo Stenmark de Växjö.

Tenía nueve años y viajaba todas las semanas a las pistas de esquí de los Alpes italianos, deporte que practicaba desde los dos.

»Luego estaba una chica espantosa que nos tiraba del pelo y sacaba pecho y tenía pinta de espabilada. Había hecho carrera en una organización estudiantil y decía ser feminista. No recuerdo en qué área se decía que podría llegar a despuntar.

»Y claro, obviamente también había uno de esos vendedores menudos y escurridizos, ya me entiendes, de esos que consigue engañar a sus amigos para quitarles el dinero semanal y roban las manzanas a uno de sus vecinos para vendérselas a otro, y que además llevaba cuatro años embolsándose los beneficios de la venta del periódico de Navidad.

»No los recuerdo a todos, éramos quince. Y yo representaba al escritor del futuro. Era algo totalmente absurdo. Primero nos hicieron las fotos. Nos llevaron a unos veinte kilómetros, a una autopista en construcción que había por allí. Tuvimos que colocarnos de pie en una carretera recién asfaltada, que desaparecía en medio del campo y que aún estaba cerrada al tráfico, y mirar con gesto triunfal a la cámara. Parecíamos el *Dream Team*. Después volvimos a la redacción y nos entrevistaron en privado. Tuvimos que sentarnos en una sala de espera mirándonos unos a otros y luego entrar de uno en uno a hablar con un periodista. Y después, la grabación del debate del grupo en el que los quince hablamos del futuro. Surgieron varios discursos razonables y llenos de sentido común. Nadie discutió excepto la feminista, que entabló una especie de pelea con el nuevo Jussi Björling y estuvo a punto de lanzarse contra él. No entiendo el motivo, ya que el chico apenas dijo nada y era muy apacible aparentemente. Pero ella se mostró tremendamente ofendida. Estoy convencido de que ante él sentía algo así como complejo de Edipo.

»Por la noche hubo una gran cena en una sala de fiestas alquilada. Y allí estábamos los pequeños genios: el pequeño Stenmark, el pequeño Jussi y toda la pandilla. La intención era que fuéramos nosotros mismos y que nos relajáramos, pero los periodistas no podían contenerse. Miraban por la puerta, nos saludaban con la mano y sonreían. Seguramente querían oír por casualidad algo de lo que se suponía que iba a decirse en esa brillante conversación entre talentos. Nadie dijo una palabra. Fue la cena más silenciosa que recuerdo. La chica del Partido Conservador miraba de vez en cuando hacia los periodistas que estaban en la puerta, pero cuando se dio cuenta de que nadie se iba a hacer eco de sus sabias palabras pensó que no valía la pena abrir la boca. La feminista parecía haber vaciado la pólvora y simplemente tenía aspecto de cansada. Recuerdo que comimos pavo y que los cubiertos sonaban al chocar contra la porcelana.

—Ahora tienes que contarme quiénes eran —dije.

—¿Te refieres a cómo se llamaban? Cielo santo, no me acuerdo.

—Pero ¿ninguno de ellos llegó a ser conocido?

—No, ni siquiera uno de los quince. Al menos no tan conocido como para que se haya oído hablar de ellos. No he visto a ninguno en los medios de comunicación, y es bastante obvio. Que te nombren parte de la élite del mañana es más que suficiente para hundirte. Yo me sentía mal cada vez que veía la foto de ese grupo en las páginas centrales y un poco más adelante la mía; un poeta joven y serio de mirada melancólica oculta por un rebelde flequillo rubio. Y luego la presentación, con los nombres de mis padres, incluso el de mi abuelo.

Llenaba las copas mientras hablaba. Las sombras rojas del vino se mecían sobre la mesa. Al otro lado de la ventana y de la puerta del porche solo se veía una penumbra compacta, sin el menor indicio de luz.

—Estuve a punto de ponerme enfermo por ese artículo —continuó Jens—. Estaba estudiando segundo curso de Periodismo y en ese momento preparaba mi segunda colección de poemas, pero decidí no hacerlo, no, nunca más. Dejé la facultad a mitad de curso, empecé a trabajar en una oficina de correos y cuando logré reunir algo de dinero me largué y estuve viajando durante unos años. Marruecos, India, Australia, lo de siempre.

»Una vez, cuando volvía a casa, tuve que quedarme un día entero esperando en el aeropuerto de Singapur antes de coger el avión. No me importó mucho. El aeropuerto era como una ciudad, se podía vivir allí toda la vida. Fui dando un paseo por las distintas plantas. En una de ellas estaban haciendo publicidad de una marca de coches japonesa. Los enormes anuncios estaban por todos lados y yo tuve que verlos el día entero. Y pensé en la cantidad de personas que lo hacían también, en los cientos de miles que pasaban por allí y se fijaban en esa marca japonesa. Estaba tumbado en un banco con la cabeza apoyada en mi mochila, mirando a la multitud y a los anuncios, mientras pensaba cómo se sentiría alguien capaz de influir en cientos de miles de personas, en vez de en las doscientas que leían mis versos. ¡Qué poder! Decidí trabajar en publicidad cuando llegara a casa. Y es lo que hago desde entonces. Doce años en una agencia de publicidad y luego en una empresa propia.

—¿Y es tan maravilloso como creías? —pregunté.

Se inclinó hacia delante. Los ojos le brillaban detrás de las gafas redondas.

—Mejor aún. Era publicidad, era... ¡la fruta prohibida!, lasciva, comercial. Y lo de influir sin ser visto me iba perfectamente. Mis padres habían sido famosos y eso no me llamaba la atención. Me gusta ir por la ciudad sin que me reconozcan y ver enormes anuncios con mi idea y percibir que todos los miran, pero nadie me mira a mí.

»También he hecho otras cosas —añadió—. He escrito para la televisión, he hecho publicidad para revistas, telenovelas, estudios de mercado. Todo lo que puede hacerse, he compuesto incluso la letra de una canción para un festival. Hoy en día no hay ningún problema por trabajar en esas cosas. Ya no soy un niño travieso, y de algún modo hace que sea menos divertido. El otro día me entrevistó una chica de la

universidad que estaba escribiendo sobre los roles de género en las telenovelas. Creí que me iba a venir con ínfulas, pero no fue así. Me preguntó acerca de mis métodos de trabajo, de mi investigación, del modo en que elaboraba los caracteres. Y escuchó muy seria lo que le decía, con toda atención. Me trató con respeto, casi con veneración, como al viejo maestro de un gremio artesanal exclusivo. Y de algún modo lo soy, pero me molestó. Últimamente tengo cada vez más ganas de escribir algo totalmente distinto, así que cogí mis bártulos y me vine aquí. Me trajo mi mujer en el coche, con provisiones y la promesa de que vendría a buscarme el lunes. Está en un curso en Copenhague.

—Por eso no vi tu coche.

—Sí, estoy completamente aislado —dijo riéndose—. O lo estaba —añadió.

—Te molesto.

—No.

Extendió rápidamente la mano por encima de la mesa y la dejó un momento sobre mi antebrazo.

—Es agradable tener alguien con quien hablar. Estaba empezando a sentirme raro. Sí, la verdad es que pensaba que *era* raro llegar a casa después del paseo y notar que estaba cerrada. Y cuando crujieron los escalones y te vi de pie en la oscuridad creí que iba a morirme de miedo.

—Lo entiendo perfectamente —dije—. Me da una vergüenza tremenda. La verdad es que no entiendo por qué vine hasta aquí y entré. Hace poco estuve con mis hijos. Quería enseñarles este lugar, la casa de verano donde viví de niña, la playa donde me bañaba, la casa donde vivían mis amigos, ya me entiendes. A los niños tal vez no les interesaba. Como la mayoría de ellos, no se pueden imaginar que sus padres fueron niños también. Lo saben, claro, pero no se lo imaginan, no se lo pueden creer del todo.

—Sí, lo sé —dijo Jens—. Mi madre me hablaba a menudo de su niñez. Cuando me la imaginaba de pequeña veía su cabeza de adulta en un cuerpo de niña. Lo del cuerpo más pequeño podía entenderlo, pero no que tuviera otra cara.

—Antes hay que ser adulto —dije—. Experimentar los cambios del cuerpo y de la personalidad para realmente darse cuenta de que todos nos transformamos. Por lo tanto, lo que les conté a mis hijos era totalmente abstracto. En esta playa me sentaba a jugar en la arena. Esa piedra negra era una fortaleza y yo cavé un foso alrededor, etcétera. Supongo que para ellos resultó tan divertido como ver tumbas vikingas y piedras rúnicas. Como a mí en su momento, el pasado les parecería irreal y muy poco interesante. En realidad, sabía que iban a reaccionar así. Lo había planeado como una excursión de pesca. Nos llevamos la caña de Jonatan. Cuando vi la cabaña donde pasábamos el verano no sentí nada. Estaba muy cambiada, totalmente reformada. El terreno se había parcelado y había varias cabañas alrededor. Pero cuando llegué a

vuestra casa noté algo muy fuerte, como si se tratara de la verdadera casa de mi infancia. ¿Sabes que siempre he querido formar parte de vuestra familia?

Elevó sus cejas oscuras con gesto de asombro.

—¿Por qué?

—No lo sé. No porque fuerais famosos ni nada por el estilo, sino porque teníais esto, una casa familiar.

—Vosotros también la teníais, como cualquier familia, aunque todas las casas son distintas.

—Sin embargo, yo no he podido identificarme nunca con la casa de mis padres. No me reconozco en ella, pero sí en la vuestra; algo que me sucedió casi al momento de entrar. Durante un tiempo tuve una ilusión, que consistía en que encontraba un papel que demostraba que yo era la hermana gemela de Anne-Marie y que Karin y Åke me habían dado en adopción al nacer.

—¿Cómo se te pudo ocurrir algo así?

Dejó la copa y me miró.

—La mayoría de los niños tienen ese tipo de fantasías. ¿No es bastante normal que duden si son realmente hijos de sus padres? Tengo entendido que es una especie de proceso de liberación. Fue un sueño bonito aunque con un fondo desagradable. Si me habían dado en adopción, ¿por qué motivo lo habrían hecho? ¿Y por qué se quedaron con Anne-Marie y no conmigo? La respuesta era, naturalmente, que yo no valía. Se quedaron con Anne-Marie porque era más bonita, más alegre, mejor que yo.

—¿De dónde diablos has sacado eso, Ulrika?

—¿De dónde se sacan las cosas? De dentro, naturalmente. Era una sensación. Sentía mucha afinidad con todos vosotros. Con vuestro interés por la cultura y por lo social, con vuestro modo de discutir y de hablar, de vincular lo grande y lo pequeño, con vuestro modelo de vida. Eso no lo veía en mi casa. Nunca hablábamos de esa manera. Con vosotros descubrí algo muy importante que luego desapareció de repente. Desaparecisteis de mi vida. Recibí un par de postales de Anne-Marie, y poco después no volví a saber nada más de vosotros.

Yo hablaba deprisa, con entusiasmo, y me trababa alguna vez.

—Creo que desde entonces os he buscado, aunque no era del todo consciente de ello. ¿Sabes que incluso he decorado mi cuarto de estar casi igual que el que tenéis aquí? No lo había pensado hasta que me asomé por la ventana y lo vi cuando vine con los chicos.

—Tal vez te resulte divertido descubrir que a veces me hubiera gustado cambiarme por ti —dijo repartiendo las últimas gotas de vino entre los dos—. Cuando veía a tu padre pensaba que era uno de esos hombres amables que podían ir a las reuniones de padres sin que te avergonzaras de ellos. Había muchas cosas buenas en mi familia, llevas razón, y agradezco la infancia que tuve. Pero me he propuesto algo, por el bien

de mis hijos: no ser nunca alguien famoso. Tener padres famosos se hizo insoportable. Era como si los demás supieran siempre más de ti que tú mismo.

»En la escuela secundaria tuve un profesor de Historia que aparentemente sabía todo sobre mis padres. Había leído todos los libros, todos los artículos de prensa, había visto todos los programas de debate en televisión en los que participaban. Como es natural, sabía que simpatizaban con la izquierda y si era por eso o por otra cosa no lo sé, pero era evidente que los odiaba. Cuando estudiábamos la historia de Rusia, decía que millones de personas fueron víctimas del terror de Stalin, y luego se dirigía a mí y me preguntaba: «¿Te lo había contado tu padre, Jens?». Podía hacer alusiones a cualquier debate público en el que mi padre estaba involucrado y hablarme como si yo estuviera familiarizado con el tema, lo que naturalmente no era así. Me daba vergüenza. Me avergonzaba de no saber en qué se metían, me avergonzaba de que, al parecer, hicieran algo escandaloso, me avergonzaba de no poder defenderlos.

»Cuando yo estudiaba bachillerato hubo un debate en la prensa sobre una película con escenas de sexo, y obviamente, en ese debate intervino mi padre. En su artículo escribió una frase algo provocativa que contenía una palabra obscena, sin duda muy consciente del efecto. Otros expertos se enfadaron, el debate adquirió proporciones cada vez mayores y la frase con la palabra obscena se empezó a citar por todas partes y la conocían hasta los niños que jugaban en el patio de recreo. No el contenido del debate, como es natural, sino la frase que mi padre había escrito. Las chicas decían que mi padre era asqueroso. Yo deseaba con todas mis fuerzas tener un padre normal, con un trabajo normal, y poder decirles a los demás lo que hacía mi madre en vez de que ellos me lo dijeran a mí. ¿Lo entiendes?

—Sí —contesté—, claro que sí.

—¿Qué hiciste después de ese último verano? —preguntó él.

—Fui al instituto. Tal vez me vino bien que Anne-Marie se marchara. Antes solo soportaba la escuela gracias a su recuerdo. A partir de entonces tuve que hacer amigos en clase. Luego estudié un montón de asignaturas en la universidad. Al final encontré lo que quería hacer. Escribí una tesis doctoral en Etnología sobre el mito del secuestro a través del encantamiento. Después he seguido investigando sobre ello. Lo he ampliado un poco y lo he comparado con relatos modernos de secuestros en naves espaciales. Me gustaría ir a Estados Unidos, ya que allí hay muchos relatos de encantamientos, pero tendré que esperar hasta que los niños sean mayores.

—Creo que no sé del todo lo que es un encantamiento —dijo Jens.

Entonces se lo expliqué, y ya que parecía interesado le conté también varias historias de encantamiento. La de las marcas de uñas en el alféizar de la ventana, la del minero encantado y muchas otras. Si nadie me detiene, puedo seguir indefinidamente. Y Jens no me detuvo. Estaba sentado frente a mí, al resplandor de la vela, escuchando. Me callé cuando se apagó la luz y su rostro desapareció en la oscuridad, a mitad de la

noche.

Nos dimos las buenas noches y Jens se fue al antiguo dormitorio de Karin y Åke, donde se había instalado. Yo subí las escaleras que crujían bajo mis pies y me acosté de nuevo en la cama de Anne-Marie en la gélida buhardilla. Encendí un calefactor que me había facilitado Jens y estuve un rato escuchando su ruido susurrante hasta que me dormí.

Hay una historia de encantamiento que no le conté a Jens, una historia que él conoce. Y estoy segura de que era en la que había estado pensando todo el tiempo.

Desperté en un mundo de sol y silencio. La superficie nacarada de las conchas del móvil brillaba débilmente en la ventana. Había dormido mucho tiempo. Me vestí y bajé. El sonido irregular del tecleo seguía allí, pero ahora me producía risa. Tendría que haber reconocido ese ritmo enseguida. Fue en esta casa donde lo oí por primera vez. El repiqueteo de la máquina de escribir de Karin en el porche. Rápido y lento, seguro e indeciso. El ritmo de una persona que busca y reflexiona. Un ritmo que he hecho propio.

—¡Coge lo que quieras de la cocina! ¡Yo he desayunado ya! —gritó Jens.

En la cocina no había el menor rastro de su desayuno. Ni una migaja, ni una cuchara de café. El escurrerplatos estaba vacío, el fregadero seco y brillante. Era raro que ayer me pareciera que la casa estaba deshabitada cuando él andaba deambulando por aquí.

Corté una rebanada del pan de Jens y preparé café.

En el banco de la ventana había un papel doblado. Lo desdoblé. Era el recorte de un artículo de periódico. En el titular se leía «Encuentran a una mujer muerta después de veinticuatro años», y había una foto de las rocas de la playa de Musselstranden tomada desde el mar. Lo leí mientras se hacía el café. Ponía que unos niños «hicieron el macabro hallazgo mientras jugaban». El recorte debía de ser de *Bohusläningen*. No había visto la noticia en el *Göteborgs-Posten*. A Max y a Jonatan les gustaría tener ese artículo. Había sido una gran desilusión para ellos contar su descubrimiento en la escuela y que ni el profesor ni los compañeros de clase se lo creyeran.

La noche anterior había estado a punto de contarle el incidente a Jens, pero me abstuve en el último momento. Esa mujer desapareció el mismo año que Maja, y no sabía si Jens quería que le recordaran la desaparición de Maja, las terribles semanas que pasamos y lo desequilibrados que estábamos cuando volvió la niña. No era

necesario decirle que había un esqueleto en el sitio donde la encontraron porque él lo había leído. Tal vez se había hecho la misma reflexión que yo, ya que había guardado el artículo. Lo doblé y lo volví a dejar en la ventana.

Cuando acabé de desayunar me puse otra taza de café y me la llevé a la sala de estar. El sol de la mañana caía en rectángulos de luz amarilla sobre los tablones del suelo. Miré hacia el fiordo. La vista seguía siendo hermosa.

Fui al dormitorio donde estaba Jens. Me tomé el café apoyada en el marco de la puerta, mirándole la espalda mientras escribía. Llevaba una camisa de cuadros. Había bajado los estores para que el brillo del sol no se reflejara en la pantalla. La superficie transparente, amarillenta y encerada de la tela me recordó las semanas llenas de tristeza que pasamos cuando Maja estaba desaparecida. Miré la pantalla, pero desde el sitio donde yo estaba no podía distinguir ninguna palabra.

—Eres muy trabajador —dije.

—Sí, pero ahora voy a hacer una pausa.

Apagó el ordenador y se volvió hacia mí. Se quitó las gafas, se restregó los ojos y se las puso de nuevo.

—Tengo que moverme. ¿Vamos a dar un paseo?

—Creo que es hora de que me vaya a casa —dije.

—¿No puedes esperar un poco? Hace buen tiempo. Podríamos dar un largo y delicioso paseo otoñal.

Lo miré por encima del borde de la taza, indecisa. Otra vez me dieron ganas de soplarle en la cabeza para quitarle ese polvo mate del pelo.

—Me gustaría decirte algo mientras paseamos —añadió.

—De acuerdo.

En el exterior hacía buena temperatura, casi calor. Nos pusimos unos suéteres de hilo, sin chaqueta. Fuimos caminando un rato por la carretera principal y luego doblamos por un sendero. Las arañas habían entretejido miles de redes entre las matas de brezo marchitas de color marrón con tanta fuerza que parecía que una sola y enorme hubiera caído del cielo durante la noche y hubiera atrapado todo el entorno. Los hilos cubiertos de rocío vibraban por todos lados movidos por la leve brisa.

—He pensado en lo que me has contado acerca de tu fantasía —dijo Jens—. Que te hubiera gustado ser una hija que Åke y Karin habían dado en adopción. ¿Alguien te ha hablado de eso aquí?

—No —respondí con una leve sonrisa—. No comprendo por qué te ha impactado tanto. Es una fantasía común en los adolescentes. Forma parte del desarrollo normal. ¿No lo sabías?

—Te voy a decir por qué te lo pregunto. Unos años después de morir mi padre, Mona, la mujer con la que vivía, se puso en contacto conmigo. Me dijo que tenía unos papeles de Åke en su casa y no sabía qué hacer con ellos, y me preguntó si yo los

quería. Le pedí que me los enviara y tuve que ir al correo a retirar una caja grande. Por lo visto tenía intención de volver a trabajar como escritor. En la caja había borradores y notas, todo sin terminar. No se parecía en nada a lo que había hecho antes. Era más personal, más íntimo. El estilo era distinto, humilde y vacilante. A veces me pregunto qué hubiera sido de él de no haber bebido tanto.

—¿Estaba escribiendo una novela? —pregunté.

—No sabría decirte. Eran cosas poco estructuradas, anotaciones breves hechas en papeles sueltos. Textos crípticos. Algunos parecían poemas, otros estaban más del lado de la prosa. Pero todo giraba en torno al mismo tema: un bebé dado en adopción.

—¿Qué bebé?

—Eso precisamente es lo que yo me pregunté. Si tal vez estaría pensando en Maja. Mi madre era la que tenía la custodia de ella, la que dedicó todo su tiempo y energía en procurarle una buena vida, mientras mi padre perdía por completo el contacto con ella. Pero no era Maja. Puse todos los trozos de papel en el suelo como si fuera a hacer con ellos un puzle. Y comprendí que se trataba de un bebé de piel clara. Repetía mucho lo del color blanco: piel blanca, batas blancas, calles blancas, nieve blanca, plumas blancas.

»Había una gran pena en esos textos. Sentí que mi padre había estado escribiendo sobre algo de lo que nunca había dicho nada, algo que no podía decir por esa manera directa que tenía de hablar. A través de los trozos de papel, de esas frases sin terminar y esos tachones, buscaba un nuevo modo de expresión.

»Llamé a Mona por teléfono, pero ella no tenía ni idea de qué se trataba. Mi padre nunca le había mostrado nada, ni ella estaba especialmente interesada en lo que escribía. Tampoco le había hablado de ningún bebé.

»Entonces fui a ver a mi madre. Se había ido de nuevo a Estocolmo, fue después de que viviera en Varberg y antes de que se marchara a Gotland. Nos veíamos en contadas ocasiones. Ella solo se relacionaba con las amigas de la comunidad católica. Vivía en un apartamento de una habitación con pocos muebles, y en la pared solo había un crucifijo. Tomamos el té en su minúscula cocina. Le hablé de las notas de mi padre y le pregunté si sabía algo de un niño que hubiera dado en adopción. Ella dijo: «Por supuesto, se refiere a Lena». Le pregunté quién era Lena y su respuesta fue obvia: «Tu hermana».

—¿Tu hermana? —repetí.

—Eso dijo. Yo sabía que estaba algo rara últimamente, retraída, melancólica, muy metida en la religión y cosas así, y luego, al verla, me di cuenta de que el asunto era serio. Pensé que estaba loca. Pero ella me lo contó todo. Con tranquilidad y tomando distancia, como si hablara de otra persona y no de sí misma.

Jens hizo una pausa mientras se detenía para quitarse el suéter. Hacía calor. Se lo

puso por encima de los hombros y se ató las mangas delante. Esperé con impaciencia que continuara.

—Sabía que ella y mi padre se conocieron y se casaron cuando eran muy jóvenes. Mi madre solo tenía diecisiete y tuvieron que pedir permiso al rey.

—¿Porque estaba embarazada? —pregunté.

—La idea siempre ha estado ahí. Pero Eva nació varios años después, así que yo creía antes que ese primer embarazo había acabado en aborto o que simplemente fue una falsa alarma.

»Pero no fue un aborto, el bebé nació. Una niña con un defecto grave. Mi madre no me dijo exactamente en qué consistía, pero según el médico no iba tener nunca una vida normal. Mi madre no la pudo ver. Le pregunté el motivo y me contestó: «O era una especie de monstruo y querían protegerme del choque, o era tan bonita que yo no iba a poder darla en adopción».

»Pero el médico había decidido apartarla de ella. Mi madre se negó. El médico habló con ella durante un buen rato, también con mi padre y logró convencerlo. Él habló con sus padres y con los de mi madre. Y todos, a su vez, trataron de convencer a mi madre. Era tan joven, casi una niña también. Arruinaría toda su vida. Ella, que tenía tantas dotes naturales, no iba a poder darle a la niña la atención que necesitaba. Había instituciones especializadas en cuidar a esos niños. Los argumentos cayeron sobre mi madre, que estaba aislada en el hospital. Cada cuatro horas le llevaban un sacaleches. Varias veces al día entraba alguien, un familiar, un médico, un experto, para decirle que era lo mejor para ella, para el bebé y para mi padre. Ella no quería hacerlo, pero al final mi padre le dio un papel y lo firmó. Si no lo hacía, él la dejaría. No se lo dijo pero ella lo notó. Se acababan de casar, pero él no se habría quedado si mi madre hubiera seguido con el bebé, estaba convencida de tal cosa.

»Cuando lo firmó, él la besó y casi salió corriendo de la habitación con el papel en la mano. Entonces a ella le dio una especie de ataque de nervios. Se puso a gritar y a llorar, haciendo pedazos las sábanas y la funda de la almohada. Luego rasgó la costura de la almohada y se salieron todas las plumas. Cuando volvió mi padre con una enfermera se la encontraron en la cama sacudiendo la almohada. Toda la habitación estaba llena de plumas. Parecía que estuviera nevando allí dentro. Esa escena debe de ser la que se repetía una y otra vez en los intentos de mi padre de hacer poemas.

—Pero entonces ¿la niña fue dada en adopción? —pregunté.

—Sí, la ingresaron en una clínica de recuperación. Mis padres no fueron nunca a verla, ni una sola vez. El médico consideró conveniente que no la «confundieran» con sus visitas. El personal la llamaba Lena y mis padres confirmaron ese nombre a través de una firma. Lena murió a los cinco años a consecuencia de una gripe. Tenía muy pocas defensas. Por entonces mi madre ya estaba embarazada de Eva.

»Cuando mi madre me lo contó tuve la sensación de que era algo que ya había

terminado y comprendí que había estado trabajando con eso todo el tiempo. Sus cavilaciones, sus visitas a los monasterios eran un modo de expiación de esa firma. Y ahora, al parecer, había sido perdonada. O dicho de otra manera, cuando me habló del momento en que vio a mi padre con el nefasto papel en la mano, llegó incluso a reírse un poco. Hablaba casi con afecto de la debilidad y del miedo que vio en su rostro. Parecía que había llegado al final de un largo camino. El mismo camino que mi padre acababa de iniciar al escribir sus torpes anotaciones. Pero él nunca pasó de ahí.

—¿Y cuándo inició Karin ese camino? —pregunté—. ¿Cuándo adoptaron a Maja?

—No sé lo consciente que era por entonces.

Recordé la foto del periódico: Maja con el biberón atado a los barrotes de la cuna, las moscas.

—Pero cuando estaban en la sala del orfanato de Bangalore y vieron a la niña en la cuna, debieron de acordarse de la otra niña cuando estaba en el otro orfanato, ¿no crees? —pregunté.

—Es probable. Aunque creo que también pensaban muchas otras cosas. Estaban allí como periodistas y tenían que obtener material, tenían que informar. Supongo que consideraban que en ese contexto sus vidas eran totalmente irrelevantes. Habían transcurrido muchos años desde el nacimiento de Lena, tenían otros cuatro hijos y se habían convertido en dos profesionales de prestigio. No, no creo que pensarán en Lena en ese momento. Tenían una perspectiva más amplia. Veían con mirada crítica y aguda al mundo y a las demás personas, no a sí mismos.

Fuimos andando por un sendero estrecho que anteriormente había sido una carretera, por la que antes circulaban coches, tractores y carretas con heno. Ahora había una carretera nueva y mejor en las proximidades. Ya no podíamos ir uno al lado del otro. Yo iba delante mirando al suelo y veía todo el tiempo la antigua carretera, la que ya no existía: los surcos blanquecinos, desgastados y brillantes de arena apisonada y, en el centro, la hilera de hierba con llantén.

—Eso me recuerda las historias de intercambios —dije—. Me refiero a los troles que se llevan a un bebé que está en la cuna y lo reemplazan por el suyo. La mayoría tienen el mismo final: la madre le hace algo terrible al hijo del trol, como quemarlo o cosas por el estilo, y entonces aparece la madre del trol para protegerlo y devuelve el hijo a sus padres. No podemos imaginarnos las tragedias que hay detrás de esas historias. Niños que eran aparentemente normales al nacer y que después sufren una discapacidad importante. Selma Lagerlöf escribió una variante más cristiana y humanista de esa historia, de la madre que intenta portarse bien en esa despiadada situación del intercambio y que, cuando finalmente se la premia devolviéndole a su hijo, resulta que este ha vivido en una especie de existencia paralela guiado por los actos de su progenitora. Cuando ella no puede más y pega al hijo de los troles, la madre del mismo, que tiene al de ella en la montaña, lo maltrata también, pero

cuando lo cuida, la otra madre hace lo mismo con el de ella.

—Sí, lo leí hace tiempo —dijo Jens—. Es una historia fuerte.

—Creo que la adopción de Maja puede verse como una de esas historias de intercambio de niños.

—¿Te refieres a que mi madre, al cuidar a Maja, trataba de procurarle una existencia agradable a Lena en el orfanato? ¿Crees que intentaba influir en algo que ya había pasado?

—Sí. Sé que es imposible, pero ¿no es lo que hacemos continuamente? ¿No consiste la vida adulta en recrear los hechos que ocurrieron en la infancia y en la juventud? En repetirlos, mejorarlos, pulirlos y retocarlos hasta que coinciden con el concepto que tenemos de la moral, de la felicidad y de la estética. Naturalmente no somos conscientes de ello. Yo, por ejemplo, no era consciente de que había amueblado mi sala de estar como la que tenéis vosotros aquí.

—Pero si fuera así, si mi madre intentaba recrear la vida de Lena dándole cariño a otra niña abandonada, debió de ser terrible para ella que Maja no correspondiera a su cariño. Maja la rechazaba. No quería que la abrazaran ni que la acariciaran. Mi madre debe de haberlo vivido como un castigo.

—Y lo más terrible de todo es que esa niña también desapareció de su vida —añadí.

Él guardó silencio un instante. Solo se oían sus pasos detrás de mí en el sendero. Luego añadió:

—De hecho hablé de ello con mi madre mientras tomábamos el té en la cocina en aquella ocasión. Era la primera vez que hablábamos de la desaparición de Maja. Nunca la habíamos mencionado antes. Nos parecía absurdo, todo era inexplicable. Solo teníamos preguntas sin respuesta. Pero en ese momento ella misma la mencionó. Dijo que sabía por fin dónde había estado Maja durante ese lapso. Me sorprendió mucho y le pregunté dónde y, ya que ella se había expresado todo el tiempo de modo sensato y racional, yo no me encontraba preparado para su respuesta. Sonrió con semblante tranquilo y me dijo: «¿No lo entiendes? Estaba con Lena, por supuesto». Yo me quedé paralizado, porque en ese momento me di cuenta de que estaba loca. Traté de tranquilizarme y le pregunté con toda la calma que pude: «¿Por qué lo crees así?». Y ella me respondió: «Por la pluma que tenía prendida en una de sus coletas. Esa diminuta pluma blanca era un saludo de Lena». Cuando lo dijo parecía estar tranquila y feliz, así que no quise protestar.

—Debió de considerar que las plumas de la almohada desgarrada eran lo único positivo de lo que ocurrió aquella vez —comenté—. Esa nevada frenética y rebelde era su modo desesperado de protestar, la negación que no llegó a expresar.

Seguimos caminando por el sendero y volví a ver ambas sendas, la actual y la antigua, como una imagen doble. A veces se separaban y el sendero nuevo tomaba otros atajos, o se desviaba para esquivar arbustos que no estaban antes allí. Noté que

los matorrales nos llevaban todo el tiempo hacia la izquierda. El bosque ejercía una especie de presión que el sendero no podía resistir. Poco a poco, este fue separándose por completo del trazado de la antigua carretera, ahuyentado por la vegetación. Comprendí cómo había ocurrido eso al arañarme con un zarzal de moras y di un paso a la izquierda. Después, cada vez que veía uno me iba hacia la izquierda antes de tropezarme con él. Poco a poco alcanzamos un prado y dejamos el sendero a la izquierda.

—Ahí arriba está la charca en la que cogíamos ranas. ¿Lo recuerdas? —preguntó Jens.

Abrimos una verja, entramos en la pradera y comprobamos que no todo estaba cubierto de maleza. Debían de pastar caballos allí porque había excrementos por todos lados. Ese paisaje otoñal y amplio de hierba amarillenta, paredes bajas de piedra y arbustos encendidos de rosa mosqueta me recordó a Inglaterra. Si no fuera por las montañas grises de alrededor, en cualquier momento podrían llegar cabalgando una partida de cazadores.

—Hay otra cosa más en la que he pensado mucho —prosiguió Jens.

Iba caminando a mi lado, así que podía verlo mientras hablaba.

—Fue en la primavera de mil novecientos setenta y tres, es decir, un año después de la desaparición de Maja. Mi padre se había ido a vivir a Gotemburgo todo el invierno. Mis padres aún no estaban separados y no sabíamos qué iba a ocurrir, si él volvería con nosotros, es decir, con mi madre, Maja y yo, o si se quedaría allí. De todos modos fuimos a verlo a Gotemburgo. Lo del viaje fue idea suya, pero no quiso recibirnos en su casa, y además no sabíamos dónde vivía, así que quedamos en un sitio. Dijo que iba a invitarnos a cenar en un restaurante chino. No habíamos visto a mi padre desde que se había ido de casa el otoño anterior, solamente habíamos hablado con él por teléfono.

»Desde el principio todo salió mal. No encontrábamos el restaurante. Mi padre nos había dado unas indicaciones algo vagas, pero decía que era fácil verlo, que estaba cerca de la avenida y que todos sabían dónde estaba el restaurante Ming. La gente a la que preguntamos no lo conocía, y cuando al fin llegamos mi padre se había bebido unas cuantas copas de sake mientras esperaba. Además, los dos discutieron durante toda la cena. Mi padre estaba borracho y montaba jaleo, y mi madre gritaba. Maja y yo nos levantamos y les dimos granos de arroz y trozos de carne de pato a los peces de colores del acuario. Los chinos fingían no darse cuenta de nada, solo iban de puntillas alrededor de nosotros, recogieron los cristales de un vaso que mi padre había tirado al suelo y siguieron haciendo reverencias y sonriendo. Éramos los únicos comensales. Al ir a pagar, mi padre no tenía suficiente dinero, así que tuvo que ponerlo mi madre.

»Cuando nos despedimos de mi padre y mi madre, Maja y yo íbamos a la estación, pasamos por casualidad por delante de una pequeña galería de arte. Estaba en el sótano

y nunca la hubiéramos visto de no ser porque Maja se quedó quieta delante del escaparate y se negó a seguir. Había descubierto algo que le interesaba allí dentro. Faltaba mucho para que saliera el tren, ya que no habíamos previsto que la reunión con mi padre iba a terminar de ese modo, así que mi madre propuso que entráramos.

»Era una exposición rara, compuesta por distintos objetos hechos en su mayoría con materiales naturales. Recuerdo un cráneo de corzo con una caperuza de papel de aluminio y plumón en los cuernos. Nidos de pájaro llenos de bolas de cardo y avisperos. Una jaula de ramas en la que había un ala de pájaro y otra con un huevo dorado. El esqueleto de un pez grande envuelto en hierba trenzada e hilo plateado. Todo hacía pensar que esos objetos habían sido fabricados en algún poblado primitivo. Aun así, los tonos dorados y plateados de los envoltorios y el papel de aluminio hicieron que los asociara con la era espacial.

»Mi madre estaba entusiasmada, y nos preguntábamos quién los habría hecho. La galerista nos dijo que la artista se llamaba Kristina Lindäng. Mi madre le preguntó si había alguna folleto informativo y la mujer señaló una mesa que había al fondo. Sobre ella había un retrato en un portafotos. Era de una chica joven de pelo largo peinado con raya en medio, ojos grandes y mirada seria. Parecía que estuviera en un altar. En la mesa había también un montón de folletos informativos. No era la relación habitual de escuelas de arte, becas y exposiciones, sino unas pocas líneas con el nombre de la artista, su fecha de nacimiento y su lugar de residencia, así como un dato muy desconcertante: la artista llevaba desaparecida desde mil novecientos setenta y dos y probablemente había fallecido.

Mi madre le preguntó cómo había conseguido las obras de arte, y ella le contó que una trabajadora social del hospital de Lillhagen le sugirió que expusiera las obras. La artista había sido paciente de ella.

»Pero lo más raro de todo fue la reacción de Maja. Karin la había llevado muchas veces a museos, teatro para niños, de todo un poco, pero Maja nunca había mostrado interés. Esa vez fue diferente. Parecía totalmente hechizada por esas obras. Al principio fue lentamente de un objeto a otro, mirándolos durante un buen rato con los ojos muy abiertos, extendiendo la mano para tocarlos con cuidado. Luego nos pareció que estaba buscando algo, dando vueltas por la exposición, y al no encontrarlo quiso ir a la oficina de la galerista. No se lo pudimos impedir, quería entrar a toda costa. Una vez dentro, se puso a buscar debajo del escritorio y en los armarios, en el trastero y en el baño. Chasqueaba la lengua sin parar, como una ardilla. Nunca le habíamos oído hacer ese ruido. Su comportamiento era muy extraño. Cuando teníamos que irnos se negó a acompañarnos. Tuvimos que llevarla al tren casi a la fuerza mientras nos mordía y nos daba patadas.

Ya habíamos cruzado la pradera y habíamos llegado a las montañas. Volvíamos hacia

el norte. El intenso olor a hierba seca y a plantas en descomposición nos acompañó un rato y luego fue reemplazado por el del mar.

Me molestó un poco que Jens fuera a Gotemburgo en aquella ocasión sin ponerse en contacto conmigo. Me hubiera alegrado mucho que me hubiera llamado para que nos viéramos un rato. Yo habría ido corriendo a cualquier sitio y habría dejado a un lado todos los demás planes. Ver a Jens habría sido casi tan maravilloso como ver a Anne-Marie.

La caminata requería más esfuerzo físico y la conversación se interrumpió. Volvimos a ir uno detrás del otro. Noté que sus movimientos eran poco flexibles e incluso jadeaba. Cuando se le abría la camisa con algún movimiento se le notaba que estaba empezando a engordar, lo que me sorprendió. Hasta ese momento lo había tenido por una persona saludable y en buena forma. Lo adelanté y me di cuenta de que tenía dificultades para mantenerse a mi altura, lo que me agradó aunque me avergüence reconocerlo.

Me detuve a esperarlo en lo alto de una loma, fingiendo con delicadeza que estaba admirando el paisaje. En realidad no necesitaba fingir, pues la vista era fantástica: el fiordo que se abría hacia la enorme extensión de mar abierto. Islas con alguna casa de vez en cuando, como terrones de azúcar bajo el sol. Mientras esperaba de pie, recordé el nombre de Kristina Lindäng. Sabía que lo había oído antes pero no recordaba dónde.

Reemprendimos la marcha, y cuando íbamos bajando una empinada ladera reconocí la grieta llena de matorrales que había debajo de nosotros. Era la grieta que llevaba a Musselstranden. Habíamos dado un largo rodeo pero habíamos llegado de todos modos. Fuimos abriéndonos paso a través de robles pequeños, enebros y enredaderas de madreSelva. Volví a reflexionar en lo raro que era saber que estabas a kilómetros y kilómetros en el interior de un bosque y a la vez notar ese fuerte olor a agua salada, algas y mejillones.

Atravesamos el camino de enebros por el único sitio posible, justo al lado de la montaña. Jens también lo recordaba porque fue directamente al lugar correcto. Nos quedamos de pie en la playa deslumbrados por el brillo del sol. La marea estaba baja y podían verse los bancos de mejillones en la bahía. En la orilla se amontonaba espuma de mar sucia y espesa. Contemplé las grandes rocas que había a lo largo de las laderas de la montaña. La superficie fracturada de la montaña que se extendía delante, el sitio donde una vez habían estado adheridas las rocas brillaba bajo el sol con sus tonos caoba, distinguiéndose del resto. Entonces recordé de repente dónde había oído el nombre Kristina Lindäng. Así se llamaba la mujer que Max encontró debajo del bloque de piedras. El esqueleto.

Le hablé a Jens de nuestro descubrimiento.

—¿La encontraste tú? —preguntó asombrado.

—Max, mi hijo —aclaré.

—Lo leí en el *Bohusläningen*. Compré el periódico en una gasolinera cuando venía. Leí su nombre y me acordé de la exposición. Entonces no estaba seguro del todo, pero me parecía que la chica que hizo esos objetos extraños se llamaba así, Kristina Lindäng. ¿Es verdad que la encontraste tú, Ulrika?

—Mi hijo —repetí.

—Es raro que no la haya encontrado nadie antes —murmuró.

—Tú y yo somos de las pocas personas que conocen esta zona —dije—. Y en barco apenas se puede llegar. Se quedan junto a los bancos de mejillones para coger almejas, pero no alcanzan la costa porque es una zona muy baja. Y no es precisamente una playa. Creo que no viene casi nadie por aquí.

Se sentó en la roca junto a una de las enormes hondonadas. Estaba llena de agua. Había algas en su interior. La sal se había acumulado sobre la superficie del agua formando anillos brillantes.

Lo observé y me pregunté si Anne-Marie también tendría el pelo gris. No podía imaginármelo.

—¿Entraste tú ahí? —preguntó.

Yo sacudí la cabeza haciendo una mueca.

—No, no lo hice. Fueron los niños los que estuvieron ahí.

—Yo sí entré —dijo.

Lo miré asombrada.

—¿Tú? ¿Cuándo?

—El otro día. Sí, no pude evitarlo cuando lo leí en el periódico. No podía creer que hubiera realmente un pasillo y que nosotros no lo hubiéramos visto. Fui arrastrándome hasta llegar arriba. Hay pequeños huecos y grietas por todos lados, así que no está demasiado oscuro, pero sí resulta muy estrecho cuando lo atraviesa un adulto. Al llegar arriba hay un espacio bastante grande y plano. Al parecer fue allí donde la encontró tu hijo. Hay una abertura que da a la ladera de la montaña, a la altura de la cornisa donde estaba Maja.

Se levantó y dimos unos pasos hacia delante para ver la pared de roca que caía al mar en picado al otro lado de los bloques de piedras. Era difícil ver la repisa por la incidencia de la luz en ese momento, pero una hilera de gaviotas que estaban allí apretadas indicaba el lugar.

Kristina

Eran las pastillas. No tendría que habérselas tomado.

Se habían quedado dormidas las dos, como siempre, muy juntas en la cueva de paredes color albaricoque.

Fueron siguiendo el camino de tierra y, como hacía mucho calor, después de subir la montaña estaban agotadas. Mientras ascendían vieron a dos hombres que se dirigían a un velero que estaba amarrado abajo, en una caleta. La niña se agachó rápidamente y se escondió detrás de una roca. Se quedó allí acurrucada hasta que pasaron los hombres. Kristina no la había visto antes esconderse de la gente, pero fue así.

En la cueva, la pequeña la mantuvo despierta un buen rato, haciéndole cosquillas con plumas y riéndose las dos. Pero finalmente se tranquilizó y Kristina oyó su respiración regular mientras dormía.

Cuando despertó el mundo había cambiado. Por las grietas de las rocas ya no entraba ningún rayo de sol que produjera destellos en las paredes, solo una luz grisácea de atardecer que dejaba casi toda la cueva a oscuras.

A su lado, el sitio de Maja estaba vacío. Era la primera vez en seis semanas que se despertaba sin el calor de su pequeño cuerpo junto a ella.

Kristina buscó a tientas a su alrededor. Palpó la cama de plumón y de helechos de un lado a otro. La niña no estaba allí.

Oyó ruidos fuera. Gritos, el motor de un barco. ¿Cómo había podido dormir con todo ese ruido? Normalmente se hubiera despertado, pero sin duda eran las pastillas.

Fue arrastrándose hasta la abertura que daba a la empinada pared de montaña donde solían posarse las gaviotas a mirar.

No había gaviotas, pero encima de una cornisa estaba la niña, completamente inmóvil, con la espalda apoyada contra la pared y mirando hacia abajo, al inmenso mar. En la cornisa apenas había espacio suficiente para que pudiera mantenerse en pie.

Kristina chasqueó la lengua como solían hacer cuando se llamaban una a la otra. La niña la miró con los ojos muy abiertos, aterrada, pero no se movió. No se atrevía a volver. No podía. Debió de llegar a la cornisa metiéndose por la estrecha abertura que había entre las rocas. Habría ido a parar a algún sitio en medio del acantilado y luego habría continuado subiendo, apoyándose con manos y pies en las grietas y salientes de la roca, escalando mientras miraba hacia delante. Para regresar tendría que descender apoyando primero los pies, sin ver dónde los ponía. Se encontraba en un punto al que

se podía llegar con mucha suerte y habilidad, pero del que no se podía volver.

¿Cuánto tiempo llevaría allí? Probablemente se despertó antes que ella e incluso es posible que intentara despertarla sin conseguirlo. A través de la abertura habría visto las gaviotas en la cornisa y habría querido llegar hasta ellas.

Kristina reflexionó sobre el modo de salvar a la niña. Si hubieran estado las dos solas le habría sugerido que saltara. Estaba en un sitio muy alto, pero el mar era profundo en esa parte de la pared de montaña y la niña nadaba como un pez. Kristina iría nadando hasta allí y la esperaría abajo, en el agua, y la convencería del mismo modo que una hembra de frailecillo común convence a sus polluelos para que se atrevan a saltar entre las rocas. Y cuando la niña ya hubiera saltado, Kristina nadaría junto a ella, muy cerca, y nadarían juntas alrededor de la enorme roca hasta llegar a la playa. Eso es lo que habría hecho si hubieran estado solas. Habría resultado bien. La pequeña tal vez no se hubiera atrevido a saltar al principio, pero lo habría hecho finalmente. Tenía suficiente confianza en ella.

Pero no estaban solas. Desde el lugar donde se encontraban, debajo de la roca, no podía mirar hacia el mar, pero oía voces agudas e indignadas y el ruido de un motor fueraborda.

Enseguida se oyeron más motores de barco, más voces, y pudo ver a alguien que había llegado a la cima de la montaña.

Cayó la noche, y las luces de las linternas y de los focos iluminaron la roca. La niña estaba de pie, apoyada contra la pared de la montaña, acribillada por los rayos de luz como un insecto pinchado con alfileres. Estaba muerta de miedo, pero en completo silencio.

Por medio de una cuerda de salvamento deslizaron a un hombre hasta la cornisa donde se hallaba la niña. Logró agarrarla y sujetarla con firmeza, y luego lo izaron con la pequeña entre sus brazos. Las voces de alegría de la gente resonaron en el fiordo.

Los motores de los barcos rugieron y se fueron alejando. Las voces que se oían en la montaña desaparecieron. Todo quedó en silencio. Ella se había ido.

Siguió haciendo lo de siempre. Remaba por el fiordo y salía en dirección al islote cuando el tiempo lo permitía. Vagaba por montañas y prados. Buscaba tesoros y los metía en su cesta. Se sentaba junto a la mesa y ensamblaba restos de naturaleza, dando vida a lo que estaba muerto. Iba a la tienda en bicicleta, lavaba la ropa, amasaba pan.

Pero ya no tenía esa sensación de viajar en una torre de cristal y de luz. Kristina sentía soledad y era una nueva sensación para ella. Siempre había creído que tenía todo cuanto necesitaba. Sus problemas habían consistido en defenderse de lo innecesario, protegerse de lo que le hacía daño. Generalmente se quería alejar de las personas, pero por primera vez en su vida echaba de menos a una. Era la primera vez que sentía la falta de alguien.

Un vaho de tristeza empañaba su mundo. Todos los sitios donde había estado con la niña, las piedras donde ella se había sentado, los montes por los que había subido, los prados y las playas por las que había corrido, todo estaba empañado por ese vaho.

El verano llegó a su fin. El fiordo quedó en silencio. El agua se oscureció y la lluvia se arrastró entre las montañas.

Cada vez que despertaba entre las mantas del suelo quería alargar la mano y tocar a la niña. El reflejo seguía ahí, aunque lo supiera. En ese momento, antes de estar completamente despierta, era cuando el recuerdo de la niña —su olor, su piel suave, el soplo de su respiración haciéndole cosquillas— se hacía más fuerte. Permanecía un rato con los ojos cerrados para retenerlo. Al abrirlos solo veía un espacio vacío. Pero las paredes estaban llenas de pequeñas figuras de aves.

Fue oscureciendo lentamente a su alrededor.

Subió el kayak, lo cubrió con la lona y lo ató a la pared de la cabaña.

La oscuridad calaba en ella profundamente. Ya no era impenetrable. Se hundía en ella, la dejaba vacía, el hueco vacío que tenía en el pecho era cada vez más profundo.

Las cosas nunca le habían hablado del modo en que lo hacían últimamente. Podía oír sus voces en cuanto entraba en la cabaña. Susurraban y gritaban desde los cajones. Las ponía sobre la mesa: cáscaras de centollo, alas de urraca, pieles, el fino esqueleto de una gaviota. Le hablaban de envejecimiento, de descomposición, de deshidratación, de desintegración.

«Tócanos», pedían. «Despiértanos. Danos vida».

Ella las cogía, las pegaba con cola y las juntaba con hilo de cobre y tiras de cuero para que sus voces se unieran y fluyeran, para que surgieran nuevas voces.

«Protégenos, fortalécenos», susurraban.

Y les pintaba signos protectores, les hacía jaulas trenzando ramas, les ponía cascos de aluminio y los envolvía en hierba trenzada e hilos de plata.

Trabajaba hasta que ya no podía más y luego se acostaba en el suelo y dormía mucho tiempo.

Un día se preparó un termo de té. Lo metió en la mochila con la caja de pastillas y fue caminando por las montañas empapadas de lluvia hasta la playa de la cueva de rocas. Entró y subió arrastrándose hasta el lecho de plumón. Por una rendija que había

entre las rocas pudo ver una gaviota grande que se ahuecaba bajo la lluvia en la pared de la montaña.

Se puso un poco de té caliente y fue tragándose las pastillas, una a una con sorbos de té. Se tomó el tiempo necesario y no cesó hasta que no quedó ninguna en la caja. Entonces se acostó. Ya no tenía frío.

La cueva estaba cada vez más oscura. Era la gaviota que se había quedado justo en la rendija. El plumaje se movía por efecto del viento y parecía que estaba temblando. La mirada de sus ojos era vidriosa, amarilla, indiferente.

Ulrika

—Si quieres escribir, puedo hacer yo la comida —dije.

Jens estaba al lado de la despensa mirando con gesto pensativo lo que había allí.

—Excelente —dijo volviéndose, agradecido—. Mi mujer vendrá a buscarme mañana y me gustaría terminar antes de que llegue.

Me puse un delantal de cuadros de ajedrez que estaba colgado en un gancho de la puerta, miré el contenido de la despensa y del frigorífico y usé mi imaginación para preparar algo interesante con lo que había. Vi un buen surtido de pastas y de especias orientales, así como raíces de distinto tipo. Hice un guiso de coliflor, nabo, calabaza, zanahorias, manzanas y tomate en conserva y lo condimenté con curry y pimienta. Preparé cuscús para acompañarlo. Busqué un salvamanteles y puse la olla encima de la mesa, saqué una cerveza del frigorífico, y finalmente revolví los granos esponjosos de cuscús con un poco de mantequilla.

—¡La comida está lista! —grité.

—Hummm... Voy en un momento —contestó.

Parecíamos un matrimonio convencional y se me ocurrió que podríamos haberlo sido. Si Maja no hubiera desaparecido aquel verano, si la familia no se hubiera disuelto tan de repente, si todos hubieran vuelto al año siguiente y me hubieran vuelto a invitar a ir y yo hubiera ido con la seguridad que ya había adquirido, y el interés por los chicos que, aunque algo tarde, se había despertado en mí...

No, no podía haber sido así. Porque una relación de juventud difícilmente hubiera conducido al matrimonio y, de haberlo hecho, el matrimonio no habría durado tantos años. Habría acabado hace mucho tiempo.

—¡Ven si no quieres que se enfríe! —grité.

—Ya voy.

Empecé a comer. El discreto teclear que se oía en la habitación fue reemplazado por el zumbido monótono de la impresora.

—¿Las tienes que llevar para comer? —pregunté cuando por fin apareció.

Se había puesto las gafas de montura naranja. Volvió y cerró la puerta del dormitorio.

—Vale ya, ¿no?

Durante la comida habló de ese modo desenfadado, agradable y profesional, acompañado del ruido sordo de la impresora. Cuando esta cesó, de repente, él hizo

una pausa y luego siguió hablando. El sol de otoño caía sobre la madera vieja del tablero de la mesa y transformaba en oro la cerveza del vaso.

Después de comer entró en el dormitorio y volvió con un montón de papeles.

—Aquí te traigo algo para que lo leas mientras lavo los platos —dijo—. Creo que hace suficiente calor para sentarse en el porche.

Fue al armario del vestíbulo a por una hamaca, la sacó al porche y la desplegó.

—Ya está —dijo haciendo un poco de presión para comprobar que estaba firme.

Me puse el chaquetón por los hombros y me senté en la hamaca con el montón de papeles en las rodillas. El agua del fiordo parecía teñida de un tono azul oscuro indefinido y cambiante, como si alguien hubiera extendido una capa de seda gruesa y antigua entre las montañas. Oía a Jens que enjuagaba los platos en la cocina. Por lo demás, todo el mundo estaba en silencio.

Bajé la mirada hacia la primera hoja. Solo había una palabra escrita: Kristina. En el folio siguiente empezaba el texto: «Va viajando por un mundo gris. El sol no ha salido aún. Ella adora ese mundo que carece de luz y de oscuridad, un mundo sin sombras, sin colores, en el que en realidad no hay nada visible ni oculto, solo presentimientos, confusión».

Leía distraída mientras que, de vez en cuando, levantaba la vista hacia el fiordo y la montaña. Después, la historia me fue absorbiendo cada vez más. Al finalizarla, el sol había bajado y el porche estaba en sombra. Sentí frío.

Plegué la hamaca y me la llevé dentro de la casa. La cocina estaba vacía. La mesa retirada. Los platos secos y recogidos. No había ni una gota de agua en el fregadero.

Fui al vestíbulo para guardar la hamaca en el armario de debajo de la escalera. Al intentar meterla chocó con algo que se vino abajo. Pude distinguir una pila de tebeos en la oscuridad interior. Los habían metido allí de cualquier manera, aunque algunos podían tener actualmente mucho valor.

Vi a Jens sentado en la mecedora del cuarto de estar mirando por la ventana. Tenía la nuca apoyada en el pequeño cojín oriental con borlas y se balanceaba lentamente. Su mirada estaba lejos de allí, al otro lado del fiordo, en las cimas de las montañas donde el sol seguía brillando aún y producía nuevos matices en las rocas. Si es que lo veía. No llevaba ni las gafas naranjas ni las rojas. Había una tetera encima de la mesa, con la vieja tapa acolchada de cuadros que la familia utilizaba antes y dos tazas de té de cerámica.

—¿Crees que ocurrió así? —pregunté sosteniendo el montón de folios de papel—. ¿Una secuestradora loca que se mueve en un kayak silencioso?

—Podría ser.

—Es una buena suposición —dije dejando los folios sobre la mesa—. Parece razonable.

—Al menos más razonable que tus historias de encantamientos. Y no es solo una

suposición. He investigado un poco. Por teléfono.

Miró el teléfono móvil que estaba encima del baúl marinero.

—He seguido la pista de la dueña de la galería de arte que expuso los objetos de Kristina Lindäng. Y a través de ella he localizado a la trabajadora social, Gudrun Samuelsson, la que tomó la iniciativa de hacer la exposición. Ambas eran amigas, por lo que la galerista se dejó convencer. Sabía que era una exposición en la que no iba a vender nada. Mantuve una larga conversación con Gudrun Samuelsson. Se ha jubilado ya, pero recuerda muy bien a Kristina.

—¿Estás escribiendo esta historia a partir de la información que te proporciona ella?

—En parte sí. ¿Quieres té?

Asentí con la cabeza y me senté en el sofá de rayas azules y blancas. Quitó la tapa y sirvió el té. En la oscura taza de cerámica no podía diferenciarse el color, pero por el sabor me pareció que era té verde.

—Me facilitó una serie de datos sobre los antecedentes de Kristina. Me contó que Kristina vivía en el mismo lado del fiordo que nosotros, en el extremo del cabo. En la isla de Kalvön, como se le suele llamar, aunque en realidad no es una isla actualmente. Está a solo veinte metros de tierra y, aunque es un sitio aislado, ha estado siempre comunicado. Hay muchos pastos.

—¿Has estado allí?

—No, pero Gudrun Samuelsson sí estuvo allí hace años y según dijo no merece la pena ir. La cabaña la demolieron hace mucho tiempo. Alguien la ha comprado, ha construido allí una lujosa mansión y ha cerrado a las personas no autorizadas todos los accesos por carretera.

—¿Conoció bien a Kristina?

—Creo que nadie la llegó a conocer bien, pero sabía bastante de sus antecedentes e intentó mantenerse en contacto con ella cuando se fue a vivir allí, aunque era difícil porque no tenía teléfono.

Gudrun le contó que se había preocupado mucho cuando Kristina desapareció. Las últimas veces que la visitó la notó muy deprimida. Se limitaba a tumbarse en el suelo encima un montón de mantas y mirar a la pared. Había colgado trozos de tela delante de las ventanas, por lo que la cabaña estaba casi a oscuras. No limpiaba y apenas tenía comida en el frigorífico, lo que sorprendió a Gudrun. Kristina había sido siempre una persona ordenada.

—Pero todo eso no lo había visto enseguida. Lo primero que observó al entrar fueron los objetos. Había cientos de ellos. En todas partes donde se podían poner estaban esos objetos raros hechos con plumas, huesos, hierba y caracolas. No los veía muy bien porque la cabaña estaba a oscuras, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que ya no se trataba de un trabajo terapéutico inocuo. Era, según ella misma dijo, «un arte impresionante que afectaba profundamente».

»La oscuridad de la cabaña le produjo además una ilusión extraña. Le parecía que las cosas vibraban de algún modo. Solo un poquito. Que respiraban y temblaban, que adquirirían vida realmente. Mientras que ella tenía la sensación contraria. Que estaban muertas, que eran los objetos más muertos que había visto en su vida. Eran, por citar de nuevo a Gudrun Samuelsson, «como la muerte misma». Irradiaban muerte. Se respiraba la muerte. Así percibí yo las cosas que había en aquella exposición. Exactamente así.

»Al principio creía que estaba sola en la cabaña. Y al ver a Kristina entre las mantas lo primero que pensó fue que había muerto. Le habló y no obtuvo respuesta. Entonces Gudrun se inclinó sobre ella para comprobar si estaba viva. Ella miraba fijamente la pared, y Gudrun vio lo que observaba: pequeñas figuras de aves que alguien había garabateado con un bolígrafo.

»Le pedí que me describiera las aves, pero tenía dificultades para recordarlas. Eran muy pequeñas y las habían dibujado «al azar», según dijo. Le pregunté si podría haberlas hecho alguien más aparte de Kristina, ¿un niño tal vez? Según Gudrun Samuelsson no era posible, ya que Kristina no recibía visitas en la cabaña. Le pregunté si los dibujos le parecían infantiles y me dijo que sí, pero también dijo que «Kristina era infantil en muchos aspectos». Y que «su expresión artística podía cambiar rápidamente». Si los objetos que Gudrun vio en la cabaña eran el resultado de un explosivo desarrollo artístico, tal vez esos dibujos repentinos significaran una recaída igualmente repentina. Un modo de expresión de la depresión mental en la que, al parecer, se encontraba.

—¿Le preguntó a Kristina sobre los garabatos?

—No se podía entablar una conversación con ella. Gudrun Samuelsson tenía la impresión de que Kristina tomaba más pastillas de las debidas. Cuando volvió a casa decidió dos cosas: que Kristina necesitaba atención médica y que se debía mostrar su arte al público en una exposición.

»Pero nunca recibió atención médica. Cuando Gudrun volvió acompañada de dos conductores de ambulancia, Kristina había desaparecido. No encontraron ninguna caja de pastillas en la cabaña a pesar de que, según su médico, debían quedarle dos de la última receta. Sin embargo, el bolso y sus cosas personales estaban allí. Todo apuntaba a un suicidio.

»Para los padres, el hecho de que no se hallara el cuerpo fue una doble tragedia. Gudrun había mantenido contacto con ellos desde que se ingresó a Kristina en el Lillhagen. Fue, entre otras cosas, por ellos por lo que Gudrun había insistido tanto en realizar su sueño de una exposición de arte. Después siguieron en contacto. El padre ya no vive, pero había hablado con la madre poco antes de que yo llamara. Estaba contenta de que se hubiera encontrado a Kristina y de que pudiera tener un entierro adecuado.

—Pero ¿no vio a ningún niño en casa de Kristina?

—No, pero ella no iba en verano. Solo iba a verla una o dos veces al año.

—¿Y nada en la cabaña le indicaba que había un niño allí cuando fue las últimas veces?

Sacudió la cabeza.

—Se lo pregunté, pero no podía recordar nada por el estilo.

—¿Has hablado con Maja de esto?

—No, y no creo que tenga sentido.

—¿Dónde está ella ahora?

—Al norte de Stenungsund. En un apartamento que comparte con otros adultos con problemas de conducta. Tienes aquí tu coche. Podríamos visitarla mañana. Sí, sería estupendo, así la podrás ver. Intentaré localizar a Susanne para decirle que vaya a buscarme allí, y tú puedes seguir el viaje hasta Gotemburgo.

—Tengo que recoger a los niños antes de las seis en el centro de actividades extraescolares.

—No habrá ningún inconveniente.

Jens cogió el móvil y llamó, pero había algún tipo de interferencia y tuvo que intentarlo más tarde. Fue a buscar un viejo juego de cartas y nos pusimos a jugar a algo que creíamos haber olvidado, pero que íbamos recordando poco a poco según jugábamos. A veces decíamos: «No puede ser así, de este modo no puede ganar nadie». O de pronto nos dábamos cuenta y comentábamos: «¿Qué puntuación tiene esto?». Y entonces alguno de nosotros recordaba cómo era y el otro recordaba un poco más, y así nos las fuimos arreglando. Aunque parezca raro, lo pasamos muy bien.

Al atardecer encendimos unas velas y abrimos una botella de vino. Jens localizó a su mujer y acordaron que ella iría a buscarlo al día siguiente a las tres en punto en la estación de servicio Shell de Stenungsund.

Me acordé de llamar por teléfono a los chicos para darles las buenas noches, ya que la noche anterior no lo había hecho. Estaban bien. Habían ido al Palacio del Agua de Lerum y por la tarde habían visto dos películas seguidas en el vídeo, así que no se dieron cuenta de que no había llamado por teléfono. Jens me había facilitado recortes del *Bohuslänningen* y les prometí a los chicos que se lo daría a ellos cuando llegara a casa. Anders se puso al teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó directamente.

—Estoy visitando a un amigo de la infancia de Tångevik —dije.

—Anoche no llamaste.

—Ya lo sé, pero a los chicos se les ha olvidado.

—Alguien te vio en el Mikey's Inn con un tipo de aspecto vulgar. No tiene nada que ver con esto, pero ¿sabes qué clase de sitio es? ¿Sabes quiénes van allí? Alcohólicos que se esconden y gente que busca relaciones. Bastante patéticos la mayoría de ellos.

—No tenía ni idea. No había estado antes, pero parece que tú lo conoces bien.

—Me importa un bledo lo que hagas, Ulrika. Solo pienso en los chicos. Sabes que Åse es una mujer que vale mucho y que cuando están aquí no les falta de nada. Lo sabes, ¿no? No tienes que preocuparte, pero no sé lo que tú haces.

—Claro que lo sabes. Investigo el mito del encantamiento.

Resopló ruidosamente.

—Supongo que mañana irás a buscarlos cuando acaben las actividades extraescolares.

—Por supuesto.

—Ni siquiera sueñas sobria —dijo antes de colgar el teléfono.

Jens estaba en el porche y fui hacia él. Había un espléndido cielo estrellado, de esos que solo se ven en el campo en otoño, y cuanto más lo mirabas más estrellas veías. El mar parecía invisible en la oscuridad, pero su presencia se notaba por el frío salado que golpeaba el rostro.

—¿Recuerdas cuando me enseñabas las constelaciones? —pregunté.

No lo recordaba. No recordaba siquiera los nombres de las constelaciones y la única que podía señalar era la Osa Mayor.

—Me pareció revelador el hecho de que las constelaciones fueran una invención humana, solo una interpretación. Luego hice mis propias constelaciones. El caballo, por ejemplo —comenté.

Y se la señalé. Él no podía ver ningún caballo por mucho que se lo explicara.

—¿Qué vas a hacer con lo que has escrito? —pregunté.

—No lo sé. Voy a dejarlo a un lado durante un tiempo. Después lo retomaré y seguiré trabajando en ello. Tal vez edite un libro, ya veremos.

Lo miré mientras permanecía bajo la tenue luz de la luna y las estrellas. En realidad, no era una luz, era algo parecido a las sombras blancas del negativo de una foto. Estaba de pie, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en la barandilla del porche y la copa de vino entre las manos.

Había hablado de muchas cosas. Sin embargo, curiosamente, él no aparecía en esos relatos. No había dicho casi nada de su vida actual. Había mencionado de paso a dos hijas adolescentes y a una esposa que estaba en Copenhague en un curso. Me preguntaba quién era en realidad. Hábil, correcto, agradable, minucioso, no dejaba ni una migaja en la cocina. Tenía fantasía, ya que se había adentrado en el mundo de una mujer enferma. No sentía claustrofobia, pues se había arrastrado hasta llegar al final del pasadizo por debajo del bloque de piedras.

Tenía dos formas de hablar. Una, de cara a la galería. Me daba la sensación de que había contado esas cosas cientos de veces y del mismo modo a distintas personas, como cuando hablaba de su forma de elegir la profesión, de los anuncios del coche en el aeropuerto de Singapur, del artículo periodístico sobre la élite del futuro. Pero cuando hablaba del hijo que Karin y Åke dieron en adopción sonaba de modo distinto.

Como si fuera la primera vez que lo contaba. Como si se dirigiera a mí, no a un público.

Se dio la vuelta y me miró de manera inquisitiva, tal vez tenía los mismos pensamientos acerca de mí. Se me ocurrió que yo también había sido reservada en lo concerniente a mi persona. Había hablado mucho de mi investigación, pero casi nada de lo personal. Y en realidad no importaba. Nuestra vida actual carecía de importancia donde nos encontrábamos.

—Es curioso que estemos los dos aquí —dijo—. Y que hayan pasado tantos años. No parece real.

Entonces hice lo que había querido hacer desde el principio. Me incliné hacia delante y le soplé lentamente en el pelo.

Desperté en la casa de verano de la familia por tercer día consecutivo. Me había acostumbrado ya a la cama de Anne-Marie y a la habitación de la buhardilla, por lo que al principio eché de menos el móvil de conchas y el frío húmedo. Luego vi el portátil cerrado y la impresora encima de la mesa, y recordé.

Jens se había levantado ya, pero el lado de la cama donde había dormido él aún estaba caliente. Me di la vuelta y me puse ahí, donde permanecía su olor, con la cara en la almohada. Olía increíblemente bien. Con esas gafas de diseño, esas camisetas caras y su minucioso modo de fregar daba la impresión de que no olía a nada en absoluto, pero no era así. No tenía la menor idea de ello hasta la noche en que me acerqué a él y le soplé en el pelo. ¿Olía igual cuando era joven? No podía recordarlo. Tal vez, el olor era algo que había ido evolucionando con los años, como el pelo gris y su anhelo de escribir algo más que textos publicitarios.

Estoy convencida de que nos guiamos por los olores. Siempre encontramos un montón de razones de por qué nos gustan o nos disgustan ciertas personas, pero todas son mentira. Simplemente nos movemos a través de los olores. Antes de conocer a Anders viví con un hombre egocéntrico y aburrido que estaba haciendo el doctorado y elaborando su tesis acerca de las condiciones de vida de los hijos de inmigrantes, que por cierto creo que no ha terminado aún. Cada vez que estaba a punto de romper con él, volvía a caer de nuevo porque el chico olía irresistiblemente bien. Era como una droga. En realidad, ese es también un tema para una tesis: «La importancia del olor en las relaciones humanas». Probablemente sea un área que está completamente sin

explorar.

Pero en ese momento olía a café. Y yo subí al piso de Tor y Sigrid a ducharme. Me sequé con la húmeda toalla de baño de Jens, que colgaba de una silla en el vestíbulo. No sabía qué aspecto tenía su mujer, pero apostaba a que era bastante delgada. Por su modo de abrazarme pude darme cuenta de que no estaba habituado al cuerpo de una mujer algo rellenita. La mayoría de los hombres prefieren mujeres llenitas para tener relaciones íntimas, pero para mostrarse en público les gusta tener a su lado a una señora esbelta; las esposas delgadas son signo de estatus, y además les suele quedar mejor la ropa.

Me apliqué el rímel que llevaba en el bolso delante del espejo en el que Anne-Marie y yo nos estuvimos pintando juntas una vez. Me hubiera gustado tener ropa para cambiarme, pero ¿cómo iba a imaginarme cuando vine para mirar por la ventana del porche de los Gattman que me iba a quedar tres días?

Desayunamos y fregamos los platos entre los dos. De vez en cuando nos acariciábamos levemente, sin decir nada; el silencio era agradable.

Finalmente empezamos a preparar las cosas para la partida. Jens dobló las sábanas de la cama de matrimonio y las puso dentro de una maleta exclusiva de aluminio acanalado. Introdujo el portátil en un maletín especial y la impresora en otro. Solo tardó un par de minutos y dejó la habitación impecable. En una bolsa de plástico guardó la comida que había quedado en la cocina. Mi único equipaje consistía en el recorte de periódico y el manuscrito que me había dado Jens.

Metimos las cosas en mi coche. En el último segundo recordé la llave oxidada de reserva que estaba en el bolsillo de mi chaqueta. Fui a la puerta de atrás y me agaché para dejarla en la caracola. A Jens le pareció innecesario, pues pensaba que ni Lis ni Eva recordarían ya ese escondite, pero insistí en dejarla en su sitio. Mientras estaba a cuatro patas percibiendo ese olor extraño a mar y a tierra y buscaba a oscuras la caracola, caí en la cuenta de que al decir «innecesario» tal vez se refería a «inapropiado».

—No te preocupes —dije después de sacudirme las rodillas y los brazos y cerrar la puerta del coche—. No pienso volver a utilizarla. Solo considero que hay que dejar las cosas donde estaban.

Él sonrió, pero no dijo nada, y entró en mi coche.

Desde lejos, la casa parecía un chalet sencillo y modesto de una planta. Estaba algo aislada en una zona llana cubierta de prados que empezaban a amarillear. Más allá podía apreciarse una bahía larga y poco profunda en la que nadaban unos cisnes.

Al rodear la casa se podía constatar que era mayor de lo que se intuía en un principio. Dos estructuras idénticas sobresalían del primer piso como dos alas y rodeaban una terraza de tablas grises y brillantes y una chimenea de ladrillo. Desde ese

lado, el edificio se veía mucho más abierto y atrayente, con muchas puertas y ventanas.

Jens cruzó la terraza y dio unos leves golpes en una de las puertas. La cortina de la ventana que había al lado se corrió apenas. Entonces la vi, medio escondida tras la tela de algodón blanco. Tal vez se debió al contraste de la cortina blanca con la oscuridad de su pelo y de su piel o precisamente a que los cubría, pero el rostro que surgió al otro lado del cristal de la ventana me pareció tremendamente extraño y exótico. En mis recuerdos no tenía la piel tan oscura.

Uno de sus ojos se clavó en nosotros; el otro lo escondía tras la cortina. Me acordé de las gafas rotas de juguete que llevaba la última vez que la vi, que producían esa misma impresión, como si tuviera un solo ojo.

La cortina se volvió a cerrar y la ocultó por completo. Oí pasos en el interior acercándose a la puerta. Una pregunta no formulada, que se iba mezclando vagamente entre mis recuerdos por el camino, cruzó mi mente con una claridad repentina: ¿no sería peligrosa, violenta? Lancé una mirada rápida e interrogante a Jens. Él contestó con un guiño y una sonrisa algo forzada de complicidad. Luego miró la puerta entreabierta.

—Hola, Maja —dijo.

Yo miré hacia allí. Ella había abierto con tal sigilo que no la había oído. Estaba de pie delante de nosotros, muy delgada y frágil, con la piel tan oscura como la de una africana. Llevaba el pelo, fosco y algo ondulado, recogido en una coleta que le llegaba hasta más abajo de la cintura. Vestía vaqueros y una sudadera roja estampada en blanco, barata y fea, probablemente comprada en cualquier supermercado, pero el color oscuro de su piel daba brillo a la tela roja, y las letras blancas resplandecían como signos ocultos. Llevaba unas zapatillas de gimnasia. No parecía que tuviera veintiocho años. Era tan esbelta como una chica de catorce.

—Esta es Ulrika. Supongo que la recordarás de Tångevik, ¿no? —dijo Jens.

Le ofrecí la mano con cierta inseguridad. Solo la mantuve así un momento, pero se me hizo una eternidad hasta que, lentamente, levantó el brazo. La mano que salió de la manga de la sudadera era la más delgada que había visto nunca. La apreté con cuidado porque me daba la sensación de que podía hacerle daño si la apretaba demasiado fuerte. Estuve a punto de reír al pensar que me había llegado a preocupar pensando que esa mujer podía ser violenta.

Jens la saludó poniendo la mano suavemente sobre el brazo de ella.

—¿Podemos entrar un momento? —preguntó.

No había nada en su rostro que denotara desaprobación o alegría. Parecía que no hubiera oído la pregunta. Pero Jens no la repitió, solo se limitó a esperar pacientemente. Entonces Maja abrió la puerta lateral y se hizo a un lado con suavidad, para que pudiéramos pasar.

—Muchas gracias —dijo Jens.

Entramos directamente en su habitación. Era sencilla y estaba muy bien amueblada, con maderas claras y telas de color rosa, amarillo y verde lima pálido. Había una pequeña cocina y un cuarto de aseo con ducha e inodoro. La habitación era grande. Yo pensaba que, como mucho, tendría espacio para una cama y un escritorio, pero había sitio incluso para una mesa de comedor, un sofá y, algo que me sorprendió, una librería que iba desde el suelo hasta el techo y contenía tantos libros que algunos estaban colocados horizontalmente encima de los otros.

—¿Lee...? —Busqué el pronombre adecuado. Hablarle a Maja en tercera persona tal vez era una descortesía. Por otro lado, Jens era el único que iba a contestar. Me dirigí a Maja de todos modos—. ¿Lees?

Maja se quedó como si no me hubiera oído. No se apartó, pero su rostro era totalmente inexpresivo.

—Devora los libros —contestó Jens.

—¡Oh! —exclamé sorprendida.

Leí los títulos de la estantería. La mayor parte era literatura de ficción, obras conocidas de las que se encuentran en todas las librerías.

—Qué bonito lo tienes todo —dije.

Lo decía de verdad. Todo lo que había en la habitación era de buen gusto, armonioso y agradable. En un aparador había una maceta con brezo seco. De las paredes colgaban acuarelas de Bohuslän. En lo único que se notaba que no era una casa normal era en la falta de alfombras, según me di cuenta después. El suelo estaba cubierto de una de plástico que parecía mármol blanco, que daba a la habitación un aspecto sureño que contrastaba con los muebles nórdicos.

—¿Cómo estás, Maja? —preguntó Jens—. ¿Bien?

La pregunta le cayó a ella como una piedra en un pozo.

—Maja —dije—, ¿has estado alguna vez en casa de una mujer que se llamaba Kristina, que hacía cosas con conchas, con huesos y alas?

Hice una pausa.

—Una mujer de pelo largo —continué—. ¿Viviste en su cabaña cuando eras pequeña? ¿Te llevó en el kayak?

Se oyó un ruido procedente de sus fosas nasales al exhalar un largo suspiro. Por un momento supuse que era el comienzo de una opinión. Cuando volvió a jadear la noté tensa. Respiró por la nariz del mismo modo lento. Sonaba como una persona que duerme profunda y serenamente, pero tenía los ojos abiertos y no apartaba la mirada. Me miraba directamente. La expresión de su cara denotaba que estaba escuchando, expectante. Como si fuera ella la que había formulado una pregunta y yo la que tenía que contestar.

Pasaron los segundos y el silencio se hacía cada vez más pesado, al final casi

insoportable. Sentí alivio cuando Jens lo rompió.

—Ulrika no había venido antes. Tal vez quiera curiosear un poco. ¿Crees que podemos dar una vuelta por aquí?

Le dio tres segundos a Maja para que mostrase su desaprobación o nos impidiera salir. Luego tomó su silencio como un consentimiento.

—Entonces la daremos. Ven, Ulrika.

Salimos por otra puerta y llegamos a un pasillo. Maja se quedó en su habitación.

—¿Cuándo aprendió a leer? —pregunté.

—Creo que tenía once años o algo así. Mi madre la sacó de la escuela de educación especial porque no funcionaba. Ella misma le enseñó. Probó distintos métodos de lectura. Maja no estaba interesada, no quería escribir ni una letra. Mantenía su lenguaje de dibujos.

—¿Y cómo fue?

—Mi madre descubrió más tarde que sabía leer, que se sentaba a mirar libros y periódicos. Al principio creyó que la estaba engañando. La puso a prueba escribiendo pequeños mensajes sobre cosas que tenía que ir a buscar. Y Maja volvía con las cosas que había escrito mi madre.

—¿Escribe también?

—Ni una palabra. Igual que con el lenguaje. Solo recibe, no emite.

Se detuvo delante de una puerta abierta. Dentro había un hombre joven frente a un ordenador. A su lado había otro ordenador que nadie utilizaba.

—Han intentado que utilice estos ordenadores —dijo Jens—. En uno de los programas hay que escribir un mensaje para que el ordenador haga lo que quieres. A ella no parece interesarle especialmente, pero puede sentarse un rato y ver qué pasa en la pantalla. Pero en cuanto tiene que escribir algo lo deja. Ni siquiera quiere comunicarse con el ordenador.

—¿Crees que ha leído de verdad todos esos libros? —pregunté.

—Sí, por lo menos la mayoría.

—¿Y entiende lo que lee?

Él se encogió de hombros.

—Le aportarán algún beneficio. Creo que sí los entiende. De hecho creo que entiende todo lo que lee y que oye perfectamente. Es como si pensara: «Vale, conozco vuestro mundo y acepto que tengo que vivir en él, pero me niego a participar en este espectáculo».

Continuamos hasta llegar a una cocina, amplia y equipada con todos los electrodomésticos imaginables. Al lado del fregadero había una mujer gruesa, algo enfurruñada, que untaba algo con un pincel en unos bollos. Una mujer pelirroja sacaba los platos del lavavajillas. Jens saludó con una inclinación de cabeza. La del pelo rojo, que al parecer formaba parte del personal, intercambió unas palabras con él. La gorda,

malhumorada, le lanzó una mirada fulminante.

Proseguimos nuestra visita a la casa y entramos en el lavadero de paredes de azulejos donde estaba en funcionamiento una lavadora grande. Jens me atrajo hacia él, me besó en la frente y se quedó rodeándome con los brazos, completamente quieto. Percibí su olor a través del perfume del detergente de lavar la ropa.

—¿Quiénes viven aquí? —pregunté por encima de su hombro.

—Personas jóvenes, es decir, de dieciocho a cuarenta años. Cuatro hombres y dos mujeres. Hay un muchacho, Andreas, que es autista, pero ha mejorado mucho los últimos años. De niño estaba completamente aislado en sí mismo. Ahora es prácticamente normal. Es un artista maravilloso. Ya verás sus cosas en el taller.

Hablaba junto a mi pelo y los dos girábamos lentamente de un lado a otro. Yo aspiraba su olor con una avaricia controlada, como si fuera una especie de droga.

—El resto son psicóticos, supongo. Pero todos están tranquilos y se portan bien. Es la condición para venir aquí. Que no tengan accesos violentos ni esas cosas. Aunque supongo que estarán bastante drogados con medicinas.

Salimos a una amplia sala de estar con ventana a la terraza. Allí había una chimenea encalada y sofás tapizados con diseños de Josef Frank. Entendí que evitaran tener a personas violentas.

Creía que la habitación de Maja la había decorado Karin o incluso ella misma, pero me di cuenta de que lo había hecho la misma persona que había decorado la sala de estar y tal vez también las demás habitaciones del edificio. Las paredes mostraban acuarelas similares a las que tenía Maja. Un profesional en diseño de interiores. Me decepcionó un poco. Me había parecido que la habitación de Maja expresaba algo de ella misma, pero ni siquiera había elegido los cuadros de la pared. Ni tan siquiera la ropa que llevaba, que probablemente fue lo primero que vio al entrar en el supermercado y ni se había molestado en buscar la talla correcta. Si es que la compraba ella, porque tal vez lo hacía otra persona. Cuando reflexioné me di cuenta de que nada de lo que había en su habitación era personal. Ni siquiera los libros. Eran superventas internacionales que algún club de libros le había regalado.

En el sofá había un chico sentado mirando la televisión que llevaba la cabeza rasurada y un aro en la oreja. Parecía impaciente y tenía el mando apuntando hacia la pantalla, preparado para cambiar de canal en cualquier momento. Era grande y musculoso, e hizo que me sintiera un poco incómoda.

—Hola, Andreas. Ella es Ulrika, una vieja amiga de Maja y mía. ¿Te gustaría enseñarnos el taller? —dijo Jens con amabilidad.

Andreas se levantó rápidamente y nos acompañó sin soltar el mando del televisor.

El taller era una habitación grande y luminosa. Una zona de la habitación estaba preparada para escuchar música, con cojines en el suelo y un sistema de sonido. En el resto del local había una mesa grande que hacía las veces de lugar de trabajo para

distintas actividades: carpintería, pintura, cerámica. Dos hombres trabajaban juntos en la maqueta de un velero.

—¿Has hecho algo interesante desde la última vez? —preguntó Jens, y Andreas extrajo unos lienzos que estaban apoyados en la pared.

Eran diseños surrealistas, realizados con gran habilidad técnica. Personas en túneles, en escaleras de caracol y en torres altas. Le expresamos nuestra admiración.

—¿Ha hecho algo, Maja? —preguntó Jens.

Andreas se echó a reír.

—Tiene algunas cosas allí —dijo.

Se dirigió a una caja que había debajo de un banco y sacó de ella un montón de papeles. Jens fue pasando las hojas lentamente y me las fue dando conforme las veía. Eran pájaros. La misma clase de pájaros que dibujaba de pequeña. «Monótonos», como había dicho la trabajadora social, pero totalmente nítidos. Línea tras línea, hoja tras hoja, papel tras papel. Miles de pájaros.

—Vaya —dijo Jens—, no se ha renovado precisamente.

Andreas se echó a reír. Tenía una risa desagradable, ruidosa.

—Pinta treinta de esos al día, te lo prometo.

—Lo lleva haciendo desde que tenía cuatro años —dijo Jens—. Me pregunto cuántos serán en total. Probablemente un bosque entero.

—Y no hay dos pájaros iguales —señaló Andreas.

Volví a pasar las hojas para mirarlos. A primera vista parecían similares, como si estuvieran impresos con unos cuantos sellos. Pero al mirarlos de cerca siempre se podía ver algún detalle que los diferenciaba. Andreas tenía razón, no encontraban dos iguales. Aves caminando, empollando, apretadas unas con otras, volando, batiendo las alas, en distintas posturas, mirando hacia distintos lados. Unas parecían pequeñas y delicadas, podían ser golondrinas o gaviotas reidoras; otras eran más poderosas, gaviotas grises o, tal vez, eíderes.

Le pasé el montón de papeles a Jens y él los volvió a meter debajo del banco. La mujer pelirroja entró y nos ofreció bollos recién horneados.

En la cocina se reunían los habitantes de la casa alrededor de la gran mesa de pino. Maja fue la última en llegar. Antes de sentarse sacó un envase rojo de zumo del frigorífico y se sirvió un vaso. Por lo visto no tomaba café como los demás.

Era una reunión tranquila hasta que Andreas se empezó a meter con la mujer más gruesa, a la que se le puso la cara como un tomate. Cuanto más se enfadaba ella, más gracia le hacía a él. Los otros le pedían que parara. Al final la mujer se levantó, lanzó una sorprendente sarta de blasfemias y obscenidades y luego salió al pasillo con paso cansino. Poco después se oyó el golpe de una puerta.

Andreas estaba tumbado encima de la mesa, a punto de atragantarse con los bollos y la risa. Por los comentarios de los otros entendí que no era la primera vez que ocurría

algo así. Los demás intentaban que dejara de reírse sin conseguirlo, ya que Andreas tenía una especie de ataque de risa que no podía interrumpir.

—Está diez años después —me explicó uno de los hombres.

Supuse que quería decir que Andreas era mentalmente diez años más joven que su cuerpo. Si por ejemplo tenía veintidós, por dentro tenía doce. Un hermanito burlón. Me pregunté qué edad mental tendría Maja. ¿Pensaría como una mujer de veintiocho años?

Maja levantó la mirada del vaso de zumo y miró a Andreas, que estaba encima de la mesa. En sus ojos no había ningún reproche. Solo lo miró abiertamente, sin expresión y durante un buen rato. Y la risa de Andreas se interrumpió como si alguien la hubiera detenido con un control remoto. Parecía estar confuso y aturdido. Se enderezó, parpadeó para quitarse una lágrima que le había producido la risa y se limpió las migajas de bollo que tenía en la boca.

El ambiente se relajó y alguien me preguntó a qué me dedicaba. Me ofreció la posibilidad, que no había buscado, de contar algunas historias de encantamiento, y la mujer pelirroja hizo su propia aportación con una versión local de las «Marcas de arañazos», entre otras.

Dimos las gracias por la invitación, nos despedimos de Maja y dejamos la vivienda que compartía.

El tiempo había cambiado. No era tan cálido y agradable como el día anterior, que se podía salir sin chaqueta y estar sentado en el porche. Hacía sol aún, pero más apagado, más metálico, y el ambiente tenía un punto invernal. Era agradable volver a entrar en el coche.

—¿Y bien? —dijo Jens mientras yo conducía por la carretera principal—. ¿Has reconocido a Maja?

—En algunos aspectos está igual que antes.

—No creo que mejore. Una mejoría como la de Andreas no se puede esperar.

—A veces es preferible el silencio —dije.

—¿Te has dado cuenta de lo fácilmente que le ha hecho callar?

—Sí, con solo una mirada.

—He estado pensando en eso —dijo Jens—. Ella no se deja influir por nadie. Sin embargo tiene una notable capacidad para influir en los demás. Aunque no haga nada, o tal vez precisamente por eso. Una vez visité un antiguo convento de monjas en Provenza que ya no estaba en uso. Se podía visitar y ver cómo vivían las monjas allí. En una de las celdas había un trozo de tela negra estirada por la parte exterior de la ventana. El guía nos contó que las monjas tenían prohibido utilizar espejos, ya que creían que incitaban a la vanidad y al pecado. Entonces, a alguna de ellas se le ocurrió lo de poner la tela detrás de la ventana. La superficie negra y brillante hacía posible que se vieran reflejadas. Ellas no debían sentirse especialmente orgullosas de la imagen

que veían en ese espejo. Ya sabes que una ventana oscura produce un reflejo duplicado y extraño.

»He pensado que Maja funciona como uno de esos espejos negros. Por lo general, una persona es como una ventana a través de la cual se ve un mundo. Pero Maja no es más que una superficie brillante y oscura, y todo lo que se ve en ella es su imagen. Al preguntarle algo solo se obtiene su propia imagen como respuesta. Acabas de notar lo desagradable que resulta. Y al abrazarla no percibes ternura ni reciprocidad, solo tu propio anhelo. Si te enfadas con ella, recibes tu propia ira y frustración.

»Cuando ves a Maja únicamente tienes su imagen reflejada, pero no claramente como en los espejos comunes, sino oscura, borrosa, como fantasmal. Es una experiencia aterradora que no deja impasible a nadie.

»Creo que es lo que ocurrió en nuestra familia. Cada uno de nosotros nos vimos en ese espejo negro. Y cada uno reaccionó de un modo distinto.

Conduje hasta la estación de servicio Shell. Salí a poner gasolina y Jens se quedó sentado. Cuando me disponía a pagar, unas crudas ráfagas de aire frío y húmedo sacudieron los billetes. Al tratar de introducirlos en la máquina expendedora, que era exigente como un niño pequeño y los escupía una y otra vez, oí frenar un coche al otro lado de la misma y vi salir a un hombre. Ambos levantamos la manguera de combustible casi a la vez. Él me vio y me saludó con una sonrisa.

—Los troles no te han secuestrado aún, por lo que veo.

Era Jan-Erik Liljegren, el policía con el que había estado en el Mickey's Inn.

—No —dije—, tengo cuidado. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. La vida es maravillosa. Nunca he estado tan bien —contestó en voz alta mientras echaba la gasolina.

En el asiento delantero iba una mujer. Me pregunté si habría vuelto con su esposa o si se trataría de otra mujer. Tal vez, uno de los patéticos personajes del Mickey's Inn.

—¡Me alegro! —grité para que me oyera a pesar del sonido de la bomba de gasolina—. Tienes muy buen aspecto. ¿Ha habido alguna novedad?

—Sí... o no. Realmente no. —Su respuesta parecía sorprenderlo incluso a él—. No hay ninguna novedad directamente. Más bien... —Se encogió de hombros y volvió a poner la manguera de combustible en su sitio.

—Hay que quitarle un poco de polvo al pasado —dije.

Él asintió con entusiasmo mientras apretaba el tapón del tanque de gasolina.

—Llevas mucha razón. Lo más importante ya ha sucedido. Hay que quitarle un poco de polvo al pasado. Así es.

Se metió en el coche riéndose y agitando las manos, lo puso en marcha y siguió camino hacia su vida maravillosa.

Quedaba tiempo de sobra para que llegara la mujer de Jens a buscarlo, así que conduje hasta un área vacía de la gasolinera. Apagué el motor. Miramos los relojes y luego nos miramos uno al otro.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Estamos sentados en un coche en la estación de servicio de Shell en Stenungsund. Por lo que veo, eso es todo lo que pasa —contesté.

—¿Y después?

—Después vendrá tu mujer a recogerte y te llevará a Estocolmo. Y yo iré a Gotemburgo a buscar a mis hijos al centro de actividades extraescolares.

—¿Y después?

—No lo sé. ¿Qué quieres que ocurra?

Suspiró y levantó la vista hacia el techo del coche.

—No vine a Tångevik solo para escribir, sino también para pensar. Hay muchas cosas en mi vida que tengo que pensar. Estoy en una especie de encrucijada.

Volvió a suspirar y parecía estar preocupado. Intenté animarlo.

—Creo que estamos así permanentemente. Yo he vivido toda mi vida en una encrucijada.

Me puse a tararear en voz baja la canción de Edvard Persson y él esbozó una sonrisa.

—Estoy contenta de haber venido hasta aquí —añadí—. Te agradezco que me hayas dejado leer tu relato de Kristina. Las semanas durante las cuales Maja estuvo desaparecida fueron como una especie de vacío en mi vida. Tu relato lo ha llenado.

—Sí, en realidad era lo que intentaba hacer, pero no sé si lo he conseguido.

Me incliné hacia él y acerqué la nariz a su cuello.

—Hueles divinamente. Aunque supongo que ya lo sabes —dije.

—No —respondió riéndose—. ¿A qué huelo?

—A ti.

Me acarició la mejilla.

—¿No te había dicho nadie lo bien que hueles? —pregunté.

—No, la verdad es que no.

¿Sería verdad? Tal vez era yo la única que podía percibir ese olor.

Volvió a mirar el reloj. Sacó la cartera y buscó una tarjeta de visita con su dirección y número de teléfono. Yo también saqué una de las mías. Nos quedamos mirándonos el uno al otro y a nuestras respectivas tarjetas. Nos las dimos, algo vacilantes, como dos niños que intercambian los cromos que más les gustan. Cuando guardó la mía en la

cartera, vio algo que hizo que se le iluminara la cara.

—Ah, mira, tienes que ver esto.

Me tendió una foto en la que se veía a una mujer rubia e increíblemente gruesa, que estaba de pie al lado de una barbacoa en el campo. Llevaba un pantalón corto y una camiseta de tirantes, y la grasa del cuerpo le salía por todos lados. Estaba delante de la parrilla, pero había girado la cabeza para mirar a la cámara.

—¿Sabes quién es? —preguntó Jens.

—No tengo la menor idea.

—Es Anne-Marie.

—¿Qué?

Se rio de mi asombro.

—No es cierto.

—Ya lo creo. ¿No la reconoces?

Me incliné hacia delante y miré la foto más cerca del parabrisas. Observé el rostro. Esa bella forma del arco de Cupido de sus labios. Sí, era la boca Anne-Marie. Haciendo una mueca, como si tuviera dentro tres cerezas y fuera a escupir los huesos en cualquier momento. Tenía una expresión de astucia en los ojos. Se me ocurrió que estaba jugando al escondite y se burlaba del espectador. Desde dentro de esa mujer enorme, Anne-Marie me miraba. Mi dorada Anne-Marie de miel secuestrada dentro de su grasa.

—Cielo santo, es ella —dije.

—Hablaste de viajar a Estados Unidos para entrevistar gente que ha sido secuestrada por un ovni. Si vas a Nuevo México puedes ir a verla. Estoy seguro de que se alegrará mucho. Llámala si vas, te puedo facilitar el número. No tiene sentido que le escribas, porque nunca contesta, pero llámala. O ve a verla directamente, es lo mejor. Te garantizo que te dirá que te quedes en su casa. Tiene mucho sitio.

—¿Tiene familia?

—Tres hijos, no sé si tiene marido. Se ha casado, se ha separado y ha vivido en pareja tantas veces que no puedo seguirle la pista. Siempre con hombres de dinero, con casas grandes y coches.

—Y mucha comida —dije.

—Comida grasa sobre todo, supongo. Está casi irreconocible, ¿verdad?

—De todos modos se nota que es ella. Está radiante —dije.

Porque lo podía ver incluso en esa foto de mala calidad, incluso dentro de ese cuerpo obeso había una especie de resplandor, un destello en la mirada, el trazo de su boca, algo audaz, atractivo e inaccesible. ¿O eran solo imaginaciones mías? ¿Fue cuando Jens me dijo que esa era Anne-Marie? Antes de decírmelo yo solo veía a una mujer madura con exceso de peso, nada especial. ¿Tal vez lo que brillaba era el nombre de Anne-Marie, lo que me traía a la memoria?

—Anne-Marie brilla y yo huelo divinamente —murmuró Jens volviendo a guardar la foto.

—Así es —dije—. Formáis parte de esa familia fragante y luminosa. La familia del brillo de miel y de zumo de manzana.

Lo besé y, en ese mismo momento, un pequeño coche japonés hizo un giro y aparcó junto al mío.

—Es Susanne. No, no hace falta que me ayudes, yo sacaré mis cosas.

Salió al mismo tiempo que la mujer del coche de al lado. Ella abrió la puerta del maletero y ayudó a Jens con el equipaje. Llevaba una chaqueta de hilo de un tono rojo oxidado y tenía el pelo corto y oscuro, cortado a capas de forma irregular en la frente y las sienes. Se movía con rapidez y agilidad. Ordenó rápidamente su equipaje y luego metió las cosas de Jens de modo que todo cupiera en ese espacio reducido. Estaba delgada como una cabra montesa.

Jens me indicó que bajara la ventanilla. Lo hice, y él después de agacharse me acarició suavemente la mejilla. Nos miramos, pero ninguno dijo nada.

Luego se dio la vuelta y se dirigió al coche de Susanne. Ella estaba ya en el asiento del copiloto, y Jens se sentó al volante y ajustó el asiento. Al parecer el cambio de conductor era algo obvio para ellos. Pero tampoco era raro, ya que ella venía de Copenhague y aún les quedaba mucho hasta llegar a Estocolmo.

Jens salió de la gasolinera y yo lo seguí.

Fuimos conduciendo uno muy cerca del otro por la autopista. A veces lo adelantaba yo, otras veces él a mí. No íbamos demasiado deprisa, no era una carrera. Solo nos adelantábamos el uno al otro y, de vez en cuando y durante una fracción de segundo, nos mirábamos a través de la ventanilla del coche.

En la entrada a Gotemburgo, se metió por otro carril y se perdió en la densa corriente de coches que tras la curva desembocaba en la E-20 que lleva a Estocolmo.

Una tenue neblina cubría la ciudad, sobre la cúpula de contaminación brillaba el cielo, blanco como el interior de la concha de un mejillón. Eran las cuatro menos veinte. Tenía tiempo de sobra para recoger a Max y a Jonatan en el centro de actividades extraescolares. Los echaba mucho de menos.